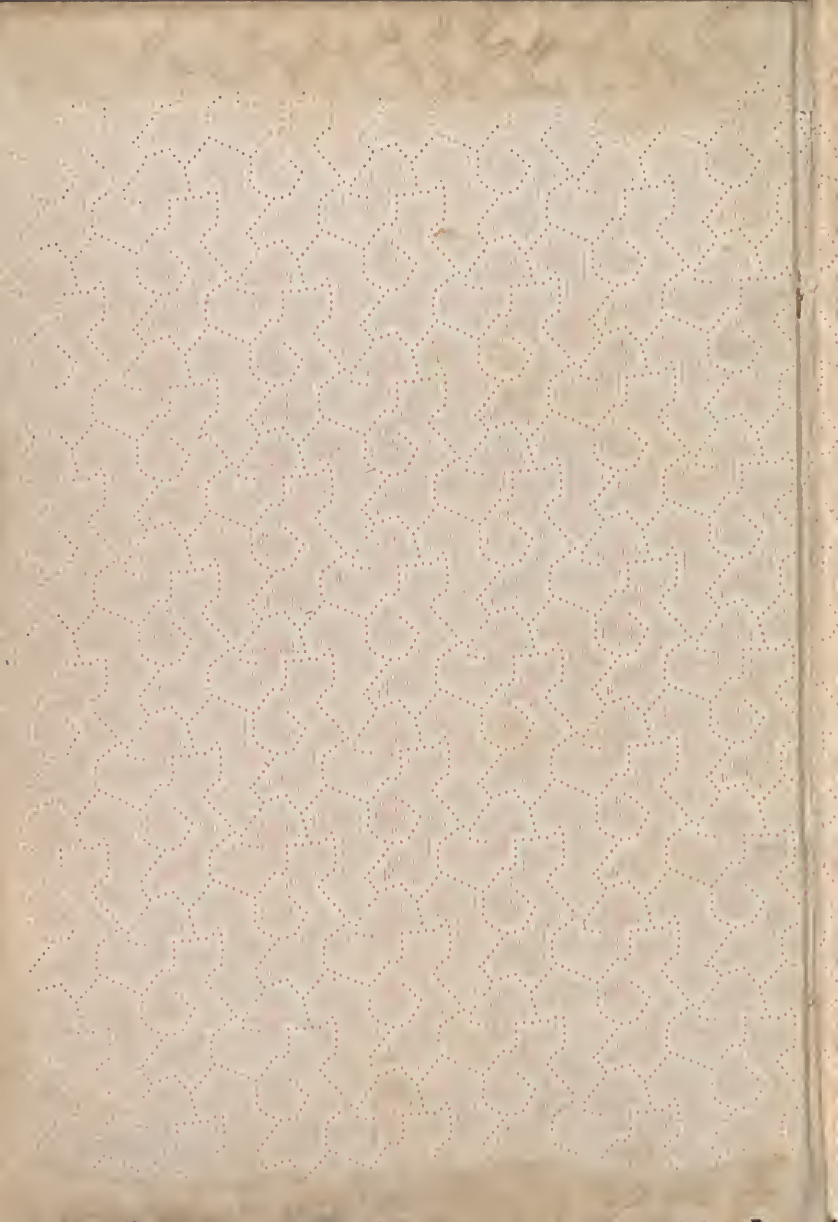
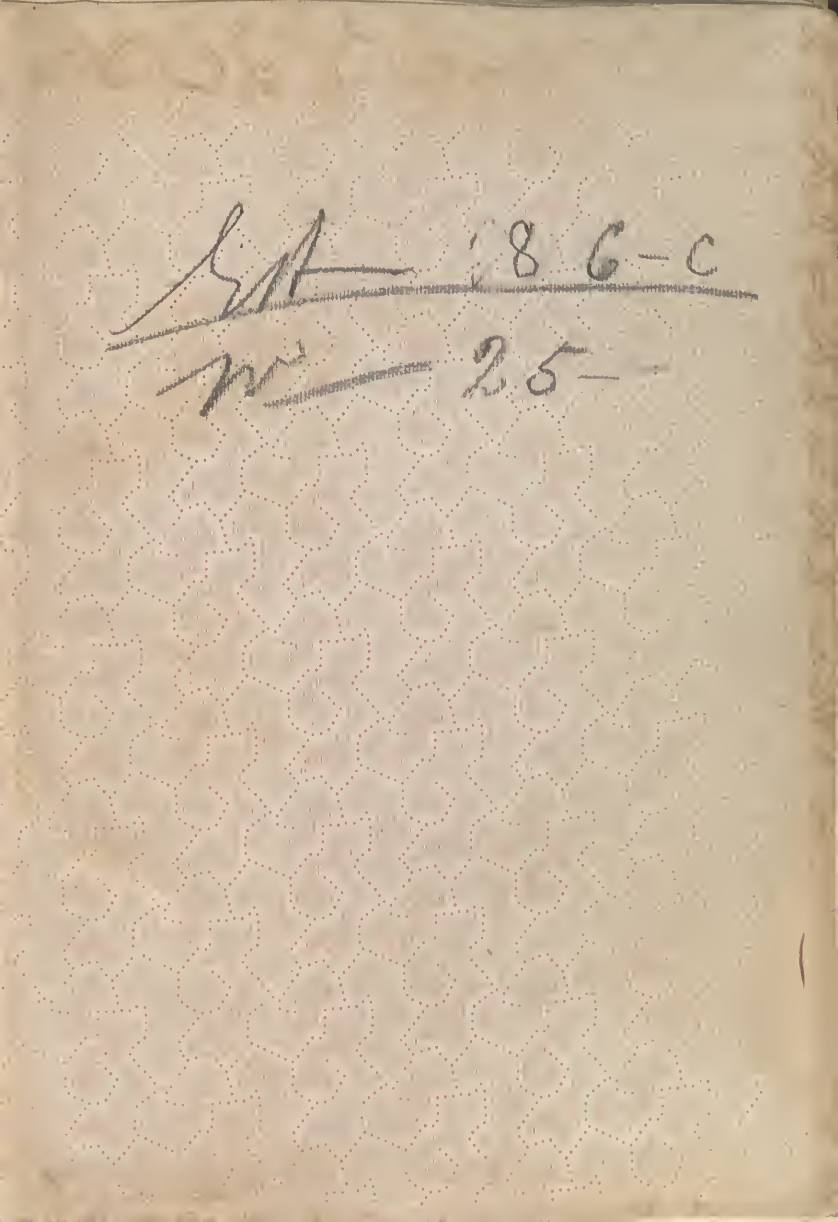





Est 186-C
Nº 25-

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AUTORES CLÁSICOS ESPAÑOLES.

VII.

TEATRO ESCOGIDO

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1868

ENSAYO CRÍTICO

SOBRE LA VIDA Y TEATRO

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

INTRODUCCION.

Desde el momento mismo en que, por vez primera, se habló en nuestra Real Academia de la formacion de esta BIBLIOTECA y de su publicacion, asaltó al que suscribe el deseo de encargarse de la del *Teatro de Don Pedro Calderon de la Barca*, Príncipe de la escena española, y aquel de nuestros autores dramáticos del siglo de oro de la patria literatura, con cuyas obras está más familiarizado, con cuyo espíritu más simpatiza, y cuyo ingenio más le sorprende, admira y cautiva.

Ántes, empero, de ofrecerse á la Academia, solicitó, como debia, y obtuvo, como era de esperar de la indulgente benevolencia de su ilustre colega y siempre buen amigo, el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, su necesaria vénia para acometer una

empresa en que lo más difícil, laborioso é importante está ya hecho por el erudito á par que ingenioso autor de los *Amantes de Teruel*, en la utilísima coleccion de *Autores Españoles* del Sr. Rivadeneyra (1).

Nada nuevo, pues, encontrará el lector en este Ensayo, en el cual ni puede decirse más, ni, mucho ménos, decirse tan bien, como se ha escrito en el elegante, erudito y discretísimo prólogo de la coleccion ántes mencionada.

¿Por qué, entónces (podrá decirse), por qué, olvidando aquello de

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldan á prueba,

empeñarse el colector en una aventura, de que sabe y confiesa que no puede salir con lucimiento, puesto que ni en erudicion, ni en crítica, ha de rivalizar con su predecesor y amigo?

Precisamente por eso; precisamente porque se encuentra hecho todo lo más difícil, es por lo que el colector actual, conociendo bien la escasez de sus fuerzas, y no queriendo dejar de contribuir al loable propósito que la Academia tiene de popularizar las

---

(1) Comedias de D. Pedro Calderon de la Barca, coleccion más completa que todas las anteriores, hecha é ilustrada por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Tomos VII, IX, XII y XIV de la de Rivadeneyra.

obras selectas de nuestros más importantes autores, ha tomado á su cargo el *Teatro de Don Pedro Calderon de la Barca.*

Pero, á mayor abundamiento, una vocacion irresistible le arastra: Calderon es el amigo de su infancia; el cómplice de sus infidelidades á Nebrija primero, más tarde á Jaquier y á Heinecio; el *Mágico prodigioso* que, en los primeros albores de la adolescencia, le arrebataba, en alas de su ingenio, á las fantásticas regiones de la galantería caballeresca; y Calderon es, ademas, su doctor en honra, su bello ideal, y su tipo inimitable del español del mundo poético.

Imposible, de todo punto imposible, resistir juntamente á la obligacion de servir á la Academia, al deseo de ser útil al país, y á la devocion al grande escritor profesada; porque *es locura*, como el mismo Calderon lo dice,

Buscar medios que embaracen,
Donde hay estrellas que influyan (1).

Cedo, por tanto, al influjo de mi estrella;

Y pues que, infalible el hado,
Ni se estorba, ni se excusa (2),

obedézcole, entrando desde luégo en materia.

---

(1) *Amado y aborrecido*, jornada primera, escena X.
(2) Lugar arriba citado.

ENSAYO BIOGRÁFICO.

Nació nuestro insigne poeta en Madrid, el dia 17 de Enero de 1600, último del siglo XVI de la era cristiana; de padres nobles y acomodados, que le educaron cristiana y honradamente. En el imperial colegio de la Compañía de Jesus emprendió, á la edad de nueve años, el estudio de la gramática, que entónces comprendia el de la retórica y poética, aprovechando en él tan notablemente, que, ántes de los quince, hubo de pasar á la celebérrima universidad de Salamanca, la cual dejó, cumplidos apénas los veinte, habiendo cursado ya las matemáticas, la filosofía, la geografía, la cronología, la historia, y, en gran parte, los derechos civil y canónico.

Pero no sólo se distinguió Calderon en aquellos estudios clásicos, sino que ya en tan temprana edad, nos dice su amigo y coronista D. Juan de Vera Tássis y Villarroel (1), tenía *ilustrados los teatros de España con sus ingeniosas comedias.*

Jóven, noble, independiente si no rico, con talento é instruccion no comunes, poeta ya conocido, si célebre no todavía, seis años pasó Calderon (del 1619 al 1625) en Madrid, sin profesion que le ocupá-

---

(1) Fama, vida y escritos de Calderon. Véase el tomo VII de la *Coleccion* de Rivadeneyra.

ra (1), empleo que le sujetase ni cuidados que le desveláran. ¿Quién puede dudar que, en ese bienaventurado período de su existencia, corriendo alegre las voluptuosas tempestades de la galantería; tal vez víctima de los frios desdenes de alguna ingrata *Margarita* (2); tal otra, émulo de D. Juan Tenorio, burlándose de la enamorada *Marcela*, para poseer mal su grado á la desdichada dama que ni siquiera le conoce (3); ora luciendo en las academias la agudeza de su ingenio, ora en el Prado ó en el Parque, á cuchilladas protegiendo á su dama, ó de la dicha de algun venturoso rival vengándose, fué cuando aprendió nuestro poeta, en su propia experiencia, la manera especial de ser de la sociedad en que habia nacido, arrancándole el secreto de sus más íntimos sentimientos, de sus ménos lógicas contradicciones, y de aquella, para nosotros hoy inconcebible, antitética amalgama de sincerísima piedad religiosa y de profundo monarquismo, con los amores novelescos, la resistencia normal á la autoridad civil, el menosprecio de la justicia ordinaria, y la espada del caballero, siempre antici-

---

(1) Esto no puede afirmarse en absoluto, pues hay motivos para presumir que Calderon sirvió en aquella época á un gran señor, como su gentil-hombre ó escudero.

(2) La dama de su comedia *Para vencer á Amor, querer vencerle.*

(3) Alúdese á la comedia de Calderon *No hay cosa como callar.*

pándose al fallo de la ley en la satisfaccion de su agravio?

No se pintan las costumbres de una época con la verdad, el vigor de colorido, y la unidad constante de dibujo con que Calderon ha pintado las de la suya, en virtud de meras observaciones especulativas. Es preciso haber surcado el Océano; es preciso haber corrido las tormentas, y es preciso, acaso, haber tambien naufragado, para describir el mar social y sus iras, con tan maravillosa propiedad como nuestro autor lo hace (1).

---

(1) En un curiosísimo romance de Calderon, *á una dama que deseaba saber su estado, persona y vida*, publicado por vez primera, y gracias al incansable celo del Sr. Hartzenbusch, en el tomo XXIV de la *Coleccion* de Rivadeneyra (primero del *Teatro escogido de Lope de Vega*), dice nuestro poeta:

Curiosísima señora,
Tú, que mi estado preguntas,
Y de moribus et vita
Examinarme procuras;
Quien quiera que eres, atiende,
Y en cómico estilo escucha.
. . . .
. . . .
Va de retrato primero,
Luégo, si quiere la Musa,
Irá de *costumbres*, bien
Que habré de callar alguna
. . . .
. . . .
En la sien izquierda tengo
Cierta descalabradura;

Pero no tratamos ahora de sus obras, sino de su vida, y fuerza es que á ella volvamos.

Que, al *encaje de unos celos*,
Vino pegada esta *punta*
. . . .
Creí; y mi señora madre,
Religiosamente astuta,
Como habia en otra cosa,
Dió *en que habia de ser cura.*
. . . .
Gorron, poeta, escudero,
He sido y seré. ¡ Oh suma
Paciencia de Job! ¿ Tuviste
Más calamidades juntas?
Con estas tres profesiones,
¿ Quién imagina, quién duda,
Que habré sido él *¡No en mis dias!*
De cualquier suegra futura?
Y así, soltero hasta hoy
Me quedé, y hoy más que nunca.
. . . .
Dos damas tengo *no más*,
Que en la compañía más zurda (*a*)
Por fuerza ha de haber quien haga
Primera dama y segunda.
Y como al fin, por el *troppo*
Variar, bella es natura,
De las dos con que me hallo
Una es morena, otra rubia;
Una es dama de alta guisa
Con su poco de aventura;
De baja guisa es la otra;
Una es clara y otra culta;
Una es fea, y otra y todo;
Que en esto solo se aunan.

No dirian más, ni con más desenfado ciertamente, el *Don Alonso de Luna* de *No hay burlas con el amor*, ni el mismo *alférez Aguirre* de Moreto.

(*a*) *Compañía* de comediantes.

«El año de veinticinco (nos dice Vera Tássis), »pasó, *por su natural inclinacion*, á servir á S. M., al »estado de Milan, y despues á los de Flándes; en »cuyo noble ejercicio supo hermanar con excelencia »las armas con las letras.»

No era cosa peregrina, sino, por el contrario, de costumbre y de necesidad decir pudiéramos, en el siglo XVII, que la juventud noble sirviera voluntariamente en la guerra á su patria, ó al Rey como entónces se decia, porque en el Rey, en efecto, se personificaba el Estado.

Plebeyo el trabajo, desairada la industria, con desfavorable prevencion mirado el negocio, ¿Qué caminos le quedaban abiertos al hombre que, habiendo nacido hidalgo, no podia ser sin desdoro propio y mengua de su familia, ni labrador, ni industrial, ni

---

A confesion de parte, pues, relevacion de prueba; y por si alguna les falta á nuestras conjeturas, todavía nos encontramos en los *Avisos históricos* de D. José Pellicer y Tovar, del 28 de Febrero de 1640 (*a*) con las siguientes frases:

«El domingo antecedente (19 de Febrero, víspera del in»cendio del palacio del Buen Retiro), estando ensayando las »comedias (dos preparadas de órden del Conde-Duque de »Olivares, y una de ellas *Las manos blancas no ofenden*, de »nuestro autor), en unas cuchilladas que se levantaron, »dieron algunas heridas á D. Pedro Calderon, su autor; que »fué presagio de lo que sucedió el lúnes siguiente.»

(*a*) Véase el tomo VII de la *Coleccion* de Rivadeneyra.

comerciante?—Tres solos: el de la Iglesia, el de la Toga y el de las Armas.

Calderon era todavía muy jóven y sobrado galante, para que ni el sacerdocio del Ungido ni el de Témis le convinieran entónces; las glorias, pues, de Marte, para explicarnos en su poético dialecto, eran las que lógicamente debian atraerle, y le atrajeron en efecto.

Parécenos, sin embargo, que á la vocacion militar del gran poeta, para que como del todo expontánea podamos considerarla, faltóle haberse pronunciado más pronto, ó en otros términos, no haber andado tan perezosa; porque, en verdad, no se explica bien que un hombre de superior talento y buen juicio, aguardase á haber vivido la cuarta parte de un siglo para elegir carrera.

Quizá *los empeños de un acaso*, si no alguno de los *lances de amor y fortuna* que tan soberanamente nos ha descrito despues en sus dramas, hicieran á Calderon reo de algun duelo, en que su contrario quedase bastante mal parado para tener él, primero que tomar iglesia, y pasar despues á refugiarse en las filas de los tercios castellanos, beligerantes á la sazon en Italia y los Países Bajos, como era costumbre de los caballeros de antaño que en el supuesto caso se encontraban; ó quizá, tal vez, poco feliz en alguna pretension en la Córte, que no fué en ellas nunca muy dichoso, ni áun despues de haberse ordenado, determinóse á ganar con la espada lo que de otro modo no alcanzaba.

Más, valgan lo que valieren esas mis conjeturas, la verdad es que Calderon, en efecto, entró á servir al Rey en Milan, el año 1625, y como dice su coronista, supo hermanar con excelencia, «las armas y las letras.» Ya, ántes que él, lo habian hecho Garcilaso de la Vega, D. Alonso de Ercilla y el inmortal Cervántes; y lo han logrado despues, hasta en nuestros propios dias, otros poetas españoles más ó ménos insignes.

En España, la espada y la lira no se repelen; ántes parece que están, como por juro de heredad, entre sí ligadas; y nuestra Real Academia misma ha contado y cuenta todavía en el número de sus individuos, algunos á quienes no han estorbado para sus estudios la práctica de las armas, ni para cumplir con su obligacion de soldados las vigilias literarias.

Calderon sirvió activa y constantemente en el Milanesado y en Flándes unos diez años (1625 á 1635), con más esfuerzo y buena voluntad que fortuna, al decir de su panegirista, D. Gaspar Agustin de Lara, en los siguientes versos de su *Obelisco fúnebre:*

Con prudente valor, en la milicia,
De esfuerzo invicto dió nobles señales,
Por las cuales *le diera la justicia*
Puestos, si militára entre mortales (1).

---

(1) Véanse las notas á la biografía de Vera Tássis, tomo VII de la *Coleccion* de Rivadeneyra, pág. 30.

El mismo Calderon alude, en más de una de sus obras, á lo poco que fueron atendidos sus servicios militares (1); ó más bien, en abstracto, á las ingratitudes é injusticias de la Córte: pero siempre con mesura y sin olvidar nunca la veneracion debida al Soberano, ni desmentir la conformidad á que, segun su juicio y creencias, estaba obligado, no ménos para con las resoluciones de su Rey en la tierra, que para con los decretos de su Dios en el cielo.

Alguna vez rebosa de su pluma el descontento, hasta el punto de hacerle poner en boca de un cortesano, en réplica á otro que le dice, hablando de cierto privado:

Dignamente *ha merecido*
El lugar que el Rey le ofrece;

---

(1) No pasó nuestro poeta de soldado noble y voluntario, ni por consiguiente su sueldo de los *ocho escudos* mensuales que, segun vemos en los curiosos comentarios de D. Diego Duque de Estrada (tomo XII del *Memorial histórico de la Real Academia de la Historia*), era el que en aquella época disfrutaban todos los de su clase, y que, con ser tan exiguo, doblaba, sin embargo, el de los soldados rasos, como lo fué Cervántes. Verdad es que el alférez solo gozaba 15 escudos, el capitan de infantería 40, el de caballos 80, y el sargento mayor del tercio 100 mensuales. El mismo Duque de Estrada nos dice que el maestre de campo, ó sea coronel de la milicia de Nápoles, disfrutaba en su tiempo el sueldo de 2,000 ducados anuales.

esta contestacion, cuyo tenor no ha menester comentarios:

> Pues ¿Cómo, *si le merece,*
> *Le tiene?* (1).

Pero no tarda mucho en acudir al reparo de su fe monárquica, haciéndole oir al maldiciente estos versos:

> Que es soberana justicia
> El Rey; y aunque yerre, vos
> No lo habeis de remediar,
> Porque nadie ha de juzgar
> A los reyes sino Dios (2).

Y, para decir verdad, la resignacion de nuestro poeta en ese punto no me parece exagerada; porque, en su época y personales condiciones, acaso no procedia en justicia más de lo que él alcanzó, que fué hacérsele merced, el año de 1636, del hábito de Santiago, que se puso, en efecto, al siguiente de 37.

No estaban los ejércitos, en el siglo XVII, organizados tan metódicamente como en nuestros dias; ni, por consiguiente, sujeto á reglas, más ó ménos claras y ménos ó más fielmente observadas, el órden de los ascensos.

La *Compañía*, unidad entónces, así orgánica como administrativa, del ejército, era una propiedad de su

---

(1) *Saber del mal y del bien,* jornada primera, escena VII.
(2) *Ibidem,* escena VIII.

Capitan, las más veces comprada á precio de dinero, supuesta la idoneidad relativa del comprador, y por excepcion conferida en premio de muy relevantes servicios. La eleccion y nombramiento del *Alférez*, abanderado de la compañía, y por regla general segundo de su capitan, á él le correspondia (1), así como la designacion del *sargento* y demas *cabos menores;* de manera que el Rey, si bien teóricamente lo podia todo, de hecho encontraba limitada su alta prerogativa por los derechos de los *capitanes*, respetables como adquiridos á título oneroso, amén de

(1) En la primera escena de *La Dama duende*, explicándole el galan protagonista (D. Manuel) á su criado, cómo y por qué el caballero á cuya casa van á hospedarse entrambos en Madrid, le espera,

Como si fuera *galan*
Al uso, con cama y mesa;

dícele que D. Juan de Toledo es su mayor amigo, y prosigue:

Los dos estudiamos juntos,
Y pasando de las letras
A las armas, los dos fuimos
Camaradas en la guerra.
En las del Piamonte, cuando
El señor Duque de Feria
Con la *jineta* (*a*) me honró,
Le dí, Cosme, *mi bandera* (*b*),
Fué *mi alférez*, etc.

(*a*) Lanza corta ó pica, con el hierro dorado, que era el arma peculiar y la insignia ó divisa de los capitanes de infantería.

(*b*) Donde se ve confesado por Calderon mismo lo que en el texto de nuestro Ensayo decimos.

recaer las más veces en personas de gran familia, de notorio é indisputable mérito, ó por el favor de la Córte protegidas.

Verificábase entónces en toda Europa la transicion, en punto á milicia, del sistema feudal al moderno, ó en otros términos, de los ejércitos formados por las huestes de los Grandes y las mesnadas municipales, que, sirviendo á su propia costa, sólo podian hacerlo muy limitado tiempo; á los ejércitos permanentes, compuestos de hombres comprometidos al servicio por plazo, ya de años, ya indefinido, y directamente dependientes de la Corona.

Habia, pues, mercenarios, reclutados como se podia por los *capitanes;* militares de oficio, por necesidad y voluntad propias, como lo fué Cervántes, quien, por cierto, no pudo pasar de la clase de *aventajado* (1); y caballeros voluntarios ó aventureros, que servian una ó más campañas, á su albedrío y sin compromiso formal, ya puramente para cumplir con la obligacion de su nacimiento, que los exceptuaba de todas las gabelas á los plebeyos impuestas; ya por amor á la gloria, cuando no huyendo de la Justicia ordinaria á consecuencia de algun duelo; ya pu-

---

(1) Consistia la *ventaja* en el aumento de uno ó dos escudos al sueldo mensual del favorecido; y quizá tambien en el ejercicio de funciones análogas á las de nuestros actuales cabos de escuadra, con la exencion consiguiente del servicio mecánico.

ramente con la honrada ambicion de lograr, distinguiéndose, cargos en la milicia como los de capitan, sargento mayor, maestre de campo, ó gobernador de alguna plaza; ya, en fin, con la mira de solicitar luégo en la córte un hábito, si no alguna encomienda, de las órdenes militares.

Calderon conocia bien y ha caracterizado perfectamente, en su mayor parte, los distintos tipos de los hombres de guerra de su época, dejándonos en el D. Lope de Figueroa, el D. Alvaro Atayde, el Sargento y el Rebolledo, de su *Alcalde de Zalamea* una galería de retratos militares, pintados con la maestría de su pincel sin segundo, y del natural hábilmente tomados.

Al hidalgo voluntario, al caballero por aventura ó por aficion soldado, en las más de sus comedias de capa y espada, nos lo presenta campeando en primer término, como no podia ménos quien trataba de poner en escena la galantería cortesana con todos sus lances de fortuna y riesgo, el punto de honra con todas sus teológico-belicosas sutilezas, y para decirlo de una vez: fábulas en que, poetizando el espíritu de aquel siglo, el amor, que como principal y casi exclusivo resorte de interés interviene, es siempre más ingenioso y audaz que sentimental y platónico en las damas, y más pendenciero que tierno en los galanes.

Pero de esto tratarémos á su tiempo; lo que ahora pincipalmente nos importa es acreditar nuestra

opinion de que, ni fué Calderon excepcionalmente mal recompensado de sus servicios militares, con el hábito de Santiago; ni él mismo, aunque alguna vez se doliera de no haber conseguido mayor premio, se creia muy seriamente agraviado.

Así lo prueba, entre otros pasajes de sus comedias, el que vamos á citar de *Cada uno para sí*, drama puesto en escena dos años despues de haberse nuestro poeta ordenado de sacerdote, y escrito, por consiguiente, de propósito para representarse ante el Rey y su córte (1).

D Félix y D. Cárlos, dos caballeros que han servido juntos en la guerra de Cataluña, y dejádola inmediatamente despues de haber socorrido D. Juan José de Austria á Gerona, sitiada por los franceses, el año de 1653, se encuentran en Toledo, y dándose cuenta de sus aventuras, dice el D. Cárlos:

> Nos dividimos (si es
> Que se dividen dos cuerpos
> En quien sólo un alma vive)
> A tratar nuestros aumentos:
> Yo, *de un hábito con que*
> *Su Majestad,* que los cielos

---

(1) Calderon, como verémos luégo, desde que entró en el sacerdocio se impuso la regla de no escribir, para el Teatro, más que de órden del Rey, y para las representaciones en los Palacios y Sitios Reales, exceptuando solamente los autos sacramentales.

Guardon, HONRÓ *mis servicios;*
Y vos no sé de qué pleito, etc. (1).

---

(1) *Cada uno para sí*, jornada primera, escena VII.—Moreto en una de sus mejores comedias, á nuestro juicio á lo ménos (*De fuera vendrá*), escrita sin duda al mismo tiempo que la de Calderon á que aquí nos referimos, pone en escena dos magníficos retratos militares en el capitan *Lisardo* y su *alférez Aguirre*, bravos entrambos y no de sobra escrupulosos en ciertas materias, pero á lo cortesano el primero, miéntras el segundo, acabadísimo tipo del hombre de los cuerpos de guardia y de los campamentos, cuando no anda á balazos, juega lo que ganó en la guerra, con el primero que encuentra, hasta perderlo todo, único caso en que vive sosegado, porque, *es hombre insufrible con dinero*, y si enamora, no es á princesas ni en otro *terrero*

Que en tiendas, en plazuelas ó en el rio,
Donde halla proporcion á su dinero,
Porque la más hermosa y entonada
No pide más que aloja ó limonada.
(*Jornada primera, escena primera.*)

En el mismo drama, lamentándose Lisardo de no haber podido continuar sirviendo á las órdenes de D. Juan de Austria, despues de haberlo hecho en el socorro de Gerona (situacion idéntica á la del *D. Cárlos* de *Cada uno para sí*), Aguirre, que no olvida nunca lo indispensable que es, para no morirse de hambre, *el poner la piñata*, ó en otros términos, las muy prosaicas necesidades del estómago, respóndele diciendo:

Eso no puede ser, que hay pretensiones
Que no permiten esas dilaciones.

Por manera que, como se ve, no bastaba, en la época á

Vese, pues, que nuestro poeta sabía muy bien que en su tiempo, y para hombres de su condicion, era, en efecto, recompensa bastante á buenos servicios militares la concesion de un hábito, aunque llevaba consigo la incomodidad de las diligencias necesarias para cruzarse y los gastos á las pruebas consiguientes; molestia y dispendios á que alude el autor de *Cada uno para sí,* poniendo en boca del mismo don Cárlos que arriba citamos estos versos:

Llegué, Félix, á Toledo,
Y en tanto que disponia
Diligencias y *dineros*
(Que no siempre los soldados
Solemos estar con ellos),
La ociosidad cortesana,
Entre mujeres y *juego,*
Libre me vió, etc. (1).

Calderon, por otra parte, desde el año de 1625 al de 1635, en el cual, nos dice Vera Tássis, «dejó el honroso ejercicio de las armas, por haberse servido S. M. (Felipe IV) llamarle para el de sus fiestas reales», habia escrito veinte y tantos dramas, que todos se representaron en Madrid durante la misma

---

que nos referimos, servir bien en la guerra, sino que era preciso, para lograr el premio de lo servido, venir á la Córte á pretenderlo. Calderon tuvo más fortuna, puesto que fué llamado por el Rey á Madrid, como nos lo dice Vera Tássis.

(1) *Cada uno para sí,* en el lugar arriba citado.

época de su ausencia; circunstancia que acredita, en primer lugar, cuán aplicables le son á nuestro insigne poeta estas frases que él pone en boca de Ulíses:

Aunque *inclinado á las letras,*
Militares escuadrones
Seguí; que en mí se admiraron
Espada y pluma conformes (1);

y á mayor abundamiento explica, y ella sola lo hace bien, cómo fué su fama literaria la que dió márgen á que la Córte le buscára, y no él, en realidad, de quien podia decir la imperial y coronada villa de Madrid,

Que sintiendo *á Belona no propicia,*
En paz dejó los campos marciales,
Conduciéndole Apolo á mis riberas,
Capitan general de sus banderas (2).

Lo cierto, por más que diga D. Gaspar Agustin de Lara en el *Obelisco fúnebre,*

Que es todo uno,
Minerva y *Palas*, para el noble, suma;

lo cierto es, repetimos, que la verdadera y completa vocacion del inmortal autor de *La Vida es sueño*

---

(1) *El mayor encanto amor*. Jornada primera, escena VII.

(2) *Obelisco fúnebre á la memoria de Calderon*, de don Gaspar Agustin de Lara, octava 52, citada por el Sr. Hartzenbusch en la *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo VII.

fué siempre, y no dejó de serlo un solo instante de su larga vida, la dramática, si no con exclusion completa de cualquiera otra, al ménos sobreponiéndose á todas, y eclipsándolas en consecuencia.

Léjos, muy léjos, estamos de poner en duda que, como buen caballero, cumpliria siempre bizarramente con sus obligaciones de soldado en el campo de batalla, ni creemos que pueda negarse que su perspicaz ingenio y recto juicio fuesen, tal vez, muy útiles en el consejo de guerra; pero el servicio militar, profesionalmente considerado, requeria entónces ya, aunque no tanto como en nuestros dias, cierta asiduidad prolija, y con ella un sinnúmero de minuciosos cuidados, tan indispensables como prosaicos, para cuyo constante desempeño no se nos figura que estaba nuestro poeta muy cortado.

A los nueve años de servir, en efecto (1634), Calderon todavía consideraba el ejercicio de las armas tan poéticamente como se desprende de los bellísimos versos que vamos á copiar, y de cuyo tenor se deduce con evidencia lo que ántes dijimos, á saber: que el Príncipe de nuestra escena nunca fué, ni ser podia, militar de oficio, sino positivamente y siempre buen caballero en el campo, y acaso tambien buen consejero en determinadas ocasiones.

Dícenos, pues, por boca de su *D. César*, en la comedia titulada *Para vencer amor, querer vencerle:*

Ese ejército que ves
Vago al hielo y al calor,

La república mejor
Y más política es
Del mundo; en que nadie espere
Que ser preferido pueda
Por la *nobleza que hereda*,
Sino por la que él se adquiere;
Porque aquí á la sangre excede
El lugar que uno se hace,
Y sin mirar cómo nace,
Se mira cómo procede.
Aquí la necesidad
No es infamia; y si es honrado,
Pobre y desnudo un soldado,
Tiene mejor calidad
Que el más galan y lucido;
Porque aquí, á lo que sospecho,
No adorna el vestido al pecho,
Que el pecho adorna al vestido.
Y así, de modestia llenos,
A los más viejos verás
Tratando de ser lo *más*
Y de parecer lo ménos.
Aquí la más principal (1)
Hazaña es obedecer,
Y el modo como ha de ser
Es, ni pedir ni rehusar.
Aquí, en fin, *la cortesía*,
El buen trato, *la verdad*,

---

(1) Este verso debe estar adulterado, ó se le escapó á Calderon, pues terminando en *al*, como termina en efecto, no rima, como debia, con el cuarto de la misma redondilla, que acaba con la palabra *rehusar*. Ya en tiempo de Calderon no era disculpable confundir así la asonancia con la consonancia.

La fineza, la lealtad,
El honor, la bizarría,
El crédito, la opinion,
La constancia, la paciencia,
La humildad y la obediencia,
Fama, honor y vida son,
Caudal de pobres soldados;
Que en buena ó mala fortuna,
La milicia no es más que una
Religion de hombres honrados.

Cuan léjos estaba esa platónica militar utopia de la verdad en el siglo XVII, D. Alvaro de Ataide, el Sargento y Rebolledo nos lo dicen en el *Alcalde de Zalamea;* y áun en la comedia misma que motiva esta nota, *Espolin*, que, como todos los graciosos de nuestro antiguo teatro, personifica el sentido comun, ó si se quiere, la manera de sentir del comun de las gentes, apénas ha terminado su amo el marcial idilio citado, le replica resueltamente:

Pues señor, aunque es tan bella,
Y su bienestar inmenso,
Queda con Dios, que no pienso
Hacer profesion en ella.
Ni quiero fama, ni quiero
Matarme, ántes ni despues,
Por todo lo que no es
O mi moza ó mi dinero.

A mi juicio, por tanto, no sería de extrañar que Calderon hubiera pasado, en concepto de los militares de profesion de su tiempo, por persona más

á propósito para las aventuras del caballero andante que para los prosaicos oficios del alférez ó capitan de infantería; y con mayor aptitud, en suma, para conquistar el laurel de Apolo que el de Marte, como entónces solia decirse. Y tanto es así, que áun la gracia del hábito de Santiago, que, al decir de Vera Tássis, fué otorgada en premio de los servicios de nuestro insigne poeta en Milan y Flándes, segun el testimonio de otro escritor contemporáneo, concediósele en realidad «por el gusto con que SS. MM. »fueron servidos de oir su gran comedia *Los Tres* »*mayores prodigios*», representada en el Buen Retiro las noches de San Juan y San Pedro del año de 1636 (1).

Sea como quiera, Calderon regresó, en efecto, á la Córte el de treinta y cinco, permaneciendo en ella hasta el de cuarenta sin interrupcion, y no en desgracia ciertamente, sino muy en favor; pero muy en favor como poeta dramático, y no más que como poeta dramático; pues, á la cuenta, tambien los políticos de aquella época debieron de juzgarle, por su habitual, constante y feliz comercio con las musas, poco á propósito para las prosaicas realidades de la vida, y muy especialmente para practicar las, entón-

---

(1) Véase la pág. 671, tomo XIV, de la *Coleccion* de Rivadeneyra, y en ella un párrafo de cierto códice de la Biblioteca Nacional, donde textualmente se dice lo que copiamos.

ces tenebrosas y no muy honestas, vias del mundo diplomático.

Quizás él mismo, aleccionado por lo mal que le estuvo á su tan ilustre como infeliz contemporáneo D. Francisco de Quevedo y Villegas la intervencion en los negocios políticos, por más que le amparase el favor del gran Duque de Osuna, debió enfrenar su ambicion, si alguna vez la tuvo; pero lo que nos parece más verosímil es que, como ya lo dijimos, su vocacion dramática le apartára del camino de las intrigas palaciegas, con más fuerza todavía que del servicio militar activo le habia separado.

Más de veinte dramas escribió y fueron representados desde el año de 1635 al de 1640, en el cual, saliendo á campaña las Órdenes militares, no quiso el Rey que Calderon siguiera el estandarte de la suya, por la razon singularísima, y no queremos calificarla de otro modo, de tenerle mandado escribir la comedia del *Certámen de Amor y celos* (1), que, por cierto, es una de las de nuestro autor que hasta ahora no han podido encontrarse.

Dichosamente Calderon, en quien la honra era de instinto, comprendiendo, sin duda, que no podia estarle bien tañer la lira en la Córte, miéntras los caballeros sus hermanos blandian en la guerra el

(1) Así lo dice terminantemente Vera Tássis, añadiendo que la comedia se representó en el estanque del Buen Retiro.

acero, *concluyó en breve tiempo la comedia*, y tuvo lugar para seguirlas (á las Órdenes militares) *á Cataluña, sentando plaza en la compañía del excelentísimo Sr. Conde-Duque de Olivares, donde asistió* hasta ajustarse la paz de los dos reinos (1), que volvió á la córte, y S. M. le hizo *nueva merced de treinta escudos de sueldo al mes, en la consignacion de la artillería.*

Calderon, como se ve, era de los amigos del célebre primer privado de Felipe IV; circunstancia que debió contribuir no poco á que el Marqués de la Hinojosa le eligiese para su embajador, enviándole desde Tarragona á la Córte á dar cuenta á S. M. del estado de aquel ejército (2), y pedir instrucciones sobre si habia ó no de canjear prisioneros con los catalanes insurrectos, como éstos lo pretendian.

Dos años despues (1643), y ya tarde, por cierto, para evitar la desmembracion más dolorosa y transcendental de cuantas la monarquía española ha pa-

---

(1) Como la guerra civil en Cataluña no terminó hasta el año de 1652 con la rendicion de Barcelona, y por otra parte en 1649 estaba ya Calderon en *Alba*, con el duque del mismo título, no sabemos á qué paz aluda aquí Vera Tássis, como no sea á la de Westfalia, que, en efecto, se firmó en 1648, pero que ningun efecto, directo al ménos, produjo en los negocios del Principado.

(2) Véase en las páginas XXX y XXXI, tomo VII de la *Coleccion* de Rivadeneyra, la cita que hace el Sr. Hartzenbusch de los *Avisos históricos* del 5 de Noviembre de 1641.

decido, Felipe IV se resolvia, en fin, á separar de su lado al Conde-Duque de Olivares; suceso que acaso explique por qué nuestro poeta, al dejar á Cataluña, lo cual conjeturamos que ocurriese en 1648, en vez de regresar á la Córte, su patria y radical domicilio, se fué á buscar descanso y sosiego en Alba de Tórmes, al abrigo y amparo del duque de aquel título y señorío.

Quizá recelaba que D. Luis de Haro, sucesor en el ministerio y la privanza de su tio el de Olivares desde 1647, mirase con prevencion desfavorable al poeta por aquel ántes favorecido; pero, si tal llegó á temer Calderon, engañóse grandemente. Haro, que era un hombre conciliador, en todo templado, y que lo mucho que en genio y elevacion le faltaba, suplíalo con el tacto, la tolerancia y el dón de ganar amigos, no tenía interés alguno en malquistarse con el autor más célebre de su época, y mucho ménos en ahuyentar de la Córte á un hombre como aquel, que, ajeno á la ambicion política, era acepto al Monarca por sus eminentes dotes literarias.

Así, al contraer Felipe IV matrimonio con doña Mariana de Austria (1649), un *Real decreto* mandó á nuestro insigne vate *volver á la Córte* á trazar y describir las fiestas y arcos triunfales con que los regios desposorios se celebraron (1).

---

(1) Véase á Vera Tássis, pág. XXXI, tomo VII *Coleccion* de Rivadeneyra. — ¿ Estaria Calderon entónces desterrado de

Entónces escribió Calderon un *libro en fólio*, describiendo la entrada en Madrid de la nueva Reina, libro, nos dice D. Agustin de Lara (1), *de tan elegantes cláusulas, que D. Lorenzo Ramirez de Prado, del Consejo supremo y Cámara de Castilla (Justo Lipsio español), que fué superintendente de aquella celebridad* (y de quien nadie se acuerda ni tiene para qué acordarse actualmente), *permitió que se imprimiese en su nombre.*

Tanto puede y ha podido siempre la adulacion para con los poderosos, que áun el panegirista mismo del gran poeta, y su amigo íntimo ademas, no se avergüenza de escribir lo que dejamos copiado, cuando en realidad debiera decir que tan afortunado fué el bueno de D. Lorenzo, por otro nombre el *Justo Lipsio español*, y tan modesto y tan resignado con las preocupaciones de la época el insigne vate, que consintió, generoso, en que con sus lau-

---

la Córte, como otros parciales del Conde-Duque? No nos atrevemos á afirmarlo, pero sí nos parece que, cuando ménos, su estancia á la sazon en Alba puede considerarse como un voluntario extrañamiento, pues en otro caso no se explicaria que el Rey tuviera terminantemente que mandarle volver á Madrid, donde á él debian llamarle sus intereses, hábitos é inclinaciones.

(1) Prólogo á la obra titulada *Obelisco fúnebre, pirámide funesto á la inmortal memoria de D. Pedro Calderon de la Barca*, de D. Gaspar Agustin de Lara. Véase tomo VII de Rivadeneyra, pág. XXXVII.

reles se engalanase el señor camarista de Castilla.

Pero, dejando eso aparte y volviendo á seguir á Vera Tássis, en su incompletísima, si bien, por desgracia, única biografía que de nuestro autor se conoce, hallamos á renglon seguido de la noticia de su llamamiento á la Córte, y sin preparacion ni explicacion de ningun género, esta otra, de no tan escasa importancia, que no mereciese algunas frases de comentario siquiera:

«El año de 51, por su Real cédula, le dió licencia »el Consejo de las Órdenes *para hacerse sacerdote*, »con que atajó aquellos ardentísimos impulsos mili»tares, dedicándose al más forzoso obsequio del »Dios de los ejércitos, como tambien á la dulce »quietud de las festivas Musas» (1).

Súbito pues, sin que dato alguno histórico, ni de la vida pública ni de la privada de Calderon, nos preparase á tan grave peripecia, encontrámonos con que el soldado cortesano se nos transformó en sacerdote, sin dejar, empero, de ser nunca, como armado en Flándes, y con su capa y espada en los palacios de Madrid lo habia sido; sin dejar de ser nunca, repito, ni áun bajo las sacras vestiduras del Levita de la ley de gracia, lo que á la Providencia le plugo hacerle: poeta, y sobre todo y siempre gran poeta dramático.

A Lope de Vega le habia llevado el sentimiento

---

(1) Véase *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo VII, pág. XXXI.

al sacerdocio (1), despues de haber sido dos veces, ambas por amor, casado, y de tener hijos y perderlos en edad temprana. Si Moreto, como el Sr. Don Luis Fernandez-Guerra lo ha demostrado con evidencia (2), no fué el matador de Medinilla, y tampoco dispuso en su testamento que se le enterrara en el *Pradillo de los Ajusticiados* de Toledo, que fuera poco ménos que confesarse, *in articulo mortis*, de asesino, y si, por tanto, no hay derecho para presumir que los remordimientos le indujeran á ordenarse; su ingreso en el clero secular es, sin embargo, más fácilmente explicable que el de Calderon, considerando la distinta índole de ambos ingenios, y áun la de los caractéres personales que de sus respectivas obras pueden inferirse.

El autor de *A secreto agravio* nació noble; el del *Lindo Don Diego*, en el estado llano; aquél fué siempre llamado por la córte; éste para introducirse en ella hubo menester el patronazgo del primero (3).

Ni Calderon ni Moreto fueron casados nunca, pero probablemente por muy distintas causas; y en

---

(1) Véase en la misma *Coleccion*, tomo XXIV, primero de Lope de Vega, el discurso preliminar del Sr. Hartzenbusch.

(2) Véase en la misma *Coleccion*, tomo XXXIX, único de Moreto, el excelente Discurso preliminar del Sr. D. Luis Fernandez-Guerra, hermano de D. Aureliano, dignísimo individuo de nuestra Academia.

(3) Discurso preliminar á las *Comedias de Moreto*, ántes citado.

fin, nuestro Poeta no entró en las órdenes sagradas hasta haber vivido medio siglo, miéntras aquel con quien le vamos comparando, debió de hacerlo en edad mucho más temprana, puesto que bajó á la tumba, llevando ya algunos años de sacerdocio, á la de cincuenta y uno y medio (1).

Sería soberanamente injusto disputarles al uno ni al otro la sinceridad de su vocacion eclesiástica; en aquel siglo todos los españoles eran, y no podian ménos de ser, sinceramente religiosos, excesivamente religiosos diriamos, si no supiéramos lo que va de la religion al fanatismo.

El sentimiento religioso transpira en todas las obras dramáticas de Calderon de una manera tan sensible, que la ceguedad misma no puede ménos de advertirlo; y lo extraño hubiera sido que pensára y sintiera de otro modo el hijo de sus Padres, piadosamente educado en su primera infancia por una Madre devota y *religiosamente astuta* (2), como él mismo la llama; en seguida entregado á la direccion de los Padres jesuitas, de cuyas manos pasó á la muy ortodoxa universidad de Salamanca; y que diez años de los mejores de su vida los habia consumido en pelear contra herejes.

---

(1) El mismo discurso ántes citado.

(2) Véase el romance extractado en nota á la pág. X de esta introduccion.

Calderon, sin embargo, fué mucho ménos poeta á lo *devoto* que Moreto, el cual escribió muchas más comedias de santos que su ilustre predecesor en la escena (1), y á nuestro juicio las escribió más inspirado que aquel por el espíritu supersticioso y un tanto milagrero de su época.

De ese espíritu participaba poco el autor de *La Dama duende* y del *Galan fantasma*; tan poco, como hasta la evidencia lo demuestra el inimitable diálogo que, por más conocido que sea, no podemos resistirnos á copiar aquí.

En la escena XXI, jornada primera, de la primera de las dos comedias que he citado, discurre el galan D. Manuel sobre los artificios con que doña Angela, sin conocerla ni saber él cómo, le asiste y enamora en su propio cuarto; y disputando con su criado Cosme, supersticioso como todo ignorante de su siglo, dícele:

Y en duda tal
El juicio podré perder;
Pero no, Cosme, creer
Cosa sobrenatural.

---

(1) Las bíblicas y de asuntos devotos de Calderon no llegan á veinte; sacerdote no escribió ninguna, si bien es verdad que en los autos sacramentales fué, como no podia ménos de ser, escritor místico, aunque no ménos poeta que en su teatro profano.

COSME.

¿No hay duendes?

DON MANUEL.

Nadie los vió.

COSME.

¿Familiares?

DON MANUEL.

Son quimeras.

COSME.

¿Brujas?

DON MANUEL.

Ménos.

COSME.

¿Hechiceras?

DON MANUEL.

¡Qué error!

COSME.

¿Hay súcubos?

DON MANUEL.

No.

COSME.

¿Encantadoras?

DON MANUEL.

Tampoco.

COSME.

¿Mágicas?

DON MANUEL.

Es necedad.

COSME.

¿Nigromantes?

DON MANUEL.

¡Liviandad!

COSME.

¿Energúmenos?

DON MANUEL.

¡Qué loco!

COSME.

¡Vive Dios, que te cogí!
¿Diablos?

DON MANUEL.

Sin poder notorio.

COSME.

¿Hay almas del purgatorio?

DON MANUEL.

¿Qué me enamoren á mí?

En *El Galan fantasma*, el Duque de Sajonia, que cree haber muerto de una estocada, en el jardin de Julia, á Astolfo, su favorecido galan, acudiendo á las voces de los criados de aquella dama, alarmados,

como ella, por la súbita aparicion del que creian difunto en el lugar mismo de su tragedia, encontrando desmayada á la que en vano solicita, naturalmente inquiere la causa, y en consecuencia se entabla el diálogo que sigue:

JULIA.

Yo vi aquí..... desmayada
La voz, torpe la accion, la lengua helada,
Erizado el cabello,
En el pecho un puñal, un nudo al cuello,
Equívoca la vida,
Al corazon la sangre retraida,
. . . .
¡No puedo hablar! Yo vi, yo vi, bañado
En sangre y polvo, á Astolfo, que abortado
De su sangre nacia.

DUQUE.

Detente; que tu gran melancolía,
Que tus vanos desvelos,
En tí fueron temores y en mí celos;
Pues cuanto causa ha sido
De que tú *esa ilusion hayas tenido,*
Con el mismo argumento
Lo es de que tenga yo este sentimiento.
¿Adónde está esa boca (1), que te asombra?
¿Adónde, que te aflige, *está esa sombra,*
Sino es en tu deseo?

---

(1) Alude á la *boca* de una cueva ó pasaje subterráneo, por donde el galan habia penetrado en el jardin.

Y en fe y señal de que las apariciones no le hacen efecto, despide el Duque á cuantos le acompañan; quédase á solas con la dama y sin rodeos declara su pensamiento á lo Tarquino, diciendo:

> Mas, pues un muerto á mí me da desvelos,
> Vivo yo, á él le tengo de dar celos.

Astolfo, que, oculto, asiste á escena tan peligrosa para la integridad de Julia, y que no la quiere á ella Lucrecia, por no verse él Colatino, resuelve estorbar al Duque á todo trance en su mal propósito; pero vacilando entre mostrarse ó no á su poderoso violento rival, exclama:

> Pero si á verme llega,
> El paso á mi esperanza se le niega,
> *Que querer que de verme aquí se asombre,*
> *Es temor de mujer, no es temor de hombre.*

Mata la luz el Galan fantasma, dando una voz, que el Duque reconoce asombrado; mas sin temor que le estorbe, opone bizarramente su espada á la de su rival; y cuando aquél, logrado su objeto, se esconde de nuevo, todavía el pertinaz incrédulo le interpela, diciendo:

> ¿Adónde, *voz*, te escondes?
> Si me llamas, ¿porqué no me respondes?

En la comedia, pues, que nos ocupa, más todavía que en la que primeramente citamos, Calderon se

propuso combatir las supersticiones de sus contemporáneos, haciendo ver cuán fácilmente podian el ingenio urdir, y las circunstancias favorecer, una intriga que superficialmente tuviese, á los ojos del vulgo, apariencias muy verosímiles de sobrenatural acontecimiento. Y que su propósito fué idéntico al escribir en 1629 *La Dama duende*, y cinco años más tarde *El Galan fantasma*, él mismo lo dice, en este último drama, por boca del gracioso y una criada, en estos versos:

PORCIA.

Este Galan fantasma ¿ qué pretende ?

CANDIL.

Que tenga esposo.....

PORCIA.

¿ Quién ?

CANDIL.

La Dama duende.

La despreocupacion, ó para explicarnos con más exactitud, la sensatez de nuestro insigne y católico Poeta, tal como de sus obras se desprende, no pasó inadvertida en sus propios tiempos; ántes, por el contrario, hay clarísimos indicios en las escasas noticias que de él nos quedan, de que, en vida y en muerte, hubo de proporcionarle sinsabores y desaires, de que no era digno ciertamente.

Poco tiempo despues de haberse ordenado, esto es, por los años de 1652 á 1653, habiéndole prescrito el Patriarca de las Indias que escribiese, como de costumbre, los autos sacramentales para la fiesta del *Corpus*, trató Calderon de excusarse de hacerlo en una discreta y curiosísima carta, inserta por el Sr. Hartzenbusch en el catálogo cronológico de los dramas de nuestro autor; carta de cuyo contexto se infiere que la gente ultra-devota le murmuraba cruelmente la *habilidad poética* que Dios le habia dado, y él aprovechaba en conciencia; y carta en la cual se encuentra el pasaje siguiente:

«Con esta autoridad (la del precepto terminante del Rey para que escribiese), honestados á luz de servicio los decoros de mi nuevo estado, *sin haber tomado la pluma para otra cosa que no sea fiesta de S. M. ó fiesta del Santísimo*, obedecí entónces y desde entónces á cuanto en esta fe se me ha mandado, hasta que, *habiendo puesto los ojos en una pretension que cabe en los límites de mi esfera*, no desguarnecida de servicios propios y heredados; *despues de publicada la merced, me la ha retirado la objecion* DE NO SÉ QUIÉN, *que juzga incompatibles el sacerdocio y la poesía.*»

Prosigue discutiendo con su ingeniosa lógica de siempre sobre la monstruosa contradiccion é insoportable injusticia de obligarle á escribir, y condenarle al propio tiempo porque así lo hacia, y concluye, tan enérgica como fundadamente, exclamando:

«O esto es malo, ó es bueno: si es bueno, no me obste; y si es malo, no se me mande» (1).

Tal era la intolerante injusticia con que se trataba al siempre católico, ortodoxo y piadoso poeta, á la cuenta por el pecado de no ser compatibles con su claro ingenio y recto juicio las supersticiones que, ya fuertes á mediados del siglo XVII, habian de triunfar de todo lo razonable ántes de concluirse aquella centuria, degradando á España y escandalizando al orbe en el reinado de Cárlos II el Hechizado.

No nos sorprende, pues; — lo que pudiera sorprendernos sería lo contrario; — no nos sorprende que *la Visita eclesiástica mandára suprimir en* 1692 el aniversario perpétuo que en sufragio del alma de Calderon habia fundado, en su iglesia del Salvador, la venerable congregacion de Presbíteros naturales de Madrid; ni tampoco que anteriormente hubiese la misma *Visita* desaprobado los gastos del epitafio y monumento á nuestro Poeta erigidos (2).

En vano sus virtudes le adquirieron el título de *venerable*, que le distinguia ya en los dias de su existencia; natural era que el Tribunal de la Inquisicion, apoyándose sólo en sus obras dramáticas, impidiera

(1) *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo XIV, páginas 676 y 677.

(2) Biografía de Calderon, de D. Antonio de Iza Zamácola.—*Coleccion* de Rivadeneyra, tomo VII, pág. XXV.

que, despues de algunos años, se entablase expediente de beatificacion (1).

Calderon, á nuestro juicio, hubiera podido muy bien responderles, tanto á sus detractores como á sus panegiristas, si Calderon conociera el idioma de Racine:

Je n'ai pas merité
Ni cet excès d'honneur, ni cette indignité.

Porque, en efecto, parécenos que estaba tan léjos de la ascética perfeccion moral, necesaria para merecer los honores de la apoteósis cristiana, como de la *indignidad*, que pudiera excluirle de los que con sobrada justicia le decretaron sus contemporáneos y la posteridad le ha confirmado.

Es preciso, pues, para explicarnos su ingreso en el sacerdocio, buscar alguna otra causa, fuera de la exaltacion de sus sentimientos religiosos, que, si bien profundos, sinceros, ortodoxos y razonados, no fueron nunca de naturaleza que pudieran conducirle, ni en efecto le condujeron, á la soledad del claustro, al aislamiento del desierto ó á los peligros del apostolado.

Por de pronto, la circunstancia de encontrarse aún exento del yugo del matrimonio, á los cincuenta y dos años de edad, aquel hombre que segura-

(1) Biografía ántes citada.

mente no habia nunca huido del trato con las damas, sino que, por el contrario, habíalas frecuentado mucho, tanto en la córte como en la villa, y no ménos en el terrero y en el parque que en los salones de palacio y los estrados particulares, merece tomarse muy en cuenta.

Plausible es, y mucho, la hipótesis del Sr. Fernandez-Guerra respecto al celibato de Moreto, quien, procediendo de muy modesta cuna, ménos aristocráticamente relacionado que Calderon, y sin embargo, levantando muy alto su pensamiento en materia de amores, concíbese muy bien que, no pudiendo enlazarse con la *gran señora* que ambicionó, acaso prefiriese la soledad á recibir en su tálamo á alguna mujer plebeya.

Las circunstancias de familia y posicion social de nuestro Poeta eran mucho más ventajosas en esa parte, y el no haberse casado hasta el año de 1651 explícase bien, á nuestro juicio, tanto ó más que por su misma galantería, ó la hipótesis de algun amor desgraciado, por sus viajes á Milan, Flándes y Cataluña, así como por sus nunca satisfechas aspiraciones á ocupar, en el ejército ó en la córte, un puesto tan elevado como á sus méritos correspondia.

Célibe, pues, á una edad en que fuera ya temeraria la esperanza de enamorar, aunque lo enamorado quepa en lo posible; más práctico en las intrigas de la galantería cortesana que capaz de un amor tan tierno y exaltado como fuera menester en un hom-

bre de sus años para sacrificar su libertad á la posesion de una mujer, y á su felicidad exclusivamente consagrarse; con sobra de experiencia y conocimiento del mundo para ignorar qué riesgos corre el varon provecto que tan á deshora acude á los altares de Himeneo; y nunca, en fin, tan apto, á juzgar por sus escritos, como lo fué Lope para gozar de la bienaventuranza de

Ver una *honrada cara*
Y *dos hijos* á la mesa,

Calderon hubo muy naturalmente de pensar y decirse que era ya tiempo de tomar estado, y que éste, en sus circunstancias y sus años, no podia ser otro que el eclesiástico.

Por otra parte, en la carrera militar no habia logrado, por una ú otra causa, la posicion social, como ahora decimos, á que era preciso se sintiera con derecho; y como tampoco en la córte supo, quiso ó pudo elevarse, ¿qué camino le quedaba abierto fuera del de la Iglesia? En ella sola podia esperar una situacion decorosa, que le permitiera ademas entregarse con sosiego y descanso á su natural inclinacion; en ella sólo le era lícito aspirar al

Otium cum dignitate,

necesario para gozar tranquilamente de *la dulce quietud de las festivas Musas;* y por ella sólo pudo prometerse llegar, sin más tempestades que las ya

corridas, al término de su peregrinacion por este valle de lágrimas.

Es posible tambien,—y con ésta pondrémos términos á la ya sobradamente larga serie de nuestras conjeturas,—que considerándose nuestro Poeta como no muy afianzado en el favor de la córte, en virtud de sus antiguas relaciones con el Conde-Duque, creyese prudente *tomar iglesia*, como con igual propósito solian hacerlo muchos personajes de su época, y lo habia señaladamente hecho, en el reinado anterior (el de Felipe III), el famoso Duque de Lerma, cuya cabeza, en efecto, puso el capelo cardenalicio al abrigo de aquel rayo que hirió de muerte la del imprevisor y desdichado D. Rodrigo Calderon, prototipo aún entre nosotros de la instabilidad de la fortuna palaciega.

Sea como quiera, Calderon, una vez Sacerdote, sin dejar de ser poeta, fué sucesivamente agraciado, en 1753 con una capellanía de las de *los señores Reyes nuevos de Toledo* (1); diez años más tarde con otra

---

(1) Debemos al Presbítero D. José de Moya y Soler, beneficiado de la santa iglesia catedral de Toledo, visitador de su diócesis, predicador de S. M., etc., etc., que con su amistad nos honra y favorece, las siguientes curiosísimas noticias.

Se desea saber la importancia y estimacion de las capellanías de Reyes nuevos en Toledo, principalmente en el tiempo en que obtuvo y disfrutó la suya el Sr. D. Pedro Calderon de la Barca. Creemos que regis-

de *honor* en Palacio, conservando los gajes y emo-

---

trando el archivo, se podrá investigar y fijar con precision la renta que èntónces tenian las capellanías, para lo cual se necesita tiempo y no poco trabajo; pero juzgamos que para formar idea y concepto cabal bastará saber la calidad de las personas que las obtuvieron. A este propósito he registrado documentos oficiales desde el año 1601 al 1699, es decir, cincuenta y dos años ántes de ser nombrado el Sr. Calderon de la Barca, los treinta que disfrutó su prebenda de capellan, y los restantes, hasta fines del siglo XVII, y resulta que ántes de ocupar su silla hubo en las capellanías ó eran Capellanes:

Cardenales.	1
Arzobispos *in partibus*.	1
Obispos *in partibus*.	3
Canónigos de metropolitana.	4
Idem de sufragánea.	11
Escritores públicos.	4
Caballeros de las órdenes militares.	15
Capellanes de honor.	24
Rectores de universidad.	2
Colegiales de colegios mayores..	25

El Sr. Calderon de la Barca tomó posesion en 1653 y murió en 1681; en su vacante entró un Arzobispo de Irlanda, hijo de los condes de Lince.

Los Capellanes mayores tenian doble renta que los menores, y en el periodo de los cien años obtuvieron la capellanía mayor hijos de la Grandeza y de las casas siguientes:

De Altamira dos; el primero de ellos pasó á ser Arzobispo de Toledo y Cardenal, desde su silla de capellan mayor.

Las otras casas fueron la de Villena, de Villamanrique, de Mirabel y de Medina Sidonia.

Dos hijos de la Grandeza se sentaron entre los capellanes menores.

Dos Patriarcas de las Indias fueron tambien Capellanes mayores, y un Dean de Toledo.

Las consideraciones que de estos datos se desprenden para el objeto

lumentos de la primera; luégo con una pension en Si-

---

de saber lo que se desea, son muy obvias. No me fijaré más que en el Cardenal Aguirre, que entró el año 1687; era un fraile; fué hecho Cardenal por servicios al Papa, y el Rey de España creyó que era más que suficiente la renta de capellan menor para sostener decorosamente su dignidad.

Eran por otra parte muy apetecidas estas capellanías, porque el Rey dispensaba de la residencia á quienes le placía, como creo que tambien lo hizo con el Sr. Calderon, y así lo hizo con los Patriarcas, sus limosneros.

Deduzco de lo expuesto que el Sr. D. Pedro Calderon de la Barca debió estar muy satisfecho con su hábito de Santiago, su capellanía de honor, y sobre todo, con su capellanía de Reyes de Toledo, por más que reconozcan todos que ni esto ni nada era digna recompensa de su mérito eminentísimo.

Los datos siguientes están sacados á la letra del libro en que constan todos los capellanes desde el año 1535:

En 19 de Junio del año 1653 tomó posesion de su capellanía el señor D. Pedro Calderon de la Barca, natural de la villa de Madrid, caballero de la órden de Santiago, hijo de Diego Calderon de la Barca, escribano de cámara, y de doña Ana María de Enao, ambos naturales de Madrid. Entró dicho dia, despues del punto de la tarde, en la capellanía que estaba vaca en esta Real Capilla por muerte del Sr. D. Juan Baptista Solórzano.»

Esta partida tiene dos notas una al márgen izquierdo, que dice así:

D. Pedro Calderon de la Barca está enterrado en San Salvador de Madrid, y hay tradicion de que su lengua y brazo derecho están íntegros.

La segunda nota, que está al márgen derecho, dice así:

Murió en Madrid, á 25 del mes de Mayo de 1681. Fué insigne escritor y capellan de honor de S. M., y muy conocido en el orbe literario, y especialmente por la grande y singular obra de sus *Autos sacramentales.*

Añadiré mas, para completar esta noticia cuanto nos es dado, que el viajero frances que, anónimo, publicó *Le Journal du voyage en Espagne* (París, 1779) dice, con referencia al año de 1659 (páginas 54 y 55), que el Arzobispo de Tole-

cilia; y en fin, con otras especiales y contínuas mercedes, en reconocimiento de sus grandes servicios y premio de sus altos merecimientos (1).

Treinta años cabales mediaron desde que el Consejo de las Órdenes autorizó para ordenarse á nuestro insigne Poeta hasta que por la divina Providencia fué llamado á juicio; y en tan largo espacio de tiempo, salvas las contrariedades que nadie excusa en su tránsito por la tierra, y acaso algunos para él muy amargos sinsabores, que pudo causarle la intolerancia de los fanáticos de su época, fuéronle siempre propicios olas y vientos en el piélago del mundo; y su existencia, ya con rumbo fijo y seguro, navegó á la tumba, su forzoso puerto, con el sosiego mismo que en sereno caluroso dia, y sobre las tranquilas aguas de pacífico lago, se encamina el blanco

---

do tenía entónces cerca de 300.000 escudos de renta, 100.000 la fábrica, cada uno de los cuarenta canónigos, 3.000; el arcedianato de Toledo, que disfrutaba D. Juan de Austria, 40.000; otros tres arcedianos, 12 y 15.000; el Dean, que lo era á la sazon D. Pascual de Aragon, 10.000; la menor de las demas dignidades, 6.000; cada racionero, y eran cuarenta, 200; el *capellan mayor de Reyes nuevos,* 12.000; y por último, cada capellan de la misma capilla, *mil y doscientos escudos.* Si el viajero estaba bien informado, no es de admirar que Calderon muriese pobre.

(1) Vera Tássis, *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo VII, página XXXI.

cisne á la enramada ribera que con su bienhechora sombra le convida.

Soldado intrépido y pundonoroso en su juventud, cortesano digno y pronto siempre á tirar de la espada, tanto en servicio de su Dios y de su Rey y de su Patria, como en defensa de su honra y de su dama; ya varon provecto, Sacerdote ejemplar por su fe, por la pureza de sus costumbres y por la caridad inagotable de su espíritu; desde que comenzó la nieve de las canas á blanquear sobre el verde làurel que ya su frente ceñia, hasta que en avanzada senectud trocó el humano sér por mejor vida; Calderon fué siempre tan poeta dramático de sacerdote como de cortesano y de soldado.

Su vocacion era tan irresistible como su aptitud inmensa; el teatro, su natural elemento, y todo lo demas fué, y no podia ménos de ser, episodio en su vida.

¿Cómo habia de ascender en el ejército, ni de encumbrarse en palacio, ni de alcanzar tampoco en la Iglesia mitra ó dignidades, si el tiempo que debiera consumir en congraciarse con los Generales, tomar parte en las intrigas de los validos ó captarse la voluntad de los Prelados, empleábalo, y le bastaba apénas, en remontarse, en alas de su fecundo ingenio y de su filosófico espíritu, á la más alta cumbre del Parnaso español, en donde sus contemporáneos con entusiasmo le aplaudieron, y nosotros hoy con veneracion profunda le contemplamos?

De más de ciento y veinte comedias, escritas por Calderon, desde la edad de trece años (1) á la de ochenta (2), se tiene noticia; de ese número consta la *Coleccion* de Rivadeneyra, que, gracias al inteligentísimo celo y erudicion discreta del Sr. Hartzenbusch, es la más completa, esmerada y digna de fe de cuantas se conocen. Vera Tássis nos dice (3) que dejó ademas doscientas *loas* divinas y *humanas*, cien autos sacramentales, otros tantos sainetes, entremeses ó farsas, el libro de la *Entrada en Madrid de la Reina Doña Mariana de Austria* un discurso en octavas sobre los cuatro Novísimos, un tratado en defensa de la nobleza, otro en la de la comedia y una abundante coleccion de poesías sueltas, premiadas en certámenes y academias.

Volvemos á decirlo: vida literariamente tan aprovechada no podia serlo mucho en el mundo militar ni en el político, ni en el eclesiástico tampoco, en cuanto á medros personales.

Terminóse, pues, pacífica y piadosamente el dia 25 de Mayo del año de 1681, con llanto universal y sincerísimo duelo en sus contemporáneos; perdiendo

---

(1) El *Carro del cielo*, que es una de las perdidas, fué escrita en tan tiernos años, segun testimonio de Vera Tássis.

(2) *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, representada en el Buen Retiro, el dia 3 de Marzo de 1680.

(3) *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo VII, página XXII.

en Calderon, el teatro español su príncipe, la córte su poeta laureado, la Iglesia un ejemplar sacerdote, los pobres un bienhechor, la honra castellana un gran maestro, y cuantos le conocian y trataban, un amigo afectuoso, un discreto consejero y un acabado modelo de todas las virtudes sociales.

La venerable congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, á que pertenecia desde 1663, y á quien hizo su universal heredera, erigióle un monumento en la iglesia del Salvador, y fundó en ella un aniversario perpétuo en sufragio de su alma, como ántes hemos dicho. Allí descansaron sus restos mortales hasta que el año de 1840, amenazando ruina la iglesia, fueron trasladados, por diligencia de algunos piadosos admiradores de nuestro gran dramático, á la capilla del cementerio de la sacramental de San Nicolas, donde yacen todavía, esperando el monumento que España les debe y el mundo echa de ménos.

Hasta aquí las escasas noticias que tenemos de la vida de D. Pedro Calderon de la Barca.

ENSAYO CRÍTICO.

I.

CONSIDERACIONES GENERALES.

¿ Qué puede ya decirse del teatro de Calderon, que no esté dicho en tanto como sobre su teatro se ha escrito en España y en el extranjero?

No hay, ciertamente, quien se atreva á disputarle el principado entre nuestros poetas dramáticos del siglo de oro de las musas castellanas. Sus detractores tienen que limitarse á acusarle de no haber querido ó sabido sacudir el yugo del mal gusto de su época; tachándole de voluntario infractor de los supuestos dogmas aristotélicos, y exigiéndole ademas tan severa como inmotivada responsabilidad porque no sintió, pensó y escribió en la España de su tiempo, como escribieron, pensaron y sintieron Aristófanes y Eurípides en la clásica Grecia, Plauto y Terencio en la aristocrática Roma, Molière y Racine en la Francia de Luis XIV, y entre nosotros Inarco Celenio.

Verdaderamente causa lástima, cuando la indignacion no provoca, considerar la intolerancia y en-

sañamiento con que recíprocamente se juzgan y maltratan las dos opuestas escuelas, ó más bien banderías, en que ya de muy antiguo se divide la grey literaria, malgastando el ingenio en tan inútiles como encarnizadas controversias, sobre vanas cuestiones de forma empeñadas, y á despecho de la sana razon mantenidas.

¡Como si la ley de armónica variedad en el conjunto de la creacion visible no alcanzára tambien á las producciones del entendimiento!

¡Como si la belleza ideal, á que la poesía está llamada á dar forma sensible, pudiera tener más estrechos límites en la múltiple diversidad de sus manifestaciones, que la belleza plástica, atributo de que son capaces todas las obras de la divina Omnipotencia, desde el astro que rutilante brilla en la bóveda celeste, á la más humilde planta que en la profundidad de los bosques vegeta; desde el sér creado á imágen y semejanza del soberano Autor del universo, hasta el rudimental invertebrado insecto!

Si la *poesía dramática* (para contraernos á nuestro asunto) es y debe ser siempre *una* en sus condiciones esenciales, el *arte* varía, debe variar y variará indudablemente en lo sucesivo, como hasta aquí viene variando, para acomodarse á los tiempos, civilizaciones y pueblos en que florece.

Porque el *teatro*, en suma, no es un fenómeno peculiar ni un privilegio exclusivo de nacion alguna ó de época determinada, sino un hecho, históricamen-

te y en general hablando, universal; una lógica, legítima é importantísima consecuencia de la *sociabilidad*, ingénita y característica condicion de la especie humana. Porque el teatro es uno de los medios más eficaces que el hombre emplea para satisfacer su natural tendencia, ó mejor dicho, su forzosa necesidad de estar siempre en comunion con sus semejantes, tanto los contemporáneos como los antepasados, aprendiendo de ellos lo bueno y lo malo, aprovechándose de sus aciertos y escarmentando en sus errores, gozándose en sus venturas y llorando sus desdichas.

Porque el teatro es á un tiempo máquina que galvaniza las generaciones que fueron, en provecho ó deleite de la presente, y espejo en que ésta á sí propia se mira retratada.

Y porque el teatro, en fin, es un gran libro á todos abierto, fácil de hojear, y en que buscando los más solamente algunas horas de sabroso entretenimiento y racional deleite, hallan, sin embargo, el indocto cómodo suplemento á su ignorancia, el desocupado obvia satisfaccion á su curiosidad perezosa, el filósofo distraccion discreta, el moralista ejemplos, el mundano escarmientos, y el pueblo, por último, aprende, solazándose y sin advertirlo, más de una verdad importante, que de otro modo, imposible fuera que á su conocimiento llegára.

De ahí la inalterabilidad de las condiciones esenciales de la poesía dramática.

Por eso la moral pública y privada deben ser en él siempre escrupulosamente respetadas; por eso se le exige que áun en lo maravilloso y en la forma inverosímil, la verdad se sienta y consagre; y por eso es necesario que la estructura de las fábulas escénicas, su desenvolvimiento y tendencias, de tal modo estén en armonía y consonancia con la manera de ser, de pensar y de sentir del público, que fácil y profundamente le conmuevan, disponiéndole para que, como con gran razon dice un gran Poeta, en gracia de lo dulce del gusto, admita y aproveche lo amargo en la esencia de la leccion recibida.

Lograr ese fin es el del arte; y dicho se está, por tanto, que si ha de conseguirlo, indispensable le será variar sus formas, acomodándolas á los tiempos, los pueblos y las circunstancias; que no trata, ciertamente, la medicina de idéntica manera, aunque una misma enfermedad padezcan, al niño que al adulto, ni al robusto labrador que al afeminado cortesano.

Y de hecho, y á despecho de cuantos críticos dogmáticos hasta aquí fueron, de hecho el teatro ha obedecido siempre y en todas partes á esa ineludible ley fundamental de su existencia y poderío; de hecho el teatro ha reflejado constantemente, poetizándola más ó ménos, la civilizacion especial de cada época y de cada pueblo; y de hecho *el teatro español*, al surgir, por así decirlo, de la fecunda imaginacion del Fénix de los ingenios, como nació Minerva del cere-

bro de Júpiter, armado ya de punta en blanco, fué lo que ser debia, supuestas la índole y condiciones entónces del pueblo ibérico.

Demostrar esa verdad con evidencia matemática no nos sería difícil ciertamente; mas como los límites de este ensayo no nos permiten lo que el asunto requiere, procurarémos condensarlo en la exposicion de algunas y muy contadas observaciones generales.

II.

ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

España, si miéntras fué gótica vivió en el contacto entónces posible con el resto de Europa, participando hasta cierto punto de las vicisitudes de aquella apénas rudimental civilizacion; desde que la invadieron los árabes, á principios del siglo VIII, con facilidad conquistada, pero nunca al yugo dócilmente sometida, consagró exclusivamente todas sus fuerzas á la restauracion de su nacionalidad cristiana, aislándose, por decirlo así, del universo entero, sin soltar en siete siglos las armas de la mano, y sin apartar de su pensamiento la idea, ni de su voluntad el propósito de exterminar á sus vencedores, ó cuando ménos arrojarlos de nuevo á los desiertos del África, para que otra vez y para siempre quedase el patrio

suelo todo él bajo la sombra del árbol santo del Gólgota cobijado.

Que en pueblo tal, la poesía no pudo ménos de afectar formas á un tiempo místicas y belicosas, déjase comprender tan fácilmente, que fuera pedantería detenernos á demostrarlo; pero cumple á nuestro propósito observar que la ausencia entre nosotros, durante el largo período de la lucha contra los árabes, de toda literatura dramática propiamente dicha, no es ménos lógica y natural que la preexistencia y popularidad de los romances, poemas en realidad líricos, así como del suelo español indígenas.

No era posible, en efecto, que nuestra imaginacion meridional, iluminada en virtud de su contínuo aunque hostil contacto con los entónces, y relativamente hablando, ilustrados y galantes moros cordobeses y granadinos; y excitada ademas por el ardor mismo de la tenaz pelea, sus sorprendentes peripécias, sus sangrientas catástrofes, sus triunfos milagrosos y sus derrotas horrendas, dejase de inflamarse y de expresar poéticamente las profundas emociones, que tal y tan larga serie de victorias y desastres, de pérdidas y conquistas, de escaramuzas y batallas, y de feroces atentados al par que de heroicos actos de abnegacion cristiana, habian de producir necesariamente en el ánimo de nuestros gloriosos progenitores.

Mas pedirles á los cantos de los poetas de aquellos siglos formas esmeradamente cultas y atildados con-

ceptos, fuera tan necio como inútil; un ritmo sencillo, una locucion más enérgica que académica, y una rima fácil, que halagando el oido con su cadencia, no embarazase la pluma del escritor, era cuanto podia esperarse de la época, y lo que bastaba y convenia á un pueblo más avezado á las fatigas del campamento que á los tranquilos goces de la civilizacion sedentaria.

Y eso fué el romance, capaz (y perdone la memoria del Sr. Hermosilla); capaz, digo, como probado lo tiene, así de los estridentes sonidos de la trompa épica como de la suave melodía del caramillo; y no ménos apto para la narracion, ya histórica, ya novelesca ó fantástica, que para expresar todas las humanas pasiones, desde la más furibunda ira hasta el afecto más tierno y melancólico.

Bastóles el romance á nuestros mayores durante muchas centurias; él es la basa, fundamento y orígen de la verdadera poesía española; y nunca la marcha y progresos, los defectos y las bellezas de esta se explicarán bien, hasta que la crítica, desapasionada é inteligente, refiera sus juicios más que á teorías puramente especulativas, á los principios que de sí arrojan nuestra historia y nuestras especiales intelectuales condiciones.

Explícase, pues, fácilmente la no existencia del teatro en los tiempos á que nos referimos.

Hombres á quienes era familiar el fragor de las armas «desde el primer sollozo de la cuna», y edu-

cados, cual los lacedemonios, más para morir en las lides como buenos, que para gozar de la vida en el hogar doméstico; hombres instruidos casi exclusivamente, y cuando mucho, en los rudimentos más elementales de la religion de sus padres; y hombres, en fin, como aquellos que, desdeñando el comercio y la industria, fuentes de los goces sociales, apénas podian consagrar á la agricultura misma el trabajo indispensable á la satisfaccion de sus primeras necesidades, no eran ciertamente muy á propósito para constituir el público que ha menester el arte escénico.

Por otra parte, vinculado entónces en el clero, con rarísimas excepciones, todo el saber humano, no hubiera sido natural y lógico que de él renaciese, en cuanto á lo profano al ménos, la poesía dramática, sepultada bajo las ruinas del imperio de Occidente, y tal vez en los claustros y catedrales abominada como parte integrante de los gentílicos ritos.

Y si, por último, nos detenemos un momento á considerar por someramente que sea, la condicion social de la mujer durante la edad media, desde luégo advertirémos que, siendo aquella entónces, á pesar de la epístola de San Pablo y del aparente culto que á su belleza se tributaba, más bien *sierva* que *compañera* del hombre, á la sazon en el hogar doméstico, de hecho, y áun en gran parte de derecho, señor de *horca y cuchillo;* y estando por las costumbres condenada á una vida, no sabemos si decir claustral ó

del *harem* copiada, carecia por tanto, y no podia ménos de carecer, de la personalidad propia y de la libertad de accion indispensables en toda figura dramática.

¿Cómo, sin mujer, podia haber drama, cuando las relaciones forzosas entre ambos sexos, cuya íntima union es la que constituye la verdadera unidad social, son realmente el inagotable venero y manantial fecundo de donde proceden, desde el orígen del teatro, y procederán sin duda hasta que el orbe literario fenezca, todas las combinaciones dramáticas?

Y sin embargo, de tal modo está en la naturaleza humana el arte escénico, y tan irresistible es la propension á él en todo pueblo, que en España, apénas nacido y todavía en muy toscas mantillas envuelto nuestro idioma, y distante aún la época en que pudo su nacionalidad constituirse políticamente, comenzaron ya á destellar, si bien pálidos y con las tinieblas de la ignorancia luchando impotentes, los fulgores de aquel astro, que con Calderon habia de brillar luminoso en el zenit de su gloriosa carrera.

Ya, en efecto, durante el curso del undécimo siglo de la era cristiana estaban en uso entre nosotros los espectáculos escénicos, limitándose, empero, en la eleccion de asuntos, á los que de sí dan los sagrados libros, por cuya razon se llamaron *Misterios;* teniendo por teatro el templo, y siendo, así autores como actores, eclesiásticos todos.

Rota así la valla por la Iglesia; y por ella y en

sus más solemnes festividades, habituado el pueblo á las representaciones dramáticas, cuya animacion y vida tanto superan en sus efectos, para la muchedumbre sobre todo, al canto del trovador y al monólogo del juglar, por diestros que uno y otro sean, claro está que el nacimiento, desarrollo y virilidad del drama español, entónces en estado de incubacion, podian tardarse, como de hecho se tardaron, siglos, pero no dejar de realizarse más tarde ó más temprano.

Así, desde el segundo tercio del siglo XIV comienza nuestra literatura á producir obras de carácter esencialmente dramático, como la *Danza general de todas las gentes* (1) (1356); y sucesivamente, en la inmediata centuria, el Marqués de Villena (1414), Rodrigo de Cota (1470) y Juan de la Encina y Lúcas Fernandez (1492), con otros varios, pero ménos célebres ó de todo punto desconocidos, escritores, fue-

---

(1) ¿Es nuestra *Danza general de todas las gentes* anterior ó posterior á la *Danse Macabre* de los franceses, que data tambien de la edad media?—Nuestra escasa erudicion no alcanza á resolver ese problema; pero lo que no tiene duda es que ambas composiciones dramático-coreográficas son próximamente contemporáneas, y tienen en el fondo idéntico argumento, á saber: la inexorable ley que á todos los nacidos condena á muerte, sin distincion de clases, ni respeto á categorías. — Calderon trató magistralmente el mismo asunto en su auto sacramental titulado *El gran Teatro del Mundo.*

ron con ímprobo trabajo y lentitud inevitable abriéndose camino por entre las asperezas de su ruda época, y preparando valerosamente las vias al futuro advenimiento de los semidioses de nuestro teatro.

La época, empero, del renacimiento, como vulgarmente se dice, ó del nacimiento de la moderna literatura, como con más propiedad, á nuestro juicio, debiera decirse, realmente fué en España el primer tercio del siglo XVI; porque hasta entónces, desde la invasion de los árabes, ni habia sido Nacion, sinó un grupo de pequeños Estados, entre sí casi normalmente hostiles; ni tenido unidad de miras y propósito más que respecto á la expulsion de los moros de la Península, y áun en eso no siempre con voluntades tan resueltas y conformes como al pro comun conviniera; ni comunicádose con el resto de Europa más que excepcionalmente; ni, en fin, gozado del reposo y seguridad necesarios para que las letras en un país florezcan.

Pero una vez que tremoló ya en las torres de la Alhambra el pendon cristiano, unidas á la corona de Castilla las de Aragon y de Navarra, y ocupado simultáneamente el trono español por un Monarca, gran político entre los más grandes de su época, y una Reina santa, compendio de cuanta grandeza y ejemplo de cuantas virtudes caben en la naturaleza humana; España comenzó á ser, y su arte dramático tambien á tomar formas distintas y caractéres propios, si bien creciendo con lentitud suma y con-

servando largo tiempo aún ya la mística índole que adquirió en su cuna, ya la fisonomía pastoril ó novelesca, de Italia importada.

Porque, sea lo que fuere de la primacía á que pretenden los poetas ó trovadores lemosines, á quienes no disputarémos ni su antigüedad ni su mérito, la verdad es que Italia fué en la edad media, como Grecia lo habia sido en la era clásica, la cuna y emporio de las letras, y que en su privilegiado suelo comenzó la resurreccion, así de las ciencias como de las artes, y tanto de la poesía lírica, desde el idilio á la epopeya, como de la novela y del arte dramático en todos sus diversos géneros.

La dominacion y guerras de los aragoneses en Nápoles y Sicilia, poniéndonos en íntimo contacto con los italianos, fueron por ende de gran provecho á nuestra literatura, perfeccionando y suavizando sus formas, imprimiéndole un movimiento progresivo, de todo punto imposible miéntras se mantuviera encerrada en la estrechez de su propio peculiar horizonte; y mitigando, en fin, lo que de sobra duro y crudamente vigoroso habia en las elucubraciones mentales de los descendientes de los héroes de Covadonga, de Clavijo y de las Navas de Tolosa.

Seríamos, empero, tan injustos como inexactos, olvidando la deuda literaria que con los árabes tenemos; porque en verdad de ellos tomamos, no solamente la forma del romance, poema esencialmente español, sino ademas cuanto hay de oriental en

nuestra poesía, con esa propension á lo maravilloso y con ese amor al lirismo que caracterizan las obras de nuestros más insignes ingenios, y que, si son prendas de que alguna vez se abusó lastimosamente, no por eso dejan de ser tambien de esencia en nuestra poesía.

España, pues, ya al comenzarse el siglo XVI, gran potencia continental en Europa, extendiendo su cetro á una buena parte de Italia, abocada al señorío de los Países Bajos, y soberana ademas de un *Nuevo Mundo*, por sus naves descubierto y por sus armas conquistado, pudo ya pensar, sin perjuicio del mantenimiento de su poderío en lo exterior, y de atender en lo interior á su unidad, en transformarse, como lo hizo, dejando de ser un vasto campamento, de guerreros poblado, para constituirse en pueblo sedentario y civilizado, con todos los goces que la cultura, ya muy adelantada de la época consentia.

En consecuencia, comenzó el drama tambien á desarrollarse con más rapidez que hasta entónces, buscando argumentos á sus fábulas, no ménos en los asuntos profanos que en los sagrados, y acrecentando sus personajes con figuras tomadas en todas las categorías sociales, desde la suprema y soberana hasta las más ínfimas del proletarismo. Pero lo más notable es, que ya entónces, sin embargo de hallarse el arte en mantillas, brotára, como brotó, desde luégo en sus dominios la discordia, apareciendo simultáneamente, y desde su nacer enemigas, las dos

escuelas, que yo llamaria de buena gana *hispano-tradicional* la una, y *neo-greco-latina* la otra, si no fueran ya universalmente conocidas con los nombres de clásica ésta, y de romántica aquella.

A un tiempo mismo, en efecto, puede decirse que de una parte aparecian las traducciones al castellano del *Anfitrion* y los *Menecmos* de Plauto, de la *Electra* de Sófocles, de la *Hécuba* y alguna otra de Eurípides, y de las seis comedias de Terencio; obras de Francisco de Villalobos, de Juan de Timoneda, de Fernan Perez de la Oliva, del lírico Boscan y de Pedro Simon de Abril, con las comedias de Torres Naharro, que indudablemente quiso imitar á los clásicos antiguos; y de otra parte se representaban en toda España, gozando de gran popularidad, los pasos y comedias de Gil Vicente, Juan de Malara, Lope de Rueda, Luis de Miranda, Timoneda el ya ántes como traductor citado, Alonso de la Vega, el trágico Bermudez, Juan de la Cueva, Cristóbal de Virués, Rey de Artieda, y otros muchos escritores (1), más ó

---

(1) Referímonos aquí, como ya ántes lo hemos hecho, á los *Orígenes del Teatro Español*, de D. Leandro Fernandez Moratin, que pueden consultarse en el tomo II de la *Coleccion* de Rivadeneyra, y al *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español*, del Sr. D. C. A. de la Barrera y Leirado; obra excelente en su género, premiada por la Biblioteca Nacional, é impresa, á expensas del Gobierno (1860), por Rivadeneyra.

ménos románticos, todos docilísimos vasallos de la inspiracion, y que se curaban muy poco de reglas y preceptos, todos precursores, ménos ó más dignos, de Lope de Vega, y todos, en fin y sobre todo, poetas españoles, poetas romancescos, imbuidos en las tradiciones patrias, y más afanosos de conquistarse las simpatías del público, muy poco literario entónces, que de captar la admiracion razonada de los doctos de la época.

Hasta aquí el cáos literario, en cuyo tenebroso heterogéneo flúido flotaban sin rumbo los áun informes elementos del futuro teatro español; pero, llegado ya el momento oportuno, suscitóle la Providencia un creador que con la eficacia de su estro omnipotente hizo que la luz surgiera de las entrañas mismas de aquella oscuridad profundísima, y que nuestra escena brillára por una magnífica pléyade, de esplendentes astros iluminada.

III.

LOPE DE VEGA.

«Entró luégo el *Monstruo de naturaleza*, nos dice el inmortal Cervántes (1); el gran Lope de Ve-

(1) CERVÁNTES, prólogo á sus *Comedias.*

ga, y alzóse con la monarquía cómica»; frases que parecen, y no son hiperbólicas, porque en efecto, inagotable y felicísima fué la fecundidad del Fénix de los ingenios, gloria inmarcesible del Parnaso español, que en tales dotes no ha encontrado todavía rival en el mundo entero; y desde que en el teatro puso el pié, nadie, durante su vida, pudo negarle el vasallaje, y pocos, muy pocos, son los que despues de su muerte han logrado la envidiable dicha de legarnos un nombre que á par del suyo pueda en el templo de la Fama inscribirse.

Aquel inmenso Poeta, dotado del maravilloso instinto que se llama genio, y por innata intuicion sintiendo, quizá más que comprendiendo, el espíritu de su país y de su época, fué quien dió al drama español su forma original y propia; forma desde luégo con unánime entusiasmo por sus contemporáneos recibida, y como nacional consagrada; y forma que, á pesar del transcurso del tiempo y de las modificaciones á él consiguientes en la civilizacion y los gustos literarios, es todavía tan simpática y popular en la España de nuestros dias, que cuantas obras escénicas la afectan, llevan en ello mucho adelantado para su feliz éxito, y no son pocas las que exclusivamente acaso se lo deben.

Ante la evidencia de ese fenómeno, cuya notoriedad nos excusa probanza de ningun género, parece que la crítica, por no decir la intolerancia, del neoclasicismo debiera, si no haber enmudecido, que fuera

mucho pedirle, moderádose al ménos en interes de sus propias doctrinas, y enderezado el rumbo, más bien que al imposible puerto de la resurreccion de un arte sobre cuya losa sepulcral pesaban ya tantos siglos, á playas de más fácil acceso, donde la razon, de acuerdo con los hechos, la estaba llamando.

Pero no nos anticipemos á los sucesos, y volvamos á Lope, que, como lo dice con su acostumbrado tino nuestro muy llorado amigo, el Sr. D. Antonio Gil y Zárate (1), «tuvo la gloria de reunir en un solo raudal (el inmenso de nuestra poesía dramática) los tres manantiales de ella: la *poesía popular*, la *erudita* y los *libros de caballerías*, que hasta entónces habian corrido separados.»

Nuestra *Poesía popular* era entónces una inmensa coleccion de romances, que así referian los sucesos de las guerras de moros y cristianos, como los milagros de los santos, las hazañas, como los amores de los caballeros, las virtudes como las fragilidades de las damas; y en que alternativamente se describian lo maravilloso á par de lo vulgar y corriente, lo sublime al lado de lo trivial, y lo pasado, en fin, á una con lo presente. Los romances moralizaban unas veces, narraban otras; si ahora describian,

---

(1) Juicio general de las obras de Lope, tomado del *Manual de Literatura* del Sr. Gil y Zárate. — *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo XXIV, primero de Lope, pág. XXII.

luégo eran didácticos; su esfera de accion no reconoció nunca límites; su diapason era tan extenso y vario como sus asuntos, y es verdaderamente prodigiosa la facilidad con que de tono variaban, acomodándolo siempre á la entidad del asunto. Unos escritos, otros oralmente transmitidos de padres á hijos; cantados éstos, recitados aquéllos, y todos los buenos sabidos de memoria por nobles y plebeyos, seglares y eclesiásticos, ricos y pobres, su conjunto constituia y pudiera muy bien llamarse el *Libro español* por excelencia; libro comun á conquistadores y conquistados; tesoro de su historia íntima; fórmula general de su manera de sentir; expresion enciclopédica y medida fiel del saber y de la civilizacion de su época.

Por eso nuestros antiguos romances han sido siempre considerados, y lo son hoy todavía, como datos históricos de valor inestimable.

No así los libros de caballerías, que si bien fueron sin duda producto lógico del espíritu de sus tiempos, en vez de retratarlo fielmente, como los romances, trataron de sublimarlo tan sin tino ni medida, que desde luégo incurrieron en la inverosimilitud más absurda y en la más desenfrenada extravagancia.

Preciso es, no obstante, tomarlos muy en cuenta al estudiar la historia de nuestra literatura dramática; y al hacerlo así, al fijar en ellos la consideracion para apreciarlos sintéticamente, desde luégo se echa

de ver el aire de familia, por decirlo así, que tienen con la poesía popular, que les precedió, y áun con aquella de que fueron contemporáneos.

Adviértense, en efecto, en las composiciones de uno y otro género idénticos caractéres generales: así en los romances como en los libros de caballerías combínanse y se manifiestan juntamente la tendencia oriental á lo maravilloso, y la cristiana á lo místico; la natural aficion de un pueblo, no sólo belicoso, sino siete siglos beligerante, á duelos y batallas, á justas y torneos, y al propio tiempo caballeresca galantería, tan propia de nuestro clima y raza; la pasion de los celos hasta el frenesí llevada, y el *punto de honra* tambien en sangriento frenesí convertido; aunados, en fin, por más que antitéticos parezcan, el aristocrático rebelde individualismo, que no respeta más autoridad que la de sus sentimientos, preocupaciones y espada, con la más ciega obediencia, con la más lata, profunda y platónica lealtad al principio monárquico y á la persona del Soberano.

Lo que el romance habia cantado en verso, con prosaica exactitud muchas veces, vinieron los libros de caballerías á recitarlo en prosa, con poética exageracion diriamos, si poesía pudiera llamarse á su ampulosa extravagancia.

Mas ocurrió el *Renacimiento*, y fué con él la poesía erudita. Las clásicas sombras de Homero y de Virgilio, de Aristófanes y de Eschilo, y de Eurípides, y de Plauto y de Terencio, capitaneadas por

el preceptista Aristóteles, férula en mano, surgieron de sus tumbas, cediendo á los incesantes conjuros de los sabios críticos que, á fuerza de traducciones más ó ménos doctas, y áun de imitaciones ménos ó más infelices, procuraban con afan incansable y mejor deseo que buen tino, popularizar el arte antiguo, ó cuando ménos imponérselo á los escritores contemporáneos, y al público por ende.

Al poner, pues, Lope de Vega la planta en la vastísima y entónces apénas y mal explorada region hispano-dramática, encontróse ya con dos sendas á roturar comenzadas, y solicitado á un tiempo por las dos escuelas rivales, la idólatra del clasicismo difunto, y la sectaria del casi áun non-nato romanticismo. De una parte llamábale á sí la erudicion, alentándole con los gloriosos ejemplos de Aténas y de Roma, y brindándole con el laurel de Apolo, por las inmortales cuanto doctas manos de Melpómene y Talía en triunfal corona tejido; mas á que por la otra senda se lanzára, en busca de una popularidad sin ejemplo durante su vida, y de una fama póstuma sin igual en su género, impulsábanle de consuno su naturaleza, su educacion, su manera de pensar y de sentir esencialmente españoles, la fecundidad misma de su prodigioso ingenio, y la fundadísima persuasion, sin duda, de que, si desdeñára el laud en que los trovadores de la reconquista cantaron las victorias del pendon cristiano sobre el de la media luna, para pulsar la lira clásica, tal vez la gente doc-

ta le aplaudiera, mas positivamente el pueblo ni escucharle se dignára.

Dichosamente para sus contemporáneos, y para su posteridad tambien, la eleccion de Lope fué la que ser debia racionalmente. Prefirió, en efecto, ser el creador de un drama nuevo en el mundo, original en sus formas y español hasta la médula de los huesos, á reducirse al papel que le destinaban los eruditos, de humilde imitador, cuando no servil copiante, de los antiguos.

Ese, que fué su gran pecado á los ojos de los críticos de la escuela clásica, es para nosotros el mayor de sus méritos.

Mas no se crea, porque tal pensamos y decimos, que no apreciamos en lo mucho que valen los aciertos y bellezas de los clásicos antiguos y modernos; lo que nos parece absurdo, y condenamos por tanto, es que en este mundo de transicion y de progreso, donde todo cambia, y todo (ménos la verdad revelada) tiene que acomodarse á las esencialmente várias y múltiples exigencias de la civilizacion, precisamente respecto al arte dramático, que es, por decirlo así, su espejo más fiel, se pretenda haber descubierto y asentado, más há de dos mil años, una fórmula tan absoluta como invariable, de la cual nunca pueda el ingenio excederse sin que *ipso facto* incurra en excomunion del Parnaso, y relajacion inmediata al brazo seglar de la crítica.

Si del curso del águila, cuando
. . . . en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia (1),

pudiera sujetarse, como el de un carro en trillado camino, á la habilidad de su auriga, tambien nosotros acusariamos á Lope de no haber enfrenado un tanto su fantasía, y dádoles, en consecuencia, más regularidad á muchos de sus dramas; pero si de la rapidez en el escribir, que es la inevitable consecuencia de la presteza en imaginar, le priváramos, ¿sería ya, por su fecundidad maravillosa, aquél monstruo de naturaleza, á quien tanto sus contemporáneos, émulos, como sus desapiadados críticos más tarde, no pudieron, ni pueden, ni podrán ménos de tributar humilde homenaje, proclamándole el Fénix de los ingenios? ¿Lográra, por ventura, á ser ménos milagrosamente fecundo, ocupar casi solo durante largos años la escena española, y dominarla, fundando escuela, y crear, en fin, un género nuevo, dando vida á una peregrina musa dramática exclusivamente española, que, si tal vez pudo verse, ya por caprichos de la moda transitoriamente desdeñada, ya por los fugaces destellos de extraños meteoros algunos momentos eclipsada, y por más que, en

(1) Melendez Valdés, *Oda á las artes.*

determinadas ocasiones, perezosa se aletargue, vive siempre entre nosotros, y acaba siempre tambien por triunfar de todos sus enemigos y rivales, reapareciendo triunfante en la escena?

No: á la entidad poética de Lope no puede tocarse, para quitarle ó ponerle cosa alguna, sin evidencia de desnaturalizarla. Sus defectos mismos no son más que las sombras que sus admirables bellezas proyectan y á realzarlas contribuyen; obra del Creador divino, su gran figura no ha menester ni consiente enmienda.

Y no por eso pretendemos sustentar que Lope fuera perfecto, ni mucho ménos sus obras tales, que todo en ellas deba servir de modelo, y pueda convenientemente imitarse. Decir tanto sería incurrir en pecado de idolatría al gran Poeta, y en gravísimo error de crítica respecto á sus producciones. Confesamos, pues, que Lope no fué perfecto, pero al mismo tiempo creemos firmemente que, suprimida ó modificada cualquiera de las extraordinarias dotes que al cielo plugo otorgarle, dejára de ser ya el gran Lope, y por consiguiente el hombre de su época, el predestinado creador del teatro español. En las obras de Lope no todo es bueno (tambien lo confesamos), no todo puede imitarse convenientemente; ántes, por el contrario, un drama escrito hoy, aunque con grande ingenio, con el desarreglo é incorreccion que en los más de aquel prodigio se advierten, ni obtendria éxito en la escena, ni sería á los ojos de la sana razon

disculpable siquiera; pero en cambio es innegable que en el teatro de Lope está, en cuanto á la forma poética, la solucion del problema dramático en España, si no completa y absolutamente formulada, tan explícita ya y tan clara, que no les quedó en ese punto gran cosa que hacer á sus sucesores para llevarla al punto de exactitud en que la vemos en Calderon, Alarcon y Moreto. Más dirémos todavía, porque es de rigurosa justicia: apénas hay pensamiento ni combinacion dramática posibles, que no se encuentre en el teatro de Lope iniciado cuando ménos. Los que despues de él escribieron, encontráronse las más veces forzados á ser ó parecer sus plagiarios.

Así, no cabiendo tacharle ni de ignorancia ni de falta de ingenio para cultivar con fruto y gloria cualquier género de literatura, hanle acusado, juzgado y sentenciado en rebeldía los críticos, como reo de voluntario y áun cínico desprecio de las reglas del arte, *que conocia* (dicen), pero de propósito conculcaba, prefiriendo los aplausos de un público ignorante á la silenciosa aprobacion de los doctos. Lope, en suma, al decir de sus acusadores, resolvíase á ser popular,

En dépit d'Aristôte et sa docte cabale (1);

y curándose poco de la crítica pseudo-sábia, y ménos de ocultar su propósito, lo reveló muy crudamente

(1) Boileau.

en estos conocidísimos versos de su *Arte de hacer comedias* :

Y cuando he de escribir una comedia,
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio
Para que no me den voces; que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos;
Y escribo por el *arte que inventaron*
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque, como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Verdaderamente no se concibe que esos tan asendereados versos, escritos tal vez en un momento de buen humor, si no de despecho, provocado por envidiosas murmuraciones, y que ademas, sin violencia ninguna, pudieran muy bien convertirse contra los que de ellos se han aprovechado y aprovechan en daño del gran Poeta, vengan siendo tres siglos há la basa y fundamento de la más injusta de las acusaciones imaginables, por cuanto pesa no exclusivamente sobre los defectos de las obras de Lope y de sus discípulos, así contemporáneos como póstumos, sino sobre la índole y esencia del teatro español durante el siglo de oro de nuestra literatura.

Lo que fuera menester probar, y no se ha probado ni se probará nunca, porque no cabe la demostracion de lo absurdo, es que el teatro griego y el latino podian convenir al pueblo español de aquella época; que lo bueno para la democrática Aténas, ó para la ya aristocrática, ya imperial Roma, podia ser-

lo tambien para la monárquica España; que una misma poesía y unos mismos espectáculos, idénticas fábulas y en idénticas formas presentadas, podian interesar y conmover lo mismo los ánimos gentílicos de los antiguos griegos y romanos que los de los católicos españoles de los siglos XVI y XVII; y que Edipo y Teseo, Ariadna y Hécuba podian producir tanto efecto como en los espectadores de Sófocles y de Eschilo en un pueblo como el nuestro, en cuya constitucion habia ya muchos más elementos gótico-arábigos que latinos; que ya contaba una larga peculiar historia, y que poseia ademas una tradicion tan dilatada como fecunda, llena de hazañas prodigiosas y de héroes casi fabulosos, costumbres propias y características, su entidad autonómica, á todo lo extranjero antipática, como conquistada que habia sido en siete siglos de incesante lucha contra extranjeros invasores.

La pretension, pues, de los clásicos respecto al público estaba en manifiesta contradiccion con la naturaleza de las cosas y la índole de las gentes en España; pero lo que de Lope exigian era, ademas y con evidencia, teóricamente absurdo, supuesta la excepcional inmensidad de su talento. Porque precisamente uno de los caractéres distintivos de esos grandes hombres que llamamos genios, sea la que fuere su vocacion, y muy señaladamente cuando, política ó dramática, es la de no dejarse sujetar por la inercia social al carril de la rutina, ni arrastrar tampoco por

las abstractas especulaciones de los teóricos á los nebulosos límites de la utopia.

El hombre de Estado y el autor dramático son, cuando á genios llegan, esencialmente prácticos, como hoy se dice; hombres, sí, superiores á su época, pero que nunca intentan lo en ella imposible; hombres que se hacen admirar y sorprenden, pero dejándose entender al mismo tiempo; y hombres, en fin, que *crean* más que *proponen*, y que si personifican su siglo, es porque, si bien delante de él caminan en la difícil senda del progreso, contribuyendo poderosamente al aceleramiento de su marcha, guárdanse mucho de incurrir en la temeridad de oponerse de frente á la civilizacion misma que transformar intentan, y sírvense quizás de las ideas, sentimientos y áun preocupaciones de su época para facilitar el logro de sus designios.

Lope de Vega, clásico, dejáranos tal vez gloriosos monumentos de su saber y de su ingenio; mas no hubiera creado ciertamente el gran *Teatro español*, envidia del mundo un dia, y áun hoy, en la culta Europa, en lo mucho que vale estimado.

Perdonen, pues, los clásicos: hizo bien el Fénix de los ingenios en no alistarse en sus banderas.

IV.

DE LOPE DE VEGA Á CALDERON DE LA BARCA.

Fué, como es, la religion católica una parte tan esencial de la vida y manera de ser del pueblo español desde los tiempos de Recaredo en adelante, por lo ménos, que en su política exterior como en su gobierno doméstico, en sus costumbres como en su legislacion, en su historia como en sus tradiciones, y en sus bellas artes como en su literatura, no es posible dar un solo paso sin encontrarla siempre dominándolo todo.

Así hemos visto que la iglesia fué la cuna de nuestro teatro; fenómeno fácil de comprender atendiendo al carácter solemnemente alegórico y dramático del culto católico, y tomando en cuenta que la única literatura entónces al alcance del pueblo era la de los libros sagrados, cuyos exclusivos traductores é intérpretes eran y debian ser los ministros del altar. Así el Romancero nacional, que en tanto ensanchaba sus dominios, sutilizándose en lo ingenioso y puliéndose gradualmente en la forma, alimentóse largo tiempo casi exclusivamente, de las hazañas de los defensores de la fe que ensalzaba, de las costumbres y hechos de armas de los moros, anatematizando aquéllas y deplorando éstos, y si tal vez se dejó ir á la relacion de caballerescas aventu-

ras y galantes amoríos, nunca el sentimiento religioso, en aquella época profundamente entrañado, abdica en él su prepotente soberanía.

Lope de Vega ordenó el cáos, como ya hemos dicho; Lope de Vega creó el teatro español, que como de razon, fiel á sus orígenes, fué en su pluma, lo mismo que en la de sus sucesores, un copioso raudal, más bien de romancescas novelas puestas en diálogo y accion, que de fábulas exclusivamente para la escena preconcebidas, como lo habian sido las obras de los clásicos antiguos, que en vano intentaron reproducir sus modernos imitadores en aquellos y en nuestros dias.

Y como en la novela caben todos los géneros, lo mismo desde el sublime al satírico, que del fantástico al más vulgarmente trivial; como en la novela andan juntos lo trágico y lo cómico tan sin repugnancias ni inconveniencias como en la vida real acontece; como la novela consiente que en sus páginas figuren, unos al lado de otros, grandes y pequeños, fuertes y débiles, Cresos y Lázaros, sabios é ignorantes, discretos é idiotas; y como en la novela los incidentes se multiplican, los lances abundan, los episodios son frecuentes, el tiempo corre sin tasa, y el lugar de la escena se varía segun al propósito del escritor conviene; Lope de Vega y sus discípulos se dieron por autorizados para usar de tales libertades en sus dramas, y de hecho de ellas usaron ampliamente, y áun sin medida abusaron; que no

pretendemos negarlo, al sentar el indisputable derecho que á nuestros poetas asistia para acomodar sus obras dramáticas á la índole y gusto del pueblo para quien escribian.

Porque, en suma, pues que el teatro debe ser, segun los clásicos mismos dogmáticamente lo afirman, un poético pero fiel espejo de la vida social, no acertamos con qué razon motejan á Lope y su escuela.

Las famosas *unidades*, en efecto, tienen en la vida social moderna, si alguno, muy escaso imperio; y la verdad es, como tan profunda y elegantemente lo ha dicho nuestro inolvidable amigo y erudito académico D. Agustin Durán, «que las reglas clásicas no son esenciales más que á cierto y determinado número de imitaciones, á cierta clase de verosimilitud; pero que existiendo en la naturaleza otros medios de imitacion y de verosimilitud, que en aquéllas no caben, ningun inconveniente resulta de abandonarlas. Buenas, excelentes, indispensables eran para las naciones bajo cuya civilizacion se crearon, y en cuyas costumbres las hallaron sus poetas; pero en un pueblo meridional por excelencia, místicamente religioso, ferviente de imaginacion, que buscaba las impresiones íntimas del alma más bien que las de los sentidos, los efectos de la lucha de las pasiones, y no los resultados del fatalismo; en un pueblo ansioso de asuntos complicados, ansioso de examinarse á sí mismo, lleno de fe para con los hechos maravillosos

y las enredadas situaciones, ¿cómo habian de bastar á interesarle las sencillas y breves combinaciones que caben en un cuadro clásico?» (1).

Y en efecto, ni bastaron entónces esas combinaciones clásicas á satisfacer al público español, ni han bastado en lo sucesivo sinó en época muy moderna, y áun entónces acaso excepcionalmente, cuando algun talento de primer órden, como el del inmortal autor del *Sí de las niñas*, el de Martinez de la Rosa, el de nuestro malogrado compañero Don Ventura de la Vega, ó el de un contemporáneo Lope, cuyo nombre, por vivir aún dichosamente quien lo lleva, y honrarnos con su íntima amistad, escribir no podemos, ha conquistado para sí el laurel de Apolo, y obtenido al mismo tiempo para el arte de Plauto y de Eurípides carta temporal de naturalizacion en Castilla.

Novelas, pues, novelas dialogadas y puestas en accion, fueron con el nombre genérico de *comedias*, todos nuestros dramas desde Lope en adelante (2); novelas *de costumbres urbanas*, llamadas comedias

---

(1) DURÁN, citado por Gil y Zárate, en el lugar ántes señalado del tomo primero de Lope en la *Coleccion* de Rivadeneyra.

(2) Aquí adoptamos, con ligeras variantes, la clasificacion del Sr. D. Alberto Lista, aceptada tambien por Gil y Zárate, tomo primero de Lope (*Coleccion* de Rivadeneyra), pág. XXVII.

de capa y espada, ó de costumbres populares ó *picarescas*; novelas *pastoriles*; novelas *heroicas*, ya históricas, ya tradicionales, ora fabulosas, ora de invencion libre; novelas *mitológicas*; novelas *á lo divino*, ó sea *místicas*; novelas *trágicas*, en cuyo desenvolvimiento, sin embargo, interviene lo cómico con sobrada abundancia; y novelas, en fin, *filosóficas* ó puramente *ideales*, fueron las comedias de Lope, de sus contemporáneos y de sus sucesores todos, inclusos aquellos de la época en Calderon personificada (1).

Desde el *doctor Ramon* y *Miguel Sanchez* EL DIVINO, primeros coetáneos de Lope de alguna importancia dramática, hasta el doctor Juan Perez de Montalban, su discípulo predilecto, su albacea literario, su admirador entusiasta y su casi fanático panegirista, se cuentan, segun el catálogo de nuestro compañero y amigo el Sr. Mesonero Romanos (2), y el concienzudo cuanto erudito del Sr. D. C. A. de

---

(1) En cuanto al órden cronológico, vamos á seguir aquí á nuestro amigo y compañero el Sr. D. Ramon Mesonero Romanos, en sus *Colecciones de dramáticos coetáneos* y *posteriores á Lope de Vega*, que forman parte de la de Rivadeneyra, y son sus tomos XLIII, XLV, XLVII y XLIX; pero tomando en cuenta, como de razon, las noticias curiosisimas que atesora el *Catálogo biográfico y bibliográfico* del señor La Barrera, ya citado en la nota segunda.

(2) *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo XLV, páginas XLV y siguientes.

la Barrera (1), más de un centenar (2) de autores de comedias, todos contemporáneos y de la escuela del Fénix de los ingenios, y con él compartiendo los laureles escénicos, á la manera, se entiende, en que de ellos participan los tenientes y soldados de los grandes conquistadores.

Entre muchos nombres oscuros ó ya por completo olvidados del público, figuran en aquellos catálogos algunos que fuera imperdonable injusticia no mencionar aquí con el elogio á que son acreedores. Citarémos, pues, á *D. Guillen de Castro*, de cuyo vivo ingenio dijo el mismo Lope que era rayo y espíritu ardiente (3); al doctor *Mira de Amescua* ó de *Méscua*, como se le ha llamado impropiamente (4), lírico sin superior y bueno entre los buenos dramáticos; á *Tirso de Molina*, á quien Molière tiene que envidiar á veces en lo cómico y áun en lo sobradamente libre de pensamiento y frase; á *Luis Velez de Guevara*, el magnífico y aparatoso poeta palaciego; y en fin, al correcto escritor, perfecto moralista y cómico felicísimo *D. Juan Ruiz de Alarcon*, cuyas obras áun á los clásicos mismos casi casi satisfacen.

---

(1) Véase la nota de la pág. LXVI.

(2) Del año 1588 al 1635.

(3) Véase el artículo *Mira de Amescua*, en el *Catálogo* de La Barrera, pág. 255, col. 2.ª y siguientes.

(4) En su *Laurel de Apolo*.

Al bajar, pues, á la tumba, quizás no ménos abrumado por el peso de sus laureles que por el de sus años, Lope dejó la monarquía cómica, cuyo cetro habia en su juventud empuñado en virtud del *derecho divino* de su preclaro ingenio, y regido vigorosamente con aplauso universal durante más de medio siglo (de 1588 á 1635), en un estado de prosperidad, gloria y riqueza, que ciertamente no alcanzaba entónces la ya ruinosa monarquía de entrambos mundos.

Nuestro tesoro dramático ascendia, en efecto, á una cantidad prodigiosa de comedias, entre las cuales el mismo Lope contaba nada ménos que el casi fabuloso número de *mil y ochocientas;* si Mira de Amescua, Guillen de Castro y todos sus predecesores habian dejado de ser, quedaban, en compensacion de su falta, Guevara, Alarcon, Montalban y una hueste de escritores de más ó ménos mérito, pero cuyo guarismo no bajaba acaso de una centena, y en cuyas filas figuraban, no solamente hombres de letras, sino próceres ilustres, y hasta el Monarca reinante, segun es fama. La córte y la villa, el vulgo y los doctos, ya por completo al ascendiente del genio sometidos, corrian ansiosos á las fiestas palaciegas y á los *corrales* de Madrid; los extranjeros nos imitaban ó nos copiaban, y el literario trono vacante exigia, por su esplendor y poderío, que fuera un grande hombre el sucesor del Fénix de los ingenios.

El año mismo del fallecimiento de Lope de Vega

fué llamado á la córte de España D. Pedro Calderon de la Barca.

La Providencia proveyó; Felipe IV fué su instrumento visible; mas para tratar del insigne Poeta cuyas obras selectas nos encargamos de coleccionar, razon será que, trazada ya compendiosamente la historia del teatro español hasta sus dias, hagamos párrafo aparte.

V.

CALDERON Y SU ÉPOCA.

Quién era Calderon el año de 1635, sabémoslo ya por su biografía: un soldado poeta, que, tomando, como Ercilla, «ora la espada, ora la pluma», habíase ya dado á conocer ventajosamente y héchose aplaudir y conquistado un glorioso lugar en el teatro español, en vida del gran Lope, y en competencia con otros muchos y muy justameete celebrados ingenios.

Su reinado, empero, data en nuestra historia escénica de la muerte de su fundador, cuyas sienes ciñeron la corona hasta el último dia de su existencia, sin que nadie osára disputársela, ya se sintieran débiles para tamaña empresa sus enemigos, ya comprendieran, y es lo más cierto, que el público en masa habia de alzarse y exterminar á quien contra su idolatrado Poeta tuviera la audacia de rebelarse.

Y entre todos los contemporáneos, ninguno ménos capaz de intentarlo que el único que, sin nota de absurda temeridad, hubiera podido arrojarle el guante al coloso.

Calderon, ménos fecundo sin disputa, pero infinitamente más profundo pensador que Lope; ménos tierno tambien, pero mucho más observador; su igual, cuando ménos, en la versificacion; quizá su superior como lírico, si tal vez ménos flúido, llevábale gran ventaja en cuanto al arte atañe, y muy señaladamente en el trazado, desenvolvimiento, complicacion y desenlace de sus fábulas, cuyo interes, siempre creciente, encadena, por decirlo así, al espectador más indiferente, y le obliga á no perder ni un solo verso del drama que escucha, so pena de no comprender ya el resto.

Con tales dotes, con su gran conocimiento del corazon humano, con su intuicion de cuanto de poético habia en la sociedad de sus tiempos, con su íntimo sentimiento del honor caballeresco; con su enciclopédico saber, en fin, y su versificacion incomparable, Calderon era, en efecto, el único Poeta que hubiera podido contra la autoridad de Lope rebelarse, no dirémos que con feliz éxito, porque no lo creemos, mas sí que con esperanzas de impunidad al ménos.

Pero no habia nacido Calderon revolucionario, ni para rebelde.

Caballero por su nacimiento y naturaleza; católi-

co por el bautismo, la educacion y el convencimiento; monárquico por instinto, y español de su época en todo y siempre, aquel gran Poeta, regido, desde que saltó de la cuna hasta que bajó al sepulcro, por una conciencia severamente inflexible, y acaso con exceso ascéticamente casuista, profesaba, como en todas sus obras se advierte, gran respeto al principio de autoridad. Es posible que, sin darse de ello clara cuenta, creyera más de lo razonable en el influjo de los astros en los destinos del hombre; y desconociendo absolutamente la vil pasion de la envidia, con la nobleza de su carácter incompatible, léjos de poder ocurrírsele la idea de disputarle á Lope el lugar preminente que con derecho ocupaba en la república de las letras, lo que estaba en su índole y aconteció en efecto, fué precisamente lo contrario.

Pero, ¿estaba, por ventura, Calderon obligado, dirán los clásicos, á seguir la errada senda en que Lope habia lanzado al teatro español? Su gran talento mismo, sus dotes eminentes, su posicion social, su influencia literaria en la córte, ¿no le obligaban, por el contrario, á remediar el mal por sus predecesores causado, y á reducir nuestra escena á las leyes del clasicismo, ó cuando ménos á regularizarla y moderar sus extravíos?

Nos hemos extendido ya en la discusion teórica demasiado para que nos sea ahora necesario, ni áun lícito, entrar de nuevo en ese debate. Probado dejamos que Lope creó el único teatro entre nosotros y en

aquellos tiempos posible y conveniente; hicimos ver que centenares de buenos ingenios consagraron, siguiéndola, su bandera; y acreditamos, en fin, con los hechos que el público, desdeñando con frialdad *lo exótico*, y con entusiasmo acogiendo *lo nacional*, habia dado su sancion soberana al nuevo género dramático.

¿Qué razon tenía, pues, nuestro Poeta, en tales circunstancias, para rebelarse contra lo que de consuno y unánimes aplaudian y acataban ya cuando á la luz del sol abrió por vez primera los ojos, doctos é ignorantes, cortesanos é hijos de vecino, ingenios y espectadores, el país entero, para decirlo todo en dos palabras? ¿Cómo podia ocurrírsele siquiera la idea de subvertir el régimen en el teatro entónces dominante, al hombre para quien era el respeto á lo existente un deber sagrado de lealtad? ¿Cómo al caballero por excelencia, asesinar á su gran maestro; al patriota por intuicion, afiliarse en la hueste extranjera; y al ortodoxo por fe y naturaleza, hacerse literario heresiarca?

Y ya lo hemos dicho: el genio dramático es, como el político, esencialmente práctico, está siempre dentro de lo posible, crea más que propone, personifica y no contradice el espíritu de su época, si bien delante de ella camina, y en pos de sí por la via del progreso la arrastra.

Calderon, pues, verdadero genio dramático si jamas los hubo, aceptando la fórmula de Lope y re-

gularizándola y perfeccionándola, hizo todo aquello á que estaba obligado, lo único posible, y lo solo en sus tiempos conveniente.

De que aceptó esa fórmula, todas sus obras son evidente testimonio, sea el que fuere el género á que pertenezcan, y desde la primera á la última. En todas ellas el carácter romancesco es palmario, la índole caballeresca evidente, el lirismo salta á los ojos y la idiosincracia hispano-católica aparece sin rival y robusta y absorbiéndolo todo.

No es tan copioso el raudal de la inventiva de Calderon como el de la de Lope de Vega; pero, en cambio, es mucho más regular y profunda su corriente, sin carecer por eso de la cristalina transparencia y de la poética fluidez que en las obras del Fénix de los ingenios nos enamoran.

La fantasía de éste le arrastraba sin darle tiempo á meditar sus planes, ni á combinar sus medios de accion; la de su gran sucesor, no ménos vigorosa, pero más sumisa á su juicio, obedece á la razon sin enervarse, y sujétase á un hábil trazado, dentro de cuyos artificiosos límites y siguiendo cuyos complicados contornos, muévese, no obstante, con desembarazo, y despliega libremente las alas, como sin abandonar nunca el inmutable perímetro de su órbita respectiva, caminan los astros en la esfera celeste con majestad luminosa.

Lope deslora, por decirlo así, sus argumentos posándose apénas en ellos, como la mariposa en los

pétalos del clavel ó de la azucena; Calderon profundiza y se entraña en su asunto, libando, como la abeja, toda la miel que la flor que ha besado contenia.

Corren las fábulas del primero, como la vida del pródigo, á merced del acaso y la inspiracion del momento; pero en las del segundo, como en la existencia del hombre, aunque magnífico, prudente, cuanto cabe en lo posible, está previsto y calculado; al azar se le deja la parte sola que no puede disputársele, y lo mismo los errores que los aciertos, son todos á la conciencia y voluntal del autor imputables.

Hay más ternura y más sencillez en Lope, sin duda alguna, que en Calderon; acaso pueda tambien aquél vanagloriarse de más espontaneidad y falta de amaneramiento; pero éste compensa, y con ventaja á nuestro juicio, tales condiciones con su intuicion de todos los afectos trágicos y heróicos, con su maestría en la ciencia de la honra, con su instintivo pudor en la galantería, con su fácil grandilocuencia, con su completo dominio del idioma, con la correccion, en fin, de su dibujo y el vigor de su propio inimitable colorido.

En suma, y puesto que en la comparacion de dos tan grandes ingenios hemos entrado, permítasenos decirlo: si el corazon de Lope estaba quizá demasiado cerca de su pluma cuando escribia, á Calderon pudiera acusársele de que acaso escuchaba demasiado á su cabeza cuando sentia.

Por eso rara vez son tan dignos y enteros los ga-

lanes de Lope como los de Calderon; pero, en cambio, si las damas del último admiran é interesan por su resolucion y noble altivez, nunca como las del primero cautivan y conmueven por su inefable ternura y abnegacion constante.

Lope modelaba en cera; Calderon cincelaba en bronce; la poesía del uno es la ninfa cándida y lozana, triscando alegre y retozona en la esmaltada pradera; la del otro, una bellísima majestuosa matrona, orlada la meditabunda frente con el laurel divino, y caminando resuelta, pero mesuradamente, al templo de la Fama.

Cúpole á Lope, como á Cárlos V, fundar y engrandecer su monarquía; y á Calderon, como á Felipe II (sin que admitamos comparacion de ningun otro género, sea dicho), consolidarla, robustecerla y llevarla al cenit de su poderío, para que despues de él á descender comenzase, como es ley en todo lo humano y aconteció en efecto.

En ménos de siglo y medio (1635 á 1750), y entre Calderon y Cañizares, más de trescientos escritores (1) cultivaron con éxito proporcionado á sus méritos literarios, pero siempre con aplauso del pú-

---

(1) Véase el *Catálogo* de los dramáticos posteriores á Lope de Vega, del Sr. Mesonero Romanos, en el tomo XLVII de la *Coleccion* de Rivadeneyra, páginas XXXVII y siguientes, y sobre todo la repetidamente citada obra del Sr. La Barrera.

blico en cuanto á su escuela, el género dramático original español, creado por Lope de Vega.

El Rey Felipe IV, Rojas, Cubillo, Solís, Moreto, Zárate, Matos Fragoso, Diamante, Báñces Candamo, Zamora y Cañizares, descuellan en esa hueste y han legado á la posteridad sus laureados nombres; pero es de notar tambien que á la sombra y bajo la direccion de aquellos caudillos de la literatura dramática militaron, honrosamente representada la aristocracia por apellidos y títulos tales como Milan de Aragon, Bernaldo de Quirós, Córdoba y Luna, Monroy y Silva, Jimenez de Cisneros, Tello de Meneses, Vera Tássis y Villarroel, Conde de Cervellon, Conde Clavijo, Conde de Villamediana, Velasco Guzman y Cienfuegos; la milicia por el capitan Llanos Valdés, el alférez Jacinto Cordero, y Gerardo Lobo; las universidades por muchos doctores y licenciados; el clero por más de una decena de religiosos, amén de los eclesiásticos seculares; y el bello sexo, en fin, por las poetisas doña Leonor de la Cueva y Silva, doña Feliciana Enriquez de Guzman, doña Ana Cano de Mallent, doña Ángela Acevedo y Sor Juana Inés de la Cruz.

Tal abundancia de escritores en todas las clases de la sociedad, desde el trono mismo hasta el claustro; número tan crecido de damas consagradas al culto de las Musas; la universal, prolongada y perseverante aprobacion con que el público recibia las obras de aquella escuela, así en el palacio de nues-

tros Reyes como en los corrales de Madrid, y no ménos que en la córte, en las ciudades, villas y áun lugares de las provincias, son hechos notorios que nadie niega, y que por su transcendental duracion, prueban evidentemente, á mi juicio, no sólo que Lope y su inmediato sucesor, Calderon, se inspiraron en la índole y gusto de su época, sinó ademas que en vano áun ellos mismos intentáran imponerle al pueblo español de entónces cualquiera otro género de dramas que los que ávidamente buscaba y con entusiasmo aplaudia.

Era preciso que, en hora menguada para nuestro teatro, le invadieran Comella y sus sectarios, de abominable memoria, para que, y áun así con ímprobo trabajo y dificultad suma, lográra el astro exótico del neo-clasicismo brillar, no sin eclipses y nunca en realidad popular, en el cielo de nuestra escena. Jovellanos, Iriarte y Huerta, precursores de Inarco Celenio, apénas dejaron en las tablas huella visible para nadie más que para los literatos de profesion y los críticos de oficio; el público, muchos años despues de haberse escrito el *Sí de las niñas*, perla, y perla inestimable, de nuestra literatura clásica, era en vano llamado á sus representaciones; la tragedia de Corneille y de Racine dejó de ser escuchada así que faltó para interpretarla el eminente talento de Isidoro Maiquez; y en cambio, hasta el advenimiento del moderno romanticismo, ni *García del Castañar* y el *Tetrarca*, ni el *Lindo don Diego* y el *Des-*

den con el desden, ni la *Dama Duende* y la *Villana de Vallecas*, desaparecieron del repertorio corriente en los teatros todos de España.

Concluirémos, pues, sin vacilacion de ningun género, que Calderon no debia, ni pudiera, aunque lo intentára, hacer una revolucion en el arte escénico español cuando por muerte de Lope fué llamado, por universal consentimiento, á sucederle en el trono de la cómica monarquía. Más dirémos, porque así lo sentimos: Lope y Calderon nos han legado una fórmula que, convenientemente modificada, para ponerla en consonancia con los progresos de la civilizacion, es la única capaz en nuestro país de obtener permanentemente el asentimiento y aplauso del público.

Calderon regularizó la comedia, amamantada por Lope, bajo un régimen de libertad tan ámplio y de tolerancia tan absoluta, que sólo se explican por su paternal amor á la predilecta hija de su claro ingenio, y por el asombro del público ante aquella inagotable fecundidad, que no les daba tiempo, al Poeta para meditar lo que escribia, ni al oyente para juzgar lo que escuchaba.

La natural sensatez del cantor de la *Vida es sueño* puso racionales límites, como ya lo hemos dicho, á su vigorosa fantasía; y en efecto, sus planes fueron meditados, sus fines siempre claramente definidos, y sus medios con tal tino y arte tan profundo combinados, que en ese punto ni tuvo maes-

tro ni hasta hoy ha tenido rival en parte alguna.

Acúsasele de monotonía en los caractéres, de poco respeto á la verdad y de falta de color local, como ahora se dice, en los dramas fundados en hechos tradicionales ó históricos; de indigna complacencia con el gongorismo; y lo que es más grave, hasta de no gran moralidad en sus fábulas. Sucintamente rebatirémos cuanto nos sea dado de esas acusaciones.

En cuanto á la falta de poder para crear, diversificándolos los caractéres dramáticos, quizá, respecto á sus comedias de capa y espada, la acusacion pueda á primera vista parecer plausible; pero no se concibe ni que se intente contra las demas obras de Calderon, donde abundan figuras tan distintamente caracterizadas como la de SEGISMUNDO en la *Vida es sueño*, las de HERACLIO y CÓSDROAS en la *Exaltacion de la cruz*, las de HERÓDES y MARIENNE en el *Tetrarca*, las de D. LOPE y CRESPO en el *Alcalde de Zalamea*, y otras infinitas, que por excusar prolijidad no mencionamos.

Verdad es, y ya lo dejamos apuntado, que á primera vista, en las comedias de capa y espada, no solamente de Calderon, sinó de todos sus predecesores, contemporáneos y sucesores, hay cierta monotonía en las figuras, que supone una especie de troquel para acuñarlas, y cierta esterilidad, por tanto, en los autores; dirémos, sin embargo, en primer lugar, que hay exageracion evidente en el cargo, pues entre el D. MANUEL de la *Dama Duende*, y el DON

ALONSO de *No hay burlas con el amor*, así como entre la MARGARITA de *Para vencer á amor querer vencerle*, y la DOÑA CLARA ó la DOÑA ANA de *Mañanas de Abril y Mayo*, las diferencias y áun los constrastes son tan notables, que no admiten duda; y lo que de esos personajes, pudiéramos decir y probar de otros muchos del teatro de nuestro gran Poeta.

Lo que hay es, que la índole de la comedia urbana ó de costumbres, como ahora decimos, lleva consigo esa monotonía, más aparente que real, en las figuras que en ella intervienen. Porque, efectivamente, en la clase media de la sociedad, que es donde el drama á que aludimos, toma, por regla general, sus personajes, la vida exterior se ajusta siempre á reglas convencionales, mucho más severamente observadas que en las dos zonas superior é inferior que aquélla separa y entre las cuales se encuentra como encajonada. Los ricos y los Grandes suelen creerse dispensados con frecuencia del respeto debido á las conveniencias sociales, que los proletarios por su pobreza y su ignorancia desconocen; por manera que en los unos por lo independiente de su posicion, y en los otros por la libertad que deben á su miseria misma, cabe infinitamente más originalidad en las figuras, y sobre todo en la manifestacion de las virtudes y de los vicios, que la que puede darse en la clase media, cuyas condiciones ni consienten el supremo desden de los Próceres y los Cresos á las reglas establecidas, ni dan lugar á las excentricida-

des cuasi salvajes de los desheredados de la tierra.

Todos los escritores de la escuela clásica adolecen necesariamente del defecto que sus críticos imputan á Calderon; mas no incurren en él por falta de ingenio, á nuestro juicio, sino por lo que apuntado dejamos: por la semejanza que necesariamente tienen unos con otros, supuesta la identidad de época y de país, todos los individuos de la clase media.

Durante el siglo XVII la sociedad española era la más original, las más severamente sujeta á sus propias reglas y preocupaciones, de toda Europa; y éralo, no solamente por efecto de la natural gravedad castellana y á consecuencia de sus antecedentes históricos, sino ademas por la índole ceremoniosa, autocrática y pomposamente vana de la dinastía austriaca, y muy principalmente por el aislamiento hostil en que viviamos respecto al resto del mundo entónces civilizado.

La Inquisicion tenía herméticamente cerrados así el litoral como los Pirineos, á todo escrito, á toda idea que del extranjero procediesen; la accion más inocente, como del carril ordinario se desviase, exponia á pesquisas temibles y procedimientos violentos de parte del santo Oficio; y por otra parte, el pueblo español era en realidad tan refractario á toda innovacion, como declarado enemigo de todo lo extranjero.

Ciertamente nuestra nobleza de segundo órden, sirviendo en Flándes, en Italia y áun en Alemania,

puede en rigor decirse que viajaba; pero ¿cómo? ¿y qué podia esperarse de tales viajes? El título, el caballero, el simple hidalgo que voluntariamente ó por necesidad se resolvian á dejar por algunos años su Patria, consideraban de antemano como países de conquista aquellos en que á militar iban. Cuanto en ellos diferia de las costumbres, de las ideas, de los sentimientos del hogar paterno, les era cuando ménos sospechoso; y como todos los emigrados, por lo mismo que forzosamente vivian entre gente extraña, hacian gala y propósito de conservar íntegra la herencia moral de sus abuelos, y de regresar á España más españoles aún que cuando partieron á su bélica peregrinacion.

No extrañemos, pues, que los galanes de Calderon tengan todos aire de familia; estudiando bien sus fisonomías, fácilmente se advierten en cada cual de ellos caracteres distintos, que constituyen individualidad aparte; y sería injusto, ademas, condenar al autor por un defecto que en realidad no fué suyo, sino de la especie de comedia de que se trata. Moratin no nos ofrece, en verdad, gran variedad de tipos en sus obras, que, sin embargo, no son tantas, que por su número basten á excusar las repeticiones.

Ménos disculpa cabe, francamente lo confesamos, en la libertad excesiva con que Calderon y todos sus contemporáneos trataron en el teatro los asuntos históricos; porque realmente tan poco tiene de

oriental el Tetrarca como de latino el Octaviano del *Mayor monstruo los celos*, y no se diferencian mucho, bajo el aspecto de su época y nacionalidad, el Coriolano de las *Armas de la Hermosura* y el Memnon de la *Hija del Aire.*

Que Calderon era un hombre de sobra instruido para cometer por mera ignorancia los indisculpables anacronismos que en sus dramas históricos se advierten, es cosa evidente; y como decir que los cometió por el gusto sólo de conculcar la verdad, sería absurdo, no le encontramos otra explicacion á su pecado, que el contagio del mal ejemplo, la aversion á innovar áun mejorando, y quizá el temor de que el público, en aquellos tiempos poco docto, recibiese con desden ó rechazase con ira la reproduccion fiel de ciertos personajes exóticos ó antiguos, cuyo lenguaje, costumbres y manera de ser completamente desconocia.

Dámosles, sin embargo, la razon á los clásicos en este punto; pero, áun así, han de permitirnos que les recordemos cuán *afrancesado* puso en escena el *gran Corneille* á nuestro Cid, y cuánto se asemejan los *romanos*, de *Racine*, y tambien algunas veces del autor mismo del *Cinna*, á los cortesanos de Luis XIV.

De *gongorismo* hemos dicho tambien que es acusado nuestro gran Poeta; y ahora añadirémos que en cuanto *al hecho*, con razon sobrada; porque hay pasajes, en efecto, y son muchos por desgracia, en

las obras de Calderon, donde el culteranismo está llevado al exceso.

Mas, hecha esa paladina confesion, lícito nos será discutir hasta qué punto fué voluntaria la culpa; porque, si probásemos, como lo esperamos, que Calderon no pudo ménos de incurrir en aquel grave defecto; que áun así lo hizo las ménos veces que le fué dado, y en esas mismas sin desconocer que erraba; si probásemos, en fin, que el mal estaba en la *época*, y no en el *escritor*, parécenos que pediriamos con justicia la absolucion de aquel honrado delincuente.

La época del *Renacimiento* adoleció, como todas, de ciertos males consiguientes á sus ventajas mismas. Abusóse en ella del *ingenio*, como en la nuestra del crédito, por lo mismo que comenzaba á dársele un valor de que durante la *Edad media* habia completamente carecido. Sintiéndose ignorante, el público admiraba más cuanto ménos comprendia; y como acertar á conmover hondamente con la sencillez y la claridad sólo al talento de primer órden le es dado, la muchedumbre de los escritores medianos acogióse á la pedantería para encubrir su pequeñez y deslumbrar al vulgo con la hinchazon del estilo, lo enmarañado de las frases y lo alambicado de los conceptos.

Así en Inglaterra, á fines del siglo XVI, un escritor de poca valía, *Lilly*, hízose famoso introduciendo con su malhadado libro titulado *Euphues* un insoportable culteranismo, no sólo en la literatura

contemporánea, sino en la córte misma de la *Reina Doncella*, de donde cundió tal peste á todo el reino, sin que bastára á remediarla la vigorosa oposicion que en sus obras le hicieron Jhonson y el inmortal Shakspeare.

Poco despues comenzaba ya en Italia la decadencia del saber y del buen gusto, y en Francia, durante el siglo XVII, *Gomberville*, *La Calprenède*, y sobre todo *Mademoisselle Scuderi* daban, en su *Astrea*, su *Casandra*, su *Gran Ciro* y su *Clelia*, á Góngora qué envidiar en gongorismo, y á Boileau materia para ejercitar su satírico ingenio contra el fondo y estilo de aquellos libros, legítimos descendientes de los primitivos de caballerías, áun despues de conocerse y ser ya famosa en toda Europa la obra inmortal del *Manco de Lepanto*.

Era, pues, universal entónces aquella peste literaria en el mundo civilizado; la tiranía de la moda, sustentada por la ignorancia del vulgo y por la pedantería de los pseudo-sabios de la época, imponíales el culteranismo á poetas y prosistas, como á dramáticos y á teólogos; y tan difícil, tan temerario fuera en aquellos dias resistirse un escritor, que á la popularidad no renunciase préviamente, á usar del afectado incomprensible lenguaje y del alambicado conceptuoso estilo de las *Soledades* (sobre todo en composiciones de cierto elevado género), como negarse á vestir el traje á la sazon en uso, sustituyéndole con las galas del tiempo del Cid ó de Pelayo.

La atmósfera en que se vive hay que aspirarla, so pena de perder la existencia; y no hace poco aquel que, cuando la necesidad le obliga á vivir en regiones mefíticas, logra mitigar los ponzoñosos efectos del aire que sus pulmones alimenta.

Eso hicieron nuestros buenos escritores del siglo XVII, economizando en lo posible el gongorismo, y cediendo sólo al torrente del mal gusto en cuanto sin temeridad no les fué dado resistirle.

Condenemos, pues, con cuanta severidad lo merece el delito; pero compadezcamos á los involuntarios delincuentes, que, arrastrados por la irresistible corriente del mal gusto, tuvieron que someterse á la ignominia de degradar su ingenio, prostituyéndolo en aras del culteranismo.

Réstanos ya por discutir solamente la última, la más grave, y á nuestro parecer la más infundada y gratuita de las acusaciones que, en general contra nuestro teatro antiguo, y nominalmente contra Calderon, han fulminado críticos de la escuela clásica. Esa acusacion es, como fácilmente se comprende, la de *inmoralidad*, implícita y negativa unas veces, y terminante y positiva otras.

Bajo ambos aspectos vamos á considerarla, si bien muy breve y compendiosamente.

Que nuestros poetas del siglo de oro, por regla general, no se proponian como fin directo en sus dramas atacar individualmente uno ú otro de los vicios y ridiculeces sociales, que es lo que los clásicos

pretenden sea objeto exclusivo de la comedia, confesado lo tenemos repetidamente al sentar que nuestro drama español fué, desde su orígen hasta su última época, esencialmente novelesco.

Lo primero, lo indispensable para hacerse escuchar y aplaudir en España, era entónces, y parécenos que lo es hoy todavía, una fábula que interese; cuyos personajes, por simpáticos ó antipáticos, cautiven la atencion; cuyas peripecias conmuevan, y cuyo desenlace, aunque natural, sorprenda por lo inesperado. Con esas condiciones, nuestro público perdona fácilmente otros defectos; sin ellas, muy difícil, si no imposible, es captarse su benevolencia.

Lope y Calderon, por tanto, hicieron lo que no podian ménos de hacer, dando á sus obras la forma novelesca; si otra cosa intentáran, fuera como escribir en griego ó en latin, so pretexto de que aquellos idiomas eran más clásicos que el castellano.

Redúcese, pues, la cuestion á saber si en efecto las comedias antiguas carecen ó no, tan completamente como se pretende, de un fin moral más ó ménos explicito; y planteada en esos términos, su resolucion es tan fácil para el crítico de buena fe, como para los acusados satisfactoria. De hecho, y al texto del teatro de Calderon apelamos; de hecho apénas hay una sola de sus obras, de la cual no se deduzca una leccion moral más ó ménos importante, segun de sí lo da el argumento; y sobre todo, no hay ninguna, absolutamente ninguna, en que falten

dechados de caballeresco pundonor y quisquillosa honradez, quizá llevados al exceso.

Tomar por blanco un vicio determinado, como lo hizo Molière con la hipocresía, la avaricia y la misantropía, quizás no era posible, y positivamente hubiera sido peligroso, en la época de nuestros grandes dramáticos. La *clase media* era entónces entre nosotros la nobleza de segundo órden, mal sufrida de suyo, y pronta siempre á reivindicar sus aristocráticos privilegios é inmunidades más con la espada que ante los tribunales; mercaderes, tratantes y gentes de oficio, ó sea lo que hoy llamamos comerciantes é industriales, formaban todavía parte de la plebe, y presentarlos en escena, como episódica ó muy excepcionalmente no fuese, no cabia sin rebajar el teatro á mucho menor altura que alcanzaba el nivel de sus más numerosos é importantes espectadores; y por lo que respecta á la plebe misma, sus costumbres eran tales, que apénas si podian dramatizarse en *entremeses* del género *picaresco*.

Limitada, pues, la eleccion de figuras á las categorías sociales que era preciso respetar, la *comedia-sátira*, que no es otra cosa en suma la clásica, no cabia en lo posible, y los vicios y ridiculeces que directa y nominalmente fuera peligroso atacar, censurábanse incidentalmente en el curso de nuestros dramas.

Parécenos que exigir más, dados los tiempos y las circunstancias, pasa de los límites de lo razonable;

y parécenoslo tanto más, por cuanto, en nuestro humilde sentir, todo lo que sea excederse de prohibirle al teatro la inmoralidad es con evidencia exagerado.

Antes, y mejor que nosotros, lo ha dicho nuestro amigo y compañero el Sr. Hartzenbusch (1), en su excelente prólogo á las comedias de nuestro Poeta en la *Coleccion* de Rivadeneyra, admirándose, y con razon sobrada, de la insistencia con que los críticos del siglo pasado repitieron una y otra vez que *en el teatro de Calderon no hay que buscar doctrina:* «¿Por »ventura, el enseñar á ser hombre de honor y buen »caballero, nada supone? Supone tanto, que esta »sola enseñanza excusa la mayor parte de los docu»mentos dados por los autores cómicos de la escue»la francesa. Molière, el gran Molière, el poeta »cómico, el poeta filósofo por excelencia, decia al »público, á quien dirigia sus lecciones: Hombre que »me escuchas, no seas misántropo, no seas ava»riento, no seas hipócrita, no apalees á tu mujer, »no te dejes casar á palos. Calderon, maestro de ca»balleros, no tenía necesidad de inculcar ninguna »de estas máximas, porque el caballero cumplido »no es enemigo de los hombres; ni es miserable, ni

---

(1) Véase en el tomo VII, primero de Calderon, en la expresada *Coleccion*, pág. VIII.

»aparenta la santidad que no tiene, ni da palos, ni »los recibe. Da, sí, y recibe cuchilladas, contravi»niendo al quinto mandamiento y á los bandos de »policía; pero ni los valientes lo son de balde, ni la »templanza es la virtud que descuella más en los »enamorados.»

¿Discutirémos ahora seriamente la supuesta inmoralidad de Calderon en los galanteos que son el asunto de sus comedias de capa y espada? En verdad, ocioso y áun ridículo nos parece, cuando en el teatro contemporáneo fijamos la vista; pero algo dirémos, no mucho, en obsequio del buen nombre del autor de *La Dama Duende* y de *La Vida es sueño.*

En primer lugar, jamas el amor se trató en la escena con más decorosas formas y ménos sensualismo que lo hacen las damas y galanes de nuestro gran Poeta. ¿En qué está, pues, la inmoralidad? Sin duda en las escapadas de las damas al Prado, al Parque, á las calles; en sus idas y venidas al abrigo del manto; en el atrevimiento, en fin, con que clandestinamente reciben en sus casas, y áun en sus propios cuartos, á los hombres á quienes aman.

Pues ahora bien; si esa lucha de la juventud y el amor contra la fria prudencia de la autoridad doméstica es un espectáculo esencialmente inmoral, no se diga que bajo ese aspecto son las comedias de Calderon censurables, sinó que lo son y no pueden ménos de serlo, todas las comedias del mundo. Pros-

críbase el arte escénico resueltamente, pero no se pretenda divorciarle del amor, que es el alma de su existencia; y si el amor se le consiente, ¿cómo no habrá lucha? ¿Cómo los que en su pasion se ven contrariados dejarán de procurarse con astucia las entrevistas y coloquios de que la autoridad les priva?

Hablamos, bien se entiende, del amor honesto, del amor lícito entre personas libres; que por lo que respecta al amor adúltero, ciertamente nadie acusará á Calderon de haberle pintado con la inmoral sofistería y criminal indulgencia con que en el teatro moderno tratarse suele.

Habiendo de retratar las costumbres de su época, nuestro insigne dramático poetizólas, atenuando su sensualismo, suavizando su aspereza, y mejorándolas, en suma, muy notablemente, sin desfigurarlas empero.

Si los naturales límites de este Ensayo, sobradamente extenso ya, lo consintieran, facilísimo nos sería demostrar con matemática evidencia que los *lances de Calderon*, léjos de ser exageradas invenciones de su vigorosa fantasía, no son más que admirables y muy suavizados cuadros de las costumbres de aquella época, sobre cuya social fisiología quizás, andando el tiempo, publiquemos datos curiosos que andan dispersos en libros y documentos, que hoy no son conocidos más que por algunos eruditos.

Las damas de Calderon parecen hoy de sobra libres, no porque en realidad lo sean, sinó porque, para ver y hablar á sus amantes, tienen que salvar barreras que con el transcurso de los años han desaparecido completamente. Hoy el comercio entre ambos sexos es fácil y contínuo; en el siglo XVII era tan difícil como en lo ostensible poco frecuente. ¿Qué necesidad tiene la señorita de nuestros dias de rebozarse en el manto, de acudir al terrero ó á la reja, ó de abrir con llave maestra la puerta falsa del jardin para hablar con quien la galantea, si puede hacerlo á cara descubierta y al lado de su madre, ya en visita por la mañana, ó por la tarde en el paseo, ya de noche en la tertulia, en el baile ó en el teatro? Dar hoy una cita nocturna, y con las circunstancias de aquellas que se conceden por las doncellas de nuestro teatro antiguo, sería sin duda ir muy léjos, por lo mismo que se goza de libertad bastante á todos los fines honestos; miéntras que en la época á que nos referimos era forzosa la alternativa entre renunciar al galanteo, ó proseguirlo por medios clandestinos, que eran tambien los únicos entónces posibles.

A nadie, que sepamos, se le ha ocurrido acusar de hipócrita y engañadora á la *doña Paquita* del *Sí de las Niñas;* y sin embargo, la pobre criatura se ve obligada, «*por dar gusto á su madre*, á mostrarse contenta, sin estarlo por cierto (delante del hombre á quien contra su gusto la destinan), y reirse y ha-

blar niñerías, aunque *bien sabe la Vírgen que no le sale del corazon*» (1).

Ahora bien; si la tiranía de una madre indiscreta, justifica sin duda alguna la conducta de aquella hija; y si el poeta que para eterna gloria suya creó ambos personajes, léjos de cometer en ello una inmoralidad, hizo á la moral pública un importante servicio, contribuyendo á la reforma de un grande abuso en el régimen doméstico, ¿hay apariencia de justicia siquiera para acusar á Calderon de inmoral porque nos hace ver á qué inconvenientes y riesgos exponian á las doncellas de su tiempo las preocupaciones exageradas de sus padres y hermanos, y las claustrales condiciones de su vida ordinaria?

Aparte, pues, toda comparacion con las injustificables libertades del teatro moderno, y considerado el del siglo XVII desde el punto de vista de la más severa moralidad, parécenos que los críticos de la escuela clásica se han mostrado con el último soberanamente injustos, y que dejamos por completo reducidas á la nulidad sus tan graves como infundadas acusaciones contra el Príncipe de nuestros poetas dramáticos.

---

(1) MORATIN, *El Sí de las Niñas*, acto primero, escena IX.

VI.

ANÁLISIS SUMARIO DEL TEATRO DE CALDERON.

Para nuestros poetas del siglo XVII, todo *drama* ó fábula escénica llamábase *comedia*, fuera su asunto el que fuese, cómico ó trágico, y ora interviniesen en él personas humildes, de mediana ó de elevada categoría.

Los ascéticos de la escuela clásica no admiten más que dos géneros: la *comedia*, cuyo fin ha de ser castigar vicios ó satirizar ridiculeces, y cuyos personajes han de pertenecer á la clase media; y *la tragedia*, que requiere personajes ilustres, sucesos grandes y catástrofes casi siempre funestas para excitar la compasion y el terror en el ánimo de los espectadores.

Mas como á ese férreo lecho de Procusto le fuese más que difícil acomodarse al ingenio, áun cuando más dócil y sumiso á la férula clásica, fué preciso que los latitudinarios, ó como si dijéramos transaccionistas de la secta, admitieran despues, aunque á regaña-dientes, en honor de la verdad sea dicho, la *comedia heróica* y la *palaciega* con la *tragedia urbana*, á fin de consentir que alguna vez los héroes no se degolláran, y tal otra se hieran; y tambien que la multitud de los hijos de Eva, á quienes la suerte negó la categoría de Príncipes ó semi-dioses, tuvie-

ran sus desgracias en la escena, y llorasen ante el público sus desdichas.

Por otra parte, los *corrales*, donde al aire libre, sin decoraciones ni aparato de ningun género, comenzaron á ser las representaciones dramáticas en lo profano, fueron succesiva, aunque lentamente, transformándose en *teatros* ó *coliseos*, con escenaria, tramoyas y apariencias; y como la música y el baile reclamaron tambien su antigua parte en aquellos espectáculos, hubo de hacerse otra nueva clasificacion de las comedias, distinguiéndolas en simples y de tramoya.

Así las cosas; tan abundante la produccion literaria como lo dejamos dicho; rebeldes los escritores al yugo de cualquiera escuela dogmática; y libre, por tanto, en su vuelo la fantasía, concíbese bien que sea punto ménos que imposible clasificar las obras de ninguno de nuestros grandes poetas en géneros y especies, sobre todo habiendo de ajustarse á las sábias denominaciones adoptadas por los críticos del pasado siglo.

Más de una vez se ha intentado la clasificacion que nos ocupa; nunca, á nuestro juicio, con éxito completamente feliz; y no por insuficiencia de los clasificadores, sino porque realmente no cabe en lo posible reducir á metódicos límites el curso vário de un ingenio absolutamente libre en sus caprichosas elucubraciones.

Nosotros, pues, atendrémonos aquí, con muy es-

casas variantes, á la clasificacion misma adoptada por nuestro muy llorado amigo el Sr. Gil y Zárate, quien la tomó, como confiesa, del «excelente crítico, maestro incansable de la juventud, D. Alberto »Lista», cuyo indigno, pero muy amante discípulo tuvo la dicha y la honra de ser el que estas páginas suscribe.

Las obras dramáticas de Calderon pueden, por tanto, clasificarse hasta cierto punto del modo siguiente:

1.º Las comedias propiamente dichas, que hoy llamaríamos de *costumbres*, y se llamaban entónces de *capa* y *espada*, por el traje que usaban sus interlocutores (1).

2.ª Comedias *palaciegas*, semejantes á las anteriores en sus argumentos, pero con la diferencia de intervenir en ellas como principales actores muy altos personajes, ó versar sobre asuntos verdaderamente palaciegos (2).

---

(1) En esta clasificacion hemos tomado por pauta la ya citada del Sr. D. Alberto Lista, pero con algunas variantes, que nos han parecido indispensables.—En primer lugar, suprimimos el grupo de las que llama el maestro de *costumbres*, y hubiera tal vez debido denominar *picarescas*, porque Calderon, felizmente, no descendió á ese género más que en sus entremeses. Las verdaderas comedias de *costumbres* son las que pintan las de la clase media; y esas, en realidad, las de capa y espada.

(2) El Sr. Lista comprende en el mismo grupo, llamán-

3.ª Comedias *heróicas*, de asuntos, ya históricos, ya tradicionales, ya de pura invencion, como los caballerescos y romancescos.

4.ª Comedias *trágicas*, por su asunto, catástrofe y personajes.

5.ª *Tragi-comedias* ó comedias *urbano-trágicas*, en que el asunto pertenece á la tragedia, y los personajes no son de régia condicion (1).

6.ª Comedias de *Teatro* ó de *tramoya*, entre las cuales las *mitológicas*.

7.ª Comedias *místicas*, sobre asuntos religiosos ó vidas de santos.

8.ª Comedias puramente *filosóficas* ó *ideales* (2).

---

dolo de comedias *de intriga y amor*, las de capa y espada y las *palaciegas*, muy semejantes á las primeras en el córte, pero sin embargo, bastante diferentes de ellas, por la categoría de los personajes y la entonacion general del drama, para constituir especie aparte.

(1) Hemos suprimido el grupo de las comedias pastoriles, porque Calderon no las tiene. La *fingida Arcadia*, que en rigor pudiera clasificarse en ese género, es de tres ingenios, y nuestro autor sólo escribió en ella la jornada III.— En compensacion dividimos en dos especies los dramas trágicos, por razones tan obvias, que no creemos necesario detenernos á enumerarlas.

(2) La clasificacion que con este párrafo termina, no es, á mi juicio, perfecta, y más diré: no creo que cabe hacer ninguna que lo sea. La libertad absoluta del ingenio, en la época á que nos referimos, resistió invenciblemente la coyunda de cualquier método filosófico, y no hay medios há-

A esos tipos hemos procurado reducir las *ciento y una* comedias de nuestro autor, hoy conocidas, de las *ciento y once* que él mismo declaró exclusivamente suyas, en carta escrita desde Madrid, el dia 24 de Julio de 1680, al Duque de Veragua, á la sazon Virrey y Capitan General del reino de Valencia, que le habia pedido noticia de sus verdaderas obras y áun ofrecídosele á costear su edicion (1).

Cuáles son, á nuestro juicio y al de todos los críticos imparciales, las dotes más culminantes del talento dramático de Calderon, dicho lo dejamos; sus defectos, confesado los hemos tambien con lisura, y por tanto, nada con respecto á su teatro, considera-

---

biles, que á mí se me alcancen al ménos, para regimentar, por decirlo así, sus producciones.

Entiéndase, pues, que procedo á sabiendas, no con pretensiones de rigorosa exactitud, sinó con esperanzas no más, de aproximarme á una clasificacion metódica de los dramas de Calderon de la Barca.

(1) Véase en el prólogo al *Obelisco fúnebre*, de D. Gaspar Agustin de Lara, en la *Coleccion* de Rivadeneyra, tomo VII, páginas XXXIX á XLII. — Más dramas contiene la misma *Coleccion*, como puede verse en el excelente *Catálogo* del Sr. Hartzenbusch (tomo XIV, páginas 676 y siguientes); pero nosotros nos atenemos á la lista de Calderon mismo, primero porque es suya, y en segundo lugar porque nos hace ménos difícil, reduciendo el número total de las comedias, la eleccion de las que hemos de incluir en estos volúmenes.

do sintéticamente, nos queda por decir, que no sea repeticion de lo expuesto.

Los planes de Calderon son meditados, sus intrigas hábilmente combinadas, sus exposiciones claras y fáciles; cada una de sus jornadas un pequeño drama; sus desenlaces sorprenden siempre por lo inesperados, pero jamas desagradan por inverosímiles. Las figuras son, en todos sus dramas, dignas y consecuentes consigo mismas; quizás se asemejan entre sí con algun exceso, mas caracteriza el Poeta á cada cual de sus personajes siempre lo suficiente para que tengan todos propia fisonomía. Los jóvenes salen de su pluma audaces, aventureros, pundonorosos, más galantes que sentimentales, y ménos devotos de las leyes civiles que de las del duelo; pero en cambio son caballeros á todas horas y en cualquier lance, y al traves de sus devaneos, locuras y atrevimientos, brilla siempre un profundo sentimiento monárquico-religioso, exento de todo servilismo, que fácilmente los rinde á la autoridad paterna y á la del Rey, entrambas en aquella época reputadas como visibles representaciones en la tierra de la del Omnipotente. Los viejos de Calderon son graves, enteros y tolerantes en el fondo con los juveniles extravíos, aunque con severidad los reprendan y áun castiguen. No recuerdo un solo anciano ridículo ni cobarde entre todos los del gran Poeta, y sí muchos que cautivan por la nobleza de sus procederes y la rectitud de sus máximas.

En cuanto á las damas, sabido es que las Madres estaban no sé si decir excluidas ó proscritas del teatro antiguo español; circunstancia notable, sobre la cual se ha escrito ya tanto y tan bueno, que realmente casi nos basta con mencionarla. Tan grande era el respeto de nuestros mayores á la santidad del matrimonio, y al decoro, por tanto, de la Madre de familia, que rarísima vez osaron ponerla en escena, creyendo sin duda que no debia ofrecerse al público como espectáculo, por inocentemente que fuese, á aquel sér en cuyo decoro, retiro y virtudes estribaban la felicidad del hogar doméstico, la honra de los linajes y la moralidad de los pueblos.

En raras ocasiones tambien atreviéronse á presentar en el teatro á la mujer adúltera ó en inminente riesgo de serlo; siempre para castigarla de muerte áun por el solo intento de faltar á sus deberes; siempre pintándola, desde el momento mismo en que á flaquear comienza, infelicísima y por los remordimientos atormentada; nunca, ni por un solo instante, adormecida su conciencia, ni por voluptuosas imaginaciones halagada, y jamas de manera que dejase de causar repugnancia y lástima su fragilidad.

Calderon, en ese punto, no tiene rival que sepamos; sus tres dramas, *A secreto agravio secreta venganza*, *El Médico de su honra* y *El Pintor de su deshonra*, que todos versan sobre el mismo asunto, son cuadros desgarradores y de mano maestra pintados.

¡Ojalá cuantos del adulterio traten en el teatro, imiten siempre tan admirable modelo!

No fué, sin embargo, á nuestro parecer, el respeto á la santidad del matrimonio la causa única que debió influir en el ánimo de todos nuestros poetas dramáticos, desde Lope á Cañizares, para excluir á la *Madre* casi en absoluto del número de las figuras escénicas; pues bien hubieran podido presentarnos madres *cómicas*, y alguna que otra vez lo hicieron, sin dejar por ende de ser honestas y en suma respetables.

El motivo de esta exclusion absoluta debió de ser, si no nos engañamos, el de hacer posible la *comedia;* que, por regla general, no lo fuera, de no introducirse en ella *damas* que, sin faltar á sus más sagrados deberes, pudieran, hasta cierto punto, abandonarse á los impulsos de su corazon; y luchar contra ciertas leyes y conveniencias sociales, sin quebrantar abierta y escandalosamente los preceptos de la moral y de la religion, y comprometer definitivamente su honra.

En tal supuesto, era condicion necesaria que la *mujer*, como figura dramática, fuese precisamente *soltera*, y no sólo en ese concepto libre, sino ademas colocada en circunstancias tales, que pudiera, sin inverosimilitud ni mengua esencial del decoro de la familia, hacer uso de su libertad, ó en otros términos, obrar dentro de ciertos límites á su albedrío, sin lo cual careciera ella de entidad dramática, y la come-

dia de interes para el público, que con razon quiere personas, y no autómatas, en la escena.

Ahora bien: la doncella con Madre está sujeta de contínuo, dia y noche, y siempre, á una vigilancia tan exquisita como inteligente, y á la cual no se ocultan ni los más íntimos latidos del corazon, ni los más recónditos antojos del pensamiento. La *Madre*, que es mujer provecta y ha sido doncella y jóven; la *Madre*, que ha consagrado toda su vida al estudio y cuidado de su hija, adivina ántes que ella misma sus sentimientos, prevé sus planes, se anticipa á sus actos, y en suma, sin esfuerzo ni violencia, sin apariencia siquiera de opresion, la guarda y preserva de todo riesgo, como nunca pueden hacerlo el Padre más severo, el hermano más celoso ó la dueña más inflexible. Sin complicidad ó abandono por parte de la Madre, no hay, por regla general, posibilidad de que la hija se pierda; y la habia mucho ménos que hoy, allá, cuando la vida doméstica se asemejaba tanto á la claustral, como en la España del siglo XVII acontecia.

¿Qué medio quedaba, pues, para respetar tan escrupulosamente como convenia, lo santo de la maternidad, y no renunciar, sin embargo, como de hecho no era posible hacerlo, á que la dama soltera figurase en el teatro?

Uno solo, y ése fué el que, unánimes y como de comun acuerdo, adoptaron ingeniosamente nuestros grandes poetas, presentándonos casi todas sus Da-

mas ya huérfanas de Madre, cuando ménos, y viviendo, ora emancipadas, ora generalmente bajo la tutela de Padres ó hermanos, es decir, con guardas tan celosos y severos como faltos de inteligencia para su oficio, y por tanto, si temibles siempre, fáciles empero de iludir y burlar durante algun tiempo.

Soltera, huérfana, ya en edad de razon, sin verdadera amistad con ninguna otra mujer; en alianza con su criada, que nada tiene que envidiar nunca á la más discreta y maliciosa de las *soubrettes* de Molière; tan altiva con su amante como sumisa al Padre ó deferente con el hermano; valerosa hasta que su honor peligra; discreta en la conversacion, astuta en los lances apretados; perdiendo los estribos sólo cuando celosa; abusando siempre del sarcasmo con la rival presunta; y aunque enamorada, más audaz é ingeniosa que tierna y sumisa la dama de Calderon, como hemos ya dicho, admira más é interesa ménos que la de Lope; y si no alcanza la intencion moral de la de Alarcon, en cambio nunca tampoco llega á lo desenvuelto de la de Tirso.

Mucho se ha declamado contra los lances de Calderon, por su pretendida inmoralidad; los que tal acusacion fulminan olvídanse de que el oficio del poeta cómico es retratar la sociedad en que vive, y que, si le es lícito suavizar sus contornos, poetizándolos, no desnaturalizarlos á medida de un caprichoso idealismo. Pero de esto, aunque mucho pu-

diéramos decir todavía, dijimos ya lo bastante para los fines de este Ensayo en el párrafo que á éste precede. Pasemos ahora á tratar del último personaje de nuestros dramas en el órden jerárquico social, y que, á nuestro juicio, bajo el aspecto del arte, es acaso la más importante de sus figuras.

¿Quién no ha adivinado ya que aludimos al *gracioso*, elemento fundamental, por decirlo así, de nuestras *comedias* antiguas?

No recordamos, en verdad, ninguna, absolutamente ninguna de ellas, sin *gracioso;* y aunque no podamos blasonar de eruditos, no solamente hemos leido cuantas pudimos haber á las manos, sino que, sobre deber la vida, despues de Dios, á un grandísimo é inteligente aficionado al teatro antiguo, que nos le puso en las manos apénas de leer fuimos capaces, favoreciónos la suerte con la íntima amistad de casi todos los literatos españoles importantes del siglo que corre, y muy señaladamente con la de los señores Durán, Búrgos, Martinez de la Rosa, Duques de Frias y de Rivas, Hartzenbusch y otros, á quienes nunca oimos hablar de esa *rara avis in terra:* una comedia antigua sin *gracioso.*

No era, pues, aquella figura una de esas invenciones inmotivadas de la *moda literaria*, que pasan, como el relámpago por la atmósfera ó la nave por el piélago profundo, sin dejar rastro ni huella; no era tampoco uno de esos menguados arbitrios de la pobreza del ingenio para esconder y disfrazar su

insuficiencia; ni era, en fin, como el gongorismo, una aberracion del entendimiento; que si moda, arbitrio ó aberracion fuera, no faltára en la ilustre pléyade de nuestros grandes poetas, uno al ménos con audacia y genio bastantes para salir del carril de la rutina, inventar un nuevo recurso y contradecir la preocupacion reinante.

¿Qué fué, pues, el *gracioso* para los autores dramáticos del siglo XVII? Fué una *necesidad* de su época, un elemento, como lo hemos dicho, fundamental de su arte, un medio de salvar sin riesgo alguna de las muchas barreras que se oponian entónces á que la poesía escénica esgrimiera libre el satírico azote para llenar sus fines de moralizacion y progreso sociales.

Obstínanse, míopes ó de mala fe, los críticos clásicos en no ver en los *graciosos* de nuestro teatro antiguo más que lacayos insolentes, aunque llenos de ingenio, que, contra toda verosimilitud, se familiarizan intempestivamente, no sólo con sus dueños, sinó con los más altos personajes, inclusos los Reyes, y que con sus bufonadas escandalizan cínicos así el culto de Talía y de Melpómene como el del verdadero Dios, si á mano viene.

¿Cómo no han comprendido, y si lo comprendieron, porqué no lo confiesan, que el *gracioso*, como el *Coro* en el drama griego, ó el Poeta en la égloga, es el representante del sentimiento del público, ó más bien el maestro que al público le enseña cómo

debe sentir y pensar respecto á la fábula á que asiste?

¿Cómo pudo escondérseles que nuestros graciosos son siempre encarnaciones del sentido comun ó de la sana razon prosaica, contrapuestas á las reglas convencionales, á las preocupaciones más ó ménos poéticas, y á los absurdos ménos ó más platónicos por el uso consagrados en aquella época?

El galan, la dama, los padres, los hermanos de nuestras comedias son figuras de su siglo, de un siglo en que todo estaba pautado y sujeto á las reglas de una etiqueta convenida, así en lo material como en lo moral; el *gracioso* es el hombre de la naturaleza (quizá la naturaleza del hombre), que sólo escucha su razon egoista y sus sensaciones, tan primitivas como exigentes. Al lado y en contraposicion de las ficciones sociales, el gracioso pone las verdades, ásperas á veces, de la naturaleza; él es la prosa en antítesis con la poesía de los demas personajes; él la materia del cuerpo en incesante lucha con la espiritualidad del alma, y él, en fin, la expresion de ese conjunto indefinible de ideas axiomáticas y de sentimientos universales, que ahora se llama *opinion pública*, y que entónces ni tenía nombre, ni periodismo para producirse, ni tribuna para imponerse, ni capacidad siquiera para imaginar que á viva fuerza entronizarse podia.

Defectos, ridiculeces, errores, vicios, faltas y áun crímenes, que de la censura del teatro ponian á cu-

bierto las instituciones, los privilegios y las fuerzas de clase de la sociedad á que nos referimos, sólo bajo la férula del *gracioso* caian, de su justicia únicamente eran pasibles, y contra su festivo látigo, exclusivamente, no osaban rebelarse. Sin el *gracioso*, la comedia del siglo XVII no hubiera podido ciertamente *corregir deleitando*, y los clásicos, acusándola porque inventó ingeniosa y utilizó hábil aquel único recurso que para dogmatizar entónces cabia, se muestran á un tiempo con ella injustos y consigo mismo inconsecuentes.

Verdad es, sin embargo, que hubo grandes abusos en la materia, y que la universal popularidad de los graciosos indujo con frecuencia á nuestros poetas á servirse de ellos, con exceso unas veces, y muy fuera de sazon otras; pero esa circunstancia prueba poco ó nada contra la invencion del personaje en sí misma; sinó es que precisamente de lo bueno, de lo útil y áun de lo santo, es de lo que con más facilidad abusa el hombre.

Calderon en sus comedias, ya de *capa y espada*, ya *palaciegas*, es un modelo en punto á *graciosos;* y si los economizára un tanto en las *heroicas*, y sobre todo en las *trágicas*, nada perdiera en ello su fama.

Digamos, sin embargo, que en todas sus producciones, sin excepcion alguna, los *graciosos* son dignísimos de ese dictado por la abundancia y discrecion de sus donaires, por la oportunidad de sus ocurrencias, por la espontaneidad de sus dichos, y

en general por la mesura en sus chocarrerías mismas.

En punto á lenguaje, nuestro gran Poeta es siempre castizo y correcto; si su estilo es conceptuoso siempre, rara vez frisa en oscuro, cuando de culto no peca; y nuestra rica habla castellana es, en su pluma, un suavísimo dócil instrumento, que á todo género de modulaciones se presta. En su tiempo ya el idioma español estaba completamente formado; contábamos escritores de primer órden en todos géneros; nuestra literatura, léjos de mendigar cosa alguna en país extranjero, era en todos de tal importancia, que nuestros libros se leian y nuestra lengua se cultivaba en París como en Lóndres, en Viena como en Bruselas, y en Nápoles como en Bolonia, en Florencia y en Roma. Si de *frase extranjera el mal pegadizo* comenzaba ya tal vez á aquejarnos, era sólo con *italianismos*, es decir, con palabras y modismos de un idioma de tal afinidad con el patrio, que en realidad más le enriquecian que su pureza afectaban.

Calderon, por otra parte, no parece haberse dedicado nunca al estudio de exóticas lenguas; positivamente ignoraba el frances; y si debemos suponer, por su estancia en Milan y su aficion á las bellas letras, que entendiese y leyera el idioma del Taso y del Ariosto, es positivo que en sus obras no se advierten tanto los resabios de italianismo como en las del gran Cervántes, por ejemplo.

En suma, como hablista, Calderon es un modelo digno de estudio y de imitacion.

Entre los diferentes grupos de sus comedias que resultan de la clasificacion por nosotros aceptada, francamente confesamos que el de las de *capa y espada*, es el que nos parece digno de preferencia, sobre todo tomando en cuenta el gusto y comprension del público moderno. Tienen aquellas comedias en absoluto, ademas de su mérito intrínseco como tales, que es de primer órden, el de la fidelidad poética con que retratan la sociedad de su época. Lo que se opone hoy á su frecuente representacion, mucho más aún que lo que va de tiempos á tiempos, es la frecuencia con que en cada jornada se varía el lugar de la escena; pero hay que tener muy presente, para no condenar con excesiva severidad ese defecto, que cuando Calderon escribia, áun no se usaban en el teatro más que excepcionalmente las decoraciones, que hoy son de uso constante y de necesidad imprescindible.

Representábanse las comedias que nos ocupan, por regla general, en una especie de sala, con cortina al foro y puertas laterales; de donde la necesidad para el poeta de describir en sus versos el lugar de la escena, y la libertad consiguiente de cambiarlo á su gusto y conveniencia, puesto que sólo le costaba decirlo en una ó más redondillas. Hasta en eso conservaban aquellos dramas el carácter de las novelas, en cuya lectura nadie ciertamente se queja

porque cada dos páginas le lleven de la plaza al templo, ó de la casa particular á la calle, cuando no de Madrid á la Coruña, ó de París á San Petersburgo.

Por lo demas en las comedias de capa y espada de Calderon hay, sinó precisamente la estricta unidad de accion que los clásicos exigen, gran unidad de interes; y los episodios, aunque frecuentes y á veces importantes, conspiran todos al fin principal de la fábula, entreteniendo más bien que distrayendo la atencion del espectador.

Raras son y de poca monta las infracciones de la unidad de tiempo en esas mismas comedias; su estructura, en general, se presta bien á cumplir con aquella exigencia; y cuando no la satisfacen del todo, el interes de la fábula no da tiempo á que la falta se advierta.

Ya dijimos que las *comedias palaciegas* se diferencian poco en la esencia de las anteriores; bástanos, con respecto á ellas, referirnos á lo que de escribir acabamos con relacion á las de capa y espada.

En las *heroicas*, así como en las *trágicas*, Calderon se muestra gran poeta lírico y conocedor profundo del corazon humano; hay en ellas trozos y pasajes admirables de pasion y sublimidad, pero deslucidos, mal que nos pese confesarlo, por la plaga del culteranismo en primer lugar, y por un dejarse ir excesivo, unas veces al género cómico, y otras al estilo de los libros de caballerías. Si á esos

defectos se agregan la negligencia de los datos históricos y la falta absoluta de colorido local y de época, sin dificultad se comprenderá que las obras á que ahora nos referimos, son, generalmente hablando, las más débiles del insigne vate, y por tanto, las que más armas suministraron á sus enemigos para combatirle. Repitamos, sin embargo, porque es justo y conviene tomarlo muy en cuenta, que hay escenas enteras y muchos pasajes ademas en las comedias heroicas y en las trágicas de Calderon, que acreditan la inmensidad de su genio por una parte, y por otra ofrecen digna y provechosa materia de estudio á los amantes y profesores de las bellas letras.

Otro tanto, realmente y en todos conceptos, podemos decir de los dramas de *Teatro* ó tramoya, y de los *mitológicos*, que hemos comprendido en un solo grupo, á pesar de lo diferente de sus argumentos, porque unos y otros fueron escritos con idéntico objeto: el de solemnizar alguna fiesta de las que solian celebrarse en Palacio ó en los Sitios Reales. De ahí su carácter esencial de ostentacion y aparato; circunstancias en que ya se habian hecho notables muchas de las comedias de Luis Velez de Guevara, y en las cuales no le sobrepuja ménos Calderon en ingenio y arte.

Hoy lo literario se sacrifica por completo, en tal género de dramas, á las maravillas del arte del tramoyista y á los prodigios del pintor escenógrafo; el público cortesano del siglo XVII queria, á la cuenta,

ademas de transformaciones, perspectivas, danzas y cantares, algo tambien para recreo del espíritu; y así las comedias de *Teatro* y las *mitológicas* ni carecen de argumento literario, ni de intriga y peripecias, ni mucho ménos de situaciones interesantes, y sobre todo de bellísimos versos. Admitido el género, y no sabemos con qué derecho le condenaria la generacion que aplaude ó tolera la *Pata de cabra* y las *Píldoras del Diablo;* admitido el género, decimos, parécenos que las obras de Calderon de que se trata, les llevan inmensas ventajas á las análogas modernas, y que ganariamos mucho en que en algo las imitáran los que surten á nuestro teatro de funciones de espectáculo para las Pascuas y carnavales.

En retórica rigurosa ley, ninguno de nuestros grandes Ingenios de la escuela dramática nacional escribió lo que se llama *tragedias*, si nos atenemos al usual significado de esa palabra; trataron, sí, de asuntos *trágicos;* pusieron en escena sucesos de Príncipes y heroicos personajes; pintaron lances que la compasion excitan, y reprodujeron, cuando no inventaron, catástrofes que inspiran terror; mas todo eso lo hicieron sin aislar completamente las elevadas figuras de aquellos dramas de las vulgares que pueblan el mundo, y sin encerrarse en una atmósfera ficticia de convencional poética grandeza, donde no le es dado respirar al comun de las gentes.

Quien busque en las obras de Lope, Calderon,

Rojas ó Moreto algo que, en cuanto á la forma, se parezca á las de Sófocles ó de Corneille, cierre los libros, porque hojeándolos perderia inútilmente el tiempo. En todas las comedias trágicas de nuestro teatro antiguo, el elemento cómico figura, como en los modernos dramas llamados románticos, con discrecion y oportunidad aprovechado unas veces; otras, ya lo dijimos, con deplorable exceso.

Corrigiéndolas de esa falta, nacida más de un excesivo prurito de popularidad que de la supuesta ignorancia del ilustre culpable, y descartadas del gongorismo, que la moda les imponia, las obras trágicas de Calderon nos parecen, á pesar de todas sus irregularidades, dignísimas de la nombradía y alto crédito de que muchas de ellas gozan aún hoy en el orbe literario, y muy señaladamente en la docta y profundamente pensadora Alemania.

Los celos del Tetrarca son, en efecto, sobre eminentemente trágicos, únicos acaso en su especie (1);

---

(1) Heródes no tiene razon alguna para sospechar que Marienne le sea infiel; nadie ha osado acusarla; todavía el César no la ha visto; y sin embargo, bástale al Tetrarca conocer la belleza de su esposa para temer que ha de cautivar á su vencedor, y mandarla matar á ella, sin el menor indicio que su virtud ponga en duda. Hay en esos celos algo de profético y de sublimemente feroz á un tiempo; y hay, sobre todo, la originalidad absoluta á que en el texto aludimos.

Marienne nada tiene que envidiar á Desdémona en amor y abnegacion; las dos penúltimas escenas de *La gran Cenobia* no desdecirian ciertamente en el acto v del *Ricardo III* de Shakspeare (1); y en *Las Armas de la hermosura*, en las dos partes de *La Hija del Aire* (Semíramis), en *Los Cabellos de Absalon*, en *Júdas Macabeo* y en *Duelos de amor y lealtad*, no nos sería difícil señalar pasajes eminentemente trágicos.

Preferimos, sin embargo, y el público suele ser de nuestra opinion en esa parte, á los dramas que de considerar acabamos, los comprendidos en el inmediato grupo, que, salva la categoría social de sus principales personajes, son realmente del mismo gé-

---

(1) En la escena III del acto V de *Ricardo III*, aquel tirano homicida está dormido en su tienda, la noche que precede á la para él funesta batalla de *Bosworth*, en que perdió á un tiempo el usurpado trono y la criminal existencia. Succesivamente van apareciéndosele las sombras de todas sus principales víctimas, para anunciarles, á él la derrota, y el triunfo á su rival *Richmond*, tambien en el teatro visible, y en su tienda dormido. — Las escenas XII, XIII y XIV de la jornada III de la *Gran Cenobia* reunen en torno de *Aureliano*, adormecido como el asesino de los hijos de Eduardo, á sus principales presuntas víctimas, que él cree muertas, aunque en realidad hayan podido á su furor sustraerse.

La similitud de ambas situaciones es evidente; y si la inventada por Shakspeare más trágica, la de Calderon indudablemente más natural y verosímil.

nero; sea porque en ellas parecen ménos chocantes que las otras los defectos que les hemos reconocido, sea porque su índole y esfera de accion se prestan más á la manera de ser de nuestro teatro antiguo, el hecho es que las *tragedias urbanas* ó *tragi-comedias* de nuestro Poeta son muy superiores á las que á la tragedia clásica se han querido asimilar, y que así los literatos como el público de nuestra época las leen ó escuchan representadas con preferencia á las últimamente mencionadas.

A secreto agravio secreta venganza y *El Alcalde de Zalamea* no son hoy ménos estimadas en España que en tiempo de Felipe IV, y gozan en Europa, juntamente con *El Médico de su honra* y *El Tuzani de las Alpujarras ó Amar despues de la muerte*, de tan envidiable como merecido crédito. Bastáran esas obras ellas solas para eternizar el nombre de su autor, cuando no le sobráran los títulos que á la inmortalidad tiene en el resto de sus producciones, cuyo sumario análisis vamos á terminar con un breve exámen de sus comedias *místicas* y de las *filosóficas* ó puramente ideales.

En la primera especie hemos comprendido las más de las que versan sobre vidas de Santos, ó cuyo argumento se tomó de los libros sagrados (1); no

---

(1) Aunque de argumento sacado de los libros sagrados,

todas, porque algunas de ellas con evidencia pertenecen á distinto grupo.

Naturalmente en ese género de composiciones el ingenio se encuentra ligado por las exigencias del argumento, y cuenta con la fe de sus oyentes como elemento fundamental para el feliz éxito del drama. Dificúltase ademas el trabajo literario con la obligacion precisa de limitar la ficcion á lo absolutamente indispensable para el artificio escénico, sin tomarse nunca licencias que alteren sensiblemente caractéres de antemano por el público conocidos y por la devocion consagrados; pero áun eso es de poca monta, puesto en paralelo con lo eminentemente peligroso siempre, y mucho más en la España del santo Oficio, de rozarse de contínuo y por necesidad ineludible, ya con la moral, ya con el dogma religioso mismo. Nada más fácil, áun con la más sólida instruccion y la más sana intencion del mundo, que deslizarse un error de pluma en tan escabrosa materia, ó escandalizar con aquello mismo que de bonísima fe para edificar se escribe. Todos los que hoy vivimos podemos recordar que *El Diablo predi-*

---

excluimos del número de las comedias místicas las siguientes, á saber:

Los Cabellos de Absalon, por ser una verdadera tragedia;

Júdas Macabeo, por la razon misma; y

El Mágico prodigioso, que pertenece al género de las filosóficas.

cador, de Belmonte ó de Villegas (1), escrito con evidencia en honra y gloria de la órden seráfica, y tal vez al estrenarse representado en su provecho, se vió despues largo tiempo proscrito de la escena, porque en ella producia el efecto de una sangrienta sátira contra las órdenes mendicantes.

Calderon, cuya fe era tan ilustrada como sincera, supo evitar todos los escollos del género místico en sus comedias, y elevarse en los *Autos sacramentales* á la altura de los más insignes teólogos y filósofos cristianos.

Es de notar, sin embargo, que miéntras el gran Poeta fué seglar, y muy singularmente desde que en 1625 pasó á servir á Italia, el número de sus producciones dramático-religiosas es muy escaso, así respecto al del resto de sus obras, como comparado con las del mismo género de los otros poetas sus contemporáneos.

De las seis comedias que escribió en el primer período de su vida poética (de 1613 á 1625), tres fueron de asuntos de religion propiamente dichos, y otra, *La Devocion de la Cruz*, un drama *místico-romántico;* pero ya en los veinte y seis años siguientes hasta el de 1651, en que Calderon se ordenó,

---

(1) Véase el *Catálogo* del Sr. Mesonero Romanos, y el artículo *Belmonte* en el libro del Sr. Barrera, pág. 28, col. 2.ª y siguientes.

sólo aparece haber escrito seis ú ocho comedias de aquella especie.

No le parecieron, sin duda, muy á propósito, la vida del soldado, primero, y despues la del cortesano, para tratar de tales asuntos con la profundidad, ortodoxia y conciencia que á sus sentimientos piadosos y á su saber en la materia convenian.

Como quiera que sea, en *El Purgatorio de San Patricio*, como en *La Devocion de la Cruz* y en *La Aurora en Copacabana*, lo mismo que en *Los dos amantes del cielo*, ni el genio dramático del autor del *Alcalde de Zalamea* y de *La Dama Duende* se desmiente, ni es posible dejar de traslucir ya el gran talento metafísico-teológico del que habia de escribir los *Autos sacramentales* para la villa de Madrid durante el largo período de treinta años consecutivos.

Algun tiempo hemos vacilado nosotros en decidirnos á no incluir los tales *Autos* en esta coleccion, porque indudablemente, como obras dramáticas de incontestable superior mérito en su género, debieran figurar en ella para honra de su autor, enseñanza de la juventud y deleite del público; mas, por otra parte, su índole es tan específica y característica, y su número tan considerable, que en el primer concepto exigen un estudio especial tambien, y en el segundo requieren, cuando ménos, dos volúmenes de la *Biblioteca*, si no han de omitirse muchos *Autos* de los que tienen indisputable derecho á

ser contados en el número de las obras escogidas del gran Poeta.

Quédannos ya únicamente que decir dos palabras sobre las comedias puramente filosóficas de nuestro Poeta; grupo por su cantidad tan exiguo, cuanto por su calidad de máxima importancia.

Ante todo, expliquémonos con cuanta claridad nos sea posible: por drama puramente *ideal ó filosófico* entendemos aquel cuyo fin exclusivo es demostrar alguna proposicion metafísica ó dar cuerpo á una idea abstracta en la escena. Al limitarnos, pues, á incluir en el grupo que ahora nos ocupa, dos solas comedias de Calderon, *La Vida es sueño* y *El Mágico prodigioso*, no pretendemos que no haya otras muchas de sus obras con tendencias y caractéres eminentemente *filosóficos*, sinó que las escogidas son las únicas (1) en que, á nuestro juicio, el propósito metafísico domina exclusivamente, y la encarnacion, por decirlo así, de una idea abstracta es el fin absoluto del drama.

En tal supuesto, ¿qué podrémos decir aquí de *La Vida es sueño*, comedia no ménos conocida y célebre,

---

(1) Hay grande analogía, y quizá semejanza, entre *El Mágico prodigioso* y *Los dos amantes del cielo;* pero en la segunda, á nuestro parecer, lo puramente místico predomina de tal manera sobre lo *filosófico*, que no da lugar á clasificarla en el mismo grupo que la primera y *La Vida es sueño.*

y glorificada en el mundo literario, que el *Don Quijote* mismo? En esta coleccion figurará, como no puede ménos de figurar en cuantas se formen de las obras selectas de su esclarecido autor; y para cuando su turno llegue, reservamos el análisis de sus magníficas bellezas, así como la censura de los defectos de que, por desdicha, adolece.

Ménos conocida del público, pero no ignorada ciertamente de los eruditos, y áun de los meros aficionados á nuestro teatro antiguo, la comedia del *Mágico prodigioso*, paréccnos á nosotros un milagro poético, en cuanto sobre un tema tan místicamente abstracto como lo es el de su argumento, logró Calderon con admirable tino edificar un drama lleno de interes, sencillo al mismo tiempo y conmovedor por extremo.

«La *ciencia* sin la *gracia* para nada vale; la *gracia* no ha menester *ciencia* para levantarnos al cielo mismo.» Tal es, en suma, el tan metafísico como teológico teorema que nuestro gran Poeta se propuso demostrar, y demostró en efecto, en *El Mágico prodigioso*. *Cipriano*, rico, docto, popular y bien intencionado, sucumbe, no obstante, á la tiranía de las pasiones, hasta el punto de hacerse esclavo del que todas las malas personifica; porque, si bien ha entrevisto la verdad en sus estudios, faltóle la *gracia* para aprovechar aquel rayo de luz fugitiva. *Justina*, huérfana de padres desconocidos, ignorante, pobre, sin más amparo que el de un viejo sacerdote cristia-

no, casi mendigo, y por su fe proscrito; Justina, ademas bella, por dos poderosos amantes solicitada de contínuo, y por el enemigo comun tentada, atormentada y difamada; Justina, en fin, desvalida y débil, pero á quien la *gracia* asiste, no solamente triunfa en el sentido moral de todos y de todo, sinó que humilla la soberbia frente del rebelde á su Creador mismo, y salva de eterna condenacion á *Cipriano*, de ella perdidamente enamorado, y que con ella, en el propio cadalso y en el punto mismo, recibe la palma del martirio.

Justina y Cipriano son dos figuras admirables, de sencillez y de idealismo la primera, de pasion y de científica ceguedad el segundo. La pobreza é insuficiencia del saber humano están en aquel personaje pintados, en nuestro sentir, con no ménos verdad y poesía, y acaso más concreta y perceptiblemente, que en el *Fausto* de Göethe; y la santidad sin pretensiones de la que ama, el candor de su fe, lo incontrastable de su esperanza en la misericordia divina, nos parecen muy preferibles á las vacilaciones, debilidad y desesperacion de la, sin embargo encantadora, figura de la *Margarita* del insigne vate de las deliciosas márgenes del Rin.

Como quiera que sea, tambien *El Mágico prodigioso* forma parte de esta coleccion, y el público apreciará en lo que valgan nuestras observaciones.

Con ellas terminamos el sumario análisis del teatro de D. Pedro Calderon de la Barca, no porque

presumamos haber dicho todo lo que su importancia requiere, sino porque los límites de este Ensayo, más extenso ya de lo que acaso conviniera, nos obligan á dar aquí por terminado en esa parte nuestro trabajo.

VII.

PLAN METÓDICO DE ESTA COLECCION.

El objeto que nuestra Real Academia se ha propuesto al publicar la *Biblioteca selecta* de *Autores clásicos españoles* es popularizar las obras maestras de nuestra literatura, facilitando su adquisicion por una parte, y por otra obviándoles á los lectores el miedo á engolfarse en un mar de volúmenes, con la incierta esperanza de encontrar en él las bellezas que buscan, y la probable contingencia de un tedio insoportable para todo el que de erudito no hace profesion constante.

Encuéntrase, pues, el colector sujeto á estas dos condiciones fundamentales, á saber:

Primera, elegir las mejores obras del autor coleccionado; y

Segunda, limitar el número de las elegidas al indispensable, para no defraudarle de ninguno de sus legítimos lauros.

Siempre difícil de llenar la primera, porque las leyes del buen gusto dan de sí lo bastante para en-

gendrar dudas con frecuencia, hácese hasta peligrosa cuando se trata de un escritor como Calderon, cuyo superior mérito apénas da lugar á desperdicio en sus obras.

Y todavía la dificultad respecto á él se acrece con la condicion segunda; porque, en efecto, habiendo su ingenio extendídose á tan vária diversidad de géneros dramáticos, ó el colector ha de ser difuso de sobra, ó ha de omitir dramas, ó más bien especies de dramas, que para que su autor fuese juzgado con pleno conocimiento de causa debieran en la coleccion incluirse.

Conviene, á mayor abundamiento, poner de manifiesto, en cuanto sea posible, cómo y en qué forma fué succesivamente desarrollándose, creciendo y modificándose el genio creador de tan gran Poeta; y para conseguirlo, necesario es tomar en cuenta, no sólo el género de sus producciones, sino tambien su órden cronológico, ó lo que es lo mismo, la fecha en que fueron, ó se presume que debieron ser, escritas.

Cuanto cabe en esa parte, nuestro compañero y amigo el Sr. Hartzenbusch lo ha hecho cumplidamente en la *Coleccion* de Rivadeneyra, y de su trabajo partimos nosotros, confesándolo sinceramente.

En *cinco períodos* consideramos dividida la vida literaria de Calderon.

De éstos, el primero comprende el espacio que media entre los años de 1613, en que se supone que escribió nuestro Poeta, niño por cierto todavía, *El*

Carro del cielo, comedia hoy perdida; y el de 1625, que fué el de su entrada á servir al Rey con las armas, en Milan primero, y luégo en Flándes. De las seis comedias que escribió en ese tiempo, insertarémos dos: *La Devocion de la cruz*, por su místico romanticismo, y *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, entre otras razones, por haber sido el modelo que *Corneille* tuvo presente para su *Heraclio.*

Comprende el segundo período los diez años que median desde el de 1625 al 1635, ó lo que es lo mismo, el tiempo que sirvió Calderon activamente en las filas del ejército, sin renunciar por eso, ni mucho ménos, á su vocacion literaria.

Veinte y cinco fueron los dramas que en ese período dió de sí aquel admirable ingenio; y de ellos hemos elegido, renunciando con pesar á otros muchos, los siguientes, á saber:

Casa con dos puertas, la primera en el órden cronológico de sus inimitables comedias de *capa y espada.*

La Dama Duende, á nuestro juicio la mejor de las suyas en el mismo género.

La Vida es sueño, cuyo nombre nos dispensa de todo comentario.

Para vencer á amor querer vencerle, drama palaciego, lleno de ingenio y de filosofía.

El *Galan Fantasma*, del mismo grupo; y

El Purgatorio de San Patricio, como muestra del género místico en las vidas de Santos.

A la misma época pertenecen *El Mayor monstruo los celos* y *La gran Cenobia*, ambas calificadas de *trágicas;* mas, por razones que se desprenden de cuanto ya dejamos escrito, hanos parecido conveniente no insertarlas íntegras, reservando aquellos de sus fragmentos dignos, á nuestro juicio, de popularizarse, para el tomo último de esta coleccion.

Llamado á Madrid, y en posesion, por muerte de Lope, del cetro de la monarquía cómica, el año de 1635, Calderon abasteció á un tiempo á los *corrales* de la Villa y á los teatros de la Córte y Sitios Reales, de comedias de todas especies, hasta el 1648, si bien durante ese tiempo, que es el comprendido en nuestro tercer período, hubo alguno en que, segun en el Ensayo biográfico dijimos, estuvo el gran Poeta más ó ménos voluntariamente alejado de la Córte.

Sus comedias de ese tercer período son casi tantas (veinte y cuatro) como las del anterior, y no ménos variados sus géneros.

De ellas elegimos:

El escondido y la tapada, de capa y espada.

A secreto agravio secreta venganza, prototipo y modelo de las *urbano-trágicas* y de las *tragi-comedias.*

No hay burlas con el amor, de capa y espada.

El Mágico prodigioso, compañera y rival de *La Vida es sueño.*

No hay cosa como callar, lindísimo drama urbano.

Ni Amor se libra de Amor, perla de las mitológicas; y

Mañanas de Abril y Mayo, tan fresca, tan lozana como su título.

De regreso á Madrid, en virtud de Real Decreto, el año 1649, para «trazar y describir las fiestas que con motivo de los desposorios de Felipe IV con doña Mariana de Austria habian de celebrarse, la musa de Calderon parece haberse vigorizado con la ausencia de la Córte, pues en tres años solos da á luz no ménos dramas que en los trece anteriores (fueron veinte y cinco), y dramas de tal mérito, como podrá juzgarse por la muestra que de ellos darémos en los siguientes, á saber:

El Secreto á voces, comedia palaciega.

El Alcalde de Zalamea, tragi-comedia inimitable.

¿Cuál es mayor perfeccion, hermosura ó discrecion? de capa y espada.

¡Fuego de Dios en el querer bien! del mismo género; y

La Niña de Gomez Arias, por su romántico atrevido córte, notabilísima.

Durante el postrer período de su vida natural y poética, es decir, en el tiempo que media desde el año de 1651, en que se hizo Sacerdote, y el de 1681, que fué el de su muerte, Calderon, sin renunciar al teatro, sacrificio, á nuestro entender, superior á sus fuerzas, pero capitulando, por decirlo así, con las exigencias de su nuevo estado, «no tomó ya más la

pluma para cosa que no fuese *fiesta á S. M. ó fiesta al Santísimo*», como él mismo nos lo dice en su carta al Patriarca de las Indias, citada en el Ensayo biográfico que á este crítico precede.

Así, de los treinta dramas que en aquella época escribió, solos siete pertenecen á los grupos de comedias de capa y espaba y palaciegas, y áun de esas siete parécenos que por lo ménos las dos primeras (*Cada uno para sí*, *No siempre lo peor es cierto*) debíalas ya de tener su autor escritas ántes de ordenarse.

Nuestra eleccion, pues, respecto á ese período ha recaido naturalmente en obras de la especie que de preferencia cultivaba entónces el insigne Poeta, y son las que á continuacion enumeramos:

Agradecer y no amar, comedia palaciega.

Amado y aborrecido, drama de grande espectáculo, que pasa por ser refundicion del *Certámen de amor y celos*, que no ha llegado á nosotros.

Afectos de ódio y amor, comedia heroica; y

Hado y divisa de Leonido y de Marfisa, postrera produccion de aquel genio inmortal.

Confesámoslo con lisura: quédanos el remordimiento de haber omitido en todos géneros composiciones tan dignas de figurar en la *Biblioteca selecta* como las en ella por nosotros incluidas; pero hemos obedecido, obrando así, á la dura ley de la necesidad, con el mismo dolor que el pasajero, á bordo de un buque en riesgo de irse á pique, arroja al mar

una gran parte de sus riquezas por salvar el resto.

Esta coleccion no llenaria los fines de la Academia, haciéndose demasiado voluminosa; y bajo ese aspecto considerado el negocio, tal vez el número de *veinte y cuatro dramas*, á que asciende el de los elegidos, todavía parezca excesivo. Y sin embargo, sólo hemos admitido en estos tomos *ocho comedias* de capa y espada, *cuatro* palaciegas, *dos* heroicas, *tres* de Teatro ó mitológicas, *tres* tragi-comedias, *dos* místicas y *dos* filosóficas; prescindiendo absolutamente de las como puramente trágicas consideradas.

Sobre esa exclusion, ya en gran parte explicada, poco nos queda por decir. Desde el momento mismo en que con la palabra *tragedia* se establece un inevitable paralelo entre las *comedias* á que nos vamos refiriendo, y las obras clásicas que llevan aquel título, es evidente que las de nuestros poetas del siglo XVII están genéricamente anatematizadas.

No son, en efecto, tragedias tales como el arte clásico las exige, y el público, al leer su anuncio, las espera; no son tampoco, por su argumento, cómicas ni mucho ménos; pero los episodios cómicos abundan superabundantemente en ellas; y no son, en fin, ni por sus fábulas, ni por la categoría de sus personajes, ni por su entonacion, de las que pueden clasificarse con el dictado de dramas románticos.

Imitarlas hoy en su totalidad sería absurdo; representarlas sin refundicion, temerario; por manera

que vienen á ser unos preciosos monumentos del siglo de oro de nuestra literatura, en oposicion, por sus defectos, con el buen gusto de nuestros dias, y cuyo estudio, por más que en bellezas de primer órden abunden, es más bien materia de erudicion que de utilidad general inmediata.

Por eso no incluimos íntegra ninguna de ellas en esta coleccion; pero, como contienen todas bellezas de primer órden, segun repetidamente lo dejamos ya dicho, hemos creido conveniente publicar, por via de suplemento, algunos de sus más notables fragmentos, acompañándolos de la necesaria explicacion para que el lector comprenda los personajes y las situaciones.

Algunos pasajes tambien de gran mérito en el género cómico, que se hallan en dramas que no cupieron en el número de los elegidos, completarán el anunciado suplemento.

Con esto, y con añadir que á cada comedia acompañará un muy sucinto análisis de sus bellezas y sus defectos principales (1), terminarémos esta de sobra prolija introduccion, escrita en conciencia y con buen deseo, podemos afirmarlo resueltamente, pero

(1) Ademas al fin de la coleccion pondrémos un índice general alfabético de nombres, apellidos, lugares y pasajes notables, así en concepto, como por referirse á usos y costumbres de la época.

que confesamos indigna del gran Calderon, y muy necesitada de la indulgencia del público ilustrado, á quien la dirigimos.

30 *de Setiembre de* 1866.

P. DE LA ESCOSURA.

APÉNDICES

AL

ENSAYO CRÍTICO.

NÚMERO 1.º

CATÁLOGO CRONOLÓGICO de las comedias de Calderon reconocidas por él como suyas en su carta al Duque de Veragua, citada en el ENSAYO CRÍTICO (*pág.* 81).

PERÍODO PRIMERO.

Calderon estudiante y caballero particular.

(De 1613 á 1625.)

Núm.	Años.	Títulos.
1.º	1613	El Carro del Cielo.
2.º	1620	La Devocion de la Cruz.
3.º	1622	En esta vida todo es verdad y todo mentira.
4.º	1623	La Vírgen de los Remedios.
5.º	1625	El Sitio de Bredá.
6.º	Id.	San Francisco de Borja.

PERÍODO SEGUNDO.

Calderon soldado en Milan y en Flándes.

(De 1625 á 1635.)

Núm.	Años.	Títulos.
7.º	1629	El Jardin de Falerina.
8.º	Id.	Casa con dos puertas.
9.º	Id.	La Dama Duende.
10	1630	Peor está que estaba.
11	1631	Mejor está que estaba.
12	1632	El Astrólogo fingido.
13	Id.	La Banda y la Flor.
14	1633	Amor, Honor y Poder.
15	Id.	Un castigo en tres venganzas.
16	Id.	El Médico de su honra.
17	1634	La Vida es sueño.
18	1635	Con quien vengo, vengo.
19	Id.	El mayor monstruo los celos.
20	Id.	El mayor encanto amor.
21	Id.	Bien vengas mal, si vienes solo.
22	Id.	Para vencer á amor querer vencerle.
23	Id.	El Galan Fantasma.
24	Id.	Basta callar.
25	Id.	El Purgatorio de San Patricio.
26	Id.	La gran Cenobia.
27	Id.	La Puente de Mantible.
28	Id.	Saber del mal y del bien.
29	Id.	Lances de amor y fortuna.
30	Id.	El Príncipe constante.
31	Id.	Mañana será otro dia.

PERÍODO TERCERO.

Calderon soldado y cortesano en Madrid.

(De 1635 á 1648.)

Núm.	Años.	Títulos.
32	1636	El Escondido y la Tapada.
33	Id.	Los tres mayores prodigios.
34	Id.	La desdicha de la voz.
35	1637	Don Quijote de la Mancha.
36	Id.	Argenis y Poliarco.
37	Id.	Júdas Macabeo.
38	Id.	La Vírgen del Sagrario.
39	Id.	Hombre pobre todo es trazas.
40	Id.	A secreto agravio, secreta venganza.
41	Id.	No hay burlas con el amor.
42	Id.	El Mágico prodigioso.
43	1638	No hay cosa como callar.
44	1639	Apolo y Climene.
45	Id.	El hijo del Sol, Faeton.
46	1640	Los empeños de un acaso.
47	Id.	Certámen de amor y celos.
48	Id.	Las manos blancas no ofenden.
49	Id.	Mujer; llora y vencerás.
50	Id.	Ni amor se libra de amor.
51 y 52	Id.	La Vírgen de la Almudena (*dos partes*).
53	Id.	El Maestro de danzar.
54	1643	La Celestina.
55	1644	La Exaltacion de la Cruz.
56	Id.	Mañanas de Abril y Mayo.

PERÍODO CUARTO.

Calderon Poeta palaciego, seglar y en Madrid.

(De 1648 á 1651.)

Núm.	Años.	Títulos.
57	1649	Guárdate de la agua mansa.
58	1650	El Pintor de su deshonra.
59	Id.	El Secreto á voces.
60	Id.	La Hija del Aire (*primera parte*).
61	1651	El Alcalde de Zalamea.
62	Id.	El Alcaide de sí mismo.
63	Id.	El Acaso y el Error.
64	Id.	Amar despues de la muerte.
65	Id.	Amigo, Amante y Leal.
66	Id.	La Aurora en Copacabana.
67	Id.	Los Cabellos de Absalon.
68	Id.	La Cisma de Ingalaterra.
69	Id.	El Conde Lucanor.
70	Id.	¿Cuál es mayor perfeccion?
71	Id.	De una causa dos efectos.
72	Id.	Los dos amantes del Cielo.
73	Id.	El encanto sin encanto.
74	Id.	Fuego de Dios en el querer bien.
75	Id.	El gran Príncipe de Fez.
76	Id.	Los Hijos de la fortuna.
77	Id.	El José de las mujeres.
78	Id.	Luis Perez el Gallego.
79	Id.	La Niña de Gomez Arias.
80	Id.	Primero soy yo.
81	Id.	Tambien hay duelo en las Damas.

PERÍODO QUINTO Y ÚLTIMO.

Calderon eclesiástico y poeta palaciego.

(De 1652 á 1681.)

Núm.	Años.	Títulos.
82	1652	Las armas de la hermosura.
83	Id.	Cada uno para sí.
84	Id.	No siempre lo peor es cierto.
85	Id.	La fiera, el rayo y la piedra.
86	1653	Agradecer y no amar.
87	Id.	Andrómeda y Perseo.
88	Id.	Darlo todo y no dar nada.
89	1656	Gustos y disgustos son no más que imaginacion.
90	Id.	Amado y aborrecido.
91	1657	El Golfo de las Sirenas.
92	1658	El Laurel de Apolo.
93	1659	Los tres afectos de amor.
94	1660	La púrpura de la rosa.
95	Id.	El Castillo de Lindabrílis.
96	1662	Dar tiempo al tiempo.
97	Id.	Ántes que todo es mi Dama.
98	Id.	Dicha y desdicha del nombre.
99	Id.	Auristela y Lisidante.
100	Id.	Celos áun del aire matan.
101	1664	Afectos de ódio y amor.
102	Id.	La Hija del Aire (*segunda parte*).
103	1666	Eco y Narciso.
104	Id.	El Monstro de los Jardines.
105	1667	El postrer duelo de España.
106	1669	Fieras afemina amor.
107	1672	Fineza contra fineza.
108	1676	El segundo Escipion.
109	1678	Duelos de amor y lealtad.
110	1679	La estatua de Prometeo.
111	1680	Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.

NÚMERO 2.º

Comedias de Calderon no contenidas en el Catálogo anterior, y sí en la Coleccion de Rivadeneyra.

Núm.	Títulos.
112	La señora y la criada.
113	Las cadenas del demonio.
114	Nadie fie su secreto.
115	La Sibila del Oriente.
116	Las tres justicias en una.
117	La Vírgen, ó Nuestra Señora de Madrid.
118	Céfalo y Pócris.
119	El Triunfo de la Cruz.
120	El condenado de Amor.
121	El sacrificio de Efigenia.

NUMERO 3.°

Comedias que escribió Calderon en compañía con otros autores.

1.ª El mejor amigo el muerto, 1610. *Belmonte, Rojas y Calderon.*

2.ª El Privilegio de las mujeres, 1623. *Calderon, Montalban y Coello.*

3.ª El Monstruo de la Fortuna, La lavandera de Nápoles, Felipa Catanea, 1633. *Calderon, Montalban y Rojas.*

4.ª Polifemo y Circe, 1634. *Mira de Amescua, Montalban y Calderon.*

5.ª Enfermar con el remedio, 1644. *Calderon, Velez de Guevara y Cáncer.*

6.ª La Fingida Arcadia, 1651. *Moreto, un Anónimo y Calderon.*

7.ª La Margarita preciosa, 1651. *Zabaleta, Cáncer y Calderon.*

8.ª El Pastor Fido, 1653. *Solís, Coello y Calderon.*

NÚMERO 2.º

Comedias de Calderon no contenidas en el Catálogo anterior, y sí en la Coleccion de Rivadeneyra.

Núm.	Títulos.
112	La señora y la criada.
113	Las cadenas del demonio.
114	Nadie fíe su secreto.
115	La Sibila del Oriente.
116	Las tres justicias en una.
117	La Vírgen, ó Nuestra Señora de Madrid.
118	Céfalo y Pócris.
119	El Triunfo de la Cruz.
120	El condenado de Amor.
121	El sacrificio de Efigenia.

NUMERO 3.º

Comedias que escribió Calderon en compañía con otros autores.

1.ª El mejor amigo el muerto, 1610. *Belmonte, Rojas y Calderon.*

2.ª El Privilegio de las mujeres, 1623. *Calderon, Montalban y Coello.*

3.ª El Monstruo de la Fortuna, La lavandera de Nápoles, Felipa Catanea, 1633. *Calderon, Montalban y Rojas.*

4.ª Polifemo y Circe, 1634. *Mira de Améscua, Montalban y Calderon.*

5.ª Enfermar con el remedio, 1644. *Calderon, Velez de Guevara y Cáncer.*

6.ª La Fingida Arcadia, 1651. *Moreto, un Anónimo y Calderon.*

7.ª La Margarita preciosa, 1651. *Zabaleta, Cáncer y Calderon.*

8.ª El Pastor Fido, 1653. *Solís, Coello y Calderon.*

NÚMERO 4.°

Comedias de Calderon desconocidas hasta la fecha.

Núm.	Años.	Títulos.
1.°	1613	El Carro del Cielo.
4.°	1623	La Vírgen de los Remedios.
6.°	1625	San Francisco de Borja.
35	1637	Don Quijote de la Mancha.
47	1640	Certámen de amor y celos.
51 y 52	Id.	La Vírgen de la Almudena (*dos partes*).
54	1643	La Celestina.
119	1680	El Triunfo de la Cruz.

NÚMERO 5.°

Las comedias de Calderon contenidas en nuestro Catálogo cronológico (Ap. núm. 1.°), y las diez más, impresas en la Coleccion de Rivadeneyra (Ap. núm. 2.°), clasificadas segun el plan de esta Biblioteca, y dispuestas por órden alfabético en cada género.

PRIMER GRUPO.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

Números del Catálogo.	Títulos.
97	Ántes que todo es mi Dama.
62	Alcaide (El) de sí mismo.
12	Astrólogo (El) fingido.
21	Bien vengas mal, si vienes solo.
83	Cada uno para sí.
8	Casa con dos puertas.
54	Celestina (La).
18	Con quien vengo, vengo.
70	¿Cuál es mayor perfeccion?
9	Dama (La) Duende.
96	Dar tiempo al tiempo.
34	Desdicha (La) de la voz.

Números del Catálogo.	Títulos.
98	Dicha y desdicha del nombre.
46	Empeños (Los) de un acaso.
32	Escondido (El) y la Tapada.
74	Fuego de Dios en el querer bien.
57	Guárdate del agua mansa.
39	Hombre pobre todo es trazas.
53	Maestro (El) de danzar.
31	Mañana será otro dia.
56	Mañanas de Abril y Mayo.
11	Mejor está que estaba.
41	No hay burlas con el amor.
43	No hay cosa como callar.
84	No siempre lo peor es cierto.
10	Peor está que estaba.
80	Primero soy yo.
112	Señora (La) y la criada.
81	Tambien hay duelo en las damas.

SEGUNDO GRUPO.

COMEDIAS PALACIEGAS.

63	Acaso (El) y el Error.
86	Agradecer y no amar.
65	Amigo, Amante y Leal.
14	Amor, Honor y Poder.
13	Banda (La) y la Flor.
24	Basta callar.
71	Causa (De una) dos efectos.
47	Certámen de amor y celos.
88	Darlo todo y no dar nada.
73	Encanto (El) sin encanto.

Números del Catálogo.	Títulos.
23	Galan (El) Fantasma.
89	Gustos y disgustos son no más que imaginacion.
29	Lances de amor y fortuna.
48	Manos (Las) blancas no ofenden.
114	Nadie fie su secreto.
22	Para vencer amor, querer vencerlo.
28	Saber del mal y del bien.
59	Secreto (El) á voces.

TERCER GRUPO.

COMEDIAS HEROICAS.

101	Afectos de ódio y amor.
69	Conde (El) Lucanor.
55	Exaltacion (La) de la Cruz.
75	Gran (El) Príncipe de Fez.
77	José (El) de las mujeres.
104	Postrer (El) duelo de España.
108	Segundo (El) Escipion.
5	Sitio (El) de Bredá.
119	Triunfo (El) de la Cruz.
3	Vida (En esta) todo es verdad y todo mentira.

CUARTO GRUPO.

COMEDIAS TRÁGICAS.

82	Armas (Las) de la hermosura.
67	Cabellos (Los) de Absalon.
109	Duelos de amor y lealtad.
26	Gran (La) Cenobia.

Números del Catálogo.	Títulos.
60	Hija (La) del aire (*primera parte*).
105	Hija (La) del aire (*segunda parte*).
37	Júdas Macabeo.
19	Mayor (El) monstruo los celos.
30	Príncipe (El) constante.
121	Sacrificio (El) de Efigenia.
	QUINTO GRUPO.
	COMEDIAS TRAGICOMEDIAS.
61	Alcalde (El) de Zalamea.
64	Amar despues de la muerte.
15	Castigo (Un) en tres venganzas.
68	Cisma (La) de Ingalaterra.
70	Luis Perez el Gallego.
16	Médico (El) de su honra.
79	Niña (La) de Gomez Arias.
58	Pintor (El) de su deshonra.
40	Secreto (Á) agravio secreta venganza.
116	Tres (Las) justicias en una.
	SEXTO GRUPO.
	COMEDIAS DE TEATRO Y MITOLÓGICAS.
90	Amado y aborrecido.
50	Amor (Ni) se libra de amor.
44	Apolo y Climene.
36	Argenis y Poliarco.
99	Auristela y Lisidante.
95	Castillo (El) de Lindabrídis.
100	Celos áun del aire matan.

Números del Catálogo.	Títulos.
120	Condenado (El) de amor.
103	Eco y Narciso.
110	Estatua (La) de Prometeo.
85	Fiera (La), el rayo y la piedra.
106	Fieras afemina amor.
107	Fineza contra fineza.
89	Fortunas de Andrómeda y Perseo.
91	Golfo (El) de las Sirenas.
111	Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.
45	Hijo (El) del Sol, Faeton.
76	Hijos (Los) de la fortuna.
7	Jardin (El) de Falerina.
92	Laurel (El) de Apolo.
20	Mayor (El) encanto amor.
104	Monstruo (El) de los Jardines.
49	Mujer, llora y vencerás.
27	Puente (La) de Mantible.
94	Púrpura (La) de la rosa.
35	Quijote (Don) de la Mancha.
93	Tres (Los) afectos de amor.
33	Tres (Los) mayores prodigios.

SÉTIMO GRUPO.

COMEDIAS MÍSTICAS Y DE SANTOS.

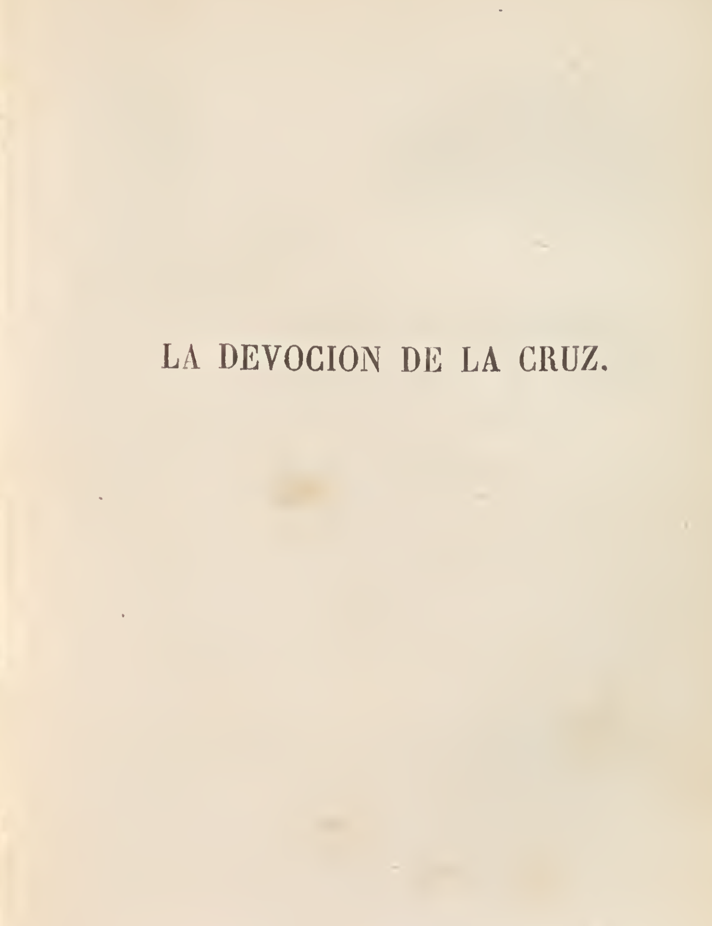
66	Aurora (La) en Copacabana.
113	Cadenas (Las) del demonio.
1	Carro (El) del Cielo.
2	Devocion (La) de la Cruz.
72	Dos (Los) amantes del Cielo.
6	Francisco (San) de Borja.
25	Purgatorio (El) de San Patricio.

Números del Catálogo.	Títulos.
115	Sibila (La) del Oriente.
51 y 52	Vírgen (La) de la Almudena (*dos partes*).
117	Vírgen (La) de Madrid.
4	Vírgen (La) de los Remedios.
38	Vírgen (La) del Sagrario.

OCTAVO GRUPO.

COMEDIAS FILOSÓFICAS.

42	Mágico (El) prodigioso.
17	Vida (La) es sueño.



LA DEVOCION DE LA CRUZ.

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

PERSONAS.

EUSEBIO.
CURCIO, *viejo.*
LISARDO.
OCTAVIO.
ALBERTO, *sacerdote.*
CELIO. } *Bandoleros.*
RICARDO. } *Bandoleros.*
CHILINDRINA. } *Bandoleros.*
GIL, *villano gracioso.*
BRAS. } *Villanos.*
TIRSO. } *Villanos.*
TORIBIO. } *Villanos.*
JULIA, *dama.*
ARMINDA, *criada.*
MENGA, *villana graciosa.*
BANDOLEROS, VILLANOS.
SOLDADOS.

La accion pasa en Sena, por los años de 1212 (1).

JORNADA PRIMERA.

Arboleda inmediata á un camino que se dirige á Sena.

ESCENA PRIMERA.

MENGA. GIL.

MENGA. [*Dentro.*]

¡Verá por dó va la burra!

GIL. [*Dentro.*]

Jo, dimuño; jo, mohina.

---

(1) Cúrcio dice en la escena VIII, línea 1.ª, que estaba su mujer ya en cinta (de un mes) cuando él fué de Embajador á Roma, durante el pontificado de Urbano III. Como ese pontificado, que comenzó el 25 de Noviembre de 1185, se terminó el 20 de Octubre de 1187, y Eusebio debia ser ya un hombre de 25 años al ménos cuando se suponen acaecidos los sucesos de este drama, hemos fijado su época en la fecha que esta nota explica.

MENGA.

Ya verá por dó camina :
Arre acá.

GIL.

¡El diablo te aburra!
¿No hay quién una cola tenga,
Pudiendo tenella mil? [*Salen.*]

MENGA.

¡Buena hacienda has hecho, Gil!

GIL.

¡Buena hacienda has hecho, Menga,
Pues tú la culpa tuviste!
Que como ibas caballera,
Que en el hoyo se metiera
Al oido la dijiste,
Por hacerme regañar.

MENGA.

Por verme caer á mí,
Se lo dijiste, eso sí.

GIL.

¿Cómo la hemos de sacar?

MENGA.

¿Pues en el lodo la dejas?

GIL.

No puede mi fuerza sola.

MENGA.

Yo tiraré de la cola,
Tira tú de las orejas.

GIL.

Mejor remedio sería
Hacer el que aprovechó
A un coche, que se atascó
En la córte esotro dia.
Este coche, Dios delante,
Que arrastrado de dos potros,
Parecia entre los otros
Pobre coche vergonzante;
Y por maldicion muy cierta
De sus padres (¡hado esquivo!)
Iba de estribo en estribo,
Ya que no de puerta en puerta;
En un arroyo atascado,
Con ruegos el caballero,
Con azotes el cochero,
Ya por fuerza, ya por grado,
Ya por gusto, ya por miedo,
Que saliesen procuraban:
Por recio que lo mandaban,
Mi coche quédo que quédo.
Viendo que no importan nada
Cuantos remedios hicieron,
Delante el coche pusieron

Un harnero de cebada.
Los caballos, por comer,
De tal manera tiraron,
Que tosieron y arrancaron;
Y esto podemos hacer.

MENGA.

¡Que nunca valen dos cuartos
Tus cuentos!

GIL.

Menga, yo siento
Ver un animal hambriento
Donde hay animales hartos.

MENGA.

Voy al camino á mirar
Si pasa de nuestra aldea
Gente, cualquiera que sea,
Porque te venga á ayudar,
Pues te das tan pocas mañas.

GIL.

¿Vuelves, Menga, á tu porfía?

MENGA.

¡Ay burra del alma mia! [*Vase.*]

ESCENA II.

GIL.

¡Ay burra de mis entrañas!

Tú fuiste la más honrada
Burra de toda la aldea;
Que no ha habido quien te vea
Nunca mal acompañada.
No eres nada callejera:
De mijor gana te estabas
En tu pesebre, que andabas
Cuando te llevaban fuera.
Pues ¿altanera y liviana?
Bien me atrevo á jurar yo
Que ningun burro la vió
Asomada á la ventana.
Yo sé que no merecia
Su lengua desdicha tal;
Pues jamas para habrar mal
Dijo: Aquesta boca es mia.
Pues como á ella la sóbre
De lo que comiendo está,
Luégo al punto se lo da
A alguna borrica pobre. [*Ruido dentro.*]
Mas ¿qué ruido es éste? Allí
De dos caballos se apean
Dos hombres, y hácia mí vienen,
Despues que atados los dejan.
¡Descoloridos, y al campo,
De mañana! Cosa es cierta
Que comen barro, ó están
Opilados. Mas ¿si fueran
Bandoleros? ¡Aquí es ello!
Pero lo que fuere sea;
Aquí me escondo: que andan,
Que corren, que salen, que entran. [*Escóndese.*]

ESCENA III.

EUSEBIO. LISARDO. GIL, *escondido.*

LISARDO.

No pasemos adelante,
Porque esta estancia encubierta
Y apartada del camino,
Es para mi intento buena.
Sacad, Eusebio, la espada;
Que yo, de aquesta manera,
A los hombres como vos
Saco á reñir.

EUSEBIO.

Aunque tenga
Bastante causa en haber
Llegado al campo, quisiera
Saber lo que á vos os mueve.
Decid, Lisardo, la queja
Que de mí teneis.

LISARDO.

Son tantas,
Que falta voz á la lengua,
Razones á la razon,
Y al sufrimiento paciencia.
Quisiera, Eusebio, callarlas,
Y áun olvidarlas quisiera;
Porque cuando se repiten,

Hacen de nuevo la ofensa.
¿Conoceis estos papeles?

EUSEBIO.

Arrojadlos en la tierra,
Y los alzaré.

LISARDO.

Tomad.
¿Qué os suspendeis? Qué os altera?

EUSEBIO.

¡Mal haya el hombre, mal haya
Mil veces aquel que entrega
Sus secretos á un papel!
Porque es disparada piedra
Que se sabe quién la tira,
Y no se sabe á quién llega.

LISARDO.

¿Habeislos ya conocido?

EUSEBIO.

Todos están de mi letra,
Que no la puedo negar.

LISARDO.

Pues yo soy Lisardo, en Sena,
Hijo de Lisardo Curcio.
Bien excusadas grandezas
De mi Padre consumieron
En breve tiempo la hacienda

Que los suyos le dejaron;
Que no sabe cuánto yerra
Quien, por excesivos gastos,
Pobres á sus hijos deja.
Pero la necesidad,
Aunque ultraje la nobleza,
No excusa de obligaciones
A los que nacen con ellas.
Julia pues (¡saben los cielos,
Cuánto en nombrarla me pesa!)
O no supo conservarlas,
O no llegó á conocerlas.
Pero al fin, Julia es mi hermana;
¡Pluguiera á Dios no lo fuera!
Y advertid que no se sirven
Las mujeres de sus prendas
Con amorosos papeles,
Con razones lisonjeras,
Con ilícitos recados,
Ni con infames terceras.
No os culpo en el todo á vos;
Que yo confieso que hiciera
Lo mismo, á darme una dama
Para servirla licencia.
Pero cúlpôs en la parte
De ser mi amigo, y en esta
Con más culpa os comprehende
La culpa que tuvo ella.
Si mi hermana os agradó
Para mujer (que no era
Posible, ni yo lo creo
Que os atrevierais á verla

Con otro fin, ni áun con éste;
Pues ¡vive Dios! que quisiera
Antes que con vos casada,
Mirarla á mis manos muerta):
En fin, si vos la elegisteis
Para mujer, justo fuera
Descubrir vuestros deseos
A mi Padre ántes que á ella.
Éste era término justo,
Y entónces mi Padre viera
Si le estaba bien el darla,
Que pienso que no os la diera;
Porque un caballero pobre,
Cuando en cosas como éstas
No puede medir iguales
La calidad y la hacienda,
Por no deslucir su sangre
Con una hija doncella,
Hace sagrado un convento;
Que es delito la pobreza.
Aquéste á Julia mi hermana
Con tanta prisa la espera,
Que mañana ha de ser monja,
Por voluntad ó por fuerza.
Y porque no será bien
Que una religiosa tenga
Prendas de tan loco amor
Y de voluntad tan necia,
A vuestras manos las vuelvo,
Con resolucion tan ciega,
Que no sólo he de quitarlas,
Mas tambien la causa dellas.

Sacad la espada, y aquí
El uno de los dos muera;
Vos, porque no la sirvais,
O yo, porque no lo vea.

EUSEBIO.

Tened, Lisardo, la espada,
Y pues yo he tenido flema
Para oir desprecios mios,
Escuchadme la respuesta.
Y aunque el discurso sea largo
De mi suceso, y parezca
Que, estando solos los dos,
Es demasiada paciencia;
Pues que ya es fuerza reñir,
Y morir el uno es fuerza;
Por si los cielos permiten
Que yo el infelice sea,
Oid prodigios que admiran
Y maravillas que elevan;
Que no es bien que con mi muerte
Eterno silencio tengan.
Yo no sé quién fué mi Padre;
Pero sé que la primera
Cuna fué el pié de una Cruz,
Y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
Segun los pastores cuentan,
Que desta suerte me hallaron
En la falda de esas sierras.
Tres dias, dicen, que oyeron
Mi llanto, y que á la aspereza

Donde estaba, no llegaron
Por el temor de las fieras,
Sin que alguna me ofendiese;
Pero ¿quién duda que era
Por respeto de la Cruz,
Que tenía en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
Buscó una perdida oveja
En la aspereza del monte,
Y trayéndome á la aldea
De Eusebio, que no sin causa
Estaba entónces en ella.
Le contó mi prodigioso
Nacimiento, y la clemencia
Del cielo asistió á la suya.
Mandó en fin que me trajeran
A su casa, y como á hijo
Me dió la crianza en ella.
Eusebio soy de la Cruz,
Por su nombre, y por aquella
Que fué mi primera guía,
Y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,
Por pasatiempo las letras;
Murió Eusebio, y yo quedé
Heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto,
No lo fué méuos la estrella,
Que enemiga me amenaza,
Y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
Del ama, cuando mi fiera

Condicion, bárbara en todo,
Dió de sus rigores muestra;
Pues con solas las encías,
No sin diabólica fuerza,
Partí el pecho de quien tuve
El dulce alimento; y ella,
Del dolor desesperada,
Y de la cólera ciega,
En un pozo me arrojó,
Sin que ninguno supiera
De mí. Oyéndome reir,
Bajaron á él, y cuentan
Que estaba sobre las aguas,
Y que con las manos tiernas
Tenía una Cruz formada
Y sobre los labios puesta.
Un dia que se abrasaba
La casa, y la llama fiera
Cerraba el paso á la huida,
Y á la salida la puerta,
Entre las llamas estuve
Libre, sin que me ofendieran;
Y advertí despues, dudando
Que haya en el fuego clemencia,
Que era dia de la Cruz.
Tres lustros contaba apénas,
Cuando por el mar fuí á Roma,
Y en una brava tormenta,
Desesperada mi nave
Chocó en una oculta peña:
En pedazos dividida,
Por los costados abierta;

Abrazado de un madero
Salí venturoso á tierra,
Y este madero tenía
Forma de Cruz. Por las sierras
De esos montes caminaba
Con otro hombre, y en la senda
Que dos caminos partia,
Una Cruz estaba puesta.
En tanto que me quedé
Haciendo oracion en ella,
Se adelantó el compañero;
Y despues dándome priesa
Para alcanzarle, le hallé
Muerto á las manos sangrientas
De bandoleros. Un dia,
Riñendo en una pendencia,
De una estocada caí,
Sin que hiciese resistencia,
En la tierra; y cuando todos
Pensaron hallarla ajena
De remedio, sólo hallaron
Señal de la punta fiera
En una Cruz que traia
Al cuello, que en mi defensa
Recibió el golpe. Cazando
Una vez por la aspereza
Deste monte, se cubrió
El cielo de nubes negras,
Y publicando con truenos
Al mundo espantosa guerra,
Lanzas arrojaba en agua,
Balas disparaba en piedras.

Todos hicieron las hojas
Contra las nubes defensa,
Siendo ya tiendas de campo
Las más ocultas malezas;
Y un rayo, que fué en el viento
Caliginoso cometa,
Volvió en ceniza á los dos
Que de mí estaban más cerca.
Ciego, turbado y confuso,
Vuelvo á mirar lo que era,
Y hallé á mi lado una Cruz,
Que yo pienso que es la mesma
Que asistió á mi nacimiento,
Y la que yo tengo impresa
En los pechos; pues los cielos
Me han señalado con ella,
Para públicos efectos
De alguna causa secreta.
Pero aunque no sé quién soy,
Tal espíritu me alienta,
Tal inclinacion me anima
Y tal ánimo me fuerza,
Que por mí me da valor
Para que á Julia merezca;
Porque no es más la heredada,
Que la adquirida nobleza.
Éste soy, y aunque conozco
La razon, y aunque pudiera
Dar satisfaccion bastante
A vuestro agravio, me ciega
Tanto la pasion de veros
Hablando de esa manera,

Que ni os quiero dar disculpa,
Ni os quiero admitir la queja;
Y pues quereis estorbar
Que yo su marido sea;
Aunque su casa la guarde,
Aunque un convento la tenga,
De mí no ha de estar segura;
Y la que no ha sido buena
Para mujer, lo será
Para dama: así desea,
Desesperado mi amor
Y ofendida mi paciencia,
Castigar vuestro desprecio
Y satisfacer mi afrenta.

LISARDO.

Eusebio, donde el acero
Ha de hablar, calle la lengua.
[*Sacan las espadas y riñen; Lisardo cae en el suelo, y procurando levantarse, torna á caer.*]
¡Herido estoy!

EUSEBIO.

¿Y no muerto?

LISARDO.

No, que en los brazos me queda
Aliento para... ¡Ay de mí!
Faltó á mis plantas la tierra.

EUSEBIO.

Y falte á tu voz la vida.

LISARDO.

No me permitas que muera
Sin confesion.

EUSEBIO.

¡Muere, infame!

LISARDO.

No me mates, por aquella
Cruz en que Cristo murió.

EUSEBIO.

Aquesa voz te defienda
De la muerte. Alza del suelo;
Que cuando por ella ruegas,
Falta rigor á la ira,
Y falta á los brazos fuerza.
Alza del suelo.

LISARDO.

No puedo;
Porque ya, en mi sangre envuelta,
Voy despreciando la vida,
Y el alma pienso que espera
A salir, porque entre tantas
No sabe cuál es la puerta.

EUSEBIO.

Pues fíate de mis brazos,
Y anímate; que aquí cerca,
De unos penitentes monjes
Hay una ermita pequeña,

Donde podrás confesarte
Si vivo á sus puertas llegas.

LISARDO.

Pues yo te doy mi palabra,
Por esa piedad que muestras,
Que si yo merezco verme
En la divina presencia
De Dios, pediré que tú
Sin confesarte no mueras.
[*Llévale Eusebio en brazos.*]

GIL.

¡Han visto lo que le debe!
La caridad está buena;
Pero yo se la perdono.
¡Matarle y llevarle á cuestas!

ESCENA IV.

BRAS. TIRSO. MENGA. TORIBIO. GIL.

TORIBIO.

¿Aquí dices que quedaba?

MENGA.

Aquí se quedó con ella.

TIRSO.

Mírale allí embelesado.

MENGA.

Gil, ¿qué mirabas?

GIL.

¡Ay Menga!

TIRSO.

¿Qué te ha sucedido?

GIL.

¡Ay Tirso!

TORIBIO.

¿Qué viste? Danos respuesta.

GIL.

¡Ay Toribio!

BRAS.

Di, ¿qué tienes,
Gil, ó de qué te lamentas?

GIL.

¡Ay Bras, ay amigos mios!
No lo sé más que una bestia.
Matóle y cargó con él,
Sin duda á salar le lleva.

MENGA.

¿Quién le mató?

GIL.

¿Qué sé yo?

TIRSO.

¿Quién murió?

GIL.

No sé quién era.

TORIBIO.

¿Quién cargó?

GIL.

¿Qué sé yo quién?

BRAS.

¿Y quién le llevó?

GIL.

Quien quiera.
Pero porque lo sepais,
Venid todos.

TIRSO.

¿Dó nos llevas?

GIL.

No lo sé, pero venid,
Que los dos van aquí cerca. [*Vanse.*]

Sala en casa de Curcio, en Sena.

ESCENA V.

JULIA. ARMINDA.

JULIA.

Déjame, Arminda, llorar
Una libertad perdida,
Pues donde acaba la vida,
Tambien acaba el pesar.
¿Nunca has visto de una fuente
Bajar un arroyo manso,
Siendo apacible descanso
El valle de su corriente;
Y cuando le juzgan falto
De fuerza las flores bellas,
Pasa por encima dellas
Rompiendo por lo más alto?
Pues mis penas, mis enojos
La misma experiencia han hecho;
Detuviéronse en el pecho,
Y salieron por los ojos.
Deja que llore el rigor
De un Padre.

ARMINDA.

Señora, advierte...

JULIA.

¿Qué más venturosa suerte

Hay que morir de dolor?
Pena que deja vencida
La vida, ser gloria ordena;
Que no es muy grande la pena
Que no acaba con la vida.

ARMINDA.

¿Qué novedad obligó
Tu llanto?

JULIA.

¡Ay, Arminda mia!
Cuantos papeles tenía
De Eusebio, Lisardo halló
En mi escritorio.

ARMINDA.

¿Pues él
Supo que estaban allí?

JULIA.

Como aqueso contra mí
Hará mi estrella cruel.
Yo (¡ay de mí!) cuando le via
El cuidado con que andaba,
Pensé que lo sospechaba,
Pero no que lo sabía.
Llegó á mí descolorido,
Y entre apacible y airado,
Me dijo que habia jugado,
Arminda, y que habia perdido:
Que una joya le prestase

Para volver á jugar.
Por presto que la iba á dar,
No aguardó á que la sacase:
Tomó él la llave y abrió
Con una cólera inquieta,
Y en la primera naveta
Los papeles encontró.
Miróme y volvió á cerrar.
Y sin decir nada (¡ay Dios!)
Buscó á mi Padre, y los dos
(¿Quién duda es para tratar
Mi muerte?) gran rato hablaron,
Cerrados en su aposento;
Salieron, y hácia el convento
Los dos sus pasos guiaron,
Segun Octavio me dijo.
Y si lo que está tratado
Ya mi Padre ha efectüado,
Con justa causa me aflijo;
Porque si de aquesta suerte,
Que olvide á Eusebio desea,
Antes que monja me vea,
Yo misma me daré muerte.

ESCENA VI.

EUSEBIO. Dichas.

EUSEBIO.

(*Ap.* Ninguno tan atrevido,
Si no tan desesperado,

Viene á tomar por sagrado
La casa del ofendido.
Antes que sepa la muerte
De Lisardo Julia bella,
Hablar quisiera con ella,
Porque á mi tirana suerte
Algun remedio consigo
Si, ignorado mi rigor,
Puede obligarla el amor
A que se vaya conmigo;
Y cuando llegue á saber
De Lisardo el hado injusto
Hará de la fuerza gusto
Mirándose en mi poder.)
Hermosa Julia.

JULIA.

¿Qué es esto?
¿Tú en esta casa?

EUSEBIO.

El rigor
De mi desdicha, y tu amor
En tal peligro me ha puesto.

JULIA.

Pues ¿cómo has entrado aquí,
Y emprendes tan loco extremo?

EUSEBIO.

Como la muerte no temo.....

JULIA.

¿Qué es lo que intentas así?

EUSEBIO.

Hoy obligarte deseo,
Julia, porque agradecida
Dés á mi amor nueva vida,
Nueva gloria á mi deseo.
Yo he sabido cuánto ofende
A tu Padre mi cuidado:
Que á su noticia ha llegado
Nuestro amor, y que pretende
Que tú recibas mañana
El estado que desea,
Para que mi dicha sea,
Como mi esperanza, vana.
Si ha sido gusto, si ha sido
Amor el que me has mostrado,
Si es verdad que me has amado,
Si es cierto que me has querido,
Vénte conmigo; pues ves
Que no tiene resistencia
De tu Padre la obediencia,
Deja tu casa; y despues
Que habrá mil remedios piensa;
Pues ya en mi poder, es justo
Que haga de la fuerza gusto,
Y obligacion de la ofensa.
Villas tengo en que guardarte,
Gente con que defenderte,
Hacienda para ofrecerte

Y un alma para adorarte.
Si darme vida deseas,
Si es verdadero tu amor,
Atrévete, ó el dolor
Hará que mi muerte veas.

JULIA.

Oye, Eusebio.

ARMINDA.

Mi señor
Viene, señora.

JULIA.

¡Ay de mí!

EUSEBIO.

¿Pudiera hallar contra mí
La fortuna más rigor?

JULIA.

¿Podrá salir?

ARMINDA.

No es posible
Que se vaya, porque ya
Llamando á la puerta está.

JULIA.

¡Grave mal!

EUSEBIO.

¡Pena terrible!
¿Qué haré?

JULIA.

Esconderte es forzoso.

EUSEBIO.

¿Dónde?

JULIA.

En aquese aposento.

ARMINDA.

Presto, que sus pasos siento.
[*Escóndese Eusebio.*]

ESCENA VII.

CURCIO. JULIA. ARMINDA. EUSEBIO, *escondido.*

CURCIO.

Hija, si por el dichoso
Estado que tú codicias,
Y que ya seguro tienes,
No das á mis parabienes
La vida y alma en albricias,
Del deseo que he tenido
No agradeces el cuidado.
Todo queda efectüado,

Y todo tan prevenido,
Que sólo falta ponerte
La más bizarra y hermosa
Para ser de Cristo esposa :
Mira qué dichosa suerte!
Hoy aventajas á todas
Cuantas se ven envidiar,
Pues te verán celebrar
Aquestas divinas bodas.
¿Qué dices?

JULIA. [*Ap.*]

¿Qué puedo hacer?

EUSEBIO. [*Ap.*]

Yo me doy la muerte aquí,
Si ella le dice que sí.

JULIA.

(*Ap.* No sé cómo responder.)
Bien, señor, la autoridad
De Padre, que es preferida,
Imperio tiene en la vida,
Pero no en la libertad.
Pues ¿que supiera ántes yo
Tu intento, no fuera bien?
¿Y que tú, señor, tambien
Supieras mi gusto?

CURCIO.

No,
Que sola mi voluntad,

En lo justo ó en lo injusto,
Has de tener tú por gusto.

JULIA.

Sólo tiene libertad
Un hijo para escoger
Estado; que el hado impío
No fuerza el libre albedrío.
Déjame pensar y ver
De espacio eso; y no te espante
Ver que término te pida;
Que el estado de una vida
No se toma en un instante.

CURCIO.

Basta que yo lo he mirado,
Y yo por tí he dado el sí.

JULIA.

Pues si tú vives por mí,
Toma tambien por mí estado.

CURCIO.

¡Calla, infame! ¡Calla, loca!
Que haré de aquese cabello
Un lazo para tu cuello,
Ó sacaré de tu boca
Con mis manos la atrevida
Lengua, que de oir me ofendo.

JULIA.

La libertad te defiendo,

Señor, pero no la vida.
Acaba su curso triste,
Y acabará tu pesar;
Que mal te puedo negar
La vida que tú me diste.
La libertad, que me dió
El cielo, es la que te niego.

CURCIO.

En este punto á crèr llego
Lo que el alma sospechó,
Que no fué buena tu Madre
Y manchó mi honor alguno;
Pues hoy tu error importuno
Ofende el honor de un Padre,
A quien el sol no igualó
En resplandor y belleza,
Sangre, honor, lustre y nobleza.

JULIA.

Eso no he entendido yo,
Por eso no he respondido.

CURCIO.

Arminda, salte allá fuera. [*Vase.*]

ESCENA VIII.

CURCIO, JULIA.

CURCIO.

Y ya que mi pena fiera

Tantos años he tenido
Secreta, de mis enojos
La ciega pasion obliga
A que la lengua te diga
Lo que te han dicho los ojos.
La señoría de Sena,
Por dar á mi sangre fama,
En su nombre me envió
A dar la obediencia al Papa
Urbano Tercio. Tu Madre,
Que con opinion de santa
Fué en Sena comun ejemplo
De las matronas romanas,
Y áun de las nuestras (no sé
Cómo mi lengua la agravia;
Mas ¡ay infelice! tanto
La satisfaccion engaña),
En Sena quedó, y yo estuve
En Roma con la embajada
Ocho meses; porque entónces
Por concierto se trataba
Que esta señoría fuese
Del Pontífice: Dios haga
Lo que á su estado convenga,
Que aquí importa poco ó nada.
Volví á Sena y hallé en ella...
Aquí el aliento me falta,
Aquí la lengua enmudece
Y aquí el ánimo desmaya.
Hallé (¡ay injusto temor!)
A tu Madre tan preñada,
Que para el infeliz parto

Cumplia las nueve faltas.
Ya me habia prevenido
Por sus mentirosas cartas
Esta desdicha, diciendo
Que, cuando me fuí, quedaba
Con sospecha; y yo la tuve
De mi deshonra tan clara,
Que, discurriendo mi agravio,
Imaginé mi desgracia.
No digo que verdad sea;
Mas quien tiene sangre hidalga
No ha de aguardar á creer,
Que el imaginar le basta.
¿Qué importa que un noble sea
Desdichado (¡oh ley tirana
De honor! ¡oh bárbaro fuero
Del mundo!), si la ignorancia
Le disculpa? Mienten, mienten
Las leyes; porque no alcanza
Los misterios al efecto
Quien no previene la causa.
¿Qué ley culpa á un inocente?
¿Qué opinion á un libre agravia?
Miente otra vez; que no es
Deshonra, sino desgracia.
¡Bueno es que en leyes de honor
Le comprenda tanta infamia
Al Mercurio que le roba
Como al Argos que le guarda!
¿Qué deja el mundo, qué deja,
Si así al inocente infama,
De deshonra, para aquel

Que lo sabe y que lo calla?
Yo, entre tantos pensamientos,
Yo, entre confusiones tantas,
Ni vi regalo en la mesa,
Ni hice descanso en la cama.
Tan desabrido conmigo
Estuve, que me trataba
Como ajeno el corazon
Y como á tirano el alma.
Y aunque á veces discurria
En su abono, y aunque hallaba
Verisímil la disculpa,
Pudo en mí tanto la instancia
Del temer que me ofendia,
Que con saber que fué casta,
Tomé de mis pensamientos,
No de sus culpas, venganza.
Y porque con más secreto
Fuese, previne una caza
Fingida, porque á un celoso
Ficciones sólo le agradan.
Al monte fuí; y cuando todos
Entretenidos estaban
En su alegre regocijo,
Con amorosas palabras
(¡Qué bien las dice quien miente
¡Qué bien las cree quien ama!)
Llevé á Rosmira, tu Madre,
Por una senda apartada
Del camino, y divertida
Llegó á una secreta estancia
Deste monte, á cuyo albergue

El sol ignoró la entrada,
Porque se la defendian,
Rústicamente enlazadas,
Por no decir que amorosas,
Arboles, hojas y ramas.
Aquí, pues, adonde apénas
Huella imprimió mortal planta,
Solos los dos...

ESCENA IX.

ARMINDA. Dichos.

ARMINDA.

Si el valor
Que el noble pecho acompaña,
Señor, y si la experiencia
Que te han dado honrosas canas
En la desdicha presente
No te niega ó no te falta,
Exámen será el valor
De tu ánimo.

CURCIO.

¿Qué causa
Te obliga á que así interrumpas
Mi razon?

ARMINDA.

Señor...

CURCIO.

Acaba;
Que más la duda me ofende.

JULIA.

¿Por qué te suspendes? Habla.

ARMINDA.

No quisiera ser la voz
De mi pena y tu desgracia.

CURCIO.

No temas decirla tú,
Pues yo no temo escucharla.

ARMINDA.

A Lisardo, mi señor...

EUSEBIO.

Esto solo me faltaba.

ARMINDA.

Bañado en su sangre traen,
En una silla por andas,
Cuatro rústicos pastores,
Muerto (¡ay Dios!) á puñaladas (1).

---

(1) Lisardo, como el espectador lo ha visto, murió de una *estocada*, y no á *puñaladas*, como aquí se dice. ¿Será éste un descuido del Autor, ó una voluntaria tergiversacion

Mas ya á tu presencia llega :
No le veas.

CURCIO.

¡Cielos! ¿Tantas
Penas para un desdichado?
¡Ay de mí!

ESCENA X.

GIL. MENGA. TIRSO. BRAS y TORIBIO, *que traen á* LISARDO, *muerto, en una silla.* DICHOS.

JULIA.

Pues ¿qué inhumana
Fuerza ensangrentó la ira
En su pecho? ¿Qué tirana
Mano se bañó en mi sangre,
Contra su inocencia airada?
¡Ay de mí!

ARMINDA.

Mira, señora...

BRAS.

No llegues á verle.

---

de los hechos, hábilmente puesta en boca de una criada, para motivar despues la proscripcion de Eusebio?

CURGIO.

Aparta.

TIRSO.

Detente, señor.

CURCIO.

Amigos,
No puede sufrirlo el alma.
Dejadme ver ese cadáver frio,
Depósito infeliz de heladas venas,
Ruina del tiempo, estrago del impío
Hado, teatro funesto de mis penas.
¿Qué tirano rigor (¡ay hijo mio!)
Trágico monumento en las arenas
Construyó, porque hiciese en quejas vanas
Mortaja triste de mis blancas canas?
¡Ay amigos! decid, ¿quién fué homicida
De un hijo, en cuya vida yo animaba?

MENGA..

Gil lo dirá, que, al verle dar la herida,
Oculto entre unos árboles estaba.

CURCIO.

Di, amigo, di, ¿quién me quitó esta vida?

GIL.

Yo sólo sé que Eusebio se llamaba
Cuando con él reñia.

CURCIO.

¿Hay más deshonra?
Eusebio me ha quitado vida y honra.
[*A Julia.*]
Disculpa agora tú de sus crueles
Deseos la ambicion; di que concibe
Casto amor, pues, á falta de papeles,
Lascivos gustos con tu sangre escribe.

JULIA.

Señor...

CURCIO.

No me respondas como sueles:
A tomar hoy estado te apercibe,
O apercibe tambien á tu hermosura
Con Lisardo temprana sepultura.
Los dos á un tiempo, el sentimiento esquivo,
En este dia sepultar concierta,
Él, muerto al mundo, en mi memoria vivo;
Tú, viva al mundo, en mi memoria muerta.
Y en tanto que el entierro os apercibo,
Porque no huyas cerraré esta puerta.
Queda con él porque de aquesta suerte
Lecciones al morir te dé su muerte.
[*Vanse.*]

ESCENA XI.

JULIA. LISARDO, *muerto.* EUSEBIO.

JULIA.

Mil veces procuro hablarte,
Tirano Eusebio, y mil veces
El alma duda, el aliento
Falta, y la lengua enmudece.
No se, no sé cómo pueda
Hablar; porque á un tiempo vienen
Envueltas iras piadosas
Entre piedades crueles.
Quisiera cerrar los ojos
A aquesta sangre inocente
Que está pidiendo venganza,
Desperdiciando claveles;
Y quisiera hallar disculpa
En las lágrimas que viertes;
Que al fin heridas y ojos
Son bocas que nunca mienten.
Y en una mano el amor,
Y en otra el rigor presente,
A un mismo tiempo quisiera
Castigarte y defenderte,
Y entre ciegas confusiones
De pensamientos tan fuertes,
La clemencia me combate
Y el sentimiento me vence.
¿Desta suerte solicitas

Obligarme? ¿Desta suerte,
Eusebio, en vez de finezas,
Con crueldades me pretendes?
Cuando de mi boda el dia
Resuelta esperaba, ¡quieres
Que en vez de apacibles bodas
Tristes obsequias celebre!
Cuando por tu gusto era
A mi padre inobediente,
¡Lutos funestos me das
En vez de galas alegres!
Cuando, arriesgando mi vida,
Hice posible el quererte,
¡En vez de tálamo (¡ay cielos!),
Un sepulcro me previenes!
Y cuando mi mano ofrezco,
Despreciando inconvenientes
De honor, la tuya bañada
En mi sangre me la ofreces!
¿Qué gusto tendré en tus brazos,
Si para llegar á verme
Dando vida á nuestro amor,
Voy tropezando en la muerte?
¿Qué dirá el mundo de mí,
Sabiendo que tengo siempre,
Si no presente el agravio,
Quien le cometió, presente?
Pues cuando quiera el olvido
Sepultarle, sólo el verte
Entre mis brazos, será
Memoria con que me acuerde.
Yo entónces, yo, aunque te adore,

Los amorosos placeres
Trocaré en iras, pidiendo
Venganzas; pues ¿cómo quieres
Que viva sujeta un alma
Á afectos tan diferentes,
Que esté esperando el castigo
Y deseando que no llegue?
Basta, por lo que te quise,
Perdonarte, sin que esperes
Verme en tu vida, ni hablarme.
Esa ventana, que tiene
Salida al jardin, podrá
Darte paso; por ahí puedes
Escaparte; huye el peligro,
Porque, si mi Padre viene,
No te halle aquí. Véte, Eusebio,
Y mira que no te acuerdes
De mí; que hoy me pierdes tú
Porque quisiste perderme.
Véte, y vive tan dichoso
Que tengas felicemente
Bienes, sin que á los pesares
Pagues pension de los bienes,
Que yo haré para mi vida
Una celda prision breve,
Si no sepulcro, pues ya
Mi Padre enterrarme quiere.
Allí lloraré desdichas
De un hado tan inclemente,
De una fortuna tan fiera,
De una inclinacion tan fuerte,
De un planeta tan opuesto,

De una estrella tan rebelde,
De un amor tan desdichado,
De una mano tan aleve,
Que me ha quitado la vida
Y no me ha dado la muerte,
Porque entre tantos pesares
Siempre viva y muera siempre.

EUSEBIO.

Si acaso más que tus voces
Son ya tus manos crueles
Para tomar la venganza,
Rendido á tus piés me tienes.
Preso me trae mi delito,
Tu amor es la cárcel fuerte,
Las cadenas son mis yerros,
Prisiones que el alma teme;
Verdugo es mi pensamiento
Si son tus ojos los jueces,
Y ellos me dan la sentencia,
Por fuerza será de muerte.
Mas dirá entónces la fama
En su pregon: «Éste muere
Porque quiso», pues que sólo
Es mi delito quererte.
No pienso darte disculpa;
No parezca que la tiene
Tan grande error; sólo quiero
Que me mates y te vengues.
Toma esta daga, y con ella
Rompe un pecho que te ofende,
Saca un alma que te adora,

Y tu misma sangre vierte.
Y si no quieres matarme,
Para que á vengarse llegue
Tu Padre, diré que estoy
En tu aposento.

JULIA.

¡Detente!
Y por última razon
Que he de hablarte eternamente,
Has de hacer lo que te digo.

EUSEBIO.

Yo lo concedo.

JULIA.

Pues véte
Adonde guardes tu vida.
Hacienda tienes, y gente
Que te podrá defender.

EUSEBIO.

Mejor será que yo quede
Sin ella; porque, si vivo,
Será imposible que deje
De adorarte, y no has de estar,
Aunque un convento te encierre,
Segura.

JULIA.

Guárdate tú,
Que yo sabré defenderme.

EUSEBIO.

¿Volveré yo á verte?

JULIA.

No.

EUSEBIO.

¿No hay remedio?

JULIA.

No le esperes.

EUSEBIO.

¿Que al fin me aborreces ya?

JULIA.

Haré por aborrecerte.

EUSEBIO.

¿Olvidarásme?

JULIA.

No sé.

EUSEBIO.

¿Veréte yo?

JULIA.

Eternamente.

EUSEBIO.

Pues ¿aquel pasado amor?...

JULIA.

Pues ¿esta sangre presente?...
La puerta abren : véte, Eusebio.

EUSEBIO.

Iré por obedecerte.
¡Que no he de volverte á ver!

JULIA.

¡Que no has de volver á verme!
[*Suena ruido, vanse cada uno por una parte, y entran el cuerpo algunos criados.*]

JORNADA SEGUNDA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO. CELIO. EUSEBIO, *en traje de bandoleros, con arcabuces.*

[*Suena un tiro dentro.*]

RICARDO.

Pasó el plomo violento
Su pecho.

CELIO.

Y hace el golpe más sangriento,
Que con su sangre la tragedia imprima
En tierna flor.

EUSEBIO.

Ponle una cruz encima,
Y perdónele Dios.

RICARDO.

Las devociones
Nunca faltan del todo á los ladrones.
[*Vanse Ricardo y Celio.*]

EUSEBIO.

Y pues mis hados fieros
Me traen á capitan de bandoleros,
Llegarán mis delitos
Á ser, como mis penas, infinitos.
Como si diera muerte
Á Lisardo á traicion, de aquesta suerte
Mi Patria me persigue,
Porque su furia y mi despecho obligue
Á que guarde una vida,
Siendo de tantas bárbaro homicida.
Mi hacienda me han quitado,
Mis villas confiscado,
Y á tanto rigor llegan,
Que el sustento me niegan.
No toque pasajero
El término del monte, si primero
No rinde hacienda y vida.

ESCENA II.

RICARDO. BANDOLEROS. ALBERTO, *preso*. EUSEBIO.

RICARDO.

Llegando á ver la boca de la herida,
Escucha, capitan, el más extraño
Suceso.

EUSEBIO.

Ya deseo el desengaño.

RICARDO.

Hallé el plomo deshecho
En este libro que tenía en el pecho,
Sin haber penetrado,
Y al caminante sólo desmayado:
Vesle aquí sano y bueno.

EUSEBIO.

De espanto estoy y admiraciones lleno.
¿Quién eres, venerable
Caduco, á quien los cielos admirable
Han hecho con prodigio milagroso?

ALBERTO.

Yo soy, oh capitan, el más dichoso
De cuantos hombres hay; que he merecido
Ser sacerdote indigno, y he leido
En Bolonia sagrada teología
Cuarenta y cuatro años con desvelo;
Dióme Su Santidad, por este celo,
De Trento el obispado,
Premiando mis estudios; y admirado
Yo de ver que tenía
Cuenta de tantas almas,
Y que apénas la daba de la mia,
Los laureles dejé, dejé las palmas,
Y huyendo sus engaños,
Vengo á buscar seguros desengaños
En estas soledades,
Donde viven desnudas las verdades.
Paso á Roma á que el Papa me conceda

Licencia, capitan, para que pueda
Fundar un órden santo de eremitas;
Mas tu saña atrevida
Quita el hilo á mi suerte y á la vida.

EUSEBIO.

¿Qué libro es éste, di?

ALBERTO.

Éste es el fruto
Que rinde á mis estudios el tributo
De tantos años.

EUSEBIO.

¿Qué es lo que contiene?

ALBERTO.

Él trata del orígen verdadero
De aquel divino y celestial madero
En que animoso y fuerte,
Muriendo, triunfó Cristo de la muerte.
El libro, en fin, se llama
«Milagros de la Cruz.»

EUSEBIO.

¡Qué bien la llama
De aquel plomo inclemente,
Más que la cera, se mostró obediente!
¡Pluguiera á Dios, mi mano
Antes, que blanco su papel hiciera
De aquel golpe tirano,
Entre su fuego ardiera!

Lleva ropa y dinero
Y la vida; sólo este libro quiero.
Y vosotros salidle acompañando
Hasta dejarle libre.

ALBERTO.

Iré rogando
Al Señor te dé luz para que veas
El error en que vives.

EUSEBIO.

Si deseas
Mi bien, pídele á Dios que no permita
Muera sin confesion.

ALBERTO.

Yo te prometo
Seré ministro en tan piadoso efeto,
Y te doy mi palabra
(Tanto en mi pecho tu clemencia labra)
Que si me llamas en cualquiera parte,
Dejaré mi desierto
Por ir á confesarte:
Un sacerdote soy, mi nombre Alberto.

EUSEBIO.

¿Tal palabra me das?

ALBERTO.

Y la confieso
Con la mano.

EUSEBIO.

Otra vez tus plantas beso.
[*Vase Alberto con Ricardo y los bandoleros.*]

ESCENA III.

CHILINDRINA. EUSEBIO.

CHILINDRINA.

Hasta venir á hablarte,
El monte atravesé de parte á parte.

EUSEBIO.

¿Qué hay, amigo?

CHILINDRINA.

Dos nuevas harto malas.

EUSEBIO.

A mi temor el sentimiento igualas.
¿Qué son?

CHILINDRINA.

Es la primera,
(Decirla no quisiera)
Que al padre de Lisardo
Han dado...

EUSEBIO.

Acaba, que el efecto aguardo.

CHILINDRINA.

Comision de prenderte ó de matarte.

EUSEBIO.

Esotra nueva temo
Más, porque en un confuso extremo,
Al corazon parece que camina
Toda el alma, adivina
De algun futuro daño.
¿Qué ha sucedido?

CHILINDRINA.

À Julia...

EUSEBIO.

No me engaño
En prevenir tristezas,
Si para ver mi mal, por Julia empiezas.
¿Julia no me dijiste?
Pues eso basta para verme triste.
¡Mal haya amén la rigurosa estrella
Que me obligó á querella!
En fin, Julia... prosigue.

CHILINDRINA.

En un convento,
Seglar está.

EUSEBIO.

¡Ya falta el sufrimiento!
¡Que el cielo me castigue

Con tan grandes venganzas,
De perdidos deseos,
De muertas esperanzas,
Que de los mismos cielos,
Por quien me deja, vengo á tener celos!
Mas ya tan atrevido,
Que viviendo matando,
Me sustento robando,
No puedo ser peor de lo que he sido.
Despéñese el intento,
Pues ya se ha despeñado el pensamiento.
Llama á Celio y Ricardo. (*Ap.* ¡Amando muero!)

CHILINDRINA.

Voy por ellos. [*Vase.*]

EUSEBIO.

Vé, y diles que aquí espero.—
Asaltaré el convento que la guarda.
Ningun grave castigo me acobarda,
Que por verme señor de su hermosura,
Tirano amor me fuerza
A acometer la fuerza,
A romper la clausura
Y á violar el sagrado;
Que ya del todo estoy desesperado.
Pues si no me pusiera
Amor en tales puntos
Solamente lo hiciera,
Por cometer tantos delitos juntos.

ESCENA IV.

GIL. MENGA. EUSEBIO.

MENGA.

¿Mas que encontramos con él,
Segun mezquina nací?

GIL.

Menga, yo ¿no voy aquí?
No temas ese cruel
Capitan de buñuleros,
Ni el hallarlo te alborote,
Que honda llevo yo y garrote.

MENGA.

Temo, Gil, sus hechos fieros;
Si no, á Silvia á mirar ponte,
Cuando aquí la acometió;
Que doncella al monte entró,
Y dueña salió del monte,
Que no es peligro pequeño.

GIL.

Conmigo fuéra cruel,
Que tambien entro doncel,
Y pudiera salir dueño.
[*Reparan en Eusebio.*]

MENGA. [*Á Eusebio.*]

¡Ah señor! que va perdido,

Que anda Eusebio por aquí.

GIL.

No eche, señor, por ahí.

EUSEBIO. [*Ap.*]

Éstos no me han conocido,
Y quiero disimular.

GIL.

¿Quiere que aquese ladron
Le mate?

EUSEBIO.

(*Ap.* Villanos son.)
¿Con qué podré yo pagar
Este aviso?

GIL.

Con huir
De ese bellaco.

MENGA.

Si os coge,
Señor, aunque no le enoje
Ni vuestro hacer ni decir,
Luégo os matará; y creed
Que con poner tras la ofensa
Una cruz encima, piensa
Que os hace mucha merced.

ESCENA V.

RICARDO. CELIO. DICHOS.

RICARDO.

¿Dónde le dejaste?

CELIO.

Aquí.

GIL. [*Á Eusebio.*]

Es un ladron, no le esperes.

RICARDO.

Eusebio, ¿qué es lo que quieres?

GIL.

¿Eusebio le llamó?

MENGA.

Sí.

EUSEBIO.

Yo soy Eusebio; ¿qué os mueve
Contra mí? ¿No hay quien responda?

MENGA.

Gil, ¿tienes garrote y honda?

GIL.

Tengo el diablo que te lleve.

CELIO.

Por los apacibles llanos
Que hace del monte la falda,
Á quien guarda el mar la espalda (1),
Vi un escuadron de villanos
Que armado contra tí viene,
Y pienso que se avecina;
Que así Curcio determina
La venganza que previene.
Mira qué piensas hacer:
Junta tu gente, y partamos.

EUSEBIO.

Mejor es que agora huyamos,
Que esta noche hay más que hacer.
Venid conmigo los dos,
De quien justamente fio
La opinion y el honor mio.

RICARDO.

Muy bien puedes, que por Dios,
Que he de morir á tu lado.

EUSEBIO.

Villanos, vida teneis,

---

(1) No es Sena, ó más bien *Siena*, puerto de mar; pero dista poco de la costa del Mediterráneo, y nada tiene de extraño que los bandidos se hubieran acogido á los montes á ella inmediatos.

Sólo porque le lleveis
Á mi enemigo un recado.
Decid á Curcio que yo
Con tanta gente atrevida
Sólo defiendo la vida,
Pero que le busco no.
Y que no tiene ocasion
De buscarme desta suerte,
Pues no dí á Lisardo muerte
Con engaño ó con traicion.
Cuerpo á cuerpo le maté,
Sin ventaja conocida,
Y ántes de acabar la vida,
En mis brazos le llevé
Adonde se confesó,
Digna accion para estimarse;
Mas que si quiere vengarse,
Que he de defenderme yo.—
Y agora, porque no vean [*Á los bandoleros.*]
Aquestos por donde vamos,
Atadlos entre estos ramos;
Vendados sus ojos sean,
Porque no avisen.

RICARDO.

Aquí
Hay cordel.

CELIO.

Pues llega presto.

GIL.

De San Sebastian me han puesto.

MENGA.

De San Sebastian á mí.
Mas ate cuanto quisiere,
Señor, como no me mate.

GIL.

Oye, señor, no me ate,
Y puto sea yo si huyere.
Jura tú, Menga, tambien
Este mismo juramento.

CELIO.

Ya están atados.

EUSEBIO.

Mi intento
Se va ejecutando bien.
La noche amenaza oscura
Tendiendo su negro velo.
Julia, aunque te guarde el cielo,
He de gozar tu hermosura. [*Vanse.*]

ESCENA VI.

GIL. MENGA, *atados.*

GIL.

¿Quién habrá que ahora nos vea,

Menga, aunque caro nos cueste,
Que no diga que es aquéste
Peralvillo de la aldea?

MENGA.

Véte llegando hácia aquí,
Gil, que yo no puedo andar.

GIL.

Menga, vénme á desatar,
Y te desataré á tí
Luégo al punto.

MENGA.

Vén primero
Tú, que ya estás importuno.

GIL.

¿Es decir, que vendrá alguno?
Pondré que falta un arriero
Las tres ánades cantando,
Un caminante pidiendo,
Un estudiante comiendo,
Una santera rezando,
Hoy en aqueste camino,
Lo que á ninguno faltó;
Mas la culpa tengo yo.

UNA VOZ. [*Dentro.*]

Hácia esta parte imagino
Que oigo voces; llegad presto.

GIL.

Señor, en buena hora acuda
A desatar una duda,
En que há rato que estoy puesto.

MENGA.

Si acaso buscais, señor,
Por el monte algun cordel,
Yo os puedo servir con él.

GIL.

Éste es más gordo y mijor.

MENGA.

Yo, por ser mujer, espero
Remedio en las ánsias mias.

GIL.

No repare en cortesías;
Desáteme á mí primero.

ESCENA VII.

CURCIO. OCTAVIO. BRAS. TIRSO.
SOLDADOS. GIL. MENGA.

TIRSO.

Hácia aquesta parte suena
La voz.

GIL.

¡Que te quemas!

TIRSO.

Gil,
¿Qué es esto?

GIL.

El diablo es sutil;
Desata, Tirso, y mi pena
Te diré despues.

CURCIO.

¿Qué es esto?

MENGA.

Venga en buen hora, señor,
A castigar un traidor.

CURCIO.

¿Quién desta suerte os ha puesto?

GIL.

¿Quién? Eusebio, que en efeto
Dice... Pero ¿qué se yo
Lo que dice? Él mos dejó
Aquí en semejante aprieto.

TIRSO.

No llores pues, que no ha estado

Hoy muy poco liberal
Contigo.

BRAS.

No lo ha hecho mal,
Pues á Menga te ha dejado.

GIL.

¡Ay Tirso! no lloro yo
Porque piadoso no fué.

TIRSO.

Pues ¿por qué lloras?

GIL.

¿Porqué?
Porque á Menga me dejó.
La de Anton llevó, y al cabo
De seis, que no parecia,
Halló á su mujer un dia;
Hicimos un baile bravo
De hallazgo, y gastó cien reales.

BRAS.

¿Bartolo no se casó
Con Catalina, y parió
A seis meses no cabales?
Y andaba con gran placer
Diciendo: ¡Si tú lo vieses!
Lo que otra hace en nueve meses,
Hace en cinco mi mujer.

TIRSO.

Ello, no hay honra segura.

CURCIO.

¿Que esto llegue á escuchar yo
Deste tirano? ¿quién vió
Tan notable desventura?

MENGA.

Cómo destruirle piensa;
Que hasta las mismas mujeres
Tomarémos, si tú quieres,
Las armas para su ofensa.

GIL.

Que aquí acude es lo más cierto;
Y toda esta procesion
De cruces que miras, son,
Señor, por hombres que ha muerto.

OCTAVIO.

Es aquí lo más secreto
De todo el monte.

CURCIO.

Y aquí
Fué ¡cielos! donde yo vi
Aquel milagroso efeto
De inocencia y castidad,
Cuya beldad, atrevido,
Tantas veces he ofendido

Con dudas, siendo verdad
Un milagro tan patente.

OCTAVIO.

Señor, ¿qué nueva pasion
Causa tu imaginacion?

CURCIO.

Rigores que el alma siente
Son, Octavio; y mis enojos,
Para publicar mi mengua,
Como los niego á la lengua,
Me van saliendo á los ojos.
Haz, Octavio, que me deje
Solo esa gente que sigo,
Porque aquí de mí y conmigo
Hoy á los cielos me queje.

OCTAVIO.

Ea, soldados, despejad.

BRAS.

¿Qué decis?

TIRSO.

¿Qué pretendeis?

GIL.

Despiojad, ¿no lo entendeis?
Que nos vamos á espulgar.

[*Vanse todos, ménos Curcio.*]

ESCENA VIII.

CURCIO.

¿A quién no habrá sucedido,
Tal vez lleno de pesares,
Descansar consigo á solas,
Por no descubrirse á nadie?
Yo, á quien tantos pensamientos
A un tiempo afligen, que hacen
Con lágrimas y suspiros
Competencia al mar y al aire,
Compañero de mí mismo
En las mudas soledades,
Con la pension de mis bienes
Quiero divertir mis males.
Ni las aves, ni las fuentes
Sean testigos bastantes;
Que al fin las fuentes murmuran,
Y tienen lengua las aves.
No quiero más compañía
Que aquestos rústicos sauces;
Pues quien escucha y no aprende,
Será fuerza que no hable.
Teatro este monte fué
Del suceso más notable
Que entre prodigios de celos
Cuentan las antigüedades,
De una inocente verdad.
Pero ¿quién podrá librarse
De sospechas, en quien son

Mentirosas las verdades?
Muerte de amor son los celos,
Que no perdonan á nadie,
Ni por humilde le dejan,
Ni le respetan por grave.
Aquí pues, donde yo digo,
Rosmira y yo... De acordarme,
No es mucho que el alma tiemble,
No es mucho que la voz falte;
Que no hay flor que no me asombre,
No hay hoja que no me espante,
No hay piedra que no me admire,
Tronco que no me acobarde,
Peñasco que no me oprima,
Monte que no me amenace;
Porque todos son testigos
De una hazaña tan infame.
Saqué al fin la espada, y ella,
Sin temerme y sin turbarse,
Porque en riesgos de amor nunca
El inocente es cobarde:
«Esposo, dijo, detente;
»No digo que no me mates,
»Si es tu gusto, porque yo
»¿Cómo he de poder negarte
»La misma vida que es tuya?
»Sólo te pido que ántes
»Me digas por lo que muero,
»Y déjame que te abrace.»
Yo la dije: «En tus entrañas,
»Como la víbora, traes
»A quien te ha de dar la muerte.

»Indicio ha sido bastante
»El parto infame que esperas.
»Mas no le verás, que ántes,
»Dándote muerte, seré
»Verdugo tuyo y de un ángel.—
»Si acaso (me dijo entónces),
»Si acaso, esposo, llegaste
»A creer flaquezas mias,
»Justo será que me mates.
»Mas á esta Cruz abrazada,
»A esta que estaba delante,
»Prosiguió, doy por testigo
»De que no supe agraviarte
»Ni ofenderte; que ella sola
»Será justo que me ampare.»
Bien quisiera entónces yo,
Arrepentido, arrojarme
A sus piés, porque se via
Su inocencia en su semblante.
El que una traicion intenta,
Antes mire lo que hace;
Porque una vez declarado,
Aunque procure enmendarse,
Por decir que tuvo causa,
Lo ha de llevar adelante.
Yo pues, no porque dudaba
Ser la disculpa bastante,
Sinó porque mi delito
Más amparado quedase,
El brazo levanté airado,
Tirando por várias partes
Mil heridas; pero sólo

Las ejecuté en el aire.
Por muerta al pié de la Cruz
Quedó, y queriendo escaparme,
A casa llegué, y halléla
Con más belleza que sale
El alba, cuando en sus brazos
Nos presenta el sol infante.
Ella en sus brazos tenía
A Julia, divina imágen
De hermosura y discrecion
(¿Qué gloria pudo igualarse
A la mia?); que su parto
Habia sido aquella tarde
Al mismo pié de la Cruz;
Y por divinas señales,
Con que al mundo descubria
Dios un milagro tan grande,
La niña que habia parido,
Dichosa con señas tales,
Tenía en el pecho una Cruz
Labrada de fuego y sangre.
Pero que tanta ventura
Templaba el que se quedase
Otra criatura en el monte;
Que ella, entre penas tan graves,
Sintió haber parido dos;
Y yo entónces...

ESCENA IX.

OCTAVIO. CURCIO.

OCTAVIO.

Por el valle
Atraviesa un escuadron
De bandoleros, y ántes
Que cierre la noche triste,
Será bien, señor, que bajes
A buscarlos, no oscurezca;
Porque ellos el monte saben,
Y nosotros no.

CURCIO.

Pues junta
La gente vaya adelante;
Que no hay gloria para mí
Hasta llegar á vengarme. [*Vanse.*]

Vista exterior de un convento.

ESCENA X.

EUSEBIO. RICARDO. CELIO, *con una escala.*

RICARDO.

Llega con silencio, y pon
A esa parte las escalas.

EUSEBIO.

Ícaro seré sin alas,
Sin fuego seré Faeton :
Escalar al sol intento,
Y si me quiere ayudar
La luz, tengo de pasar
Mas allá del firmamento.
Amor ser tirano enseña.
En subiendo yo, quitad
Esa escala, y esperad
Hasta que os haga una seña.
Quien subiendo se despeña,
Suba hoy y baje ofendido,
En cenizas convertido;
Que la pena del bajar,
No será parte á quitar
La gloria de haber subido.

RICARDO.

¿Qué esperas?

CELIO.

Pues ¿qué rigor
Tu altivo orgullo embaraza?

EUSEBIO.

¿No veis cómo me amenaza
Un vivo fuego?

RICARDO.

Señor,

Fantasmas son del temor.

EUSEBIO.

¿Yo temor?

CELIO.

Sube.

EUSEBIO.

Ya llego.
Aunque á tantos rayos ciego,
Por las llamas he de entrar;
Que no lo podrá estorbar
De todo el infierno el fuego. [*Sube y entra.*]

CELIO.

Ya entró.

RICARDO.

Alguna fantasía,
De su mismo horror fundada,
En la idea acreditada,
O alguna ilusion sería.

CELIO.

Quita la escala.

RICARDO.

Hasta el dia
Aquí le hemos de esperar.

CELIO.

Atrevimiento fué entrar,

Aunque yo de mejor gana
Me fuera con mi villana;
Mas despues habrá lugar. [*Vanse.*]

Celda de Julia.

ESCENA XI.

EUSEBIO. JULIA, *en el lecho.*

EUSEBIO.

Por todo el convento he andado,
Sin ser de nadie sentido,
Y por cuanto he discurrido,
De mi destino guiado,
A mil celdas he llegado
De religiosas, que abiertas
Tienen las estrechas puertas,
Y en ninguna á Julia vi.
¿Dónde me llevais así,
Esperanzas siempre inciertas?
¡Qué horror! ¡qué silencio mudo!
¡Qué oscuridad tan funesta!
Luz hay aquí; celda es ésta,
Y en ella Julia. ¡Qué dudo!
[*Corre una cortina, y ve á Julia durmiendo.*]
¿Tan poco el valor ayudo,
Que ahora en hablarla tardo?
¿Qué es lo que espero? ¿qué aguardo?

Mas con impulso dudoso,
Si me animo temeroso,
Animoso me acobardo.
Más belleza la humildad
Deste traje la asegura;
Que en la mujer la hermosura
Es la misma honestidad.
Su peregrina beldad,
De mi torpe amor objeto,
Hace en mí mayor efeto;
Que á un tiempo á mi amor incito,
Con la hermosura apetito,
Con la honestidad respeto.
¡Julia! ¡ah Julia!

JULIA.

¿Quién me nombra?
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que veo?
¿Eres sombra del deseo,
O del pensamiento sombra?

EUSEBIO.

¿Tanto el mirarme te asombra?

JULIA.

Pues ¿quién habrá que no intente
Huir de tí?

EUSEBIO.

Julia, detente.

JULIA.

¿Qué quieres, forma fingida,
De la idea repetida,
Sólo á la vista aparente?
¿Eres, para pena mia,
Voz de la imaginacion,
Retrato de la ilusion,
Cuerpo de la fantasía,
Fantasma en la noche fria?

EUSEBIO.

Julia, escucha, Eusebio soy,
Que vivo á tus piés estoy;
Que si el pensamiento fuera,
Siempre contigo estuviera.

JULIA.

Desengañándome voy
Con oirte, y considero
Que mi recato ofendido
Más te quisiera fingido,
Eusebio, que verdadero.
Donde yo llorando muero,
Donde yo vivo penando,
¿Qué quieres? ¡estoy temblando!
¿Qué buscas? ¡estoy muriendo!
¿Qué emprendes? ¡estoy temiendo!
¿Qué intentas? ¡estoy dudando!
¿Cómo has llegado hasta aquí?

EUSEBIO.

Todo es extremos amor,
Y mi pena y tu rigor
Hoy han de triunfar de mí.
Hasta verte aquí, sufrí
Con esperanza segura;
Pero viendo tu hermosura
Perdida, he atropellado
El respeto del sagrado,
Y la ley de la clausura.
De lo cierto ó de lo injusto
Los dos la culpa tenemos,
Y en mí vienen dos extremos,
Que son la fuerza y el gusto.
No puede darle disgusto
Al cielo mi pretension;
Antes de esta ejecucion,
Casada eres en secreto,
Y no cabe en un sujeto
Matrimonio y religion.

JULIA.

No niego el lazo amoroso,
Que hizo con felicidades
Unir á dos voluntades,
Que fué su efecto forzoso;
Que te llamé amado esposo;
Y que todo eso fué así,
Confieso; pero ya aquí,
Con voto de religiosa,
A Cristo de ser su esposa

Mano y palabra le dí.
Ya soy suya, ¿qué me quieres?
Véte, porque el mundo asombres,
Donde mates á los hombres,
Donde fuerces las mujeres.
Véte, Eusebio; ya no esperes
Fruto de tu loco amor;
Para que te cause horror,
Que estoy en sagrado piensa.

EUSEBIO.

Cuanto es mayor tu defensa,
Es mi apetito mayor.
Ya las paredes salté
Del convento, ya te vi;
No es amor quien vive en mí,
Causa más oculta fué.
Cumple mi gusto, ó diré
Que tú misma me has llamado,
Que me has tenido encerrado
En tu celda muchos dias;
Y pues las desdichas mias
Me tienen desesperado,
Daré voces; sepan...

JULIA.

Tente,
Eusebio, mira... (¡ay de mí!)
Pasos siento por aquí,
Al coro atraviesa gente.
¡Cielos, no sé lo que intente!
Cierra esa celda, y en ella

Estarás, pues atropella
Un temor á otro temor.

EUSEBIO.

¡Qué poderoso es mi amor!

JULIA.

¡Qué rigurosa es mi estrella! [*Vanse.*]

—

Vista exterior del convento.

ESCENA XII.

RICARDO. CELIO.

RICARDO.

Ya son las tres; mucho tarda.

CELIO.

El que goza su ventura,
Ricardo, en la noche oscura,
Nunca el claro sol aguarda.
Yo apuesto que le parece
Que nunca el sol madrugó
Tanto, y que hoy apresuró
Su curso.

RICARDO.

Siempre amanece
Más temprano á quien desea;
Pero al que goza, más tarde.

CELIO.

No creas que al sol aguarde
Que en el Oriente se vea.

RICARDO.

Dos horas son ya.

CELIO.

No creo
Que Eusebio lo diga.

RICARDO.

Es justo;
Porque al fin son de su gusto
Las horas de tu deseo.

CELIO.

¿No sabes lo que he llegado
Hoy, Ricardo, á sospechar?
Que Julia le envió á llamar.

RICARDO.

Pues si no fuera llamado,
¿Quién á escalar se atreviera
Un convento?

CELIO.

¿No has sentido,
Ricardo, á esta parte ruido?

RICARDO.

Sí.

CELIO.

Pues llega la escalera.

ESCENA XIII.

JULIA. EUSEBIO, *á una ventana.* RICARDO. CELIO.

EUSEBIO.

¡Déjame, mujer!

JULIA.

Pues cuando,
Vencida de tus deseos,
Movida de tus suspiros,
Obligada de tus ruegos,
De tu llanto agradecida,
Dos veces á Dios ofendo,
Como á Dios y como á esposo,
¡Mis brazos dejas, haciendo
Sin esperanzas desdenes,
Y sin posesion desprecios!
¿Dónde vas?

EUSEBIO.

Mujer, ¿qué intentas?
Déjame, que voy huyendo
De tus brazos, porque he visto

No sé qué deidad en ellos.
Llamas arrojan tus ojos,
Tus suspiros son de fuego,
Un volcan cada razon,
Un rayo cada cabello,
Cada palabra es mi muerte,
Cada palabra un infierno:
¡Tantos temores me causa
La Cruz que he visto en tu pecho!
Señal prodigiosa ha sido,
Y no permitan los cielos
Que, aunque tanto los ofenda,
Pierda á la Cruz el respeto;
Pues si la hago testigo
De las culpas que cometo,
¿Con qué vergüenza despues
Llamarla en mi ayuda puedo?
Quédate en tu religion,
Julia; yo no te desprecio,
Que más agora te adoro.

JULIA.

Escucha, detente, Eusebio.

EUSEBIO.

Ésta es la escala.

JULIA.

Detente,
Ó llévame allá.

EUSEBIO.

No puedo, [*Baja.*]
Pues que, sin gozar la gloria
Que tanto esperé, te dejo.
¡Válgame el cielo! Caí. [*Cae.*]

RICARDO.

¿Qué ha sido?

EUSEBIO.

¿No veis el viento
Poblado de ardientes rayos?
¿No mirais sangriento el cielo,
Que todo sobre mí viene?
¿Dónde estar seguro puedo,
Si airado el cielo se muestra?
Divina Cruz; yo os prometo
Y os hago solemne voto
Con cuantas cláusulas puedo,
De en cualquier parte que os vea,
Las rodillas por el suelo,
Rezar un Ave María.

[*Levántase, y vanse los tres, dejando la escala puesta.*]

ESCENA XIV.

JULIA, *en la ventana.*

Turbada y confusa quedo,
¿Aquéstas fueron, ingrato,
Las firmezas? ¿Éstos fueron

Los extremos de tu amor?
¿Ó son de mi amor extremos?
Hasta vencerme á tu gusto
Con amenazas, con ruegos,
Aquí amante, allí tirano,
Porfiaste; pero luégo
Que de tu gusto y mi pena
Pudiste llamarte dueño,
Ántes de vencer, huiste.
¿Quién, sino tú, venció huyendo
¡Muerta soy, cielos piadosos!
¿Por qué introdujo venenos
Naturaleza, si habia,
Para dar muerte, desprecios?
Ellos me quitan la vida;
Pues que con nuevo tormento
Lo que me desprecia busco.
¿Quién vió tan dudoso efecto
De amor? Cuando me rogaba
Con mil lágrimas Eusebio,
Le dejaba; pero agora,
Porque él me deja, le ruego.
Tales somos las mujeres,
Que, contra nuestros deseos,
Aun no queremos dar gusto
Con lo mismo que queremos.
Ninguno nos quiera bien,
Si pretende alcanzar premio;
Que queridas despreciamos,
Y aborrecidas queremos.
No siento que no me quiera,
Sólo que me deje siento.

Por aquí cayó, tras él
Me arrojaré. Mas ¿qué es esto?
¿Ésta no es escala? Sí.
¡Qué terrible pensamiento!
Detente, imaginacion,
No me despeñes; que creo
Que si llego á consentir,
A hacer el delito llego.
¿No saltó Eusebio, por mí,
Las paredes del convento?
¿No me holgué de verle yo
En tantos peligros puesto
Por mi causa? Pues ¿qué dudo?
¿Qué me acobardo? ¿Qué temo?
Lo mismo haré yo en salir
Que él en entrar; si es lo mesmo,
Tambien se holgará de verme,
Por su causa, en tales riesgos.
Ya por haber consentido
La misma culpa merezco;
Pues si es tan grande el pecado,
¿Por qué el gusto ha de ser ménos?
Si consentí, y me dejó
Dios de su mano, ¿no puedo
De una culpa que es tan grande
Tener perdon? Pues ¿qué espero?
[*Baja por la escala.*]
Al mundo, al honor, á Dios
Hallo perdido el respeto,
Cuando á ceguedad tan grande
Vendados los ojos vuelvo.
Demonio soy, que he caido

Despeñado deste cielo,
Pues sin tener esperanza
De subir, no me arrepiento.
Ya estoy fuera de sagrado,
Y de la noche el silencio,
Con su oscuridad, me tiene
Cubierta de horror y miedo.
Tan deslumbrada camino,
Que en las tinieblas tropiezo;
Y áun no caigo en mi pecado.
¿Dónde voy? ¿qué hago? ¿qué intento?
Con la muda confusion
De tantos horrores, temo
Que se me altera la sangre,
Que se me eriza el cabello.
Turbada la fantasía,
En el aire forma cuerpos;
Y sentencias contra mí
Pronuncia la voz del eco.
El delito, que ántes era
Quien me animaba soberbio,
Es quien me acobarda agora.
Apénas las plantas puedo
Mover, que el mismo temor
Grillos á mis piés ha puesto.
Sobre mis hombros parece
Que carga un prolijo peso
Que me oprime, y toda yo
Estoy cubierta de hielo.
No quiero pasar de aquí;
Quiero volverme al convento,
Donde de aqueste pecado

Alcance perdon; pues creo,
De la clemencia divina,
Que no hay luces en el cielo,
Que no hay en el mar arenas,
No hay átomos en el viento,
Que, sumados todos juntos,
No sean número pequeño
De los pecados que sabe
Dios perdonar. Pasos siento.
A esta parte me retiro
En tanto que pasan; luégo
Subiré sin que me vean. [*Retírase.*]

ESCENA XV.

RICARDO. CELIO. JULIA, *retirada donde no los ve.*

RICARDO.

Con el espanto de Eusebio
Aquí se quedó la escala,
Y agora por ella vuelvo;
No aclare el dia, y la vean
A esta pared.

[*Quitan la escala, y vanse; Julia llega donde estaba la escala.*]

JULIA.

Ya se fueron:
Agora podré subir
Sin que me sientan. ¿Qué es esto?
¿No es aquésta la pared

De la escala?..... Pero creo
Que hácia estotra parte está.
Ni aquí tampoco está..... ¡Cielos!
¿Cómo he de subir sin ella?
Mas ya mi desdicha entiendo;
Desta suerte me negais
La entrada vuestra; pues veo
Que, cuando quiero subir
Arrepentida, no puedo.
Pues si ya me habeis negado
Vuestra clemencia, mis hechos
De mujer desesperada
Darán asombros al cielo,
Darán espantos al mundo,
Admiracion á los tiempos,
Horror al mismo pecado
Y terror al mismo infierno.

———

JORNADA TERCERA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

GIL, *con muchas cruces, y una muy grande al pecho.*

GIL.

Por leña á este monte voy,
Que Menga me lo ha mandado;
Y para ir seguro, he hallado
Una brava invencion hoy.
De la Cruz dicen que es
Devoto Eusebio, y así
He salido armado aquí
De la cabeza á los piés.
Dicho y hecho; ¡él es, pardiez!
No encuentro, lleno de miedo,
Dónde estar seguro puedo;
Sin alma quedo. Esta vez
No me ha visto: yo quisiera
Esconderme hácia este lado,
Miéntras pasa..... Ya he tomado
Por guarda esta cambronera
Para esconderme. ¡No es nada!
Tanta pua es la más chica;

¡Pléguete Cristo! Más pica
Que perder una trocada,
Más que sentir un desprecio
De una dama Fierabras,
Que á todos admite, y más
Que tener celos de un necio.

ESCENA II.

EUSEBIO. GIL, *escondido.*

EUSEBIO.

No sé adónde podré ir;
Larga vida un triste tiene,
Que nunca la muerte viene
A quien le cansa el vivir.
Julia, yo me vi en tus brazos
Cuando tan dichoso era,
Que de tus brazos pudiera
Hacer amor nuevos lazos.
Sin gozar al fin dejé
La gloria que no tenía;
Mas no fué la causa mia,
Causa más secreta fué;
Pues teniendo mi albedrío,
Superior efecto ha hecho
Que yo respete en tu pecho
La Cruz que tengo en el mio.
Y pues con ella los dos
¡Ay Julia! habemos nacido,
Secreto misterio ha sido,

Que lo entiende solo Dios.

GIL. [*Ap.*]

Mucho pica; ya no puedo
Más sufrillo.

EUSEBIO.

Entre estos ramos
Hay gente. ¿Quién va?

GIL. [*Ap.*]

Aquí echamos
A perder todo el enredo.

EUSEBIO. [*Ap.*]

Un hombre á un árbol atado,
Y una cruz al cuello tiene;
Cumplir mi voto conviene,
En el suelo arrodillado.

GIL.

¿A quién, Eusebio, enderezas
La oracion, ú de qué tratas,
Si me adoras ¿qué me atas?
Si me atas ¿qué me rezas?

EUSEBIO.

¿Quién es?

GIL.

¿A Gil no conoces?
Desde que con el recado,

Aquí me dejaste atado,
No han aprovechado voces
Para que álguien (¡qué rigor!)
Me llegase á desatar.

EUSEBIO.

Pues no es aquéste el lugar
Donde te dejé.

GIL.

Señor,
Es verdad; mas yo, que vi
Que nadie llegaba, he andado
De árbol en árbol, atado,
Hasta haber llegado aquí.
Aquésta la causa fué
De suceso tan extraño.

EUSEBIO.

(*Ap.* Éste es simple, y de mi daño
Cualquier suceso sabré.)
Gil, yo te tengo aficion
Desde que otra vez hablamos;
Y así quiero que seamos
Amigos.

GIL.

Tiene razon,
Y quisiera, pues nos vemos
Tan amigos, no ir allá,
Sino andarme por acá,
Pues aquí todos serémos

Buñoleros, que diz que es
Holgada vida, y no andar
Todo el año á trabajar.

EUSEBIO.

Quédate conmigo, pues.

ESCENA III (1).

RICARDO. BANDOLEROS. JULIA, *vestida de hombre y cubierto el rostro.* EUSEBIO. GIL.

RICARDO.

En lo bajo del camino

---

(1) En la *Parte veinte y ocho de Comedias de varios autores*, impresa en Huesca, el año de 1634, donde se halla este drama, atribuyéndoselo á Lope de Vega, con el título de *La Cruz en la sepultura*, figuran en esta escena, ademas de los aquí nombrados personajes, un pintor, un poeta y un astrólogo. Eusebio, que va interrogándolos sucesivamente, y decidiendo de su suerte, manda atar á un árbol al pintor (que se ha vanagloriado de pintar las frutas con tal propiedad, que al verlas,

Queda sin hambre el deseo,
Sin deseo el apetito),

diciendo:

Dadle paleta y colores.
Coma de lo que pintare.

Al astrólogo, que pretende haber previsto su encuentro con los ladrones, y que le han de dar la muerte, despide con estas palabras:

Véte libre, porque así
Conozcas de tu ignorancia

Que esta montaña atraviesa,
Ahora hicimos una presa,

El error, que, *desde el suelo,*
No se ha de medir el cielo;
Que es la distancia infinita.

Con el poeta, en fin, entabla este dialogo:

¿Y tú?

POETA.

Español; mi ejercicio
Hacer versos; soy poeta
En efeto, que esta seta
Muchos la han hecho ejercicio.

EUSEBIO.

Muchos, he oido decir,
Se ocupan en esa parte.

GIL.

Como se escriben sin arte (1),
Son fáciles de escribir.

POETA.

¿Qué más arte han de tener,
Señor, que haber de agradar
Entero á todo un lugar,
Pues jueces vienen á ser
El discreto é ignorante,
Que juzgan sin atencion
De mirar de cúyos son;
Pues quieren que el principiante
Tenga el mismo estilo y ciencia
Que el anciano; sin mirar
Que á eso se han de aventajar
Ochenta años de experiencia.

Los dos últimos versos, que indudablemente aluden á Lope de Vega, nos hacen sospechar que todo lo que á la escena que anotamos se le añade en la edicion de 1634, debe ser obra de alguno de los muchos poetas oscuros y editores sin conciencia, que robaron y adulteraron las obras de CALDERON, atribuyéndoselas á otros autores, como á él le atribuyeron otras que no habia escrito.

(1) Las comedias, sin duda.

Que, segun es, imagino
Que te dé gusto.

EUSEBIO.

Está bien;
Luégo della tratarémos.
Sabe agora que tenemos
Un nuevo soldado.

RICARDO.

¿Quién?

GIL.

Gil: ¿no me ve?

EUSEBIO.

Este villano,
Aunque le veis inocente,
Conoce notablemente
De esta tierra monte y llano,
Y en él será nuestra guía;
Fuera desto, al campo irá
Del enemigo, y será
En él mi perdida espía.
Arcabuz le podeis dar
Y un vestido.

CELIO.

Ya está aquí.

GIL. [*Ap.*]

Tengan lástima de mí,

Que me quedo á embandolear.

EUSEBIO.

¿Quién es ese gentil hombre
Que el rostro encubre?

RICARDO.

No ha sido
Posible que haya querido
Decir la patria ni el nombre;
Porque al capitan no más
Dice que lo ha decir.

EUSEBIO.

Bien te puedes descubrir,
Pues ya en mi presencia estás.

JULIA.

¿Sois el capitan?

EUSEBIO.

Sí.

JULIA. [*Ap.*]

¡Ay Dios!

EUSEBIO.

Dime quién eres y á qué
Viniste.

JULIA.

Yo lo diré,

Estando solos los dos.

EUSEBIO.

Retiraos todos un poco. [*Vanse.*]

ESCENA IV.

JULIA. EUSEBIO.

EUSEBIO.

Ya estás á solas conmigo;
Sólo árboles y flores
Pueden ser mudos testigos
De tus voces; quita el velo
Con que cubierto has traido
El rostro, y dime: —¿Quién eres?
¿Dónde vas? ¿Qué has pretendido?
Habla.

JULIA.

Porque de una vez [*Saca la espada.*]
Sepas á lo que he venido,
Y quien soy, saca la espada;
Pues de esta manera digo
Que soy quien viene á matarte.

EUSEBIO. [*Saca la espada.*]

Con la defensa resisto
Tu osadía y mi temor;
Porque mayor habia sido
De la accion, que de la voz.

JULIA.

Riñe, cobarde, conmigo,
Y verás que, con tu muerte,
Vida y confusion te quito.

EUSEBIO.

Yo por defenderme,
Más que por ofenderte, riño,
Que ya tu vida me importa;
Pues si en este desafío
Te mato, no sé por qué;
Y si me matas, lo mismo.
Descúbrete agora, pues,
Si te agrada.

JULIA.

Bien has dicho,
Porque en venganzas de honor,
Si no es que conste el castigo
Al que fué ofensor, no queda
Satisfecho el ofendido. [*Descúbrese.*]
¿Conócesme? ¿Qué te espantas?
¿Qué me miras?

EUSEBIO.

Que, rendido
A la verdad y á la duda
En confusos desvaríos,
Me espanto de lo que veo,
Me asombro de lo que miro.

JULIA.

Ya me has visto.

EUSEBIO.

Sí, y de verte,
Mi confusion ha crecido
Tanto, que si ántes de agora,
Alterados mis sentidos,
Desearon verte, ya
Desengañados, lo mismo
Que dieran ántes por verte,
Dieran por no haberte visto.
¿Tú, Julia, en aqueste monte?
¿Tú con profano vestido,
Dos veces violento en tí?
¿Cómo sola aquí has venido?
¿Qué es esto?

JULIA.

Desprecios tuyos
Son, y desengaños mios.
Y porque veas que es flecha
Disparada, ardiente tiro,
Veloz rayo, una mujer
Que corre tras su apetito,
No sólo me han dado gusto
Los pecados cometidos
Hasta agora, mas tambien
Me le dan si los repito.
Salí del convento; fuí
Al monte; y, porque me dijo

Un pastor que mal guiada
Iba por aquel camino,
Neciamente temerosa,
Por evitar mi peligro,
Le aseguré y le dí muerte;
Siendo instrumento un cuchillo
Que él en su cinta traia.
Con este, que fué ministro
De la muerte, á un caminante,
Que cortésmente previno
En las ancas de un caballo
A tanto cansancio alivio,
Á la vista de una aldea,
Porque entrar en ella quiso,
Le pagué en un despoblado
Con la muerte el beneficio.
Tres dias fueron y noches
Los que aquel desierto me hizo
Mesa de silvestres plantas,
Lecho de peñascos frios.
Llegué á una pobre cabaña,
A cuyo techo pajizo
Juzgué pabellon dorado,
En la paz de mis sentidos.
Liberal huéspeda fué
Una serrana conmigo,
Compitiendo en los deseos
Con el pastor su marido.
A la hambre y al cansancio
Dejé en su albergue rendidos
Con buena mesa, aunque pobre,
Manjar, aunque humilde, limpio.

Pero al despedirme dellos,
Habiendo ántes prevenido
Que al buscarme no pudiesen
Decir : «Nosotros le vimos»,
Al cortés pastor, que al monte
Salió á enseñarme el camino,
Maté; y entré donde luégo
Hago en su mujer lo mismo.
Mas, considerando entónces
Que en el propio traje mio
Mi pesquisidor llevaba,
Mudármele determino.
Al fin, pues, por varios casos,
Con las armas y el vestido
De un cazador, cuyo sueño,
No imágen, trasunto vivo
Fué de la muerte, llegué
Aquí, venciendo peligros,
Despreciando inconvenientes
Y atropellando designios.

EUSEBIO.

Con tanto asombro te escucho,
Con tanto temor te miro,
Que eres al oido encanto,
Si á la vista basilisco.
Julia, yo no te desprecio;
Pero temo los peligros
Con que el cielo me amenaza,
Y por eso me retiro.
Vuélvete tú á tu convento;
Que yo temeroso vivo

De esa Cruz tanto, que huyo
De tí.—Mas ¿qué es este ruido?

ESCENA V.

RICARDO. BANDOLEROS. DICHOS.

RICARDO.

Preven, señor, la defensa;
Que apartados del camino,
Al monte Curcio y su gente
En busca tuya han salido.
De todas esas aldeas
Tanto el número ha crecido,
Que han venido contra tí
Viejos, mujeres y niños,
Diciendo que han de vengar
En tu sangre, la de un hijo
Muerto á tus manos; y juran
De llevarte por castigo,
O por venganza de tantos,
Preso á Sena, muerto ó vivo.

EUSEBIO.

Julia, despues hablarémos,
Cubre el rostro y vén conmigo;
Que no es bien que en poder quedes
De tu padre y mi enemigo.
—Soldados: éste es el dia
De mostrar aliento y brío.
Porque ninguno desmaye,

Considere que, atrevidos,
Vienen á darnos la muerte,
O prendernos, que es lo mismo;
Y, si no en pública cárcel,
De desdichas perseguidos
Y sin honra nos verémos.
Pues si esto hemos conocido,
¿Por la vida y por la honra
Quién temió el mayor peligro?
No piensen que los tememos,
Salgamos á recibirlos;
Que siempre está la fortuna
De parte del atrevido.

RICARDO.

No hay que salir; que ya llegan
A nosotros.

EUSEBIO.

Preveníos,
Y ninguno sea cobarde;
Que, vive el cielo, si miro
Huir alguno ó retirarse,
Que he de ensangrentar los filos
De aqueste acero en su pecho,
Primero que en mi enemigo.

ESCENA VI.

CURCIO y gente, *dentro.* Dichos.

curcio. [*Dentro.*]

En lo encubierto del monte
Al traidor Eusebio he visto,
Que, para inútil defensa,
Hace murallas sus riscos.

voces. [*Dentro.*]

Ya entre las espesas ramas
Desde aquí los descubrimos.

JULIA.

¡A ellos! [*Vase.*]

EUSEBIO.

Esperad, villanos;
Que, vive Dios, que teñidos
Con vuestra sangre los campos,
Han de ser undosos rios.

RICARDO.

De los cobardes villanos
Es el número excesivo.

curcio. [*Dentro.*]

¿Adónde, Eusebio, te escondes?

EUSEBIO.

No escondo, que ya te sigo.
[*Vanse todos y disparan arcabuces dentro.*]

—

Otro lado del monte, en cuyo fondo habrá una cruz.

ESCENA VII.

JULIA.

Del monte que yo he buscado,
Apénas las hierbas piso,
Cuando horribles voces oigo,
Marciales campañas miro.
De la pólvora los ecos
Y del acero los filos,
Unos ofenden la vista,
Y otros turban el oido.
Mas ¿qué es aquello que veo?
Desbaratado y vencido
Todo el escuadron de Eusebio,
Le deja ya el enemigo.
Quiero volver á juntar
Toda la gente que ha huido
De Eusebio, y volver á darle
Favor; que, si los animo,
Seré en su defensa asombro
Del mundo, seré cuchillo
De la Parca, estrago fiero
De sus vidas; vengativo

Espanto de los futuros,
Y admiracion destos siglos. [*Vase.*]

ESCENA VIII.

GIL, *de bandolero; despues* MENGA. BRAS. TIRSO Y VILLANOS.

GIL.

Por estar seguro, apénas
Fuí bandolero novicio,
Cuando, por ser bandolero,
Me veo en tanto peligro.
Cuando yo era labrador,
Eran ellos los vencidos;
Y hoy, porque soy de la carda,
Va sucediendo lo mismo.
Sin ser avariento, traigo
La desventura conmigo;
Pues tan desgraciado soy,
Que mil veces imagino
Que, á ser yo judío, fueran
Desgraciados los judíos.
[*Salen Menga, Bras, Tirso y otros villanos.*]

MENGA.

¡Á ellos, que van huyendo!

BRAS.

No ha de quedar uno vivo
Tan solamente.

MENGA.

Hácia aquí
Uno de ellos se ha escondido.

BRAS.

Muera este ladron.

GIL.

Mirad
Que yo soy.

MENGA.

Ya nos ha dicho
El traje que es bandolero.

GIL.

El traje les ha mentido,
Como muy grande bellaco.

MENGA.

Dale tú.

BRAS.

Pégale, digo.

GIL.

Bien dado estoy y pegado.
Advertid...

TIRSO.

No hay que advertirnos.

Bandolero sois.

GIL.

Mirad
Que soy Gil, votado á Cristo.

MENGA.

Pues ¿no habláras ántes, Gil?

TIRSO.

Pues, Gil, ¿no lo hubieras dicho?

GIL.

¿Qué más ántes, si el *yo soy*
Os dije desde el principio?

MENGA.

¿Qué haces aquí?

GIL.

No lo veis?
Ofendo á Dios en e quinto:
Mato solo más que juntos
Un médico y un estío.

MENGA.

¿Qué traje es este?

GIL.

Es el diablo.
Maté á uno y su vestido
Me puse.

MENGA.

Pues ¿cómo, di,
No está de sangre teñido,
Si le mataste?

GIL.

Eso es fácil:
Murió de miedo; esta ha sido
La causa.

MENGA.

Vén con nosotros,
Que, victoriosos, seguimos
Los bandoleros, que agora
Cobardes nos han huido

GIL.

No más vestido, aunque vaya
Titiritando de frio. [*Vanse.*]

ESCENA IX.

EUSEBIO. CURCIO, *peleando.*

CURCIO.

Ya estamos solos los dos.
Gracias al cielo, que quiso
Dar la venganza á mi mano,
Hoy, sin haber remitido
A las ajenas mi agravio,

Ni tu muerte á ajenos filos.

EUSEBIO.

No ha sido en esta ocasion
Airado el cielo conmigo,
Curcio, en haberte encontrado;
Porque, si tu pecho vino
Ofendido, volverá
Castigado y ofendido.
Aunque no sé qué respeto
Has puesto en mí, que he temido
Más tu enojo que tu acero;
Y aunque pudieran tus bríos
Darme temor, sólo temo,
Cuando aquesas canas miro,
Que me hacen cobarde.

CURCIO.

Eusebio,
Yo confieso que has podido
Templar en mí de la ira,
Con que agraviado te miro,
Gran parte; pero no quiero
Que pienses, inadvertido,
Que te dan temor mis canas
Cuando puede el valor mio.
Vuelve á reñir, que una estrella
O algun favorable signo,
No es bastante á que yo pierda
La venganza que consigo.
Vuelve á reñir.

EUSEBIO.

¿Yo temor?
Neciamente has presumido
Que es temor lo que es respeto;
Aunque, si verdad te digo,
La victoria que deseo
Es, á tus plantas rendido,
Pedirte perdon; y á ellas
Pongo la espada que ha sido
Temor de tantos.

CURCIO.

Eusebio,
No has de pensar que me animo
A matarte con ventaja.
Esta es mi espada. (*Ap.* Así quito
La ocasion de darle muerte.
Ven á los brazos conmigo.)
[*Abrázanse los dos, y luchan.*]

EUSEBIO.

No sé qué efecto has hecho
En mí, que el corazon dentro del pecho,
A pesar de venganzas y de enojos,
En lágrimas se asoma por los ojos;
Y en confusion tan fuerte,
Quisiera, por vengarte, darme muerte.
Véngate en mí: rendida
A tus plantas, señor, está mi vida.

CURCIO.

El acero de un noble, aunque ofendido,
No se mancha en la sangre de un rendido;
Que quita grande parte de la gloria
El que con sangre borra la victoria.

VOCES. [*Dentro.*]

Hácia aquí están.

CURCIO.

Mi gente victoriosa
Viene á buscarme, cuando, temerosa,
La tuya vuelve huyendo.
Darte vida pretendo;
Escóndete, que en vano
Defenderé el enojo vengativo
De un escuadron villano;
Y solo tú, imposible es quedar vivo.

EUSEBIO.

Yo, Curcio, nunca huyo
De otro poder, aunque he temido el tuyo.
Que, si mi mano aquesta espada cobra,
Verás, cuanto valor en tí me falta,
Que en tu gente me sobra.

ESCENA X.

OCTAVIO. GIL. BRAS *y los demas* VILLANOS.
DICHOS.

OCTAVIO.

Desde el más hondo valle á la más alta

Cumbre de aqueste monte, no ha quedado
Alguno vivo : sólo se ha escapado
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...

EUSEBIO.

Mientes, que Eusebio nunca fué cobarde.

TODOS.

¿Aquí está Eusebio? ¡Muera!

EUSEBIO.

¡Llegad, villanos!

CURCIO.

¡Tente, Octavio, espera!

OCTAVIO.

Pues ¿tú, señor, que habias
De animarnos, agora desconfías?

BRAS.

¿Un hombre amparas que en tu sangre y honra
Introdujo el acero y la deshonra?

GIL.

¿A un hombre que, atrevido,
Toda aquesta montaña ha destruido?
¿A quien en el aldea no ha dejado
Melon doncella que él no haya catado?
Y á quien tantos ha muerto,
¿Cómo así le defiendes?

OCTAVIO.

¿Qué es, señor, lo que dices? ¿Qué pretendes?

CURCIO.

Esperad, escuchad (¡Triste suceso!),
¿Cuánto es mejor que á Sena vaya preso?
Date á prision, Eusebio, que prometo
Y como noble juro, de ampararte,
Siendo abogado tuyo aunque soy parte.

EUSEBIO.

Como á Curcio no más yo me rindiera;
Mas como á juez, no puedo;
Porque aquél es respeto, y éste es miedo.

OCTAVIO.

¡Muera Eusebio!

CURCIO.

Advertid...

OCTAVIO.

Pues ¡qué! ¿tú quieres
Defenderle? ¿A la patria traidor eres?

CURCIO.

¿Yo traidor? Pues me agravian desta suerte,
Perdona, Eusebio, porque yo el primero
Tengo de ser en darte triste muerte.

EUSEBIO.

Quítate de delante,

Señor, porque tu vista no me espante.
Que viéndote, no dudo
Que te tenga tu gente por escudo.
[*Vanse todos, peleando con él.*]

CURCIO.

Apretándole van. ¡Oh, quién pudiera
Darte agora la vida,
Eusebio, aunque la suya misma diera!
En el monte se ha entrado,
Por mil partes herido;
Retirándose baja, despeñado,
Al valle. Voy volando,
Que aquella sangre fria,
Que con tímida voz me está llamando,
Algo tiene de mia;
Que sangre que no fuera
Propia, ni me llamára, ni la oyera. [*Vase.*]

ESCENA XI.

EUSEBIO, *que baja despeñado.*

Cuando, de la vida incierto,
Me despeña la más alta
Cumbre, veo que me falta
Tierra donde caiga muerto;
Pero si mi culpa advierto,
Al alma reconocida,
No el ver la vida perdida
La atormenta, sino el ver
Cómo ha de satisfacer

Tantas culpas una vida.
Ya me vuelve á perseguir
Este escuadron vengativo.
Pues no puedo quedar vivo,
He de matar ó morir :
Aunque mejor será ir
Donde al cielo perdon pida;
Pero mis pasos impida
La Cruz, porque, desta suerte,
Ellos me dén breve muerte,
Y ella me dé eterna vida.
Árbol, donde el cielo quiso
Dar el fruto verdadero
Contra el bocado primero;
Flor del nuevo paraíso,
Arco de luz, cuyo aviso
En piélago más profundo
La paz publicó del mundo;
Planta hermosa, fértil vid,
Arpa del nuevo David,
Tabla de Moisés segundo :
Pecador soy, tus favores
Pido por justicia yo;
Pues Dios en tí padeció
Sólo por los pecadores.
Á mí me debes tus lóres;
Que por mí solo muriera
Dios, si más mundo no hubiera :
Luego eres tú, Cruz, por mí,
Que Dios no muriera en tí,
Si yo pecador no fuera.
Mi natural devocion

Siempre os pidió con fe tanta
No permitieseis, Cruz santa,
Muriese sin confesion.
No seré el primer ladron
Que, en vos, se confiese á Dios.
Y pues que ya somos dos,
Y yo no lo he de negar,
Tampoco me ha de faltar
Redencion que se obró en vos.
Lisardo: cuando en mis brazos
Pude ofendido matarte,
Lugar dí de confesarte,
Ántes que, en tan breves plazos,
Se desatasen los lazos
Mortales. Y agora advierto
En aquel viejo, aunque muerto:
Piedad de los dos aguardo.
¡Mira que muero, Lisardo;
Mira que te llamo, Alberto!

ESCENA XII.

CURCIO. EUSEBIO.

CURCIO.

Hácia aquesta parte está.

EUSEBIO.

Si es que venis á matarme,
Muy poco haréis en quitarme
Vida que no tengo ya.

CURCIO.

¡Qué bronce no ablandará
Tanta sangre derramada!
Eusebio, rinde la espada.

EUSEBIO.

¿A quién?

CURCIO.

A Curcio.

EUSEBIO.

Ésta es. [*Dásela.*]
Y yo tambien á tus piés,
De aquella ofensa pasada
Te pido perdon. No puedo
Hablar más, porque una herida
Quita el aliento á la vida,
Cubriendo de horror y miedo
Al alma.

CURCIO.

Confuso quedo.
¿Será en ella de provecho
Remedio humano?

EUSEBIO.

Sospecho
Que la mejor medicina
Para el alma es la divina.

CURCIO.

¿Dónde es la herida?

EUSEBIO.

En el pecho.

CURCIO.

Déjame poner en ella
La mano, á ver si resiste
El aliento. ¡Ay de mí triste!
[*Registra la herida, y ve la Cruz.*]
¿Qué señal divina y bella
Es ésta, que al conocella
Toda el alma se turbó?

EUSEBIO.

Son las armas que me dió
Esta Cruz, á cuyo pié
Nací; porque más no sé
De mi nacimiento yo.
Mi padre, á quien no señalo,
Áun la cuna me negó;
Que sin duda imaginó
Que habia de ser tan malo.
Aquí nací.

CURCIO.

Y aquí igualo
El dolor con el contento,
Con el gusto el sentimiento,
Efectos de un hado impío

Y agradable. ¡Ay, hijo mio!
Pena y gloria en verte siento.
Tú eres, Eusebio, mi hijo,
Si tantas señas advierto,
Que para llorarte muerto,
Ya justamente me aflijo.
De tus razones colijo
Lo que el alma adivinó.
Tu madre aquí te dejó
En el lugar que te he hallado;
Donde cometí el pecado,
El cielo me castigó.
Ya aqueste lugar previene
Informacion de mi error;
Pero ¿cuál seña mayor
Que aquesta Cruz, que conviene
Con otra que Julia tiene?
Que no sin misterio el cielo
Os señaló, porque al suelo
Fuerais prodigio los dos.

EUSEBIO.

No puedo hablar, padre, ¡adios!
Porque ya de un mortal velo
Se cubre el cuerpo, y la muerte
Niega, pasando veloz,
Para responderte voz,
Vida para conocerte,
Y alma para obedecerte.
Ya llega el golpe más fuerte,
Ya llega el trance más cierto.
¡Alberto!

CURCIO.

¡Que llore muerto
A quien aborrecí vivo!

EUSEBIO.

¡Vén, Alberto!

CURCIO.

¡Oh trance esquivo!
¡Guerra injusta!

EUSEBIO.

¡Alberto! ¡Alberto! [*Muere.*]

CURCIO.

Ya, al golpe más violento
Rindió el último aliento:
Paguen mis blancas canas
Tanto dolor. [*Tírase de los cabellos.*]

ESCENA XIII.

BRAS, *y luégo* OCTAVIO. CURCIO. EUSEBIO, *muerto.*

BRAS.

Ya son tus quejas vanas.
¿Cuándo puso inconstante la fortuna
En tu valor extremos?

CURCIO.

En ninguna

Llegó el rigor á tanto.
Abrasen mis enojos
Este monte con llanto,
Puesto que es fuego el llanto de mis ojos.
¡Oh triste estrella! ¡oh rigurosa suerte!
¡Oh atrevido dolor! [*Sale Octavio.*]

OCTAVIO.

Hoy, Curcio, advierte
La fortuna en los males de tu estado,
Cuántos puede sufrir un desdichado.
El cielo sabe cuánto hablarte siento.

CURCIO.

¿Qué ha sido?

OCTAVIO.

Julia falta del convento.

CURCIO.

¿El mismo pensamiento, di, pudiera
Con el discurso hallar pena tan fiera,
Que es mi desdicha airada,
Sucedida áun mayor que imaginada?
Este cadáver frio,
Este que ves, Octavio, es hijo mio.
Mira si basta, en confusion tan fuerte,
Cualquiera pena destas á una muerte.
Dadme paciencia, cielos,
O quitadme la vida,
Agora perseguida
De tormentos tan fieros.

ESCENA XIV.

GIL. TIRSO. VILLANOS. DICHOS.

GIL.

¡Señor!

CURCIO.

¡Hay más dolor!

GIL.

Los bandoleros,
Que huyeron castigados,
En busca tuya vuelven, animados
De un demonio de un hombre,
Que encubre dellos mismos rostro y nombre.

CURCIO.

Agora, que mis penas fueron tales,
Que son lisonjas los mayores males,
El cuerpo se retire lastimoso
De Eusebio, en tanto que un sepulcro honroso
A sus cenizas da mi desventura.

TIRSO.

Pues ¿cómo piensas darle sepultura
Hoy en lugar sagrado,
Cuando sabes que ha muerto excomulgado?

BRAS.

Quien desta suerte ha muerto (1),
Digno sepulcro sea este desierto.

CURCIO.

¡Oh villana venganza!
¿Tanto poder en tí la ofensa alcanza,
Que pasas, desta suerte,
Los últimos umbrales de la muerte?
[*Vase llorando.*]

BRAS.

Sea, en penas tan graves,
Su sepulcro las fieras y las aves.

OTRO.

Del monte despeñado
Caiga, por más rigor, despedazado.

TIRSO.

Mejor es darle agora
Rústica sepultura entre estos ramos,

---

(1) Debiera decir, para que la frase fuera inteligible y correcta:

A quien de esta suerte ha muerto
Digno sepulcro sea este desierto;

pero en tal caso el primer verso no lo sería. Calderon no puede haber incurrido en tan palmario solecismo, que procede, sin duda, de la ignorancia ó descuido de algun copiante ó cajista.

[*Colocan entre las ramas el cuerpo de Eusebio.*]
Pues ya la noche baja,
Envuelta en esa lóbrega mortaja,
Aquí en el monte, Gil, con él te queda;
Porque sola tu voz avisar pueda,
Si algunas gentes vienen
De las que huyeron. [*Vanse.*]

GIL.

¡Linda flema tienen!
A Eusebio han enterrado
Allí, y á mí aquí solo me han dejado.
Señor Eusebio, acuérdese, le digo,
Que un tiempo fuí su amigo.
Mas ¿qué es esto? O me engaña mi deseo,
O mil personas á esta parte veo.

ESCENA XV.

ALBERTO. GIL. EUSEBIO, *muerto.*

ALBERTO.

Viniendo agora de Roma,
Con la muda suspension
De la noche, en este monte
Perdido otra vez estoy.
Aquésta es la parte adonde
La vida Eusebio me dió;
Y, de sus soldados temo,
Que en grande peligro estoy.

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

¿Qué aliento es éste
De una temerosa voz,
Que, repitiendo mi nombre,
En mis oidos sonó?

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Otra vez pronuncia
Mi nombre, y me pareció
Que es á esta parte; yo quiero
Ir llegando.

GIL.

¡Santo Dios!
Eusebio es, y ya es mi miedo
De los miedos el mayor.

EUSEBIO.

¡Alberto!

ALBERTO.

Más cerca suena.
Voz, que discurres veloz
El viento, y mi nombre dices,
¿Quién eres?

EUSEBIO.

Eusebio soy;
Llega, Alberto, hácia esta parte,
Adonde enterrado estoy;
Llega, y levanta estos ramos.
No temas.

ALBERTO.

No temo yo.

GIL.

Yo sí. [*Alberto le descubre.*]

ALBERTO.

Ya estás descubierto.
Dime, de parte de Dios,
¿Qué me quieres?

EUSEBIO. [*Levantándose.*]

De su parte,
Mi fe, Alberto, te llamó,
Para que, ántes de morir,
Me oyeses de confesion.
Rato há que hubiera muerto;
Pero libre se quedó
Del espíritu el cadáver;
Que de la muerte el feroz
Golpe le privó del uso,
Pero no le dividió (1).

(1) Este pasaje debe tambien estar adulterado; pues, para

Vén adonde mis pecados
Confiese, Alberto, que son
Más que del mar las arenas
Y los átomos del sol.
¡Tanto con el cielo puede
De la Cruz la devocion!

ALBERTO.

Pues yo cuantas penitencias
Hice hasta agora, te doy,
Para que en tu culpa sirvan
De alguna satisfaccion.
[*Vanse Eusebio y Alberto.*]

GIL.

¡Por Dios, que va por su pié!
Y para verlo mejor,
El sol descubre sus rayos.
A decirlo á todos voy.

---

comprender su significacion, es preciso darles tormento á él y á la imaginacion del lector. Lo que Eusebio quiere decir es, á no dudarlo, que *rato há que hubiera muerto;* mas que, por especial favor del cielo, aunque su *cuerpo* (no su cadáver) *se quedó* momentáneamente *libre del espíritu*, *de la muerte el feroz golpe le privó* (al cuerpo) *del uso* (del espíritu); *pero no le dividió* definitivamente del espíritu mismo. Más claro: que su vida quedó en suspenso, hasta la llegada de Alberto, para darle tiempo á la confesion y al arrepentimiento.

No dudamos en afirmar que, si el original se encontrase, apareceria en él, con evidencia, la adulteracion que suponemos.

ESCENA XVI.

JULIA. *Algunos* BANDOLEROS. *Despues* CURCIO Y VILLANOS. GIL.

JULIA.

Agora, que descuidados
La victoria los dejó
Entre los brazos del sueño,
Nos dan bastante ocasion.

UNO.

Si has de salirles al paso,
Por esta parte es mejor,
Que ellos vienen por aquí.
[*Salen Curcio y villanos.*]

CURCIO.

Sin duda que inmortal soy
En los males que me matan,
Pues no me mata el dolor.

GIL.

A todas partes hay gente.
Sepan todos de mi voz,
El más admirable caso
Que jamas el mundo vió.
De donde enterrado estaba
Eusebio, se levantó,
Llamando á un clérigo á voces.

Mas ¿para qué os cuento yo
Lo que todos podeis ver? (1)
Mirad con la devocion
Que está puesto de rodillas.

CURCIO.

¡Mi hijo es! ¡Divino Dios!
¿Qué maravillas son éstas?

JULIA.

¿Quién vió prodigio mayor?

CURCIO.

Así como el santo anciano
Hizo de la absolucion
La forma, segunda vez
Muerto á sus plantas cayó.

ESCENA XVII.

ALBERTO. DICHOS.

ALBERTO.

Entre sus grandezas tantas,
Sepa el mundo la mayor
Maravilla de las suyas,
Porque la ensalce mi voz.

---

(1) No se dice si aparecen ó no, á vista del espectador, Eusebio confesándose y Alberto absolviéndole: parécenos probable que sí, atendida la época y sus hábitos teatrales.

Despues de haber muerto Eusebio,
El cielo depositó
Su espíritu en su cadáver,
Hasta que se confesó;
Que tanto con Dios alcanza
De la Cruz la devocion.

CURCIO.

¡Ay, hijo del alma mia!
No fué desdichado, no,
Quien en su trágica muerte
Tantas glorias mereció.
Así Julia conociera
Sus culpas.

JULIA.

¡Válgame Dios!
¿Qué es lo que estoy escuchando?
¿Qué prodigio es éste? ¿Yo
Soy la que á Eusebio pretende,
Y hermana de Eusebio soy?
Pues sepa Curcio, mi padre,
Sepa el mundo y todos hoy
Mis graves culpas: yo misma,
Asombrada á tanto horror,
Daré voces: sepan todos
Cuantos hoy viven que yo
Soy Julia, en número infame
De las malas la peor.
Mas ya que ha sido comun
Mi pecado, desde hoy
Lo será mi penitencia;

Pidiendo humilde perdon
Al mundo del mal ejemplo,
De la mala vida á Dios.

CURCIO.

¡Oh asombro de las maldades!
Con mis propias manos yo
Te mataré, porque sea
Tu vida y tu muerte atroz.

JULIA.

Valedme vos, Cruz divina;
Que yo mi palabra os doy
De hacer, volviendo al convento,
Penitencia de mi error.
[*Al querer herirla Curcio, se abraza de la Cruz que estaba en el sepulcro de Eusebio, y vuela.*]

ALBERTO.

¡Gran milagro!

CURCIO.

Y con el fin
De tan grande admiracion,
La Devocion de la Cruz,
Felice, acaba su autor.

ANÁLISIS

DE

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

Dudoso nos parece, cuando ménos, que Calderon sea, en efecto, el autor de la 3.ª jornada del *Mejor amigo el muerto* (1), que algunos le atribuyen en edad de sobra temprana; hase perdido el *Carro del Cielo*, su primera comedia, todavía en la niñez (2) escrita; y es, por consiguiente, la *Devocion de la Cruz* la más antigua en fecha de sus producciones dramáticas que conocemos.

Al juzgar, pues, esa obra de un jóven estudiante de diez y nueve á veinte años á lo sumo (3), debiera la crítica moderna haberlo hecho con grande indulgencia para errores nacidos de la inexperiencia y falta de conocimiento del mundo y del teatro, y fijándose más en las legítimas esperanzas que para lo futuro daba, que en lo que realmente en sí contenia. Lo contrario precisamente es lo que se ha hecho, llevándose á veces el rigor, por no decir la injusticia, no sólo á prescindir de las muchas y evidentes bellezas que este drama contiene, sino tambien hasta negarle su originalidad misma.

«En la *Devocion de la Cruz* (dice Shack) (4), se echa de

---

(1) Comedia de tres ingénios, Belmonte, Rojas y *Calderon*, segun sus editores, entre los cuales Vera-Tássis y Villarroel, escrita el año de 1610, esto es, cuando sólo contaba once de vida nuestro autor.

(2) Es del año 1613.

(3) Escribióla ántes de 1620.

(4) Véase la cita á que nos referimos, en la Coleccion de Rivadeneyra, tomo XVI, pág. 701.

ver, así en el todo de la accion, como en várias partes, que Calderon imitó *El Esclavo del Demonio*, de Mira de Amescua.»

Hemos leido con suma atencion el *Esclavo del Demonio;* y, francamente lo decimos, asómbranos que, crítico tan eminente como Shack, confunda así lo que va del plagio á la analogía inevitable entre dos dramas que, perteneciendo ambos al mismo género, el místico-romántico, por necesidad han de asemejarse en sus características condiciones.—Nada tuviera de extraño que el novel escritor imitase, en sus primeras obras, á un poeta de la fama que Mira de Amescua alcanzaba entónces; pero el hecho es que no hubo tal imitacion, ni en el fondo ni en la forma.

Que el comercio de los mortales con los espíritus del Averno era aún, durante el siglo XVII, cosa admitida, no sólo en la esfera de las ficciones poéticas, sino en la comun creencia, y lo que es más grave, en la jurisprudencia de los tribunales, así civiles como eclesiásticos, todo el mundo lo sabe; y que en aquella época los milagros eran creidos con mucha más facilidad que en la nuestra, nadie lo ignora. Así pues, no fué ciertamente Mira de Amescua el inventor del género dramático á que pertenecen el *Esclavo del Demonio* y la *Devocion de la Cruz;* ese género era entónces patrimonio del público, mina para todos beneficiable, y acerbo comun, del que cada cual podia tomar lo que le conviniese.

Y ¿qué hay de idéntico entre el protagonista de Mira de Amescua, eclesiástico tenido por santo, que habiendo, con elocuentes cristianas razones, disuadido á un galan de aprovecharse de la fragilidad de su dama, cae acto contínuo en tentacion, y estupra, y roba, y mata, y vende su alma al Demonio? ¿Qué hay de idéntico, repetimos, entre ese sacerdote apóstata, libidinoso y desesperado; y el *Eusebio* de la *Devocion de la Cruz*, cuyas desdichas proceden de tan distintas causas como á verlo vamos? Una sola circunstancia

los asimila: ambos se hacen *bandoleros;* pero, en compensacion, sonlo de muy diferente manera.

¿En qué se parecen la *Lisarda*, de Mira de Amescua, hija descaradamente inobediente; amante que, léjos de resistir, provoca; violada que con su injusto forzador se aviene, sin dificultades ni melindres; mujer, en fin, que sin lucha se rinde; y la *Julia* de Calderon, arrastrada al crímen por una fatalidad irresistible?

Sólo se asemejan, como don Gil y Eusebio, en que ambas, una vez rota la valla del deber, se visten de hombre y hacen el oficio de salteadores en los montes.

Los puntos de partida son, como se ve, distintos; la trama de cada una de esas dos fábulas está, en consecuencia, urdida de diferente manera; y los desenlaces son, como no podian ménos de ser, tambien diversos.

Permítanos, pues, el Sr. Shack vindicar á Calderon del pecado de plagiario, en esta ocasion al ménos; y ocupémonos ya en el exámen de la *Devocion de la Cruz*, que es lo importante.

Sus defectos de arte son graves; sus temeridades escénicas inconcebibles; sus inconveniencias teatrales más que audaces; y su pensamiento fundamental mismo parece, á primera vista, eminentemente peligroso.—¿Cómo es, sin embargo, ese drama, si no *popular* todavía, en el sentido recto de esa palabra, y como lo fué en su época, tan generalmente estimado entre los literatos, no sólo en España, sino tambien en Francia, y en Alemania sobre todo?

Porque, en primer lugar, rebosan en él la savia de la juventud, la virginidad de la fantasía y el vigor del pensamiento, por la experiencia áun no enfrenado; y en segundo, porque es una revelacion completa del naciente genio del entónces futuro autor de *La Vida es sueño.*

Al genio, sí, y al genio sólo, pudo serle dado, quizá ignorándose á sí mismo todavía, combinar en tan temprana edad dos elementos tan incompatibles como lo son la

fatalidad gentílica y la cristiana *libertad* del albedrío; y combinarlos tan hábil y atinadamente como lo están en el drama que nos ocupa.

La Devocion de la Cruz no es más que una *leyenda* místico-romancesca, ó *romántica*, como hoy se dice, puesta en escena sin gran miramiento á las conveniencias teatrales; pero esa leyenda está llena de interes, abunda en situaciones dramáticas, algunas de ellas eminentemente trágicas, y está ya, sin carecer de incorrecciones y defectos, magistralmente dialogada y versificada.

Parécenos probable que alguna tradicion popular, de las muchas de su género en aquel siglo corrientes, sugiriese á Calderon el pensamiento de esta comedia; pero en todo caso, él mismo nos dice, por boca de un bandido, que:

Las devociones
Nunca faltan del todo á los ladrones (1).

fenómeno, tanto en Italia como en España, incontrovertible entónces, y que áun en la época presente puede como normal, y salvas rarísimas excepciones, admitirse.

Nuestros malhechores, por regla general, no niegan la ley santa que conculcan; y creen, no sólo en el Dios mismo de quien blasfeman, sino en sus santos y en los milagros de éstos, si bien reemplazando con supersticiones la verdadera religiosidad de que carecen.

No hay, pues, inconveniente ninguno en admitir el *bandolero devoto;* donde la dificultad estriba y el peligro nace, es en la trascendental importancia que á la especial *devocion* de Eusebio le dió Calderon en su drama; porque, una vez concedido que basta la veneracion externa al signo de nuestra redencion para merecer del cielo el señaladísimo prodigioso favor de que la muerte misma retroceda en su carrera, para dar tiempo á la confesion, al arrepenti-

(1) *Devocion de la Cruz*, jornada segunda, escena I.

miento, y á la salvacion por ende, deduciríase con evidencia la tan absurda como herética proposicion de que, supuesta la fe, no son necesarias las obras para salvarnos.

Dichosamente, Calderon no incurrió en tan grosero como peligroso error; y vamos á probarlo.

Su *Eusebio* no es un malvado á sangre fria, por egoismo y descreimiento, como *Gomez-Arias*, por ejemplo; sino un *Edipo cristiano*, predestinado al crímen como aquél, mas con esta diferencia: que el hijo de Layo era impotente contra su destino, miéntras que el protagonista de nuestro drama tiene, para luchar con la suerte, su libre albedrío, la luz de la revelacion, y la fe que nunca le abandona.

Las desdichas de Edipo, esclavo del destino y ciego instrumento de sus inflexibles decretos, aterran y horrorizan, como los padecimientos de un reo en el suplicio; las peripecias de la leyenda de Eusebio interesan y conmueven de otro modo más humano; porque, si bien desigual, hay lucha, y lucha encarnizada, entre un hombre, libre al cabo, y su mala estrella.

Mala estrella hemos dicho, y de propósito, por más que ni la religion ni la sana filosofía nos permitan creér en estrellas buenas ni malas, en cuanto á la vida humana concierne; pero hay que tener muy presente que allá, en el siglo XVII, áun no estaba la *astrología* del mundo completamente desterrada; y que, por tanto, *el influjo de los astros* en la suerte de los mortales tenía en la comun creencia autoridad de cosa juzgada.

Al admitir, pues, esa teoría, no hizo Calderon más que conformarse con el órden de ideas en su tiempo casi universal, aunque en realidad no muy ortodoxo; y por otra parte, conviene recordar aquí que *La Devocion de la Cruz* se escribió muy probablemente en Salamanca, es decir: en la atmósfera de su célebre universidad, y bajo la impresion y dominio de los estudios clásicos, que su autor terminaba entónces.

Esa circunstancia explica, ademas, cómo, sin propósito deliberado á nuestro juicio, Calderon hizo de su Eusebio un personaje dramático, casi en idénticas condiciones que Edipo colocado.

Uno y otro son expósitos, y lo son por crueldad de sus padres; ambos son recogidos en el monte por pastores; prohijados y criados por extraños, pero con amor y esmero. Crecen, llegan á ser hombres, y salen al mundo los dos esforzados, valerosos y violentos. Edipo mata á su padre, sin conocerle, sobre disputarse el paso en un camino estrecho; llega á Tébas, y únese inocentemente, en lazo incestuoso, con Jocasta, su propia madre. Eusebio enamora á su hermana, Julia, ignorante del parentesco; como en la propia ignorancia, y provocado, da muerte en desafío á su hermano Lisardo.

Las situaciones originarias son identicas; las consecuencios tan diferentes como entre sí son antitéticos el paganismo y el cristianismo. Edipo arrastra largos años su mísera existencia por la tierra, sin más esperanza que la del eterno olvido en el seno de la nada; pero Eusebio, expiando con una muerte violenta sus crímenes contra las leyes humanas, ántes de cerrar para siempre los ojos, ve por la fe y por el arrepentimiento, abrírsele la ancha puerta del perdon divino, y sálvase al espirar. Pero aquí es precisamente donde la moralidad vidriosa de los críticos nos sale al encuentro, clamando contra el *milagro* que da lugar á Eusebio para arrepentirse y alcanzar la vida eterna.

«¿Cómo (dicen), cómo se nos presenta el *repugnante* espectáculo de un hombre que, despues de haber vivido cometiendo los crímenes más atroces, alcanza el *particular favor* de Dios, porque *ha mirado siempre con* REVERENCIA EXTERIOR *todo lo que tiene forma de cruz?*» (1).

---

(1) Véase el pasaje de Ticknor, en su *Historia de la literatura españo-*

Tanta verdad hay en esa acusacion como en la de plagio que más arriba dejamos refutado.

Eusebio, jóven y galan, hase enamorado de Julia, que, jóven tambien y bella, le corresponde, *ignorando* entrambos el estrecho parentesco que los une. *Lisardo*, hermano tambien desconocido del mismo Eusebio, sorprende el secreto de aquellos amores, saca al campo al favorecido amante, le provoca, le insulta, le obliga á reñir con él, y sucumbe, pero en buena lid. Enfurecido Eusebio, va á darle el golpe de gracia: — «No me mates», exclama el moribundo vencido,

> No me mates, por aquella
> *Cruz* en que Cristo murió:

y el vencedor, desarmado y piadoso, toma en sus brazos á su víctima y le lleva donde, ya que muera, no sea sin confesion al ménos. ¿Es ése un acto puramente *de reverencia exterior á la Cruz*, ó un acto *de caridad* por ella inspirado, y á lo que ella representa debido?

Obra de la falatidad, mucho más que de la voluntad de Eusebio, ese primer delito le precipita en los abismos del crímen. Curcio, su padre, como de Lisardo y de Julia, es violento tambien y vengativo y poderoso. Julia es encerrada, mal su grado, en un convento; Eusebio, proscrito y confiscados sus bienes, se ve arrastrado á ser capitan de bandoleros, y á cometer, por ende, todo genero de tropelías y atrocidades.

Pero su devocion á la Cruz no le abandona nunca, ni puede abandonarle, porque nació con ella exteriormente impresa en el pecho, y en el corazon sin cesar la lleva.

Sus cómplices hacen fuego sobre un pobre y anciano viandante, á quien presumen haber muerto de la descarga;

---

la, cap. XXII, copiado por el Sr. Hartzenbusch en el tomo XIII, pág. 701, de la Coleccion de Rivadeneyra.

mas el plomo homicida se estrelló contra un libro santo que al viajero sirve de egida. El caminante es *Alberto*, obispo de Trento, que, renunciando la mitra, va á Roma á solicitar del Papa licencia para hacerse ermitaño; el libro, el de los *Milagros de la Cruz*, por el mismo sacerdote escrito. Eusebio perdona la vida, devolviéndole ropa y dinero, al santo personaje, quedándose únicamente con el libro, y solicitando su intercesion para no morir inconfeso. Así lo promete solemnemente Alberto, ofreciéndose ademas á acudir á su llamamiento, para confesarle, en cualquier tiempo y lugar que sea.

¿Es eso tambien reverencia exterior no más á la cruz, ó devocion tan sincera, que en las tinieblas mismas del crímen hace penetrar un rayo de la luz de la esperanza en el arrepentimiento?—Prosigamos.

La amorosa pasion de Eusebio, exaltada por los obstáculos mismos que se le oponen, llega á rayar en frenesí, cuando, ya bandido, sabe la forzada clausura de Julia; y arrestado á todo, resuelve escalar el convento y sacar de él á su amada. Verifícalo en efecto, no sin luchar con sus remordimientos; penetra en el inviolable asilo de las vestales del Ungido; llega á la celda de la que adora; redúcela persuasivo á su querer; tiénela en los brazos, á su voluntad rendida; y va ciego ó consumar el triple crímen de estupro, incesto y sacrilegio, cuando en el pecho de Julia (su hermana, y su hermana gemela) mira, con asombro, impresa una cruz igual á la que él mismo en el suyo tiene. Y eso basta para que, instantáneamente, el delirio de la pasion se calme y la fiebre del desordenado apetito desaparezca. Eusebio huye de los brazos de Julia, desoye sus amantes quejas, déjala en su convento, y arrójase por una ventana para no exponerse á sucumbir á la tentacion de nuevo.

¿Tambien ese más que difícil sacrificio de la pasion ante el signo de nuestra redencion, se gradúa de acto de mera exterior reverencia?

Aunque jóven cuando escribió ese drama, muéstrase ya su autor lo que fué siempre: creyente sincero é ilustrado; observador profundo; habilísimo en el trazado de sus planes; y cuidadoso en extremo de motivar sus desenlaces.

Eusebio es un gran pecador, nunca un incrédulo; un hombre de violentas, desordenadas pasiones, pero no de perversos instintos; cae porque es frágil y su mala estrella le persigue; pero, como jamas renuncia á su fe, ni erige en dogmas las maldades, jamas tampoco se pierde la esperanza de que la caridad divina le levante al cabo.

En las últimas escenas del drama se ve ya irse gradualmente preparando la salvadora catástrofe; cada vez va siendo más visible la mano de Dios, que se tiende en su amparo.

Julia, por el aguijon del imaginado desprecio enfurecida, y desesperadamente rota la valla de sus votos y deberes, abandona el claustro, vístese de hombre, cárgase voluntariamente de crímenes para equipararse con su amante, y preséntasele en los bosques, provocándole primero á lidiar, y solicitándole presto amorosa.

En vano: la *cruz* es una barrera, entre ambos por el cielo interpuesta, que Eusebio saltar no quiere, y en efecto no salta.

Curcio, que ha obtenido comision y autoridad para perseguir al bandolero, á quien implacablemente odia, acude al monte en su persecucion con aguerrida hueste; júntanse á ella los irritados villanos de la comarca; y perseguidos como fieras los bandidos hasta en sus más ocultas guaridas, ven acercarse el instante de su merecido castigo. Eusebio, despues de exhortar á los suyos elocuentemente al combate, lidia con la desesperacion de quien no tiene más esperanza que el triunfo para evitar el suplicio. Pero sus esfuerzos son inútiles; la muchedumbre de sus enemigos le agobia; sus secuaces son todos pasados á cuchillo; y él solo resiste aún, cuando Curcio en persona le acomete furi-

bundo. Edipo y Layo están ya frente á frente; aquí Edipo no ha de lidiar por mero orgullo, sino para defender su vida; sin embargo, Eusebio, que acaba de hacer prodigios de valor, no acierta á esgrimir la espada contra Curcio; sus canas le imponen respeto; la *fuerza de la sangre*, muda en el gentil, se rebela en el cristiano contra el parricidio; y el feroz bandido rinde humilde su acero á los piés del implacable viejo, quien á su vez comienza á sentirse conmovido. Esta bellísima escena tiene lugar á vista de la tosca cruz misma que milagrosamente salvó de manos de su cruel marido á la inocente calumniada esposa de Curcio, y á cuyo pié nacieron Julia y Eusebio. La bienhechora sombra del árbol santo del Gólgota es la que, con evidencia, salva á Eusebio de ennegrecerse con un nuevo y espantoso crímen; y para que de ello no pueda quedar la menor duda, apénas aquél se rinde á su desconocido padre, acuden los soldados de éste, y vuelve el amante de Julia á ser el hombre de siempre, recobrando súbito la espada, y defendiéndose heroicamente de todos, hasta que, al fin, abrumado por el número, sucumbe, acribillado el pecho de heridas, al pié de aquella cruz que oyó su primer llanto en este mundo.

Los hombres han hecho justicia del delincuente, que paga con su vida robos, forzamientos y muertes; pero la criatura va á comparecer ante el tribunal supremo de su Creador, donde el arrepentimiento encuentra siempre, en la misericordia, un elocuente abogado.

En aquel trance supremo, Eusebio recuerda la promesa de Alberto, y llámale, aprovechando sus últimos alientos; y acude el Santo, pero ya cuando el criminal parece cadáver. No lo es, sin embargo, completamente: *el golpe feroz de la muerte* privado habia al cuerpo del *uso del espíritu*, pero *sin dividirlos* (1) al uno del otro. El dichoso Eusebio vuelve

(1) Jornada tercera, escena XVI.

en sí para aprovechar *la eternidad de un instante*, como de D. Juan Tenorio dice el seglar Zamora, más caritativo que el Mercenario autor del *Burlador de Sevilla* (1); y se confiesa, y se arrepiente, y se salva:

¡Tanto con el cielo puede
De la Cruz la devocion! (2).

Es de advertir que Calderon, para justificar más todavía tan milagroso desenlace, hácele decir al santo ermitaño estas palabras:

Pues yo, cuantas penitencias
Hice hasta agora *te doy*,
Para que *en tu culpa sirvan*
De alguna satisfaccion (3).

¿Habrán tomado en cuenta y comprendido bien, el aleman Shack y el anglo-americano Ticknor, esa católica apli-

(1) En la escena XX, jornada III, del *Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, D. Juan Tenorio, sintiendo acercarse su fin, exclama: dirigiéndose á la estatua del Comendador:

¡Deja que llame
Quien me confiese y me absuelva!

¡No hay lugar: ya acuerdas tarde!— Responde inflexible el ejecutor de la venganza celeste.— Zamora, en su *Convidado de Piedra*, trata el mismo asunto y reproduce aquella situacion, á nuestro juicio, más piadosa y cristianamente que el fraile poeta:

¡Dios mio, haced, pues la vida
Perdí, que el alma se salve!

exclama D. Juan; y el Comendador le dice:

Dichoso tú, si aprovechas
La eternidad de un instante.

(2) *Devocion de la Cruz*, jornada tercera, escena XVI.
(3) *Ibidem.*

cacion de las buenas obras de un justo en beneficio de un criminal como Eusebio?

Dudoso nos parece, cuando ménos; pero, en cambio, evidente el haber demostrado que nuestro autor no supuso, ni de su obra se deduce, la absurda herética doctrina de que la fe salva sin las obras.

Confesamos ya que, bajo el aspecto del arte considerado, el drama que analizamos adolece de muy graves defectos; señalarémos ahora los más importantes, y será el primero, la excesiva frecuencia del cambio de lugar durante el curso de cada jornada. La primera, que comienza en un bosque, acaba en la ciudad, en casa de Curcio; en la segunda son cuatro las consecutivas mutaciones; y en la tercera, dos en el monte mismo.

Las figuras de Eusebio, de Curcio, y áun la de Alberto, están dibujadas correcta y vigorosamente, y la entonacion de su colorido es digna de Velazquez; pero no podemos decir otro tanto de la de Julia, que nos parece exagerada en el crímen, áun tomando en cuenta que precisamente los ángeles caidos son los que en demonios se convierten.

Tampoco en los bandoleros hay gran propiedad ni animacion; más parecen sumisos soldados de un rebelde que turbulentos secuaces de un capitan de ladrones.

Los villanos, y entre ellos *Gil*, el *gracioso*, que, de paso sea dicho es poco importante en este drama, están todos en carácter, pero acaso abusan de la rusticidad en lo licencioso del lenguaje.

Ése, en general, es correcto y fácil, y la versificacion á veces tan fluida, que parece de Lope, como en este pasaje:

> Villas tengo en que guardarte,
> Gente con que defenderte,
> Hacienda para ofrecerte
> Y un alma para adorarte (1).

(1) Jornada primera, escena VI.

Pero, en cambio, no son pocos los trozos ampulosos, oscuros y redundantes, sobre todo en los monólogos, lastimosamente en el drama prodigados. A vueltas de muy filosóficos conceptos, nótanse esos lunares en los dos largos romances del parlamento entre Lisardo y Eusebio (1); en el de Curcio á Julia (2); en el de ésta á Eusebio, en presencia del cadáver de Lisardo (3); en el monólogo de Curcio (4); en el de su hija cuando huye de ella Eusebio (5); y quizá tambien en el de ese mismo personaje, al aproximarse la catástrofe (6).

Más graves aún, y más de evitar son que esos defectos, ciertas temeridades é inconveniencias, de que ya en general hemos hablado, y aquí censurarémos otra vez, por lo mismo que: siendo de tan gran poeta, hay riesgo de que encuentren imitadores.

Si la escena de Eusebio y Julia en la celda de ésta (7) es peligrosa y no muy ejemplar, aunque eminentemente dramática, su final va demasiado léjos, y en la que de ellas es consecuencia (8) óyense, en labios de uno y otro amante, frases en sí de sobra explícitas, y que con demasiada exactitud revelan lo que entre bastidores se supone haber pasado. Verdad es que en tiempo de Calderon no era el público tan quisquilloso como en los nuestros, en materia de pudor, en el lenguaje al ménos; pero áun así y todo, paréceenos que no habia necesidad, ni hubo conveniencia, en que Julia y Eusebio insistieran tanto en referir lo que

(1) Jornada primera, escena III.
(2) Jornada primera, escena VIII.
(3) Jornada primera, escena XI.
(4) Jornada segunda, escena VIII.
(5) Jornada segunda, escena XIV.
(6) Jornada tercera, escena XI.
(7) Jornada segunda, escena XI.
(8) Jornada segunda, escena XIII.

ellos sabian demasiado, y el espectador adivinára fácilmente.

La Devocion de la Cruz, en suma, es, á nuestro juicio, un drama admirablemente sentido y profundamente pensado; escrito más al calor de la inspiracion que obedeciendo á los consejos del buen juicio; trazado hábilmente, desenvuelto *calamo currente;* y si con defectos graves, con bellezas tambien de primer órden.

Muchos autores, y no despreciables, se holgáran, sin duda, de producir en su edad madura una obra como la que dió de sí en Salamanca el juvenil ingenio de don Pedro Calderon de la Barca.

15 *de Noviembre de* 1866.—P. E.

EN ESTA VIDA

TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.

EN ESTA VIDA

TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.

PERSONAS.

FÓCAS.
HERACLIO.
LEONIDO.
ASTOLFO.
LISIPO.
FEDERICO, *príncipe.*
LUQUETE, *gracioso.*
SABAÑON, *gracioso.*
CINTIA.
LIBIA.
ISMENIA.
DAMAS.
SOLDADOS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.
GENTE.

La escena es en Sicilia, á principios del siglo VII de la Era cristiana.

JORNADA PRIMERA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

Tocan á un lado cajas y trompetas, y á otro instrumentos músicos, y salen por una parte SOLDADOS, *y* FÓCAS *detras; y por otra,* ISMENIA, DAMAS, *y detras* CINTIA.

SOLDADOS. [*Dentro.*]

Viva Fócas.

FÓCAS. [*Dentro.*]

Cintia viva,

Decid, soldados, al verla.

DAMAS. [*Dentro.*]

Viva Cintia.

CINTIA. [*Dentro.*]

Fócas viva,
Repitan las voces vuestras.

UNOS. [*Dentro.*]

Vivan Cintia y Fócas.

OTROS. [*Dentro.*]

Vivan.

FÓCAS. [*Dentro.*]

Y hagan salva á su belleza
Los militares estruendos
De cajas y de trompetas.

CINTIA. [*Dentro.*]

Y hagan á su vista salva
Himnos, canciones y letras.
[*Salen todos, y canta la música.*]

MÚSICOS.

¡El nunca vencido Marte,
El siempre vencedor César,
A los montes de Trinacria
En hora dichosa venga!

CINTIA.

En hora venga dichosa,
Tanto, que halle á su obediencia,
Con siempre rendido afecto,

Su patria á sus plantas puesta;
En fe de cuyas lealtades
Tengo de ser la primera
Yo que, besando su mano,
Mi corona á su pié ofrezca,
Porque postrándome yo
(*Ap.* ¡Oh temor, cuánto me fuerzas,
Viendo el poder de un tirano!)
A la majestad suprema
De tan glorioso héroe, el mundo
En mi rendimiento vea
Que toda Trinacria en mí
Yace rendida y sujeta,
Diciendo en la voz de todos,
Ufana, alegre y contenta:

ELLA Y MÚSICOS.

El nunca vencido Marte,
El siempre vencedor, etc.

[*Tocan cajas y clarines.*]

FÓCAS.

Fuerza es que en hora dichosa
Venga, hermosa Cintia bella,
Quien viene á lograr aplausos
Donde pensó hallar ofensas.
Bien temí, aunque coronado
De tantos laureles venga
A ver la eminente cumbre
Que fué mi cuna primera,
Hallar en sus campos ántes
Oposiciones que fiestas;
Porque nadie es en su patria

Tan feliz como en la ajena,
Mayormente cuando vuelve
Tras tantos años de ausencia.
Pero, viendo que ha sabido,
Políticamente cuerda,
La razon de estado hacer
Sacrificio de la fuerza;
En premio del rendimiento
Con que me admites y aceptas,
Palabra, Cintia, te doy
De que en la paz te mantenga
De tu reino, sin que en tí
Satisfaga, ni en tu tierra,
La hidrópica sed de sangre
De mi heredada soberbia.
Y, porque conozcas si es
Tan nunca usada clemencia
Privilegio que ninguno
Hasta hoy gozó, escucha atenta;
Que quieren mis vanidades,
Ya que mi orígen me acuerdan
Estos páramos, gloriarse
De que á mí sólo me deba,
Y no al lustre de mi sangre,
Las adquiridas grandezas
Con que, aborto destos montes,
Doy á estos montes la vuelta.
Aquellas dos altas cimas
Que, en desigual competencia,
De fuego el volcan corona,
Y ciñe de nieve el Etna,
Fueron mi primera cuna

(Ya lo dije), sin que, en ellas,
Tuviese más padres que
Las víboras que en sí engendran.
Leche de lobas (1), infante,
Me alimentó allí en mi tierna
Edad, y en mi edad adulta
El veneno de sus yerbas:
En cuya bruta crianza
Dudó la naturaleza
Si era fiera ó si era hombre,
Y resolvió, al ver que era
Hombre y fiera, que creciese
Para rey de hombres y fieras.
Y así, en primer vasallaje
Me juraron la obediencia

---

(1) En *La Rueda de la Fortuna*, comedia heróica de don Antonio Mira de Amescua, que tuvo Calderon presente al escribir la actual, se halla este diálogo entre el emperador Mauricio y Fócas:

MAURICIO.
¿Quién eres?
FÓCAS.
Un mónstruo fuí
MAURICIO.
¿Y tus padres?
FÓCAS.
Mi fortuna
Y el mar, porque en él nací,
Y una barca fué mi cuna
Hasta que á tierra salí.
Un pescador me sacó,
Y como á mí me crió
Con palmas y verdes ovas
Y *leche de* mansas *lobas*,
Soy melancólico yo.
(*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

Cuantas, desnudas las garras,
Cuantas, armadas las testas,
Tributaron, destrozadas,
A mi sañuda violencia
Vestido y vïanda en piel
Y cadáver: de manera
Que á mi furia sin segunda
Dos frutos daba mi diestra
En el horror que me adorna
Y el manjar que me alimenta.
En esta, pues, crianza bruta,
Me halló bandida la fiera
Milicia de unos soldados,
Que, en la intrincada maleza
Del monte, se mantenia
De hurtos, robos y tragedias.
De la justicia acosados,
Iban de una en otra tierra,
Cuando, encontrando conmigo,
Absortos á la extrañeza
De ver racional lo bruto,
Para que los defendiera
Me hicieron su capitan:
Cuya familia pequeña,
A mi fama, en pocos dias
Creció á copia tan inmensa,
Que puse en contribucion,
No sólo de las aldeas
Vecinas, tímido el vulgo:
Mas pasando mis empresas
A populosas ciudades,
Las reduje á mi obediencia.

Dejemos en este estado
Tiranizadas violencias,
Sin que tu padre, que entónces
Reinaba en la isla, pudiera
De mi orgullo resistir
La traidora inobediencia;
Y vamos á que Mauricio,
De Constantinopla César,
A Italia pasó, en venganza
De que negaba, soberbia,
Los feudos del sacro imperio;
Talando tan sin defensa
Sus campañas, que no hubo
Entónces muro ni almena
Que no viese tremolada
La águila de sus banderas.
Tu padre, atento al peligro
Que ya llamaba á sus puertas,
Con generales perdones
(¡Oh razon de estado necia!
¿Qué no harás, di, si hacer sabes
Del delito conveniencia?)
Llamó, auxiliares, mis tropas
En su favor; y yo, al verlas
Empleadas en más noble
Generoso asunto, vuelta
La que empezó por infamia
En blason, salí con ellas,
Incorporado en las huestes
De sus milicianas levas,
Al opósito á Mauricio,
Con tan favorable estrella,

Que, de poder á poder,
Medidas entrambas fuerzas,
Murió en campaña á mis manos:
Con que sus pompas deshechas,
Desvanecidos sus triunfos,
Aclamándome la inmensa
Voz de tantos su caudillo,
Ya por mar y ya por tierra,
Pude seguir el alcance
Hasta dar vista á la excelsa
Córte de Constantinopla,
Que soberbiamente opuesta
Á tanto raudal de estragos,
Trató ponerse en defensa.
Real sitio planté á sus muros,
Sin que retirar pudieran
Mis armas de sus recintos
De cinco estíos la fiera
Saña del sol, ni de cinco
Inviernos la helada, yerta
Ira de nieve y escarchas;
Hasta que, en ruinas envuelta,
Desahuciada de la hambre,
Y de las armas opresa,
Á pesar de mil lealtades,
Me coronó por su César:
En cuyas altas conquistas,
Desde la faccion primera
Hasta la última, que fué
Dejar reducida y quieta
La oriental parte de Europa,
Seis lustros gasté, por treinta

Círculos que vi del sol:
Testigo las canas sean
Que la mano desaliña
Cuando juzgo que las peina.
Y aunque, volviendo á Trinacria
Hoy, bastante viso tenga
Esa presuncion de que
Vengo á conseguir en ella
La vanidad de que quien
Bandido me vió, me vea
Coronado rey; hay otras
Dos razones que me muevan,
Para cuyas dos contrarias
Proposiciones opuestas
Del rencor y amor, segunda
Vez te he menester atenta.
Eudocia, que de Mauricio
Tan amante esposa era,
Que en las lides le seguia;
La noche (segun me cuentan
Diversos vasallos suyos)
Que él murió, en su fuga ella,
Con los dolores del parto
Ni bien viva, ni bien muerta,
En brazos de Astolfo (un noble
Anciano, cuya experiencia,
Antes de dar la batalla,
En no sé qué conveniencias
Vino á hablarme embajador,
De suerte que si le viera,
Le conociera) dió á luz
(Si es que hay luz en las tinieblas)

Un tierno infante, y con él
La vida: el cual, viendo apénas
De su dueño, en su poder,
El hijo, con tan deshecha
Fortuna; porque jamas
A dar en mis manos venga,
Dicen que con él del monte
Se retiró á la aspereza,
Donde hasta hoy no se ha sabido
Que uno ni otro viva ó muera.
Quédese esto aquí, y pasemos
A otra noticia, áun más que esta
Extraña; pero á ninguno
Inverosímil parezca
Que concurran parecidos
Dos sucesos; que no hubiera
Admiracion, si tal vez
La historia más verdadera
No se hiciera provechosa
En los prodigios que cuenta.
Irifile, una aldeana
Tan divinamente bella,
Que á ser la hermosura imperio,
La jurára amor por reina,
Dueño fué de mi albedrío;
Que no hay tan ruda fiereza
Que no se rinda al amor,
Ni tan constante belleza,
Que, del trato persuadida,
A quien la adore aborrezca.
Ésta, pues, el dia que yo
Llamado vine, en su aldea

En cinta quedó, asistida
De quien, con mi confidencia
Atento, me aseguró
Que apénas llegó la nueva
De mi victoria á su oido,
Cuando, sintiendo la ausencia
Que el alcance ocasionaba,
Trató seguirme, resuelta
A no quedarse sin mí,
Al preciso riesgo expuesta
De sus deudos, con el parto
Que ya esperaba tan cerca;
Y que, con ella viniendo,
Erró del monte la senda,
Donde cerrando la noche,
Entre dos incultas peñas
La asaltaron los dolores:
Y él, con la súbita pena
De su desabrigo, yendo
A ver si por dicha hubiera
Dónde albergarla, siguió
Una luz, en cuya ausencia
(Segun ella dijo cuando
Volvió con gente por ella),
Un hombre llegó al gemido,
A quien, turbada ó atenta,
Porque el interes, ó el miedo
De mi enojo, le pusiera
En mayor obligacion,
Le reveló cúyo era
El fruto infeliz que ya
Lloraba sobre la yerba:

Añadiendo que, si acaso
La dejaba el dolor muerta,
Para que fuese creido
De mí, le daba por señas
Una cifra de mi nombre
En una lámina impresa
De oro, que yo la habia dado
De mi matrimonio en prendas;
Y que, finalmente, oyendo
Gente se volvió á la sierra,
Ladron del parto y la joya,
Sin que por más diligencias
Que hiciesen, lo que duró
La vida á Irifile bella,
Fuese posible el hacer
Que hurto ni ladron parezca.
Y, siendo así que hasta hoy
No me dió el valor licencia
Para que dejar pudiese
Tantas victorias suspensas;
Ya que, como he dicho, todo
El Levante á mi órden queda,
Vuelvo con los dos afectos
De amor y ódio, ira y terneza,
A buscar hoy en Trinacria
Dos vidas que me atormentan
Ignoradas: una, en fe
De la medrosa sospecha
Dé que haya de Mauricio
Sucesion, que alterar pueda
En ningun tiempo el imperio
Que le toca por herencia;

Y otra, en fe del sentimiento
De que la mia perezca;
Y así para coronar,
O sea varon ó sea hembra,
A quien con mis señas halle,
Y dar muerte á quien sin ellas
Esté tambien, vengo expuesto (1)
A que en la Trinacria tierra
No me ha de quedar poblado,
Monte, risco, gruta y peña,
Que no registre, no busque,
No solicite, no inquiera,
Tronco á tronco y rama á rama,
Hoja á hoja y piedra á piedra,
Hasta que, hallado ó no hallado,
En el uno el temor venza,
Y en el otro la esperanza,
O bien se logre ó se pierda.

CINTIA.

Si yo estuviera capaz (2)
De iguales causas, yo hubiera
Hecho sin tí, en busca suya,
Señor, cuantas diligencias
Al humano poder fuesen
Posibles; mas ya que llega
Tan tarde á mí la noticia,
Lo que puedo hacer en ella
Es asistirte. Y en tanto

(1) Dispuesto, determinado, resuelto.
(2) Enterada, instruida, sabedora.

Que general bando se echa,
Con premio y castigo á quien,
U sospechoso lo sepa,
U obediente lo descubra,
Ven donde descansar puedas
De tantas prolijas marchas.

FÓCAS.

¿Qué descanso habrá que tenga
Quien temeroso imagina,
Ni quien codicioso piensa?
Mas vamos, Cintia, porque
La primera diligencia
Empiece el bando.

CINTIA.

Vosotras, [*A las damas.*]
Para que desde aquí vean
El alegre regocijo
Con que mi córte le espera,
Como á primicias del gozo,
Volved al tono y la letra.

FÓCAS.

Y vosotros á la salva [*A los soldados.*]
De cajas y de trompetas.

CINTIA.

Diciendo en sonoros ecos...

FÓCAS.

Diciendo en voces diversas...

MÚSICOS.

El siempre vencedor Marte,

El nunca vencido César, etc.

UNOS.

¡Viva Cintia!

OTROS.

¡Cintia viva!

UNOS.

¡Viva Fócas!

OTROS.

¡Viva!

[*Tocan cajas y trompetas, y al querer entrar, se suspenden á las voces de Libia.*]

ESCENA II.

LIBIA. DICHOS.

LIBIA. [*Dentro.*]

¡Muera!...

FÓCAS.

¡Oid, esperad, suspended
El rumor! ¿Qué voz es ésta,
Que, desmandada del eco,
No es lo que oye lo que alienta?
Sino ántes tan al contrario
Articula la respuesta,
Que al decir que Fócas viva,
Ella ha repetido...

LIBIA. [*Dentro.*]

¡Muera

A manos de mi desdicha!

CINTIA.

A lo que de aquí se deja
Ver, fugitiva hermosura,
De una peña en otra peña,
Para descender al llano,
Buscando viene la senda,
Tan ciegamente turbada,
Tan turbadamente ciega,
Que es el monte el que la busca,
Y es el aire el que la encuentra;
Pues precipitada dél,
Cayendo va.

FÓCAS.

A socorrerla,
Por desmentir el agüero,
Llegaré el primero. [*Vase.*]

LIBIA. [*Dentro.*]

¡Muera
A manos de mi desdicha,
Y no á manos de una fiera!

FÓCAS. [*Dentro.*]

No harás, que en mis brazos yo,
Del cielo de tu belleza
Atlante, sabré parar
El rigor de su violencia.

ESCENA III.

FÓCAS, *que vuelve con* LIBIA *en los brazos.* DICHOS.

FÓCAS.

Y pues ya estás socorrida,
Cóbrate, anima y alienta.

LIBIA.

Mal podré; que aunque de tí
Favorecida me vea,
No asegurada del riesgo
Que me sigue.

CINTIA.

Qué es, nos cuenta.

LIBIA.

Libia, del sabio Lisipo
(Aquel que en mágicas ciencias
Fué aborrecido portento
De Calabria, porque en ella
Predijo á su excelso Duque
No sé qué infeliz tragedia,
En órden á que negaban
Dar á Fócas la obediencia)
Hija soy, que de sus ruinas
Cómplice, le asisto en esta
Soledad, donde tomó
Puerto su infeliz tragedia,
El dia que echado al mar
Sin norte, aguja ni vela,
Timon ni jarcia, encallando

En las tostadas arenas
Desa playa, abandonó
Los poblados por las selvas.
Aquí, pues, sin más caudal,
Más patria, casa ni hacienda
Que sus libros ó sus tablas,
Sus orbes, globos y esferas,
Astrolabios y cuadrantes,
Y aquella choza pequeña
(Que parece que del monte
Ha descendido la cuesta,
Segun en su verde falda,
Como cansada, se asienta),
Vivimos los dos, partiendo
Él el cielo, y yo la tierra;
Pues yo la cuento sus riscos,
Y él sus luceros le cuenta,
Siendo pautado carácter
De sus líneas y mis flechas,
En mí el vulgo de las flores,
Y en él el de las estrellas.
Con esta inclinacion (si es
Que es inclinacion la fuerza,
Pues no hay otra compañía
Que mi soledad divierta)
Salí hoy al monte, seguida
De la montaraz caterva
De sabuesos y ventores,
Que atraillaba la simpleza
De dos rústicos villanos,
Que son la familia nuestra;
Y habiendo sido el primero

Lance una manchada cierva,
A quien prestaron mis plumas
Añadida ligereza,
Tras ella, siguiendo el rastro
De la sangre por la yerba,
Por el aire del latido,
Me hallé, perdida la senda,
Sola, en lo más intrincado
De unas marañadas breñas,
Cuyo hermoso laberinto
Cerraba el paso á la vuelta.
Aquí llegaron los ecos
De dos cláusulas tan nuevas,
Como son en estos montes
Oir de una parte trompetas
Y cajas, y de otra parte
Instrumentos: con que, llena
De admiracion y de asombros
Estuve un rato suspensa,
Hasta que el horror y halago
De la paz y de la guerra
Tercera vez, decidió
La duda, escuchando della
Dos nombres, cuyo sentido
Ahora no se me acuerda.
Basta saber que, aplicando
El oido, de la espesa
Maraña las ramas quise
Apartar, cuando funesta
Boca, á quien dura mordaza
De un risco tenía entreabierta,
Como esperezo por quien

Melancólico bosteza
El monte, arrojó de sí,
Embrion de su pereza,
Una fiera en forma de hombre,
Un hombre en forma de fiera.
Vivo, caduco esqueleto,
El espectáculo era
De animada anatomía,
Sobre cuya piel grosera,
Barba y cabello llegaban
Desmelenados á crenchas;
Llena de arrugas la faz
(Que el tiempo en la humana tierra,
Mal labrador, dejar suele
A medio arar la tarea
De los sulcos de la vida,
Pues los abre y no los siembra);
Del desplomado edificio
Dudoso puntal la seca
Mano, al revés de otros troncos
Trataba al que le sustenta:
Pues de corteza y raíz
Equivocadas las muestras,
Donde iban las manos, iban
La raíz y la corteza.
Vióme, y la voz perturbada,
Tardo el paso, macilenta
La faz, viniéndose á mí,
Fué tal mi temor...

FÓCAS.

Espera,

No prosigas; que no sabes
Cuánto en mi ofuscada idea
Revuelves de confusiones,
Mujer, con lo que me cuentas.
¿Especie de fiera y hombre
Todavía se conserva
Donde hombre y fiera nací?
¡Qué fuera, Cintia, qué fuera
Que donde vengo á buscar
Mi perdida descendencia,
Con mi ascendencia encontrára,
Y que ese prodigio fuera
Orígen de tan extraña,
Tan nunca vista, tan nueva
Naturaleza, como hoy
Mi semejante me acuerda!
Y así, soldados, conmigo
Venid, porque hasta que sepa
Qué parecido portento
Guarda mis primeras señas,
No he de pasar adelante.

CINTIA.

Ya que averiguarlo quieras,
Si las cajas y las voces
Le sacaron de su cueva,
Haz que prosigan, porque
Su música le divierta
Engañado, sin saber
Que el monte en su busca cercas.

FÓCAS.

Dices bien; y así, entre tanto

Que yo sus cervices venza,
Prosigan entrambas salvas.

LIBIA.

Yo seré, ya que eso intentas,
La que procure guiarte,
Dando hácia el sitio la vuelta.

FÓCAS.

Guia, pues.—Tú, hermosa Cintia,
Dispon, ya que aquí te quedas,
Que el aparatoso ruido
De cajas y voces vuelva.
[*Vase Fócas con los soldados, y Libia.*]

CINTIA.

Disponerlo, sí haré; pero,
Quedarme, no; porque atenta
Á complacer á un tirano,
Cuando él sube por aquella
Parte, lisonjeado el riesgo,
Tengo de subir por esta.

ISMENIA.

Y todas procurarémos
(Pues todas arcos y flecha
Manejamos) en su busca
Ser, señora, las primeras.

CINTIA.

Pues seguidme, sin que cesen
Voces, cajas y trompetas;
Que yendo delante yo,
Quizá será la accion nuestra.

MÚSICOS.

El siempre vencedor Marte,
El nunca vencido César, etc.
[*Vanse, repitiendo la música y tocando cajas.*]

Otro punto en lo interior del monte, con entrada á una gruta.

ESCENA IV.

ASTOLFO, HERACLIO Y LEONIDO, *vestidos de pieles.*

ASTOLFO.

Detente, Leonido.

LEONIDO.

Aparta.

ASTOLFO.

¿Es posible que á tan ciega
Resolucion, excediendo
Los cotos de mi licencia,
Hoy, temerarios, mi vida
Aventureis, y la vuestra,
Llegando adonde?...

LEONIDO.

¿Qué quieres,
Si esa música que suena
Tan nuevamente á mi oido,
Apacible y lisonjera
Tanto mi espíritu mueve,

Tanto mi atencion eleva,
Y tanto mi afecto inclina,
Que tras su acento me lleva
Absorto y suspenso?

HERACLIO.

¿Qué [*Dentro las cajas.*]
Quieres, si ese horror que llena
De nuevo escándalo el aire,
Tanto de mí me enajena,
Tanto de mí me arrebata,
Y tanto de mí en mí fuerza,
Que tras su estruendo, inflamado
Con no sé que ardor, intenta
Ser volcan, qué enciende todos
Mis sentidos y potencias?

LEONIDO.

Pero ¿qué mucho, si habiendo
Tantas veces oido en esta
Soledad la dulce salva
Con que la aurora despierta,
Cuando, en la edad más florida
De la hermosa primavera,
Con más suavidad las auras
Y los cristales concuerdan
Cláusulas, á cuyo blando
Compás, con arpadas lenguas
Las aves la bienvenida
Dan á rosas y azucenas,
Risa á risa, llanto á llanto,
Flor á flor, y perla á perla;
Nunca en su métrico canto

Oí música que suspenda
Tanto como esta, que hoy,
Con la ventaja que lleva
Lo sentido á lo trinado,
Se entiende sin que se entienda?
[*Suena la música dentro.*]

HERACLIO.

Mas ¿qué mucho, si yo habiendo
Tantas veces, en la densa
Estacion del año, oido
El rumor con que se quejan,
Atormentadas las copas,
De las ráfagas violentas
De los vientos, las montañas
De las avenidas fieras
De los arroyos, las nubes
De las cóleras inquietas
De los relámpagos, nunca,
Por más que unas se estremezcan,
Otras crujan y otras giman,
Oí estrépito que mueva
Tánto como el dese, que hoy,
Trueno de nube serena, [*La caja.*]
Parece que al corazon
Enciende, anima y alienta?

ASTOLFO.

¡Ay de mí! que esos dos ecos,
Que uno irrita, otro recrea,
Temo que han de ser la ruina
De los tres.

LOS DOS.

¿De qué manera?

ASTOLFO.

Porque saliendo á buscaros,
Al ver que de mí os alejan,
Me vió en esa oculta estancia
Una mujer, y es bien tema
Que con el asombro diga
Que me vió y que...

HERACLIO.

Aguarda, espera.
¿Por qué, si una mujer viste,
No me llamaste á que viera
Yo cómo es la mujer? Puesto
Que de cuantas cosas cuentas
Que hay en el mundo, ninguna,
Siempre que la nombras, llega
Á igualar con el halago,
La caricia y la terneza
Con que su nombre se escucha;
Pues su blando rumor deja
Segundo ruido en el alma,
Que sin dar razon entera
De lo que quiere decir,
Aun con la mitad deleita.

LEONIDO.

Yo te agradezco que á mí
No me llamases al verla;
Porque al contrario parece
Que en mí sus afectos muestra;

Pues siempre que mujer dices,
Al oir su nombre, tiembla
El corazon, como que
De algun contrario se acuerda,
Dejándome su sonido
No sé qué susto, qué pena,
Que acá en el alma parece
Que, áun no sabida, atormenta.

ASTOLFO.

¡Ay, Heraclio, qué bien juzgas!
¡Ay, Leonido, qué bien piensas!

HERACLIO.

¿Cómo puede ser, si son
Contrarias las ánsias nuestras,
Que él diga bien, y yo y todo
Juzgué bien?

ASTOLFO.

Como es cualquiera
Mujer pintura á los visos,
Que, vista á dos haces, muestra
De una parte una hermosura,
Y de otra parte una fiera,
Sin que se sepa en cuál puso
El arte más excelencia.
El más familiar amigo
De nuestra naturaleza
Es, y el enemigo más
Familiar de la fe nuestra.
La media vida del alma
Es tal vez, tal vez la media

Muerte del alma; no hay
Regalo, Heraclio, sin ella;
Y sin ella no hay, Leonido,
Dolor ni ánsia: de manera
Que, mirada á entrambas luces,
Hace bien el que la tema,
Y hace bien el que la estime.
Cuerdo es el que se fia della,
Y cuerdo el que desconfia;
Porque, en igual competencia,
Ella da la vida y mata;
Ella es la paz y la guerra,
La cura y la enfermedad,
La alegría y la tristeza,
La triaca y el veneno,
La quietud y la tormenta.
Y, para decirlo todo,
Bien y mal de contingencias,
Que, árbitro del bien y el mal,
Da el honor y da la afrenta,
Que es cuanto hay que dar. De suerte
Que, á imitacion de la lengua,
Loable ó nociva, no hay
Cosa en el mundo que sea
Tan mala como la mala,
Tan buena como la buena.

LEONIDO.

Ya que de hoy la novedad
Facilita la materia
A que nos hables más claro
Que otras veces, no se pierda

La ocasion de verte afable.
Si es bien y mal, ¿por qué niegas
A los dos del bien las dichas,
Ni del mal las experiencias?

HERACLIO.

Has dicho bien. — ¿Hasta cuándo,
Padre, negarnos intentas
La libertad? ¿No es ya hora
De que sepamos quién seas
Y quién somos, y por qué
A vivir aquí nos fuerzas?

ASTOLFO.

¡Ay, hijos mios! Sin que hoy
Esa novedad me mueva,
La de mi cercana muerte
Os adquiere la respuesta.
Y pues ya, jóvenes ambos,
Mi vida mi edad abrevia,
Oid quién sois, y el peligro
Que al salir de aquí os espera,
Y la razon por que tuve
Vuestras fortunas suspensas.
El emperador Mauricio,
Cristiano Atlante...

ESCENA V.

GENTE, *dentro*. DICHOS.

UNOS.

A la selva.

OTROS.

A la cumbre.

HOMBRES.

Al monte.

MUJERES.

Al llano.

ASTOLFO.

¡Ay de mí! ¿Qué voces truecan
Los pasados ecos?

LEONIDO.

Toda
La montaña está cubierta
De gente.

HERACLIO.

Y venciendo vienen
Su cumbre tropas diversas
Por ambas partes.

UNOS.

Al risco.

OTROS.

Al valle.

ASTOLFO.

Sin duda aquella
Mujer contra mí amotina
Ese vulgo.

LOS DOS.

¿Qué hay que temas?

ASTOLFO.

Que aunque tan desemejado
Monte, edad, traje me tengan,
Como haya quien me conozca,
Peligra una vida vuestra.

HERACLIO.

Aunque hasta aquí es para mí
Enigma cuanto nos cuentas,
No en defensa de mi vida,
Mas de la tuya en defensa,
Al paso les saldré, en tanto
Que con Leonido á la cueva
Vuelves, y de hojas y ramas
La escondida boca cierras.

LEONIDO.

¿Por qué has de pensar de mí
Que he de huir, si tú te arriesgas,
Cuando primero que tú
Les saldré al paso por esta
Parte?

HERACLIO.

Pues yo por estotra.

ASTOLFO.

Leonido, oye: Heraclio, espera.

LEONIDO.

Si el riesgo es que te conozcan,
Huye tú.

ASTOLFO.

Esperáos.

LEONIDO.

Suelta.

ASTOLFO.

Ved, mirad...

LOS DOS.

Salva tu vida,
Que importa más que las nuestras.
[*Vase cada uno por su parte.*]

ESCENA VI.

SABAÑON. LUQUETE. ASTOLFO.
GENTE, *dentro*.

ASTOLFO.

¡Ay de mí! que aunque seguirlos
Mi caduca planta quiera,
No puedo.

LUQUETE.

Hácia aquí una voz
Se oye.

SABAÑON.

Hácia aquí un eco suena.

ASTOLFO.

¡Leonido! ¡Heraclio!

LUQUETE.

Aunque no
Sea Leonido...

SABAÑON.

Aunque no sea
Heraclio...

LUQUETE.

Sepa de quien
Le llama, el camino.

SABAÑON.

Sepa
La senda de quien le llama.

LOS DOS.

Decidme, por vida vuestra...

LUQUETE.

Mas ¿qué es esto?

SABAÑON.

Lo que estotro.

ASTOLFO.

Tenéos.

LUQUETE.

¿Qué manda?

SABAÑON.

¿Qué ordena?

ASTOLFO.

¿Quién sois, que hasta aquí venisteis?

LUQUETE.

Un gran asno.

SABAÑON.

Una gran bestia.

ASTOLFO.

¿Quién sois? digo otra vez.

LUQUETE.

Yo
Otras veinte...

SABAÑON.

Yo otras treinta...

LUQUETE.

Que un mentecato.

SABAÑON.

Que un tonto.

ASTOLFO.

¿A qué, por aquestas tierras,
Venisteis?

LUQUETE.

A ver visiones.

SABAÑON.

A sacar almas en penas.

ASTOLFO.

¿Cómo os llamais?

LUQUETE.

Yo, Luquete.

SABAÑON.

Sabañon yo.

ASTOLFO.

De ambos sepa
Qué trompas y cajas son,
Que se han escuchado, estas.

LUQUETE.

Yo no entiendo bien de cajas,
Que no sean de conserva.

SABAÑON.

Ni yo bien de trompas, que
Trompas de París no sean.

ASTOLFO.

¿Qué gente es ésa que el monte
Corre?

LUQUETE.

¿Quién hay que lo entienda?

SABAÑON.

Pastores fuímos los dos.

LUQUETE.

Dejando cabras y ovejas,
Dimos en servir á un magro...

SABAÑON.

No quitando su presencia.

LUQUETE.

Ese tal tiene una hija...

SABAÑON.

Marimacha destas selvas.

LUQUETE.

Saltamonte destos campos.

SABAÑON.

Viniendo á caza con ella,
Perdimos ambos su voz...

LUQUETE.

Sin saber qué causa tengan...

SABAÑON.

Esotras, que van diciendo...

HOMBRES. [*Dentro.*]

Sube al monte...

MUJERES. [*Dentro.*]

El risco cerca...

HOMBRES.

Que allí hay gente.

MUJERES.

Que allí hay ruido.

ASTOLFO.

Ya se escuchan de más cerca.
[*Ap.*] ¡Ay de Leonido y Heraclio,
Si estos hombres los encuentran!
Y pues seguirlos no puedo,
Que intente ocultarme es fuerza,
Pues no hay contra ellos indicio
Miéntras que yo no parezca.
Pero éstos dirán de mí.....
Mas buen remedio. [*Áselos.*]

LOS DOS.

¿Qué intentas?

ASTOLFO.

Que á esta cueva entreis conmigo.

SABAÑON.

Excusada diligencia
Es, cuando de nieve somos,
El llevarnos á la cueva.

LUQUETE.

Más sanos del tiempo estamos.

ASTOLFO.

Entrad, villanos.

LOS DOS.

Advierta,
Si es porque no nos dañemos,
Que ya es tarde. [*Llévalos á la gruta.*]

ESCENA VII.

CINTIA. HERACLIO.

CINTIA. [*Dentro.*]

La primera
Tengo de ser, pues allí
Anda gente, que trascienda
Lo intrincado de sus senos.

HERACLIO. [*Dentro.*]

No harás; que hay quien lo defienda.

CINTIA. [*Dentro.*]

¿Quién podrá contra mis iras?

HERACLIO. [*Dentro.*]

Ni ¿quién se opondrá á mis fuerzas?
[*Salen Cintia y Heraclio.*]
(*Ap.* Mas ¡qué miro!)

CINTIA. [*Ap.*]

Mas ¡qué veo!

HERACLIO. [*Ap.*]

¡Qué bello animal!

CINTIA. [*Ap.*]

¡Qué fiera
Tan espantosa!

HERACLIO. [*Ap.*]

¡Divino
Asombro!

CINTIA. [*Ap.*]

¡Horrible presencia!

HERACLIO. [*Ap.*]

Cuanto animoso esperaba,
Tanto ya cobarde tiembla
El corazon.

CINTIA. [*Ap.*]

Cuanto vine
Osada, altiva y resuelta,
Ya sin mí mi vida dura.

HERACLIO. [*Ap.*]

¡Qué hermosura!

CINTIA. [*Ap.*]

¡Qué fiereza!

HERACLIO.

Cizaña de dos sentidos,
Pues con hurtados despojos,
Antes de verte los ojos
Te miraron los oidos:
¿Quién eres, que suspendidos
Los dejas?

CINTIA.

¿Quién he de ser?
Quien, sin llegarse á valer
De honor que despues sabrás,
Es una mujer no más.

HERACLIO.

¿Y qué más que una mujer?
Y si todas son así,
¿Cómo hubo hombre que vivió?

CINTIA.

¿Luego otra no has visto?

HERACLIO.

No,
Aunque presumo que sí.

CINTIA.

¿Cómo?

HERACLIO.

Como al cielo vi,
Y siendo el hombre en el suelo
Breve mundo en su azul velo,
Bien que vi la mujer fundo;
Pues si el hombre es breve mundo,
La mujer es breve cielo.

CINTIA.

Y tú, que ignorante incurres
En lo que atento mejoras,
Pues si como bruto ignoras,
No como bruto discurres,
¿Quién eres, que al paso ocurres
Tan fiero?

HERACLIO.

No sé.

CINTIA.

¿Quién fué
Un anciano que escuché
Ser deste monte horror fuerte?

HERACLIO.

No sé.

CINTIA.

¿Cómo desta suerte
En él vives tú?

HERACLIO.

No sé.

CINTIA.

¿Nada sabes?

HERACLIO.

No, indignada,
Culpa tus iras me den;
Que no sabe poco quien
Sabe que no sabe nada.
Y aunque estuviera informada
De mí mi ignorancia...

CINTIA.

Di

HERACLIO.

Volviera, al ver que te vi,
A ignorar.

CINTIA.

¿De qué manera?

HERACLIO.

Como de mí no supiera,
Aunque supiera de mí.

CINTIA.

Pues yo tengo de saber
Quién eres, ó de tu vida
Mi valor me hará homicida.

HERACLIO.

¡Qué poco tendrás que hacer!
[*Cintia flecha el arco, y al ir á dispararle, deja caer todas las flechas.*]

CINTIA.

El temor me hizo perder
Las flechas.

HERACLIO.

¿Ménos las echas?

CINTIA.

¿Pues no?

HERACLIO.

No; que si aprovechas
Los ojos en dar desmayos,
Quedándote con sus rayos,
¿Qué falta te hacen las flechas?

CINTIA.

En tu aspecto lo feroz,
Cuando en tu estilo lo fiel,
O esa voz no es desa piel,
O esa piel no es desa voz:
Con que el discurso veloz,
De una en otra fantasía,
De nieve una estatua fria
En mí va labrando ciego.

HERACLIO.

En mí la labra de fuego.
[*Quedánse suspensos los dos.*]

ESCENA VIII.

LEONIDO. LIBIA. CINTIA. HERACLIO.
GENTE, *dentro.*

LEONIDO.

Bello escándalo del dia,

Que has venido anticipado
A esa gente que te sigue,
Porque al mirarte me obligue
A que me halle mi cuidado
Suspenso, absorto y turbado:
¿Quién eres?

LIBIA.

Quien á buscar
Vino á otro, y en su lugar
Te halla, porque en susto tanto,
Doblándose en tí el espanto,
En mí se doble el pesar.

LEONIDO.

¿Otro buscas, y no á mí?
Segundo susto eres ya.

LIBIA.

Pues ¿qué cuidado te da
Que no busque á quien no vi?

LEONIDO.

No sé: pero, aunque temí
Que á darme muerte venía
Tu arrogancia, como vía
Cuán dulce muerte me daba,
Sentia que me mataba,
Sin sentir que lo sentia;
Mas cuando buscando vas
A otro, tan otro el mal es,
Que echo ménos que me dés
La muerte que no me das.
¿A quién, di, buscando estás?

LIBIA.

A un anciano que hoy aquí,
En tu fiero traje, vi.

LEONIDO.

¿Luego tú vienes á ser,
Bello hechizo, la *mujer*
Que él dice que le vió?

LIBIA.

Sí.

LEONIDO.

Luego bien conmigo lucho,
Si ser vida y muerte creo.

MUJERES. [*Dentro.*]

¡Bella Cintia!

HERACLIO.

Mas ¡qué veo!

HOMBRES. [*Dentro.*]

¡Libia hermosa!

LEONIDO.

Mas ¡qué escucho!

HERACLIO.

Mucho es mi recelo.

LEONIDO.

Mucho
Mi temor.

MUJERES. [*Dentro.*]

Espera.

HOMBRES. [*Dentro.*]

Aguarda.

CINTIA.

Gente es que viene en mi guarda.

LIBIA.

Gente es que seguirme intenta.

HERACLIO.

Pues si tu luz me amedrenta...

LEONIDO.

Pues si tu luz me acobarda...

HERACLIO.

Presto verás que no ha sido
Vil temor el que me ha dado...

LEONIDO.

Presto verás que el que ha estado
Suspenso, lidia atrevido...

HERACLIO.

Que de cuantos te han seguido,
Ninguno aquí ha de llegar. [*Vase.*]

LEONIDO.

Que ninguno ha de pasar
El término que pasaste. [*Vase.*]

CINTIA.

Corazon, el temor baste.

LIBIA.

Recelo, baste el pesar.

CINTIA.

Y pues saliendo al camino,
Con otros dará, dél quiero
Huir, que á su asombro muero.

LIBIA.

Y pues á otras manos vino,
Huir su vista determino.
[*Truecan puesto las dos.*] (1).

MUJERES. [*Dentro.*]

¡Cintia!

---

(1) Lo que va de esta escena hasta aquí, y este juego de teatro, se comprenden fácilmente, suponiendo puesta la decoracion como vamos á decir. En el proscenio, á la izquierda del espectador, la entrada á la gruta; en el medio del tablado, un grupo aislado de matas espesas y árboles, que formen como una pared, principiando á cierta distancia del proscenio; el fondo y costados del teatro, de monte. Así, quedando libre el proscenio, vendria á quedar más arriba el teatro, dividido en dos. Heraclio y Cinta estarian en la una division, sin ver ni oir á Leonido y Libia, que estarian en la otra. Heraclio y Leonido se retirarian por los costados del teatro á detener á los que venian; Cintia entónces pasaria por el proscenio al sitio donde estuvieron Libia y Leonido, y Libia, al mismo tiempo, pasaria por el fondo del teatro al paraje donde se habian hablado Heraclio y Cintia. Retrocediendo en esto Leonido y Heraclio, cada uno por donde se fué, no podian ménos de hallar á Cintia en lugar de Libia, y á Libia en lugar de la Reina.

Voltaire, que tradujo extractada esta comedia, no entendió este pasaje ni otros, y supuso que Cintia y Libia trocaban los mantos. (*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

HOMBRES. [*Dentro.*]

¡Libia!

[*Vuelven Heraclio y Leonido, y hállanlas trocadas.*]

HERACLIO.

Desmandada
La gente, sin que la entrada
Halle á este sitio, volvió.

LEONIDO.

Sólo aquí la voz llegó;
Y pues por ahora nada
Hay que temer, vuelva á ver
Al encanto desta selva.

HERACLIO.

Y así de un riesgo á otro, vuelva
Al que da más que temer.

LEONIDO. [*A Cintia.*]

Iman fué su rosicler...

HERACLIO. [*A Libia.*]

Norte ha sido mi deseo...

LEONIDO.

Que aquí lo que dudo creo.

HERACLIO.

Que aquí lo que toco admiro.

LIBIA. [*Ap.*]

¡Cielos, nuevo monstruo miro!

CINTIA. [*Ap.*]

¡Cielos, nuevo monstruo veo!

LEONIDO.

¿Cómo en tan breves instantes
Truecas las señas primeras?
Bien me dijeron que eras
Animal de dos semblantes.

HERACLIO.

Justo es que al verte me espantes;
Que, aunque las rudezas mias
Ya sabian que podias
Mudar la cara á dos haces,
No sé si bien ó mal haces
En trocar la que tenías.

LEONIDO.

Más justo es agradecer
La mudanza que hallo en tí;
Pues aunque bella te vi,
Más bella te llego á ver.

HERACLIO.

Y pues vuelvo á pretender,
Cobradas flechas y aljabas,
La muerte que ántes me dabas:
Porque la agradezcas más,
No me mates como estás;
Mátame como te estabas.

LIBIA.

Yo soy quien debia extrañar
El verte tan otro aquí.

CINTIA.

Yo soy quien podia de tí

Las nuevas señas dudar.

LIBIA.

Mas no es tiempo de apurar...
[*Yéndose las dos.*]

CINTIA.

Mas ya no es tiempo de argüir...

LIBIA.

De tu bruto discurrir
La causa.

CINTIA.

De tu rudeza
La ocasion.

LEONIDO.

No tu belleza
Se ausente.

HERACLIO.

No te has de ir.

LIBIA.

Ten la mano, pues dejarte
Basta, sin darte la muerte.

CINTIA.

No me toques; que, en tan fuerte
Riesgo, basta el no matarte.

LEONIDO.

No has de irte.

HERACLIO.

No has de ausentarte.

UNOS. [*Dentro.*]

¡Libia!

OTROS. [*Dentro.*]

¡Cintia!

LIBIA.

Hácia este puesto
Venid...

CINTIA.

Llegad, llegad presto...

LAS DOS.

Que aquí las fieras están.

[*Salen por una parte soldados, y por otra Fócas y gente. Cintia y Libia, seguidas de Heraclio y Leonido, se reunen en el proscenio.*]

ESCENA IX.

FÓCAS. SOLDADOS. GENTE. CINTIA. LIBIA. HERACLIO Y LEONIDO.

FÓCAS.

Voces Libia y Cintia dan;
Acudid todos.

SOLDADOS Y GENTE.

¿Qué es esto?

LAS DOS.

Que, habiendo el monte corrido...

HERACLIO

Dame albricias, corazon.....

LEONIDO.

Alma, dame albricias.....

HERACLIO.

Que
Dos los semblantes no son...

LEONIDO.

Que no son dos las mudanzas...

LOS DOS.

Sino las mujeres dos.

CINTIA.

En esta parte encontré
A este espanto.

LIBIA.

Yo á este horror,
Sin que el anciano parezca.

FÓCAS.

Fieras, en quien viendo estoy
De mi primero linaje
La bruta especie, ¿quién sois?

HERACLIO.

No sabemos de nosotros
Más de que sólo nos dió
Este monte la primera
Cuna, alimento el verdor
De sus plantas, y este traje
De sus brutos lo feroz.

FÓCAS.

Hasta ahí supe yo de mí;

Pero vosotros mejor
Lo sabréis, pues un eaduco
Anciano hay más que los dos.
¿Dónde está?

LEONIDO.

Dél no sabemos.

HERACLIO.

Ni tú sabrás.

FÓCAS.

¿Cómo no?
Registrad grutas y quiebras [*A los soldados.*]
Deste riseo, que mostró
Que, por más impenetrable,
Será en él su habitaeion.

UN SOLDADO.

Aquí, de ramos eubierta,
Hay una boea.

LIBIA.

Y si yo
Vuelvo á recorrer las señas,
Ella es de donde salió.

FÓCAS.

Entrad, pues, mirad su eentro.
[*Pónense Heraclio y Leonido á la boca de la cueva.*]

LEONIDO.

Nadie ose llegar, si no
Quiere ántes morir.

FÓCAS.

Pues ¿quién
Lo impedirá?

LEONIDO.

Mi valor.

HERACLIO.

Y el mio; porque primero
Que á esta lóbrega mansion
Ninguno entre, en su defensa
Hemos de morir los dos.

FÓCAS.

Dos veces brutos, ¿no veis
Cuánto vuestra pretension
Es imposible?

LOS DOS.

Llegad,
Y lo veréis.

FÓCAS.

A un error
Tan desatinado, mueran.

GENTE.

No quede flechado arpon
Que no se vibre en sus pechos.

GENTE Y SOLDADOS.

¡Mueran pues!

ESCENA X.

ASTOLFO, *que se pone delante de* HERACLIO Y LEONIDO. DICHOS; *despues* SABAÑON Y LUQUETE.

ASTOLFO.

¡Aqueso no!
Si ellos han de morir, ménos
Importa que muera yo.
Matadme á mí, y ellos vivan.
[*Quédanse suspensos todos, mirándole.*]

FÓCAS.

¿Qué es lo que mirando estoy?

LIBIA.

Al que yo vi.

CINTIA.

¡Qué portento!

HOMBRES.

¡Qué asombro!

MUJERES.

¡Qué admiracion!
[*Salen Sabañon y Luquete.*]

SABAÑON.

¡Apunten bien los que hubieren
De tirar, por solo un Dios!
Porque me darán á mí,
Segun desgraciado soy.

LUQUETE.

Que á mí me apunten les pido;
Pues con eso mi temor
Sabrá que han de dar á otro.
—Mas ¿ qué es lo que viendo estoy?

SABAÑON.

¿Qué hace aquí con tanta gente
Nuestra ama?

LUQUETE.

¿Qué sé yo?
Item, dos salvajes más.
A avisar á mi amo voy
De que su hija entre salvajes
Se queda en conversacion.

SABAÑON.

Dices bien; pues para que
La saque desta afliccion,
O es mágico ó no es mágico.
[*Vanse Sabañon y Luquete.*]

CINTIA.

¿Quién igual letargo vió
Como el que le ha dado á Fócas?

LIBIA.

¿Qué será esta suspension?

FÓCAS.

Yerto cadáver, en quien
A despecho del veloz
Tiempo, á pesar de las canas

E injuria de escarcha y sol,
Todavía en mi memoria
Guarda la imaginacion
Aquellas primeras señas
Con que te vi embajador :
¿Cómo aquí? Pero no quiero
Que te asuste mi rigor
Cuando debo, agradecido
Al no esperado favor
Del hallarte, las albricias.
Alza del suelo, y tu voz
Me diga si es de Mauricio
El hijo, que reservó
De mis iras tu lealtad,
Uno destos.

ASTOLFO.

Sí, señor;
El uno de los dos es
Hijo de mi Emperador,
A quien (porque nunca diera
En manos de tu furor)
Crié en estos montes, sin que
Sepa quién es ni quién soy;
Porque el tenerle así tuve
A inconveniente menor
Que el mirarle en tu poder,
Ni de una gente que dió
Obediencias á un tirano.

FÓCAS.

Pues mira, cuán superior
El hado á la diligencia

Manda. ¿Cuál es de los dos?

ASTOLFO.

Que es uno dellos diré;
Pero cuál es dellos, no.

FÓCAS.

¿Qué importa que ya lo calles,
Si es inútil pretension
Para que no muera? Pues,
Matando á entrambos, estoy
Cierto de que muera en uno
El que aborrezco, y que no
Turbará nunca el imperio.

HERACLIO.

A ménos costa el temor
Podrá asegurarse.

FÓCAS.

¿Cómo?

LEONIDO.

Vengando en mí ese rencor;
Que yo, á precio de ser hijo
De un supremo Emperador,
Daré contento la vida.

HERACLIO.

Si en él dicta la ambicion,
En mí la verdad.

FÓCAS.

¿Por qué?

HERACLIO.

Porque yo sé que lo soy.

FÓCAS.

¿Tú lo sabes?

HERACLIO.

Sí.

ASTOLFO.

Pues ¿quién
Te lo ha dicho?

HERACLIO.

Mi valor.

FÓCAS.

¿Entrambos, para morir,
Competis por el blason
De hijos de Mauricio?

LOS DOS.

Sí.

FÓCAS. [*A Astolfo.*]

Di tú, ¿cuál es de los dos?

LOS DOS.

Yo.

ASTOLFO.

Que es uno mi voz ha dicho;
Cuál es, no dirá mi amor.

FÓCAS.

Eso es querer, por salvar

Uno, que perezcan dos.
Y pues entrambos conformes
Están en morir, no soy
Tirano, pues que la muerte
Que ellos me piden les doy.
—Soldados, mueran entrambos.

ASTOLFO.

Tú lo pensarás mejor.

FÓCAS.

¿Por qué?

ASTOLFO.

Porque no querrás,
Ya que el uno te ofendió
En vivir, te ofenda el otro
En morir.

FÓCAS.

Pues ¿por qué no?

ASTOLFO.

Porque es el otro tu hijo;
De cuya verdad te doy [*Dále una lámina.*]
Para testimonio, esta
Lámina, que á mí me dió
Con él y con la noticia
De ser tuyo, la afliccion
De aquella villana, en quien
Fué tan parlero el dolor
Que, por no reservar nada,
El hijo áun no reservó.
Ahora, con el resguardo

Que el uno en el otro halló,
Sabiendo que es tu hijo el uno,
Podrás matar á los dos.

FOCAS.

¡Qué escucho y qué miro!

CINTIA.

¡Extraño
Suceso!

FÓCAS.

¿Quién, cielos, vió
Que, cuando de mi enemigo
Y mia buscando voy
La sucesion que afligia
Mi vaga imaginacion,
Tan equívocas encuentre
Una y otra sucesion,
Que impida el golpe del ódio
El escudo del amor?
Mas tú dirás uno y otro
Quién es.

ASTOLFO.

Eso no haré yo.
Tu hijo ha de guardar al hijo
De mi rey y mi señor.

FÓCAS.

No te valdrá tu silencio;
Que la natural pasion,
Con experiencias, dirá
Cuál es mi hijo, y cuál no,

Y entónces podré dar muerte
Al que no halle en mi favor.

ASTOLFO.

No te creas de experiencias
De hijo á quien otro crió;
Que apartadas crianzas tienen
Muy sin cariño el calor
De los padres; y quizá,
Llevado de algun error,
Darás la muerte á tu hijo.

FÓCAS.

Con eso en obligacion
De dártela á tí me pones,
Si no declaras quién son.

ASTOLFO.

Así quedará el secreto
En seguridad mayor;
Que los secretos, un muerto
Es quien los guarda mejor.

FÓCAS.

Pues no te daré la muerte,
Caduco, loco, traidor;
Sino guardaré tu vida
En tan mísera prision,
Que lo prolijo en morir
Te saque del corazon
A pedazos el secreto.

[*Échale en el suelo, y levántanle Heraclio y Leonido.*]

HERACLIO.

No le ultraje tu furor.

LEONIDO.

No tu saña le maltrate.

FÓCAS.

Pues ¡qué! ¿amparaisle los dos?

LOS DOS.

Si él nuestra vida ha guardado,
¿No es primera obligacion
De todas guardar su vida?

FÓCAS.

¿Luego á ninguno mudó
La vanidad de que pueda
Ser mi hijo?

HERACLIO.

A mí no;
Porque más quiero (otra vez
Digo) morir al honor
De ser legítimo hijo
De un supremo Emperador,
Que vivir, de una villana
Hijo natural.

LEONIDO.

Y yo;
Que aunque ser tu hijo tuviera
A soberano blason,
No me ha de exceder á mí
Heraclio en la presuncion
De ser lo más.

FÓCAS.

¿Y es lo más

Mauricio?

LOS DOS.

Sí.

FÓCAS.

¿Y Fócas?

LOS DOS.

No.

FÓCAS.

¡Ah venturoso Mauricio!
¡Ah infeliz Fócas! ¿Quién vió
Que, para reinar, no quiera
Ser hijo de mi valor
Uno, y que quieran del tuyo
Serlo, para morir, dos?
—Y pues de tanto secreto, [*A Astolfo.*]
Que ya pasa á ser baldon,
Solo eres dueño, volviendo
A mi primera intencion,
Te harán hablar hambre y sed,
Desnudez, pena y dolor.
—Llevadle preso. [*A los soldados.*]

LOS DOS.

Primero
Restados en su favor
Nos verás.

FÓCAS.

Eso es querer
Que, abandonado el amor
Con que al uno busqué, en ambos

Se vengue mi indignacion.
—A todos tres los prended. [*A los soldados.*]

HERACLIO.

Primero pedazos yo
Me dejaré hacer.

LEONIDO.

Primero
Moriréis todos.

FÓCAS.

¡Su error
Los castigue! ¿Qué esperais?
Si no se dan á prision,
Mueran.

[*Embisten los soldados á prenderlos, y ellos los retiran.*]

ASTOLFO.

No mi vida, hijos,
Así os empeñe.

CINTIA Y LIBIA.

Señor...

FÓCAS.

Nada me digais; que al ver
Que hay quien desdeñe mi honor,
Tengo un volcan en el pecho
Y un Etna en el corazon. [*Vase.*]

CINTIA.

¡Oh quién pudiera impedir
Tantas desventuras hoy! [*Vase.*]

LIBIA.

¡Quién embarazar pudiera
De tanta fiera cuestion
Los peligros! [*Vanse todos.*]

ESCENA XI.

SABAÑON. LUQUETE. LISIPO.

SABAÑON. [*Dentro.*]

Llegad presto;
Que donde Libia quedó,
Es donde se escucha el ruido
De las armas.

LUQUETE. [*Dentro.*]

Y si no
Me engaño, ella en medio anda.
[*Salen Lisipo, Sabañon y Luquete.*]

LISIPO.

Yo llego en mala ocasion,
Pues que todo cuanto encuentro
Es ira, saña y furor.

LUQUETE.

Los salvajes se defienden;
Pero, como ménos son,
No tienen muy buen partido.

SABAÑON.

Y no es poca admiracion
Que una vez de los salvajes
Sea el número menor.

LISIPO.

¡Oh! ¡qué de vidas peligran!
Si viendo este estrago estoy,
¿Para cuándo de mis ciencias
Los raros prodigios son?
Pongan pues paces las sombras,
Y anticipado el horror
De la noche, al parecer,
Obedezcan á mi voz,
Con relámpagos y truenos,
Nubes, cielo, luna y sol.

[*Suena terremoto, oscurécese el teatro con truenos y relámpagos, y salen todos tropezando.*]

ESCENA XII.

FÓCAS. CINTIA. HERACLIO. LEONIDO. ASTOLFO. ISMENIA. GENTE. LISIPO. LUQUETE.

FÓCAS.

¿Qué nuevo escándalo ¡cielos!
De un instante á otro, turbó
La luz, que ninguno ve
Con quién lidia, ni quién no?

CINTIA.

¿Qué se nos ha hecho el dia,
Que de vista se perdió
De un punto á otro?

HERACLIO.

¿Qué portento
Nos apaga el resplandor

De los rayos?

LIBIA.

¿Qué prodigio
Nos niega el mayor farol?

LEONIDO.

¡Qué no imaginado eclipse!

ASTOLFO.

¡Qué no esperado pavor!

UNA MUJER.

¡Qué asombro!

OTRA.

¡Qué ánsia!

OTRA.

¡Qué espanto!

LUQUETE.

¡Qué andaluvio!

SABAÑON.

¡Qué antuvion!

FÓCAS.

¡Libia!

LIBIA.

¡Fócas!

FÓCAS.

¡Cintia!

CINTIA.

¡Ismenia!

UNOS.

Al monte.

OTROS.

A la poblacion.

OTROS.

A la choza.

OTROS.

Al risco.

OTROS.

Al llano.

LISIPO.

Pues que en tanta confusion,
Embarazando las iras,
Buscan todos su mansion,
En lo que paran, dirá,
Otra vez que salga, el sol.

JORNADA SEGUNDA.

Campo y arboleda delante de la cabaña de Lisipo.

ESCENA PRIMERA.

CINTIA. LIBIA.

CINTIA.

Pues en todo este coto,
Solo tu albergue, hermosa Libia, ha sido
En que Fócas y yo hemos vencido
El ceño del pasado terremoto;
Ya que de cerca tus fortunas noto,
Compadecida quiero
Procurar emendarlas.

LIBIA.

Bien infiero
El que huéspedes tales
No acaso pisan míseros umbrales.

CINTIA.

Parecidas fortunas
Dan á entender ser las estrellas unas;
Y desta simpatía
Se engendran los cariños.

LIBIA.

Pues la mia

¿En qué, señora, pudo confrontada
Simbolizar la tuya?

CINTIA.

En la pasada
Accion, donde llegando las primeras,
Fuimos las que de aquellas creidas fieras
El centro descubrimos,
Y las primeras que en su estilo vimos
Que tenía, tratable la rudeza,
Escondida no ménos extrañeza
Que la que el caso infiere.
Y por si alguna vez hablar quisiere
(Sobre tenerme, que es lo más, tu vida,
Como te dije ya, compadecida)
En lo turbada que al mirar me tuvo,
Antes tan fiero, al que despues estuvo
Conmigo tan rendido,
Con sus noticias tan desvanecido,
Con Fócas tan severo,
Que osó morir primero
Que crêr lo ménos noble á su destino,
Y en fin, tan leal, tan fino
Con la piedad del venerable anciano,
Es bien que á tí te tenga más á mano;
Porque una admiracion, Libia, tan grave,
Aun no la sabe oir quien no la sabe.
Y así por uno y otro he de llevarte
Conmigo.

LIBIA.

Otra y mil veces á besarte
Vuelvo la mano. Pero cuando se halla

Mi padre...

CINTIA.

No prosigas: calla, calla;
Que, la gente dejando,
Fócas con él viene en secreto hablando.

LIBIA.

Pues si es secreto, demos
Para él lugar: de aquí nos retiremos.

CINTIA.

¿Cuánto será mejor, ya que aquí estamos,
Pues es secreto...?

LIBIA.

¿Qué?

CINTIA.

¿Que lo sepamos?
Que no hay más gusto, Libia, te prometo,
Que saber, sin fiárnosle, un secreto.

LIBIA.

Pues si deso te agradas,
Desde aquí los oigamos, amparadas
Deste verde cancel, que ha dividido
Nuestro pequeño albergue.

[*Escóndense detras de los árboles.*]

ESCENA II.

FÓCAS. LISIPO. CINTIA Y LIBIA, *escondidas.*

FÓCAS.

Agradecido,
Lisipo, á la ocasion de tu destierro

(Que ya sé que fué en órden á que el yerro
Del de Calabria amenazó tu ciencia,
Por negar de mis feudos la obediencia)
Te estoy; pero aunque desto
A darte el galardon estoy dispuesto,
Otro es el fin con que hoy honrarte trato.

LISIPO.

A tanto honor no me hallarás ingrato.

FÓCAS.

Yo vine...

LISIPO.

Ya lo sé: con ánsia fuerte
De dar una corona y una muerte.

FÓCAS.

Cuando tarde esperaba...

LISIPO.

Que hallase tu deseo á quien buscaba...

FÓCAS.

Vine á encontrar con él al primer paso.

LISIPO.

Estudio es de los cielos el acaso.

FÓCAS.

Mas con tan rara confusion, tan nueva...

LISIPO.

Como es el no saber á quién se deba
El ódio y el amor.

FÓCAS.

Para ese efeto...

LISIPO.

Prender mandaste al dueño del secreto.

FÓCAS.

Pusiéronse los dos en su defensa.

LISIPO.

Fué noble accion.

FÓCAS.

Así el valor lo piensa,
Juzgando, al ver áun contra mí sus bríos,
Que eran entónces ambos hijos mios.
Sobrevino á la lid el terremoto...

LISIPO.

Viendo del cielo un eje y otro roto...

FÓCAS.

Con que, en tu albergue, Cintia y yo amparados...

LISIPO.

Tienen sitiado el monte tus soldados...

FÓCAS.

Con órden...

LISIPO.

Que al que encuentren, muerto ó
Traigan.—¿Qué lo repites, si el suceso [preso
Nadie hasta aquí le ignora?

FÓCAS.

Pues lo que no se sabe empieza ahora.

Yo sé que la experiencia,
Lisipo, de tu ciencia
Lo más oculto alcanza;
Y así libro en tu ciencia mi esperanza.
Quiénes son esos dos jóvenes bellos
Me dirás.

LISIPO.

Sí diré; y ántes de vellos
Sabido lo tendrás.

CINTIA. [*Ap. á Libia.*]

¡Oh! ¿quién pudiera,
Libia, estorbarlo?

LIBIA.

Yo.

CINTIA.

¿De qué manera?

LIBIA.

Habla á mi padre tú, miéntras retiro
A Fócas yo, puesto que á mis engaños
Tardará con el peso de los años. [*Vase.*]

FÓCAS.

Si en tu noticia miro
Logrado mi deseo, que has de verte,
Piensa...

LISIPO.

No más. El que...

LIBIA. [*Dentro.*]

¡Que me dan muerte!

¡Fócas! ¡padre! ¡señor!

LISIPO.

¡Ay de mí! Aquella
Voz es de Libia.

FÓCAS.

¿Cómo á socorrella
No voy? [*Vase.*]

LISIPO.

¿Y cómo torpe me acobarda
En no ser yo el primero?
[*Quiere irse: sale Cintia, y detiénele.*]

ESCENA III.

CINTIA. LISIPO.

CINTIA.

¡Espera, aguarda!

LISIPO.

Si ves...

CINTIA.

Cobra la accion helada y fria;
Que esa voz no es de Libia, sino mia.

LISIPO.

¿Tuya es?

CINTIA.

Sí, si con ella á estorbar llego
Que pueda tu noticia hacer que, ciego

De ira, Fócas dé muerte
Al hijo de Mauricio; que es muy fuerte
Dolor que, cuando el desengaño acuda,
Valga una vida ménos que una duda.
Y pues al cielo ofendes, si á él le obligas,
Muévate la piedad: no se lo digas,
O verás, siendo otro tu homicida,
Si es buen precio una duda de una vida.

LISIPO.

Pues ¿cómo si... [*Vuélvese Cintia á esconder.*]

ESCENA IV.

FÓCAS. LIBIA. LISIPO. CINTIA, *escondida.*

FÓCAS. [*A Lisipo.*]

Detente.
No tu cansada edad el paso aliente:
Desvia ya el temor, delirio ha sido
De un sueño.

LIBIA.

Tan ladron de mi sentido,
Robado le tenía,
Con las especies que hoy mi fantasía
Llenan de confusiones,
Verdades é ilusiones,
Peligros de tan nunca vista historia,
Que informes conservaba la memoria,
Que debieron veloces
(Yo no lo sé) de prorumpir en voces.

LISIPO.

En albricias del gusto
De verte libre, te perdono el susto,
Que, de mi vida dueño,
Aun guardá en mí las sombras de tu sueño.
Retírate de aquí.
[*Vase Libia donde está Cintia.*]

LIBIA. [*Ap. á Cintia.*]

¿Qué ha sucedido?

CINTIA.

Que ya está del silencio prevenido.
Vuelve á escuchar: verémos qué han logrado
Tu industria, bella Libia, y mi cuidado.

FÓCAS.

Pues el daño, Lisipo, que esperamos
Fué una ilusion, prosigue.

LISIPO.

¿En qué quedamos?

FÓCAS.

En que, áun ántes de vellos,
Los has de conocer.

LISIPO.

Sí, porque dellos
Tu hijo es...

CINTIA. [*Ap.*]

¡Ay infelice!

LISIPO.

El que...

CINTIA. [*Ap.*]

¡Sobre mi aviso, se lo dice!

LISIPO.

El que... [*Finge no poder hablar.*]

FÓCAS.

¿Qué te enmudece?

LISIPO.

No lo sé; sólo se que me estremece,
Al nombrarle, un temor.

FÓCAS.

¿Qué te acobarda?

LISIPO.

Cierta deidad que esotra vida guarda.
Tú no la ves; yo sí: enojada y bella,
Con el dedo en los labios, los mios sella.
No me aflijas, pues ves que te obedezco;
No me amenaces, pues por tí enmudezco.
Y pues primero el cielo,
Entupecido el cristalino velo,
En su favor las nubes amotina,
Y ahora alta, auxiliar, deidad divina
Me niega la asistencia
Del espíritu impuro,
Que á la callada voz de mi conjuro
Invocado, dictaba en obediencia
Del explícito pacto de mi ciencia,
No me mandes que diga,
Pues á callar otro poder me obliga,
Lo que ni sé ni puedo,

¡Qué ánsia! ¡Qué espanto! [*Vase.*]

FÓCAS.

Y ¡qué pavor, qué miedo
Es el que ha introducido
Tu asombro en mí! Mas ¿cómo yo á partido
Doy mi furor, si todo el cielo opuesto
A mí, no ha de poder?...

ESCENA V.

CINTIA Y LIBIA, *que salen de entre los árboles.*
FÓCAS.

LAS DOS.

Señor, ¿qué es esto?

CINTIA.

¿Tú la voz destemplada?

LIBIA.

¿Tú perdido el color?

LAS DOS.

¿Qué ha sido?

FÓCAS.

Nada.

Quise que me dijera
Lisipo, por su mágica, la esfera
Del hijo de Mauricio;
Y, perturbado de un letargo el juicio,
No sé qué alto poder convierte en hielo
Su voz.

CINTIA.

Yo sí.

FÓCAS.

¿Tú?

CINTIA.

Yo.

FÓCAS.

¿Quién es?

CINTIA.

El cielo,
Que una inocencia ampara.
¿Qué culpa á un desdichado es nacer, para
Que á tus cóleras nazca destinado?
¿No le basta nacer á un desdichado?
Las políticas leyes,
Que establecieron Césares y Reyes,
Dicen que, si una herida
En un cadáver se halla, y de homicida
Contra dos el indicio
Resulta igual, no deben ser en juicio
Condenados los dos; porque prudente
Tuvo la ley piadosa
Por mejor que, en sentencia tan dudosa,
Se libre el delincuente,
Que no que la padezca el inocente.
Pues siendo así, tu gracia á ambos reciba,
Y á sombra del amor el ódio viva;
Que, en juicio tan penoso,
Mejor será que sepa hacer el hado
Un dichoso, señor, de un desdichado,
Que hacer un desdichado de un dichoso.
Y en cuanto á que te deje sospechoso

La duda que te queda,
Que de Mauricio el hijo alterar pueda
El imperio, es engaño;
Pues no constando nunca el desengaño,
Podrás dejar de tu laurel la herencia
A quien más te inclináre la experiencia;
Que aunque apagan el fuego las mudanzas
De apartadas crianzas,
¿Qué falta el fuego hará, cuando á ver llego
Que la sangre no más arde sin fuego?

FÓCAS.

Si capaz estuviera
Yo de razon, la tuya me venciera;
Mas ¿cómo?... [*Suena dentro ruido.*]

ESCENA VI.

SABAÑON. LUQUETE. FÓCAS. CINTIA. LIBIA.

VOCES [*Dentro.*]

Entrad.

SABAÑON Y LUQUETE.

¡Albricias!

FÓCAS.

¿Qué ha sido eso?

LUQUETE.

Yo lo diré.

SABAÑON.

No, sino yo.

LUQUETE.

Que preso...

SABAÑON.

Nuestro placer, señor...

LUQUETE.

Nuestra alegría...

LOS DOS.

Te trae al que encuevados nos tenía.

FÓCAS.

¿Adónde le encontrasteis?

SABAÑON.

No encontramos.

FÓCAS.

¿Adónde, pues, le hallasteis?

LUQUETE.

No le hallamos tampoco.

FÓCAS.

Pues ¿cómo, dime, necio; cómo, loco,
Le prendisteis?

SABAÑON.

No tal; los que allá fuéron,
Le hallaron, le encontraron, le prendieron.

FÓCAS.

¿Y de solo eso albricias pretendisteis?

LUQUETE.

¿Es novedad, señor, que hombres de chistes,
Cuando el gusto complacen,
Ganen las gracias de lo que otros hacen?

ESCENA VII.

SOLDADOS, *que traen á* ASTOLFO. DICHOS.

UN SOLDADO.

Apénas, á la oscura
Niebla, siguió del sol la lumbre pura,
Cuando al monte volvimos,
Y en él á Astolfo desmayado vimos,
Sin acudir á reparar sus daños
El fatigado peso de los años.
Y como divididos
Dejó el nublado á todos, esparcidos
Por el monte los dos, no parecieron;
Que quizá, por hallarle, le perdieron.

ASTOLFO.

Sola esta vez ufano,
Puesto á tus piés, besára yo tu mano.

FÓCAS.

¿Por qué ufano esta vez?

ASTOLFO.

Porque me advierte
Mi ventura que vengo á ver mi muerte.

FÓCAS.

Pues mira cuán contrario es tu recelo:
A vivir vienes. Alza, pues, del suelo.
Yo, Astolfo, aunque no prudente
Sea, hoy he de parecerlo
En mudar consejo. Ya

No solamente (1) me ofendo
De tu lealtad, pero ántes
En la parte te agradezco
De la crianza de un hijo;
Bien que empieza el argumento
De que le tenga por tí,
Cuando por tí no le tengo.
Y pues el semblante miras
Mudado con el consejo,
Dime cuál es de los dos,
Y con el otro te ofrezco
Templar la cuerda al enojo.

ASTOLFO.

Si yo, señor, poco atento
A Dios, á mi fe y á tí,
Tratára engañarte, es cierto
Que con trocar á los dos,
Viera al hijo de mi dueño,
Aunque con nombre de tuyo,
Restituido en su imperio;
Y que si al otro matabas,
Matabas al tuyo. Pero,
Sobre que no quiera Dios
Que dé ni que quite reinos,
Es tan igual, es tan una
La fe con que á los dos quiero,
Como, en fin, quiero á los dos
Que he criado, que primero
Que mi silencio aventure

(1) No me ofendo.

Al uno, moriré. Y puesto
Que no tengo de mentirte,
Ni decirte verdad tengo,
Toma la resolucion
Que quisieres; advirtiendo,
Señor, que no será mucho
Que cuando leal y cuerdo
Te da mi silencio un hijo,
Dés otro tú á mi silencio.

FÓCAS.

Cuantas razones escucho
Y cuantas acciones veo,
Todas me arguyen y todas
Me convencen; y aunque tengo
Tan en el alma arraigado
El rencor, esta vez quiero,
De Lisipo atento al pasmo,
De Cintia al discurso atento,
De Astolfo atento al amor,
Deponer mis sentimientos.
Vive tú, pues, y ellos vivan,
Hasta que diga el afecto
De la sangre la verdad.
Y pues ya conmigo intento
Que asistan los dos, y sean
Iguales sus tratamientos,
Dime con este seguro
Dónde los hallaré.

ASTOLFO.

Eso
Mal puedo saberlo yo;

Pues los buscára, á saberlo,
Ántes de dar en tus manos.

FÓCAS.

Pues fuerza será, volviendo
Al monte, buscarlo todo.

CINTIA.

Quizá, señor, es perderlos,
Pues no sabiendo á qué fin
Vuelven gente, armas y estruendos,
A la fuga ó la defensa
Los aventuras.

LIBIA.

Es cierto.

FÓCAS.

Pues ¿qué he de hacer?

ASTOLFO.

Yo, señor,
Ya que reducido creo
Tu enojo al mejor partido,
Daré para hallarlos medio.
Tú no has de ir, ni tus soldados,
Porque al verte á tí y á ellos,
Es forzoso que no esperen
A tan ventajoso riesgo.
Mejor es que los vecinos
De la tierra vayan, y éstos
Con muchas señas de paz;
Y para mostrar el serlo,
Manda que dulces clarines

Y músicos instrumentos
Sonoros suenen, bien como
Otra vez que los oyeron;
Que no dudo que, escuchando
Festivos hoy sus acentos,
Lo que hizo el acaso ántes,
Ahora lo haga el intento;
Que fué, absortos los sentidos,
Dejarse atraer suspensos,
Cuál del escándalo, y cuál
De la suavidad del viento.
Con que advertirlos podrá
Cualquiera que llegue á verlos,
De tu resguardo.

FÓCAS.

Bien dices.

LIBIA.

Pues si te agrada el consejo,
Supuesto que no has de ir
Tú con tu gente, me ofrezco
A ir con la música yo.

CINTIA.

Ya que ella eligió primero,
Con tu licencia (*Ap.* Porque
No me acusen mis deseos.)
Iré con gente y clarines.

FÓCAS.

A entrambas os lo agradezco.
—Y tú, porque no presumas [*A Astolfo.*]
Que á vista de igual suceso

Estás preso, ni estás libre,
Partidos los dos extremos,
No te pondré de soldados
Guarda, que fuera estar preso,
Ni te dejaré sin ella,
Que fuera estar libre; esos
Dos villanos, que no son
Guardas, ni dejan de serlo,
No te han de perder de vista.

LUQUETE.

Nosotros, sí perderémos,
Como haya quien nos le gane.

FÓCAS.

Ea, villanos, id presto.
Llevadle de aquí.

SABAÑON.

Luquete.

LUQUETE.

Sabañon, ¿sabes qué es esto
De guarda de vista?

SABAÑON.

Sí:
Guardarle tú el ojo izquierdo,
Y yo el derecho.

LUQUETE.

Vusted, [*A Astolfo.*]
Pues que es llave de un secreto,
Nos conozca por sus guardas.

ASTOLFO. [*Ap.*]

¡Ay lealtad! ¡en qué me has puesto!
¡En qué me has puesto, fortuna!

[*Vanse todos, ménos Fócas.*]

ESCENA VIII.

FÓCAS, *y luégo* LISIPO.

FÓCAS.

¿No me dirás, pensamiento,
Cuál experiencia en los dos
Hiciera, que fuera medio
De dar luz al desengaño?

[*Sale Lisipo.*]

LISIPO. [*Ap.*]

A buscar á Fócas vuelvo,
Ya pesaroso de haber
Perdido, por el respeto
De Cintia, ocasion de que
Logre su agradecimiento,
Con que vengára quizá
Del de Calabria el desprecio.
Y pues no estoy obligado
Más que á guardar el secreto,
Y le guardo, ¿por qué no
Trataré de mis aumentos?

FÓCAS.

Ninguno hay que... Mas, Lisipo,
¿Aquí estabas? ¿qué hay de nuevo?

LISIPO.

Que apénas, señor, cobrado
De aquel frenesí violento
Me hallo, cuando cuidadoso
De haber visto á Astolfo preso,
A saber lo que resulta
De tan gran novedad, vengo.

FÓCAS.

¿Qué ha de resultar, sino
Que (á pesar del sufrimiento)
Haya de capitular
Con la pereza el deseo?
Siendo así que en mí no habrá
Minuto, instante, momento,
Que no sea siglo, hasta que
Aquilatados los pechos
En la forma de las horas,
Que son cristales del tiempo,
Muestren el oro y la liga
Amor y aborrecimiento.

LISIPO.

Aunque todavía me tiene
Temeroso aquel suceso,
Por ver que á mi ciencia niega
Quiénes son: con todo eso
He de ver si tambien manda
Que no se anticipe el tiempo.
¿Tendrás ánimo?...

FÓCAS.

¿Qué dices?

¿Estás sin juicio, sin seso?
¿Si tendrá ánimo, preguntas
Á Fócas?

LISIPO.

Oye, te ruego;
Que tiene el frase en que dudo
Énfasis con que prevengo.
¿Tendrás ánimo de ver,
En fantásticos efectos,
Á la breve edad de un dia
Reducido hoy el entero
Círculo de un año, en que
Representados sucesos,
Antes de verse, te digan
Todos los acaecimientos
Que en el año vieras?

FÓCAS.

Ya,
Cuanto al ánimo, te tengo
Respondido; y así paso
Á otra objecion que no entiendo.
Si han de ser fingidas sombras,
Sin vida, sin alma y cuerpo,
Las que vea, ¿cómo yo
Dellas haré juicio, puesto
Que, obrando sin albedrío
Los que á ley de tu precepto
Representen á los dos,
Ni saber ni inferir puedo
Lo que ellos, con él, obrarán?

LISIPO.

La objecion es buena, pero
Fácil la respuesta.

FÓCAS.

¿Cómo?

LISIPO.

Como han de ser ellos mesmos.

FÓCAS.

¿Ellos mesmos?

LISIPO.

Sí.

FÓCAS.

Otra vez
Y mil, cómo, á dudar vuelvo,
Sombra y realidad podrán
Avenirse.

LISIPO.

Como dentro
Del encanto han de ser reales
Personas...

FÓCAS.

¿Quién?

LISIPO.

Tú, yo y ellos.

FÓCAS.

¿Ellos, tú y yo? ¿Cómo?

LISIPO.

Finge,
Buscando divertimientos
A tus penas, una caza;
Y, en alcance de un ligero
Bruto, te hallarás adonde,
Perdido de tus monteros,
Verás una suntüosa
Fábrica, que sóbre el viento
Fundada... Mas gente viene.

FÓCAS.

Más de aquí nos retiremos;
No te oigan.

LISIPO. [*Ap.*]

Fortuna, si hoy
Obligo á Fócas, espero
Enmendarte. [*Vase.*]

FÓCAS.

Si hoy, Fortuna,
El curso del año abrevio,
Y en él me dice un exámen
Lo que me calla un silencio,
Yo me vengaré de...

Voces dentro.

¡Astolfo!

FÓCAS.

Ya me parece que empiezo
A oir proverbios del encanto.
¡Qué ilusion! ¡Qué devaneo!
Voz es que le nombró acaso. [*Vase.*]

Monte.

ESCENA IX.

HERACLIO y LEONIDO, *que salen por distintas partes.*

LEONIDO.

¡Astolfo!

HERACLIO.

¡Astolfo!

LEONIDO.

Aun el eco
No me responde.

HERACLIO.

Aun le faltan
Suspiros para mi aliento.

LEONIDO.

Heraclio...

HERACLIO.

Leonido...

LEONIDO.

¿Ha estado
Contigo Astolfo?

HERACLIO.

Lo mesmo
Preguntára yo, á tener
Tan bien mandado el aliento.
Desde aquella oscuridad

Que nos dividió, no he vuelto
A verle.

LEONIDO.

Ni yo tampoco.

HERACLIO.

¿Si le han prendido ó le han muerto
Los que arrestados le buscan,
Segun mi infeliz suceso?

LEONIDO.

De todo tienes la culpa.

HERACLIO.

¿Yo? ¿cómo?

LEONIDO.

¿Pues no es muy cierto,
Si tu vanidad fué quien
Más adelantó el empeño?
¿Tan mal le estaba al que nace
Echado al umbral de un yermo,
Hijo expósito del hado,
Hallarse al viso de serlo
De quien coronado César
Supo hacerse por sus hechos;
Para que, estimando más
A Mauricio que á él, el fuego
Encendiese de sus iras
Al aire de sus desprecios;
Tanto, que si no enviára
En nuestro socorro el cielo
La recluta de las nubes,
Hubiéramos todos muerto?

HERACLIO.

¿Por qué, si fué culpa en mí
Esa vanidad, tan presto
La seguiste tú?

LEONIDO.

Porque
Debe, aunque conozca el yerro,
Un noble ánimo, seguir
Los ejemplares del riesgo;
Que dicen que es más victoria
Lo restado que lo cuerdo.
¿Fuera bien que presumiera
Nadie, cuando tú soberbio
Osabas morir, que yo
No osaba?

HERACLIO.

Pues, segun eso,
¿Qué culpas que obre lo más?

LEONIDO.

El que bastaba lo ménos.

HERACLIO.

Si á tí bastaba, á mí no.
Y la plática dejemos;
Que el duelo de una porfía
Suele pasarse á otro duelo.

LEONIDO.

¿Y á quién le estaria peor?

HERACLIO.

No sé, si miro...

LEONIDO.

Si advierto...

HERACLIO.

Que mi ánsia...

LEONIDO.

Que mi pena...

ESCENA X.

MÚSICOS, *dentro*. HERACLIO. LEONIDO.

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena!...

LEONIDO.

Pero ¿qué música es ésta?

HERACLIO.

Cuando esperamos que estruendos
De armas vuelvan á buscarnos,
¿Vuelven voces é instrumentos?

LEONIDO.

¿Quién de halago el aire llena?

MÚSICOS.

El remo á que nos condena...

HERACLIO.

¿Remo y paz? ¿Quién puede ser
Quien mezcla agrado y rigor?

MÚSICOS.

El niño Amor.

LEONIDO.

De mí el canto me enajena.

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!

LEONIDO.

Sigamos deste rumor
El armonioso acento;
Que él, pues que viene de paz,
Quizá del cuidado nuestro
Nos informará.

HERACLIO.

Bien dices;
Y peligro no tenemos
Miéntras que calle la duda.

LEONIDO.

Pues vámosla ahora siguiendo.

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena!
[*Tocan dentro un clarin.*]

HERACLIO.

Vamos. Mas ¿qué es esto, que
Mueve con fuerza mayor?

MÚSICOS.

Clarin que rompe el albor...

HERACLIO.

Mejor la cláusula suena

De este nuevo ruiseñor.

MÚSICOS.

No suena mejor. [*Tocan el clarin.*]

HERACLIO.

Sí suena mejor.

MÚSICOS Y LEONIDO.

No suena mejor.

LEONIDO.

Escucha,
Si es que, alternados, á un tiempo
Vuelven á la competencia
El uno y otro, diciendo:

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!
Clarin que rompe el albor,
No suena mejor.
[*Vuelve á sonar el clarin.*]

HERACLIO.

Sí suena mejor.

LEONIDO.

No suena mejor:
Y, si á tí te lo parece,
Síguele tú; que yo el eco
Desta grata suavidad
He de seguir. [*Vase.*]

HERACLIO.

Yo el acento
Desta ignorada armonía.

ESCENA XI.

CINTIA. HERACLIO.

CINTIA. [*Dentro.*]

En tanto que yo este ameno
Espacio registro, no
Cese el clarin un momento.

HERACLIO.

Hermosa debe de ser
Ave de tan lisonjero
Canto. [*Sale Cintia.*] Y ¡cómo si es hermosa!

CINTIA. [*Ap.*]

Ya al uno de los dos veo,
Y no le pierdo el temor,
Aunque el asombro le pierdo.

HERACLIO.

Segunda aurora del dia,
Si esas voces, que no entiendo,
Acaso son salva que hacen
Nuevos pájaros á nuevo
Sol, ¿cómo, di, de una causa
Nacen contrarios efectos;
Tanto como que, animoso
Y cobarde á un mismo tiempo,
Me aliente con lo que escucho

¿Y tiemble con lo que veo?
¿Y cómo, habiéndote dado
Esta fiera tanto miedo,
Vuelves, no digo al peligro,
Sino al horror del aspecto?

CINTIA.

Infeliz jóven (*Ap.* En quien
Preso el corazon contemplo,
Pues acechando resquicios
Anda en la cárcel del pecho),
Aunque tu vista temí,
Me aseguró tu respeto
Tanto, que vuelvo á buscarte.

HERACLIO.

Primero hermoso portento
Que vi, y postrero tambien
Que veré, porque no creo
Que pueda contigo ir
La perfeccion en aumento
(Dígalo, pues, la hermosura
Que juzgué mudarse necio,
Pues al ver un rostro más,
Eché muchas gracias ménos),
¿Tú buscarme á mí?

CINTIA.

A buscarte:
Mas no el desvanecimiento
Te persuada que es favor,
Sino cuidado; supuesto,
Que si encontrára á tu amigo,

A él le dijera lo mesmo.

HERACLIO.

¿Qué no entendido lenguaje
Es ése, que le agradezco
En una parte, y en otra
Me parece que le siento?
¿A mí me buscas, y á él
Le buscáras? ¿Lo que espero
Que me digas, le dijeras?
¡Ay de mí! que agora veo
Que ya que, en mudar semblantes,
Me engañó el primer concepto,
No me ha engañado el segundo
Al cifrar en un sujeto
La quietud y la tormenta,
La tristeza y el contento,
La cura y la enfermedad,
La triaca y el veneno,
Y finalmente...

CINTIA.

No más;
Y pues dora atrevimientos
Quien ignora con quién habla,
Oye, y sabrás á que vengo.
Habiendo prendido á Astolfo...

HERACLIO.

¡Ay de mí! ¿Astolfo está preso?

CINTIA.

Persuadido á sus razones,
Si no ya á las mias primero,

Fócas envia por tí.

HERACLIO.

¡Ay de mí! que, segun eso,
Debió de decirle que era
Su hijo yo.

CINTIA.

¿Y qué sientes?

HERACLIO.

Siento
Que cuando desvanecido
Quisiera mi pensamiento
Ser á tus ojos lo más,
Es en tus labios lo ménos.

CINTIA.

¿Y no pudiera ser que
Por tí enviára, sabiendo
Serlo de Mauricio?

HERACLIO.

No.

CINTIA.

¿De qué lo infieres?

HERACLIO.

Lo infiero
De que por matarme fuera,
Y no vinieras tú á eso;
Que no quisiera matarme
Con tan hermoso instrumento,
Que le pudiera decir:

«No blasones que me has muerto;
Que no eres tú el que me matas,
Que yo soy el que me muero.»

CINTIA.

Porque sepas que no es
Uno ni otro, á decir vuelvo
Que Fócas, á mis razones
Y á las de Astolfo, ha dispuesto
Que tú y esotro Leonido
(Si es que del nombre me acuerdo)
Vais á su palacio, donde
Con iguales tratamientos
Vivais los dos, sin saber
Más de tí que dél, haciendo
Razon de Estado la duda;
Y así, el enojo depuesto,
Con señas de paz por ambos
Envía. Y pues yo te encuentro,
Sea yo la que conmigo
Te lleve, porque deseo
Que mi fineza se logre.

HERACLIO.

Buen arbitrio halló el ingenio
Que me quiso reducir
Al yugo de sus imperios,
Pues supo hallar el iman
De mis sentidos, que, ciegos
Girasoles, es forzoso
Que vayan al sol siguiendo.
Guia, pues; no porque voy,
Como dices, á un supremo

Alcázar, sino porque
Voy tras tí; que, á no ser eso,
Primero que á Fócas diera,
Por un natural despego
Con que aborrezco su nombre,
Ni áun el menor rendimiento,
Quizá...

CINTIA.

Pues á nadie digas
Tu oculto aborrecimiento;
Que ignoras lo que aventuras.
Porque veas... Mas no puedo
Proseguir, que llega gente;
Y lo que ahora no te advierto,
Te diré en otra ocasion,
Porque te importa el saberlo.

ESCENA XII.

LIBIA. ISMENIA. LEONIDO. DAMAS. MÚSICOS. CINTIA. HERACLIO.

LIBIA. [*A Leonido.*]

Ya que yo tuve la dicha
De hablarte con el intento
Que te he dicho, de que vas
Donde en el palacio excelso
De Fócas vivas gozoso,
Sígueme.

LEONIDO.

Ya te obedezco,

Agradecido á la causa
Que dices, si considero
(Dure ó no dure la duda)
Que á vivir voy, por lo ménos
Este espacio, en reales pompas,
Ufano, alegre y contento.

CINTIA.

Libia.

LIBIA.

Señora.

CINTIA.

Pues ántes
Que lo digas, el efecto
Lo dice, y que á la armonía
Acudió Leonido, á tiempo
Que á los clarines Heraclio;
Porque vean que volvemos
Gozosas de haber logrado
De Fócas el justo intento,
Volvamos con la alegría
Que venimos, repitiendo
Ambas músicas...

UNA DAMA.

La parte
Que nos toca obedecemos,
Siempre tuyas, aunque hoy
De Libia hemos sido.

HERACLIO. [*Ap.*]

¡Cielos!
Sin duda la más hermosa

Tiene en las demas imperio,
Pues todas se la avasallan.

LEONIDO. [*Ap.*]

No sólo ya el gozo llevo
De ir á mandar, sino el gozo
De que voy adonde puedo
Ver hermosura, á quien todas
Parece que pagan feudo.
[*Tocan dentro el clarin.*]

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena!

ESCENA XIII.

FÓCAS. LUQUETE. SABAÑON. GENTE. DICHOS. *Voces dentro.*

UNOS.

To, to, Melampo.

OTROS.

Barcino.

OTROS.

Al jaral.

UNOS.

Al risco.

OTROS.

Al cerro.

FÓCAS. [*Dentro.*]

Aunque vueles, veloz bruto,

Iré tus huellas siguiendo.

SABAÑON. [*Dentro.*]

Pues ya acosan los ventores,
Desatraillad todos presto
Los lebreles, á que sigan
La ladra de los sabuesos.

TODOS. [*Dentro.*]

¡Al cerro, al jaral, al risco!

UNOS.

To, to.

[*Salen Luquete y Sabañon.*]

LEONIDO.

Villanos, ¿qué es eso?

LUQUETE.

Que Fócas, por divertirse
De no sé qué sentimientos,
Sabiendo que, de monteras,
Libia nos pasó á monteros,
Pues desde que la servimos
Andamos dados á perros;
Sacándonos de la guarda
En que ántes nos habia puesto,
Mandó que su montería
Traigamos, y en el ojeo
Acertó á caer un tigre,
Manchado galan del cierzo,
Si es que hay galanes manchados,
Y Fócas le va siguiendo,
No sin gran peligro.

LEONIDO.

¡Qué oigo!
¿Fócas en peligro? ¡Cielos!
—Vén, villano, hasta ponerme
En la senda. [*A Luquete.*]

HERACLIO.

Haz tú lo mesmo; [*A Sabañon.*]
Que, aunque por Fócas no fuera,
Por Leonido es fuerza, puesto
Que yo le enseñé á seguir
Los ejemplares del riesgo.

LUQUETE Y SABAÑON.

¿Áun no hemos acabado
Con los salvajes?

LEONIDO Y HERACLIO.

Vén presto.
[*Vanse, llevando consigo los Graciosos.*]

CINTIA.

Vamos siguiéndolos todos,
Ya que este lance ha dispuesto
Que sigamos á quien ántes
Nos seguia.

LIBIA.

Y sea diciendo,
Porque alentemos la gente,
Con sus alaridos mesmos:

Voz, dentro.

¡To, to, Melampo! ¡Barcino!

TODOS.

¡Al jaral, al risco, al cerro! [*Vanse.*]

Otro punto del monte, y en el fondo un palacio magnífico.

ESCENA XIV.

LEONIDO. LUQUETE.

LEONIDO.

¿Adónde, villano, vas,
Que en vez de haberme traido
Donde se escuchaba el ruido,
Conmigo en lo oculto das
Del monte, donde no hay gente,
Ni ladra ni huella hay?
¿Dónde, villano, me tray
Tu error, pues no solamente
A la parte me has guiado (1)
Donde la caza se oia,
Pero á sitio que áun el dia
Parece que le ha ignorado,
Segun lo opaco y tejido
Impide al sol su boscaje?

LUQUETE.

¿Quién de uno en otro salvaje
Anda, que no sea un perdido?

---

(1) No solamente *no* me has guiado á la parte donde la caza se oia, sino, etc. (*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

Si bien que no es mucho errar,
Quien á buscar á otro viene
En un barrio que no tiene
Barbero á quien preguntar.

LEONIDO.

¿Quién, en el monte, juzgára,
Que yo mismo me perdiera?

ESCENA XV.

HERACLIO. SABAÑON. LEONIDO. LUQUETE.

HERACLIO.

¿Quién, donde viví, creyera,
Que ningun seno ignorára?

LEONIDO.

Desde esta parte veré
Si senda descubro ó gente.

HERACLIO.

Desde este risco eminente
El monte registraré.

LEONIDO.

Y no en vano, que en su espacio
Un alto edificio vi.

LUQUETE.

¿Quién diablos le puso ahí?

HERACLIO.

Y no en vano, que un palacio
Descubro, á mi parecer.

SABAÑON.

Por más que el monte he corrido,
Nunca yo dél he sabido.

LEONIDO.

Sin duda debe de ser,
Pues aquella beldad dijo
Que á un alcázar me traia,
Éste por quien lo decia:

HERACLIO.

Si sus razones colijo,
Que á un palacio me guiaba
Fué lo que me dijo aquella
Divina hermosura bella:
Sin duda que deste hablaba.

LEONIDO.

Y así en él preguntaré,
Si acaso llegó primero.

HERACLIO.

Y así en él saber espero
Si éste el que me dijo fué.

LEONIDO.

¿Dónde, Heraclio, vas?

HERACLIO.

A tí
Te puedes tú responder,
Pues una debe de ser
Nuestra confusion.

LEONIDO.

A mí,
Despues de no haber hallado
A Fócas, ni haber sabido
Dónde el bruto que ha seguido
Le puede haber emboscado,
La noticia que me dió
La beldad á quien seguia,
A esta parte me traia.

HERACLIO.

A ese mismo efecto yo
Vengo á ella.

LEONIDO.

De nuestra fama
Las fortunas apuremos,
Que ignoramos y sabemos.

LOS DOS.

¡Ah del alcázar!

ESCENA XVI.

MÚSICOS. CINTIA. LIBIA, *dentro*. DICHOS.

MÚSICOS. [*Dentro.*]

¿Quién llama?

LEONIDO.

Quien desea saber...

MÚSICOS. [*Dentro.*]

Di.

HERACLIO.

¿Quién fué un sol que me huyó?

CINTIA. [*Dentro.*]

Yo.

HERACLIO.

Luego ¿no fué ilusion?

MÚSICOS. [*Dentro.*]

No.

LEONIDO.

Y el otro ¿fué verdad?

LIBIA. [*Dentro.*]

Sí.

HERACLIO.

¿Segun eso, aquí llegó
La que en el monte perdí,
Por seguir á Fócas?

MÚSICOS. [*Dentro.*]

Sí.

LEONIDO.

La otra ¿quedóse en él?

MÚSICOS. [*Dentro.*]

No.

LOS DOS.

Pues á una y otra decid
Que hemos seguido sus huellas.

[*Éntranse todos cuatro.*]

Salon de un palacio fantástico.

ESCENA XVII.

ISMENIA, *y en dos coros los* MÚSICOS; CRIADOS, *que traerán, en fuentes, capas, espadas y todo adorno de vestidos.* HERACLIO. LEONIDO. SABAÑON. LUQUETE.

ISMENIA.

Pues han venido tras ellas,
A recibirlos saldré.

CORO 1.°

Pues ya de Mauricio,
Y de Fócas ya,
La sangre es heroica,
Que lustre les da...

CORO 2.°

Los dos igualmente
Reciba, triunfal,
Trinacria con fiestas,
Pompa y majestad.

CORO 1.°

Y pues no se sabe
Si es su estirpe real
Mentira ó verdad...

CORO 2.°

Miéntras que la duda
Calla, sean sus dichas
Verdad y mentira.

HERACLIO.

¡Cielos! Lo que veo y escucho,
¿Es verdad, ó es vanidad
De mi fantasía?

CORO 1.°

Verdad.

LEONIDO.

Los asombros con que lucho,
¿Son, cuando en tal confusion
El sentido los admira,
Mentira ó verdad?

CORO 2.°

Mentira.

HERACLIO.

¿Verdad y mentira son?
¿Cómo puede ser?

LEONIDO.

¿Quién vió
La duda en que yo me vi?

HERACLIO.

¿No es verdad lo que veo?

CORO 1.°

Sí.

LEONIDO.

¿No es verdad lo que oigo?

CORO 2.°

No.

Que pues no se sabe
Si es su estirpe real
Mentira ó verdad...

CORO 1.°

Miéntras que la duda
Calla, sean sus dichas
Verdad y mentira.

LUQUETE.

¿Hubiera el diablo inventado
Aquestas cosas?

SABAÑON.

Sí hubiera,
Como nuestro amo fuera
Quien se lo hubiera mandado.

LUQUETE.

Dicho y hecho : vesle aquí.

SABAÑON.

¿Qué dices? Él es, por Dios.

ESCENA XVIII.

LISIPO. DICHOS.

LISIPO. [*Ap.*]

Ya que una vez estos dos
Pudieron llegar aquí,
Tuve por mejor que entráran
Donde este tiempo estuvieran,
Que no que volver pudieran

Donde, un palacio, contáran
Que vieron : sobre el pensar
Que ya de Fócas se alcanza
Tan perdida la esperanza
De que le pueden hallar.

ISMENIA.

Príncipes, á quien el cielo
Con prodigiosa crianza,
No sin suma providencia,
Para grandes cosas guarda :
Fócas, reducido á que
Es más heróica, más clara
Accion honrar á la ajena,
Que ver que á su sangre falta,
Por los dos envió, de cuyo
Intento, ya en la montaña
De paz os dieron aviso
Una y otra dulce salva.
Y aunque por entónces pudo
El acaso de la caza
Divertir la accion, habiéndôs
Guiado el Destino las plantas,
Viniendo donde os trajera
Quien de buscaros se encarga :
Seais bien venidos; y puesto
Que de la sangrienta saña
De aquel bruto que siguió,
Triunfante volvió á este alcázar,
Adonde con alborozo
Y afecto igual os aguarda,
Entrad, porque desnudándôs

La bruta piel, tosca y basta,
Para llegar á su vista
Os ordenen ricas galas,
Joyas y plumas. Aquélla
Es la prevenida estancia
Vuestra, Leonido; ésta es,
Heraclio, la vuestra. Vaya
La música divirtiendo
A los dos.

HERACLIO.

¡Grandeza extraña!
¿Esto ¡cielos! no gozó
Tanto tiempo mi ignorancia?

LEONIDO.

Aunque es mucho lo que veo,
O poco me admira, ó nada;
Porque, para mi ambicion,
Áun más que miro me falta.
[*Canta toda la música.*]

MÚSICOS.

Pues ya de Mauricio,
Y de Fócas ya,
La sangre es heróica,
Que lustre les da, etc.

[*Vanse Heraclio y Leonido, cada uno por su parte, con un coro de música.*]

SABAÑON.

¿Qué dices desto que vemos?

LUQUETE.

¿Tú sabes lo que nos pasa?

SABAÑON.

Yo no.

LUQUETE.

Pues ni yo tampoco. [*Vanse.*]

ESCENA XIX.

FÓCAS. LISIPO.

LISIPO.

Señor, ya es tiempo que salgas.

FÓCAS.

Aunque culpé que dijeses,
Tal vez, que si me bastára
El ánimo para ver
Una apariencia tan rara,
Sin extrañarla; disculpo
La frase ya, porque es tanta
La admiracion, que yo solo
Me atreviera á ejecutarla.

LISIPO.

Pues ahora, Señor, empieza;
Que, saliendo de sus cuadras,
Acabando de vestirse,
Los dos á este cuarto pasan.

ESCENA XX.

HERACLIO y LEONIDO, *vestidos de gala.* LUQUETE.
SABAÑON. CRIADOS. FÓCAS. LISIPO.

FÓCAS.

Atendamos miéntras llegan.

CRIADO 1.° [*A Leonido.*]

Toma el sombrero y la capa.

LEONIDO.

¿Cuál es el sombrero?

CRIADO 1.°

Éste.

LEONIDO.

Si, remotas, no me engañan
Las noticias que dél tuve,
A la sombra desta falda
Se aloja la cortesía,
Y la vanidad descansa.
Con gusto á ponerle llego.
¿Es posible que esto haga
O bien vistos ó mal vistos?
¡Oh ceremoniosa alhaja!
¡Lo que por tí se merece
Y se desmerece! ¡Que haya
Quien peligre en cosa que
Tan fácilmente se manda!

CRIADO 2.° [*A Heraclio.*]

Ciñe la espada.

HERACLIO.

Con miedo
Llego á ceñirme la espada.

CRIADO 2.°

¿Por qué?

HERACLIO.

Porque en los avisos

Que della Astolfo me daba,
Me decia que era ella
El tesoro de la fama,
En cuyo crédito acepta
Valor todas sus libranzas.
Jeroglífico que fácil
Hizo el uso: pues te tratan
Muchos como adorno, y no
Como empeño, vén, fiada
En que sé que hubiera pocos
Que ciñeran tu hoja blanca,
Si el dia que se la ciñen
Supieran de qué se encargan.

LISIPO. [*Ap. á Fócas.*]

Ya á besar tus manos llegan.
En sus acciones repara
Y en sus razones; porqué
Desde aquí observando vayas
Sus genios é inclinaciones,
Ya que con esto adelantas
La pereza de los dias.

FÓCAS.

Bien les asientan las galas;
Briosos son los dos.

CRIADO 1.° [*A Leonido.*]

El Rey,
Que llegues, Señor, aguarda.

CRIADO 2.°

El Rey, que llegues espera. [*A Heraclio.*]

LEONIDO Y HERACLIO.

Dame, gran señor, tus plantas.

FÓCAS.

Ya os habrán dicho que yo,
Príncipes, la ira templada,
Quiero más dar dos honores
Que tomar una venganza.
Ya en un palacio, de donde
A la córte iréis mañana,
Os hallais : vivid seguros
De que vuestras vidas guarda,
En la piedad de una duda,
El rigor de una esperanza.

HERACLIO.

Otra vez tus plantas beso
(*Ap.* Tiranía, ¡qué no arrastras!),
Y en ellas agradecido
A tanto honor, dicha tanta,
Esclavo, ya que no puedo
Hijo, te doy la palabra
De reconocer la vida
Que en mí y Leonido restauras;
Porque viviendo los dos
Dos vidas hoy con un alma,
Cada uno recibe una,
Y queda deudor de entrambas.

FÓCAS.

(*Ap.* ¡Qué bien suena el rendimiento!)
¿Por qué, Leonido, te apartas,
Y las gracias no me das?

LEONIDO.

¿De qué te he de dar las gracias?
Si es del honor, por cualquiera
Lado á mi sangre le alcanza;
Si es de la vida, con ella,
Más que me obligas, me agravias;
Pues, ó por tí, ó por Mauricio,
Acrêdor soy á la sacra
Diadema; y miéntras me pones
En duda dicha tan alta,
¿Para qué quiero la vida?

FÓCAS. [*Ap.*]

No suena mal su arrogancia.

LUQUETE.

¿Y á mí, que tambien me han puesto,
Señor, estas martingalas...

SABAÑON.

¿Y á mí, á quien tambien han dado
Librea aquestas fantasmas...

LOS DOS.

No daréis un pié siquiera?

LEONIDO.

Quita, loco.

HERACLIO.

Necio, aparta.

FÓCAS.

¿Quién son éstos?

LEONIDO.

Dos villanos,
Que acaso nos acompañan.

LUQUETE.

¿Ya no nos conoce?

FÓCAS.

¿Pues
Quién sois?

SABAÑON.

¡Lo que hacen las galas!
Los que, del monte y Astolfo,
Fuimos monteros y guardas.

FÓCAS.

¿Qué haceis aquí?

LUQUETE.

Tener miedo.

LISIPO.

Ea, villanos, ya basta.

ESCENA XXI.

LIBIA. Dichos.

LIBIA. [*A Fócas.*]

Habiendo Cintia sabido...

LUQUETE.

¿Tambien está acá nuestra ama?

SABAÑON.

Ahora digo que es el diablo.

LIBIA.

Despues que de la montaña
Los cotos corrió en tu busca,
Que ya en esta quinta estabas,
Y los Príncipes contigo,
Licencia de entrar aguarda
A darles la bienvenida.

FÓCAS.

Que llegue, la di. [*Vase Libia.*]

LISIPO. [*Ap. á Fócas.*]

Repara
Que no son Cintia ni Libia
Las dos, sino...

FÓCAS. [*Ap. á Lisipo.*]

¿Qué te cansas
En advertirme, si en todo
Estoy?

LEONIDO.

¿Quién es la que aguarda?

HERACLIO.

¿Quién es la que espera?

FÓCAS.

Es
Cintia, reina de Trinacria.

ESCENA XXII.

CINTIA. DAMAS. DICHOS.

HERACLIO. [*Ap.*]

¿No es la que en el monte vi?

LEONIDO. [*Ap.*]

¿No es la que vi en la campaña?

HERACLIO. [*Ap.*]

Ella es : muera mi deseo...

LEONIDO. [*Ap.*]

Ella es : viva mi esperanza...

HERACLIO. [*Ap.*]

Pues ya no puede atreverse
Amor á empresa tan alta.

LEONIDO. [*Ap.*]

Pues á no menor asunto
Diera yo mi confianza.

CINTIA. [*A Fócas.*]

Despues, señor, que mis dichas
Dádôs el parabien hayan
De vuestra vida, á quien tuvo
En leal desconfianza
De aquella fiera el empeño,
Dadme licencia á que añada
El segundo parabien
De que merezca mi casa
Dos huéspedes tan gloriosos,

Ya que quiso mi tirana
Suerte que no fuese yo,
Cuando ellos en la demanda
De vuestra vida acudieron,
Quien á este albergue los traiga.

HERACLIO.

Sólo pudiera, en disculpa
De dejar la soberana
Vista vuestra yo... si... cuando...
(Aliento y voces me faltan).
Perdonad, porque el saber
Quién sois me turba y espanta
Tanto, que áun hablar no puedo.

LEONIDO.

Pues diga yo lo que él calla.
Sólo pudiera, en disculpa
De dejar la soberana
Vista vuestra, alegar yo
Lo preciso de la causa;
Pues por sólo dar, señora,
Vida al Rey, me la quitára
A mí; y si el no conseguir
El fin de empresa tan alta
No me valió para dicha,
Para disculpa me valga.

FÓCAS.

(*Ap.* Lo bien y mal explicado
De los dos tambien me agrada,
Sin que nada inferir pueda
Para el exámen del alma;

Porque no está decidido,
En el Duelo de las damas,
Si es cobarde el que se atreve,
U osado el que se acobarda).
El cuidado de mi vida
Os estimo; y porque haga
Tiempo al descanso quien fué
De la fatiga la causa,
Será bien que acompañándôs
Hasta vuestro cuarto vaya.
(*Ap. á Lisipo.* Esto es dar lugar á ver
Qué obran sin mí.)

LISIPO. [*Ap. á Fócas.*]

Bien lo trazas;
Pero ántes has de ver
Lo que el tiempo te adelanta.

[*Tocan dentro un clarin.*]

ESCENA XXIII.

UN CRIADO. DICHOS. *Despues*, FEDERICO.

CRIADO.

Un embajador, señor,
Del gran duque de Calabria
Audiencia pide.

FÓCAS.

Di que éntre.

[*Sale el príncipe Federico.*]

LISIPO [*Ap.*]

Su misma forma retrata,

Sucediendo lo que habia
De suceder.

FEDERICO.

A tus plantas,
César, tu mano merezca.

FÓCAS.

Del suelo, jóven, levanta.

FEDERICO.

El gran duque Federico,
Sabiendo hoy que en Trinacria
Estás, á tí y Cintia dos
Parabienes dar me manda :
De tu salud y venida
A tí; y del honor que gana
Con tal huésped, á ella, en cuyo
Nombre merezca su blanca
Mano besar.—Y pasando
A no menor importancia,
Te representa, por mí,
Que siendo hijo de Casandra,
Hermana del infelice
Mauricio, cuya desgracia
El mundo llora, no sólo
Te debe rendir las párias
Que al imperio pagó, pero
Que, puesto que no se halla
Heredero más cercano,
El dia que el hijo falta,
Que dicen que retiró
Un vasallo á las montañas,

Le toca el laurel, bien como
Dignidad hereditaria.
Y así, que le restituyas
Dice...

FÓCAS.

¡No prosigas, calla!
Que inobedientes locuras
Tanto como ésa, áun palabras
En respuesta no merecen.
Y esto que le digas basta.

LEONIDO.

No basta, señor. ¿No tiene
Este palacio ventanas
Por donde, volando, vuelva
Más presto?

HERACLIO.

Leonido, aguarda,
Que viene sobre seguro
De embajador; y no agravian
Los motivos de su dueño
En su boca.

LISIPO. [*Ap. á Fócas.*]

¿No reparas
En la ira y la cordura
De los dos?

FÓCAS.

(*Ap.* Sí.) — [*A Fed.*] Pues, ¿qué aguardas?
¿Ya no llevas la respuesta?

FEDERICO.

Que sepas que, en la campaña,

Ultima razon de reyes
Son la pólvora y las balas (1). [*Vase.*]

FÓCAS.

¡Bien está!—Vén, Cintia.

CINTIA.

El cielo
Os guarde; y pues obligada
Al hospedaje me veo,
Procuraré que no haya
Espacio en que no os diviertan
Saraos, paseos y danzas.

FÓCAS.

No paseis los dos de aquí;
Quedaos: en la hermosa vária
Estancia desos jardines
Esperad miéntras que salga.
[*Vanse Fócas, Lisipo, las damas y los criados.*]

LEONIDO.

Siempre yo he de obedecerte...

HERACLIO.

Siempre haré lo que me mandas...

LEONIDO.

Bien que á pesar de mis penas...

HERACLIO.

Bien que á pesar de mis ánsias...

---

(1) La invencion de la pólvora data, en Europa, del primer tercio del siglo XIV: hay, pues, aquí un anacronismo de setecientos años.

LEONIDO.

Pues que siga al sol que adoro
Hoy á mi amor embarazas.

HERACLIO.

Pues niegas que siga al sol
Que mi temor idolatra.

ESCENA XXIV.

FÓCAS Y LISIPO, *que se quedan al paño.* HERACLIO. LEONIDO. LUQUETE. SABAÑON. *Despues*, ASTOLFO.

LISIPO.

Desde aquí podrás ahora
Ver cómo en un lance andan,
Poniéndoles la piedad
En dos iguales balanzas.

Voces dentro.

Seguidle, y donde le halláreis
Matadle...

[*Sale Astolfo.*]

ASTOLFO.

¡El cielo me valga!

HERACLIO Y LEONIDO.

¿Qué es esto?

ASTOLFO.

¡Dichoso yo,
Pues que llegué á vuestras plantas!

Supe de vuestra venida,
Y quebrantando las guardas,
Rompí la prision, no tanto
Porque esto mi vida salva,
Cuanto por ver que logró
Mi silencio su esperanza;
Pues aunque ahora me den
Una y mil muertes, me basta
Para consuelo el haberos
Visto en majestad tan alta.

LEONIDO.

¿En qué majestad nos miras,
Siendo una duda fundada
Quitar á cuya es la dicha,
Para neciamente darla
A cuya no es?

HERACLIO.

Mal, Leonido,
Lo que le debes le pagas.

LEONIDO.

¿Qué le debo? ¿Lo tirano
De una rústica crianza,
En que, ladron de mi vida,
Violenta en riscos la gasta?
¿No fuera mejor, pues supo
Quién éramos, que empezára
Nuestras fortunas en otros
Ejercicios, que lográran
La sangre de nuestros pechos,
Donde lo que nos quitaba

El hado por conveniencia,
Restituyese por armas?

FÓCAS. [*Ap.*]

Bien discurre, por lo altivo,
Leonido.

HERACLIO.

Si es cosa clara
Que, conocido él, lo fuera
El hijo infeliz que ampára
De Mauricio entre los dos,
¿Qué lealtad, di, se compara
Al desterrarse con él?
Y di, ¿qué piedad se iguala,
Tambien entre los dos, que
Sabiendo por la aldeana
Madre del uno, cúyo era,
Como tú ves, le guardára
Con igual fineza?

FÓCAS. [*Ap.*]

Bien,
Por lo cuerdo, Heraclio habla

LEONIDO.

¿Y es fineza, y es lealtad,
Y es piedad lo que ahora calla?
No; pues cuanto anda en uno
Piadoso, en otro cruel anda.
Fuera mejor, y era fuerza
Que de una vez se explicára,
Y muriera el que muriera,
Y reinára el que reinára.

HERACLIO.

No fuera, pues una vida
Vale más que un reino.

LEONIDO.

Calla;
Que el ver que vuelves por él,
Tanto mi cólera arrastra,
Que estoy por...

ASTOLFO.

¿Por qué, di, ingrato?

LEONIDO.

Por serlo, pues me lo llamas,
Traidor, tirano, caduco.
[*Échale en el suelo, y levántale Heraclio.*]

HERACLIO.

Del suelo, padre, levanta.

ASTOLFO.

¡Ay de mí!

HERACLIO.

Y ya que mi mano
A tí socorrió, mi saña
Castigue un tirano aleve.

LEONIDO.

No es muy fácil la demanda.
[*Sacan las espadas y riñen.*]

SABAÑON.

Ve aquí por lo que no puede

Poner uno á su hijo espada. [*Vase.*]

LUQUETE.

No; que el dia que la ciñe,
La hora no ve de sacarla. [*Vase.*]

ASTOLFO.

¡Hijos, hijos!...

[*Riñen, y cae Leonido.*]

LEONIDO.

Tropecé
Y caí.

ESCENA XXV.

FÓCAS. LISIPO. CINTIA. HERACLIO. LEONIDO. ASTOLFO.

FÓCAS.

¡Detente!

CINTIA.

¡Aguarda!

FÓCAS.

¡No le mates!

CINTIA.

¡No te empeñes!

HERACLIO.

[*A Fócas.*] No haré, pues que tú lo mandas.
[*A Cintia.*] Viva, porque tú lo quieres.
Vén, Astolfo.

ASTOLFO. [*Ap.*]

¡Con el ánsia

Que Fócas á socorrer
A Leonido se adelanta!

LISIPO. [*Ap.*]

¡Con el afecto que Cintia,
Aun entre las sombras vanas,
Deteniendo á Heraclio, hizo
Lo que yo hiciera!

LEONIDO.

¡Qué rabia!

ASTOLFO. [*Ap.*]

¡Oh secreto, lo que dices!
[*Vanse Heraclio y Astolfo.*]

LISIPO. [*Ap.*]

¡Oh secreto, lo que callas!

LEONIDO.

Haber tropezado no es
Flaqueza, sino desgracia;
Y ahora lo verás.

FÓCAS Y CINTIA.

¡Detente!

LEONIDO.

Nadie impida mi venganza;
Que he de sanear el desaire.

FÓCAS.

¿Ves que soy quien te lo manda?

CINTIA.

¿Ves que soy quien te lo ruega?

LEONIDO.

Ni tu decoro me ataja,
Ni tu respeto me mueve. [*Vase.*]

FÓCAS.

Oye, espera.

CINTIA.

Escucha, aguarda.
—¿Qué te va diciendo, Fócas,
La experiencia?

FÓCAS.

Mucho y nada,
Pues que quedo con mis dudas,
Al ver que iguales me agradan,
En el uno la sôberbia,
Y en el otro la templanza. [*Vase.*]

LISIPO.

Pues date prisa á saberlo;
Que si el término se pasa,
En un punto que esto sóbre,
Verás que todo esto falta.

JORNADA TERCERA.

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

CINTIA. LIBIA. ISMENIA. DAMAS Y MÚSICOS.

CINTIA.

Ya que al conjuro de aquel
Fuerte, poderoso hechizo,
Fingimos lo que no somos:
Seamos lo que fingimos.

LIBIA.

Dices bien; y pues al duelo
Entre los dos, Fócas hizo
Las amistades, sin que
De aquel ni de otros motivos
Haya averiguado más
Que la soberbia en Leonido
Y la templanza en Heraclio,
Tratemos de divertirlos,
Hasta que de otra ilusion
Den sus pasiones indicio.

ISMENIA.

Buena es para descubrir
La interior, la que Lisipo
Trazando está.

CINTIA.

Cantad pues.

ISMENIA.

Ya tono y letra fingimos.

DAMAS Y MÚSICOS. [*Cantan.*]

Los ojos que dan enojos
Al ver y mirar con ellos,
Más valiera no tenellos;
Pero bueno es tener ojos.

ESCENA II.

Salen por dos lados LEONIDO *y* LUQUETE. HERACLIO Y SABAÑON. DICHOS.

LEONIDO.

Los ojos que dan enojos...

HERACLIO.

Al ver y mirar con ellos...

LEONIDO.

Más valiera no tenellos...

HERACLIO.

Pero bueno es tener ojos.

LEONIDO.

Siempre la música fué
El iman de mis sentidos.

LUQUETE.

Buena la música fuera,

Si no tuviera mosícos.

HERACLIO.

Aunque pudiera este acento
Haberme hasta aquí traido,
Más á seguirle me mueven
Los ojos que los oidos.

SABAÑON.

Haces bien; porque no hay solfa
Como el mi-ré de lo lindo.

DAMAS Y MÚSICOS.

Los ojos...

CINTIA.

Oid, esperad;
Que parece que he sentido,
Entre aquellas ramas, gente.

LIBIA.

Entre éstas tambien hay ruido.

ISMENIA.

¿Quién está aquí?

LEONIDO.

Quien llamado
Del sonoro acento vino,
Porque disculpas del canto
Le sirvan para el delito.

ISMENEA.

Y aquí ¿quién está?

HERACLIO.

Quien no

Disculpar su yerro quiso,
Pues no le sirvió el acento
Más que de darle el aviso.

LEONIDO.

Culpa que del oido fué,
Mal á negarla me animo.

CINTIA.

Pues porque á cuestion no pase
Quién mayor fineza hizo,
El que adelantó la culpa,
O el que la culpa previno,
Cantad; que es muy visto lance
Este de, entre ojos y oidos,
Andar graduando afectos.

LEONIDO.

Yo no he de dejar el mio
Desairado, y aunque canten,
Sanearle tengo.

HERACLIO.

Lo mismo
Haré yo al compas del tono.

CINTIA.

Tambien ése es lance visto.

LOS DOS.

¿Propio ó ajeno?

CINTIA.

No sé;
Mas ¿para qué es el decirlo?

LEONIDO.

Para que, ajeno, es acierto
Ver cuánto mejor elijo.

HERACLIO.

Para que, propio, no es culpa
Cuando es el concepto mio.

CINTIA.

Con no atender cumplo yo.
—Prosigue, Ismenia.

ISMENIA.

Prosigo.

ISMENIA, DAMAS Y MÚSICOS. [*Cantan.*]

Los ojos que dan enojos...

LEONIDO.

Del placer y del pesar
Arbitros los ojos son,
Pues sirven al corazon
De mirar, ver y llorar;
Y aunque, ya al ver, ya al mirar,
Distintos son sus enojos,
No al llorar: luego, en despojos
Siempre unos, al peor empeño,
Traidores son á su dueño...

HERACLIO Y MÚSICOS.

Los ojos que dan enojos...

DAMAS Y MÚSICOS.

Al ver y mirar con ellos...

HERACLIO.

Ver, mirar y llorar, ser

Tres cosas no he de dudar:
Ver, que es ver, y no cuidar;
Mirar, que es cuidar y ver:
Luego el llorar, sin tener
Glosa, es quien llega á excedellos;
Que ojos que lloran al vellos,
Sus enojos ya aliviaron
El daño que ellos causaron...

ÉL Y MÚSICOS.

Al ver y mirar con ellos...

DAMAS Y MÚSICOS.

Más valiera no tenellos.

LEONIDO.

Que el llanto el dolor termina,
Tampoco no he de dudar;
Pero error fuera negar,
En fe de la medicina,
Enojos que uno imagina,
Antes ó despues de vellos,
Llorallos ya es padecellos;
Y aunque haya de aliviallos,
Tenellos para llorallos...

ÉL Y MÚSICOS.

Más valiera no tenellos.

DAMAS Y MÚSICOS.

Pero bueno es tener ojos.

HERACLIO.

De mi dolor el tormento

No llego á sentirle yo
Porque le lloro, sino
Le lloro porque le siento;
Y así, si aliviar intento,
Sucedidos los enojos,
Con lágrimas que en despojos
Los ojos dan al pesar,
Malo es tener que llorar...

ÉL Y MÚSICOS.

Pero bueno es tener ojos.

ESCENA III.

LISIPO. DICHOS.

LISIPO.

No prosigas; porque Fócas
En el bello laberinto
Que hace en esos cenadores
La amenidad deste sitio,
Con la dulzura del canto
Rindió al sueño los sentidos.

CINTIA.

Retiraos todos, porque
Si el canto dormir le hizo,
No es bien que el canto le haga
Despertar; que fuera impío
Halago el que convirtiera
Tan presto en pena el alivio.
[*Vanse Libia, Ismenia, damas y músicos.*]

LUQUETE.

Vamos, Sabañon, á ver

Si hay en jardines tan ricos
Algo que comer.

SABAÑON.

¡Que haya
Quien plante rosas y lirios,
Claveles y tulipanes,
Y no coles y pepinos! [*Vanse los dos.*]

LISIPO. [*Ap. á Cintia.*]

Mira que le has de decir
A Heraclio lo que te digo
Que, en voz de Cintia, le adviertas.

CINTIA.

Sí diré, pues que te asisto
Para obedecerte.

LISIPO. [*Ap. á Libia.*]

Tú,
En voz de Libia, á Leonido
Lo mismo dirás.

LIBIA.

Sí haré.

LISIPO. [*Ap.*]

Así veré si consigo
La última experiencia, ya
Que Cintia callar me hizo. [*Vase.*]

ESCENA IV.

FÓCAS, *que aparece reclinado á un lado del jardin.*
HERACLIO. LEONIDO. CINTIA. LIBIA.

FÓCAS. [*Ap.*]

Ya á hablarles llegan las dos,
Con que veré si examino
Su amor ú ódio, á cuya causa,
Para poder asistirlos
Y notarles las acciones,
El sueño á su vista finjo.

LIBIA (1).

Leonido, escucha.

LEONIDO.

No, Libia,
Quieras que el norte que sigo,
De vista pierda.

LIBIA.

Quizá,
Si oyes lo que solicito,
Le alcanzarás ántes.

LEONIDO.

¿Cómo?

HERACLIO. [*A Cintia.*]

Dijiste (cuando rendido,

(1) Hasta el fin de esta escena Libia y Leonido hablan sólo el uno con el otro, suponiéndose que ni oyen, ni son oidos por Cintia y Heraclio, que tambien hablan aparte.

Aun no sabiendo quién eras,
Seguia tu sol divino)
Que en otra ocasion me habias
De decir un escondido
Secreto, que embarazó
La gente que entónces vino.

CINTIA.

Es verdad, y aunque de paso,
Decirlo ahora determino.
Oye pues.

LEONIDO.

¿Qué es lo que dices?

LIBIA.

Lo que mi padre Lisipo
Por sus ciencias alcanzó,
Y á mí solamente dijo.

CINTIA.

Viéndose de mí obligado,
Cuando preso á Astolfo vimos,
Porque intercedí por él,
O por si moria, me quiso
Hacer dueño del secreto.

LEONIDO.

¡Cielos! ¡qué escucho!

HERACLIO.

¡Qué he oido!

LEONIDO.

¿De Mauricio el hijo soy?

HERACLIO.

¿De Mauricio soy yo el hijo?
¡Cielo santo!

LIBIA.

Sí, y por serlo
Te toca el imperio invicto
De Constantinopla.

CINTIA.

Sí;
Y no sólo de tu altivo
Valor el imperio es,
Mas de Trinacria el dominio,
Que feudataria colonia
Es suya.

LIBIA.

Pero es preciso
Que, miéntras que Fócas viva,
Esté el secreto escondido;
Porque te importa no ménos
Que la vida.

CINTIA.

Más convino
Guardar el secreto miéntras
Viva Fócas; porque, impío,
Hidrópico de tu sangre,
No se cebe en tu homicidio.

LIBIA.

Y así, secreto, y pensar
Cómo se podrán tus bríos
Declarar.

CINTIA.

Y así, silencio,
Y prevenir, discursivo,
Cómo podrás declararte.

LIBIA.

Que si hallas algun camino...

CINTIA.

Que si algun modo descubres...

LIBIA.

No dudo que al punto mismo...

CINTIA.

Al mismo instante, no ignoro...

LIBIA.

Que te sigan infinitos...

CINTIA.

Que haya muchos que te aclamen...

LIBIA.

Aunque imposible lo miro...

CINTIA.

Aunque imposible lo veo...

LAS DOS.

Miéntras Fócas esté vivo. [*Vanse.*]

ESCENA V.

HERACLIO. LEONIDO. FÓCAS.

LEONIDO.

Oye, Libia.

HERACLIO.

Cintia, espera.

LEONIDO.

Suspenso con tal aviso...

HERACLIO.

Con tal noticia admirado...

LEONIDO.

Triste muero.

HERACLIO.

Alegre vivo.

FÓCAS. [*Ap.*]

Ya, deste engaño informados,
Y contra mí persuadidos,
Es fuerza que, en dos afectos
Contrarios, y tan distintos
Como de enemigo y padre,
Haga la sangre su oficio.
A hablarlos llego ahora... Pero
No; mejor es advertirlos (1)
Recatado, pues es claro
Que disimulen conmigo,
Y á sus solas no; y así,
Otra vez el sueño finjo.

LEONIDO. [*Ap.*]

Confieso que tuve á Fócas

---

(1) El verbo *advertir* está usado aquí como sinónimo de *observar*.

No sé qué interior cariño :
Pero ahora conozco ser
De mi soberbia nacido,
Por juzgarme el más cercano
De la corona á que aspiro;
Dígalo el que, oyendo ahora
Que me toca por Mauricio,
El que cariño juzgaba
Es rencor, cuando imagino
Que es tirano, y que me quita
El imperio que era mio.

HERACLIO. [*Ap.*]

De albricias la vida diera,
Aunque viva aborrecido
De Fócas, tan á su vista
En manos de mi peligro,
Por las nuevas que me ha dado;
Pues no importa que el invicto
Laurel que me toca, goce,
Tanto como haber sabido
La sangre que arde en mis venas,
Bien que ahora esté el fuego tibio.

FÓCAS. [*Ap.*]

Como hablan entre sí,
Nada en los dos averiguo;
Con todo, vuelvo al acecho.
¿Qué fuera que de, fingido,
A verdadero pasára?
Pues parece que me rindo
A la pesadez de un sueño,
Que, más que sueño, es delirio. [*Adormécese.*]

LEONIDO. [*Ap.*]

Y pues en mí no hay más ley,
Ni más razon, ni más juicio,
Que desear reinar, quisiera,
Para poder conseguirlo...

HERACLIO. [*Ap.*]

Y pues no hay más ambicion
En mí, ni deseo más digno
Que el de ser quien soy, dejemos
Lo demas de mis designios
Al cielo, que él volverá
Por su causa. [*Vase.*]

LEONIDO.

Ya se ha ido
Heraclio : solo he quedado.
[*Repara en Fócas.*]
Mas no, que quedan conmigo
Mis confusiones y penas.
De tal horror me revisto
Al ver al traidor por quien
El sacro laurel no ciño,
Que no sé cómo la saña
De tanto rencor resisto.
[*Vuelve á salir Heraclio.*]

HERACLIO. [*Ap.*]

Por descansar á mis solas
Huí de aquí; y habiendo visto
Gente al paso, por no hablar
Con nadie, tuerzo el camino.

LEONIDO. [*Ap.*]

Pero, si me dijo Libia,
Cuando lo demas me dijo,
Que, muerto él, es fuerza que
Sigan todos mi partido,
¿Qué espero? Mas ¡ay! que aquel
Cariño oculto, indeciso,
Me tiene. ¿No vale más
Un imperio que un cariño?
Sí. Pues ¿qué temo? ¿qué dudo?

[*Saca Leonido el puñal; Heraclio, al verlo, saca tambien el suyo.*]

HERACLIO. [*Ap.*]

¿Qué es lo que intenta Leonido?

LEONIDO.

Muera.

HERACLIO.

No muera.

[*A las voces despierta Fócas.*]

FÓCAS.

¿Qué es esto?

LEONIDO.

Haber Heraclio querido
Darte muerte, y ser yo quien
Tan loco furor impido.

HERACLIO.

Leonido era el que intentaba
Matarte, y yo quien te libro.

FÓCAS.

¡Ay, infeliz! Que ni bien
Despierto, ni bien dormido,
Muera y *no muera*, en dos voces,
Oí tan á un instante mismo,
Que mezclados los metales,
Ninguno sonó distinto.
De suerte que de su acento
Nada infiero; y si redimo
A la accion el desengaño,
Igual en los dos la miro,
Pues miro en los dos igual
Desnudo el acero limpio.

LEONIDO.

Yo, al irte á matar Heraclio,
Lo desnudé en tu servicio.

HERACLIO.

Yo le saqué, en tu defensa,
Al irte á matar Leonido.

FÓCAS.

Mientes, mientes; porque ya [*A Heraclio.*]
Que yo no puedo hacer juicio
De la voz ni de la accion,
Por el pavor lo adivino
Del corazon, que, del pecho,
Me dice en callados gritos,
Que tú eres el traidor, tú;
Pues en tu mano blandido
Desa cuchilla el acero,
De aquese puñal el filo,

Tanto me espeluza, tanto
Me sobresalta.—Leonido,
Defiéndeme dél; que todo
Mi valor, estremecido,
No basta contra el amago
De haberle contra mí visto
Tan sañudamente fiero,
Tan ciegamente atrevido,
Tan sangrientamente osado
Esgrimir el rayo altivo
De aquel áspid de metal
Con señas de basilisco.

HERACLIO.

¿Por qué, señor, cuando yo,
No sólo el acero rindo
A tus piés, pero la vida,
De mí te asombras?

FÓCAS.

¡Lisipo,
Cintia, Libia, pues que sois
Familiares, sed amigos;
Que me da la muerte Heraclio!

HERACLIO.

A esto una vez persuadidos,
Me han de matar. ¿Dónde ¡cielos!
Huiré de tanto peligro? [*Vase.*]

FÓCAS.

¡Dél me amparad!

LEONIDO.

Yo, señor

(*Ap*. Pues tan bien ha sucedido,
Hacer la deshecha importa),
Le seguiré, y en castigo
De tal traicion, le daré
Mil muertes. [*Vase.*]

FÓCAS.

Corre, Leonido;
Que del aleve la fuga
Es el no menor indicio.

ESCENA VI.

CINTIA. LISIPO. LIBIA. ISMENIA. DAMAS. CRIADOS.
FÓCAS. — LEONIDO.

LISIPO.

Señor, ¿qué es esto?

FÓCAS.

No sé:
¡Un letargo, un parasismo,
Un frenesí, una locura,
Un pasmo, un ánsia, un conflicto!
Que, aunque no dudo el saberlo,
Descansaré con decirlo.
Fingí el sueño, y él, airado
De ver que le habia fingido,
Perturbadas las ideas,
Verdadero hacerse quiso.
Y en aquel pequeño espacio
Que iba acechando resquicios,
Crepúsculos de la vida,

Ni bien muerto ni bien vivo,
A Leonido vi y á Heraclio,
Sobre vuestros dos avisos,
Con dos puñales; y aunque
Cada uno se previno
De que era suyo el amparo
Y era ajeno el homicidio,
No sé con qué oculta causa,
Sin asustarme en Leonido
El acero, vi el de Heraclio,
Jurára, en mi sangre tinto.
Con que infiero que al oir
Que era hijo de Mauricio,
Reventó la saña en él.
Y pues que yo no me afirmo,
Decid vosotros, decid,
Si bien ó si mal colijo
De sus acciones.

CINTIA.

Si ellos
Llegaron así, escondidos
Sus intentos, no podemos
Explicarlos sin oirlos;
Que lo que no sale al labio,
No lo alcanza nuestro arbitrio.

FÓCAS. [*A Lisipo.*]

Tú, ¿qué infieres?

LISIPO.

Si pudiera
Yo hablar, ya lo hubiera dicho;

Pero hay Deidad que mi vida
Amenaza, si lo digo.

FÓCAS.

Pues oblígalos á que
Esos formados prodigios
Lo digan.

TODOS.

Ya mal podrá
Obligarnos ni oprimirnos.

LISIPO Y FÓCAS.

¿Por qué?

LIBIA.

Porque ya fatal...

CINTIA.

Cumplió el término preciso...

ISMENIA.

El dia, en aquel instante...

LIBIA.

En que forzados venimos...

TODOS.

Á la fuerza de un conjuro,
Y de un encanto al hechizo.

[*Desaparecen todos de improviso y se muda el teatro, quedando solos Fócas y Lisipo.*]

Monte.

ESCENA VII.

FÓCAS. LISIPO. *Despues* CINTIA. LIBIA Y GENTE, *dentro.*

FÓCAS.

Oid, esperad.

LISIPO.

Es en vano;
Y pues te dejo en el sitio
Que te encontré, lo que callo
Infiere de lo que has visto. [*Vase.*]

FÓCAS.

¿Tambien huyes tú?

UNO. [*Dentro.*]

A la selva.

OTRO. [*Dentro.*]

Al monte.

OTRO. [*Dentro.*]

Al jaral.

OTRO. [*Dentro.*]

Al risco.

LIBIA. [*Dentro.*]

¡Fócas!

CINTIA. [*Dentro.*]

¡Señor!

FÓCAS.

En la propia
Accion, y el propio distrito
Que perdido me dejaron
Monteros y criados mios,
Vuelvo á hallarme, sin que haya
(En tan nunca visto estilo,
Que fué síncopa de un año
O paréntesis de un siglo)
Ni sabido ni alcanzado,
Ni rastreado ni inferido,
Más de que en Heraclio fué
Piedad todo, hasta haber visto
Blandir su mano el acero;
Todo crueldad en Leonido,
Hasta haber visto que él fué,
Si he de creerme á mí mismo,
El que la vida me dió.
¡Oh mal explicado abismo!
¿Qué de cosas me has callado,
Y qué de cosas me has dicho?

Una voz dentro.

El manchado bruto, á quien
Ayer Fócas siguió, he visto
Calarse otra vez al monte.

CINTIA. [*Dentro.*]

Pues acosadlo y seguidlo;
Que, sin duda, pues que Fócas,
Desde ayer no ha parecido,
Le dió muerte y vuelve hambriento.

Voces dentro.

¡A él, Melampo; á él, Barcino!

FÓCAS.

Porque el fin de tanto asombro
Se enlace con su principio,
Acosado de los canes,
Vuelve sangriento y herido
A mí el bruto, á tiempo que
No puedo acudir, rendido,
A mi defensa. ¡Ah del monte,
Vasallos, criados, amigos!
¿No hay quien me socorra?

ESCENA VIII.

HERACLIO y LEONIDO, *vestidos de pieles.* FOCAS. GENTE, *dentro.*

LOS DOS.

Sí;
Que habiendo tu voz oido...

HERACLIO.

Vuelvo á saber... Mas ¿qué veo?

LEONIDO.

Vuelvo á ver... Pero ¡qué miro!

HERACLIO.

Esta ¿no es mi antigua piel?

LEONIDO.

Este ¿no es mi traje antiguo?

HERACLIO.

Este el monte...

LEONIDO.

Esta la selva...

LOS DOS.

Donde...

FÓCAS.

¿Qué os ha suspendido?

HERACLIO.

¿Si he visto lo que he soñado?

LEONIDO.

¿Si he soñado lo que he visto?

HERACLIO.

¿Qué se hizo aquel alcázar
Donde estaba?

LEONIDO.

¿Qué se hizo
Aquel edificio?

FÓCAS.

¿Qué
Alcázar ni qué edificio?
Desde ayer á esta hora ando
Tras una fiera perdido,
Donde, hallándome anoche,
Fuéron mi lecho estos riscos.
Salió el alba, y procurando
Vencer deste entretejido

Seno el ceño, no hallé senda;
Con que, habiendo al aire oido
De los monteros las voces,
De los canes los latidos,
Llamé, no tanto porque,
Yendo el bruto huyendo al rio,
Me diesen socorro, cuanto
Porque deste laberinto
Me sacasen. Y supuesto
Que en mi busca habeis venido,
Debajo de aquel seguro
Que Cintia y Libia habrán dicho,
Yendo de paz á buscaros
Con aparatos festivos
De músicos instrumentos,
Seais los dos bien venidos.
Id adonde á oir se vuelve
El montaraz alarido.

Voces dentro.

¡Llegad todos, llegad todos;
Que hácia allí los descubrimos!

ESCENA IX.

CINTIA. LIBIA. LUQUETE. SABAÑON. GENTE. FOCAS. HERACLIO. LEONIDO.

SABAÑON.

Bien puede ello ser verdad,
Mas yo he perder mi juicio.

LUQUETE.

Yo no, que ya no le tengo.

HERACLIO.

¡Cielos! ¿qué me ha sucedido?

LEONIDO.

¿Qué es lo que por mí ha pasado?

SABAÑON. [*A Luquete.*]

¿Hate tu amo despedido,
Que te quitó la librea?

LUQUETE. [*A Sabañon.*]

¿Qué se hicieron los vestidos,
Joyas y plumas?

SABAÑON.

No sé.

CINTIA. [*A Fócas.*]

Alegre, señor, te pido
La mano, en albricias nobles
De que con vida te miro.
Despues que en tu busca fuí,
Tan asustada registro
El monte, que la esperanza
Perdí de encontrarte vivo.

LIBIA.

A todos nos da tus plantas.

FÓCAS.

Yo la fineza os estimo.

CINTIA.

Y yo estimo á mi fortuna
El que esté Heraclio contigo;

Que habiéndole hallado yo,
Y habiendo él, en tu peligro,
Sido el que llegó primero,
Me persuado á que he tenido
Alguna parte en su dicha,
Y no pequeña en tu alivio.

LIBIA.

Lo mismo á mí me sucede,
Contigo hallando á Leonido.

FÓCAS.

Los dos llegaron ahora.

LUQUETE.

¿Cómo ahora? ¿No estuvimos
Contigo en aquel palacio?

FÓCAS.

¿Qué palacio?

SABAÑON.

¡Aqueso es lindo!
Uno que, á fuer de pastel,
Mandó álguien hacer hechizo,
Donde cuantos aquí estamos
Allí estábamos contigo:
O díganlo Libia y Cintia.

LAS DOS.

¿Estais, villanos, sin juicio?

LEONIDO. [*Ap.*]

Si yo no vengo con él,
A mi me dirá lo mismo.

HERACLIO. [*Ap.*]

Que padezca la sospecha
Tambien de loco, es preciso.

LEONIDO. [*Ap.*]

Y así, disimule y calle.

HERACLIO. [*Ap.*]

Y así, calle y finja.

FÓCAS.

Digo
Que habiendo ahora llegado,
Y habiéndoles las dos dicho
Que quiero más ser piadoso
Con los dos, que vengativo
Con el uno, es bien que vamos
Donde sean recibidos
En tu córte, con aplausos,
Festejos y regocijos;
Y donde muden el traje
En adornos y vestidos
De reales púrpuras.

LEONIDO.

(*Ap.* ¡Cielos!
¿Si será esto lo fingido
Y lo otro lo verdadero?
¿O si habrá, al contrario, sido
Esto lo cierto y lo otro
Lo incierto? Mas ¿qué averiguo?
Vaya yo donde me vea
De reales pompas vestido,

En palacios alojado,
De várias gentes servido,
Y sea cierto ó no sea cierto;
Pues, en los faustos (1) del siglo,
Lo que se goza, se goza,
Dure ó no dure.)—Rendido [*A Fócas.*]
A tus piés, beso tu mano
Por el honor que recibo.

FÓCAS.

(*Ap.* Cuerdo anda Leonido, pues
No se da por entendido.)
Pues, Heraclio, ¿no me das
Las gracias porque te admito
En mi córte?

HERACLIO.

No, señor.

FÓCAS.

¿Cómo?

HERACLIO.

Como cuando miro
Que la púrpura real
El polvo la esmalta en Tiro,
Y que no hay polvo que no
Se desvanezca en suspiros,
Siendo tan leve la pompa,
Que no hay humano sentido

---

(1) Parece que *faustos* debe ser aquí error ó errata, y que debiera decir *fastos*, pues de otra manera no se entiende el concepto.

Que ser mentira ó verdad
Pueda afirmar, te suplico
Que más lustre no me des
Que dejarme en mi retiro
A vivir, como viví,
Destas montañas vecino,
Destos brutos compañero,
Ciudadano destos riscos;
Que no quiero oir aplausos
De tan mañoso artificio,
Que no sepa cuándo son
Verdaderos ó fingidos.

FÓCAS.

No te entiendo.

HERACLIO.

Yo tampoco.

ESCENA X.

ASTOLFO. LISIPO, *que se quedan ocultos, cada uno á su lado.* DICHOS.

ASTOLFO. [*Ap.*]

Sabiendo que están Leonido
Y Heraclio con Fócas ya,
A verlos vengo, movido
De mi amor; mas no me atrevo
A llegar, porque, ofendido
De que de la prision salga,
No se disguste conmigo.
Desde aquí me basta el verlos,

LISIPO. [*Ap.*]

A qué se habrán persuadido
Los dos, deseo saber:
A esta parte me retiro
Hasta informarme.

FÓCAS.

¿En efecto,
Ingrato, desconocido,
Mi piedad desprecias?

HERACLIO.

No
La desprecio, ántes la estimo
Tanto, que no quiero verla
Aventurada al peligro
De que una piedad padezca
Escrúpulos de delito;
Y así, á tus piés arrojado,
Que me desvies te pido
De tí, porque á mí me basta
El reino de mi albedrío,
Sin más ambicion.

FÓCAS.

¿Y eso
No es hacer, di, desperdicio
Y desaire de mi honor?

HERACLIO.

No, señor, sino del mio.

FÓCAS.

No es sino hallarte, tirano,

Acusado y convencido
De tu traicion. (*Ap.* Mas ¿qué hago?)
Y no atreverte (¿Qué digo?)
A ponérteme delante
(*Ap.* Mal la cólera reprimo:
Arrebatóme la ira),
Al ver que áun no te he perdido
Aquel pasado pavor.

CINTIA. [*Ap.*]

¿Qué traicion puede haber visto
En él, si ahora ha llegado?

FÓCAS.

Y así, ingrato, por lo mismo
Que mi favor aborreces,
Has de estar siempre conmigo;
Que ménos cuidado así
Me darás, siendo registro
Yo de todas tus acciones,
Que si huyeras fugitivo
Donde no sepa de tí,
El dia que persuadido,
No en vano, estoy que tú eres
El hijo de mi enemigo.

HERACLIO.

Es verdad; y pues tú rompes
El secreto de un prodigio
Que yo ni alcanzo ni entiendo,
O peligre ó no mi juicio,
Hijo de Mauricio soy,
Y estoy tan desvanecido

De serlo, que por lograr
Tan glorioso, tan invicto
Blason, de mí delatando (1),
Una y mil veces lo afirmo.

FÓCAS.

Aunque ya para saberlo
Me bastaba el inferirlo,
¿De qué lo sabes?

HERACLIO.

Lo sé
De tan superior testigo,
Que no padece objecion.
Cintia fué quien me lo dijo.

CINTIA.

¿Yo? ¿cómo? ¿cuándo? Ni yo
¿De qué saberlo he podido?

HERACLIO.

De que te lo dijo Astolfo
A tí, cuando preso vino.

[*Sale Astolfo.*]

ASTOLFO.

(*Ap.* Aunque me maten, ¿qué espero?)
¿Yo, señora, tal te he dicho?

CINTIA.

Ni me lo ha dicho él, ni yo
A tí.

---

(1) *Delatándome á mí mismo* es, sin duda, lo que aquí quiso decirse.

HERACLIO.

Si te he rompido [*A Cintia.*]
El secreto, con mi muerte
Lo pago todo.—Y tú, impío [*A Astolfo.*]
Piadoso, que me dejaste
Tantos años este altivo
Honor; ya que lo dijiste,
¿Por qué ahora tan atrevido
Lo niegas, aventurando
El respeto en Cintia?

ASTOLFO.

Dilo
Tú, señora: ¿cuándo yo
Tal te dije?

CINTIA.

Yo ya he dicho
Que nunca lo supe yo.

HERACLIO.

A tí en nada te replico;
Pero á éste, que, tras quitarme
El honor, me quita el juicio,
La vida que le guardé
En aquel alcázar rico,
Le he de quitar.

ASTOLFO.

¿En qué alcázar?

LEONIDO. [*A Heraclio.*]

Detente, y no inadvertido
Le maltrates; que, aunque es

Verdad que en él estuvimos,
No es verdad lo que pasamos.
Algun superior motivo
Anda aquí, que no sabemos.
Dígalo el ver que lo mismo
Me dijo á mí Libia, y no
Por aqueso lo he creido.

LIBIA.

¿Lo mismo yo á tí? Pues ¿cuándo
Yo á tí te he hablado ni visto?

LEONIDO.

En aquel mismo palacio
Donde todos estuvimos.
Por señas, que me dijiste
Que á tí tu padre Lisipo,
Sabiéndolo por sus ciencias,
Te lo dijo.

[*Sale Lisipo.*]

LISIPO.

(*Ap.* Aquí es preciso
Hacer la deshecha ya.)
¿Pues cómo, Libia, has tenido
Tú atrevimiento á decir
Que dije lo que no he dicho?

CINTIA.

Sí dirias, ¡oh traidor!
Habiéndote yo pedido
Que lo callases.

LISIPO.

(*Ap.* Volvióse

Contra mí el engaño mio.)
¿Yo, señora? ¿yo, señora?

LUQUETE. [*Ap. á él.*]

Sabañon, ¿has entendido
Algo desto?

SABAÑON.

Todo.

LUQUETE.

¿Y qué es?

SABAÑON.

Es que el Demonio anda listo
Y el Diablo suelto.

FÓCAS.

Ya que
A todos confusos miro,
Acabemos de una vez
De salir de tanto abismo.
Yo, Astolfo, para saber
Tu secreto, me he valido
De medios que ser Heraclio,
Me han dicho, hijo de Mauricio.

ASTOLFO. [*Ap.*]

Será la primer verdad
Que la mentira habrá dicho.

FÓCAS. [*A Astolfo.*]

Pero para que no quede
Escrupuloso en Leonido
El crédito, dilo claro.

ASTOLFO.

Yo, señor, no he de decirlo.
Sábelo tú, pero no
De mí.

CINTIA.

¿Tú, traidor Lisipo,
Andas por aquí?

LISIPO.

Señor,
Airada contra mí miro
La Deidad por quien calló
El labio y habló el indicio.
Y puesto que me amenaza
Sañudo su ceño esquivo,
Muera por todo, saneando
Lo inobediente lo fino.
Leonido es tu hijo; que casos
En dos tiempos sucedidos,
Bien pude alcanzarlos yo;
Y baste que yo lo afirmo
Y que no lo niega Astolfo.

FÓCAS.

Eso es más. Vasallos mios,
Leonido es mi hijo y vuestro
Príncipe.

TODOS.

¡Viva Leonido!

FÓCAS.

¡Viva; y muera Heraclio!

CINTIA.

Tente.

FÓCAS.

¿Tú lo impides?

CINTIA.

Yo lo impido.
Debajo de tu palabra
Y de mi seguro, vino;
O has de cumplírsela, ó ántes
Que muera, en el pecho mio
Has de ensangrentar tu acero.

FÓCAS.

¿Qué es lo que yo le he ofrecido?

CINTIA.

Ni matarle ni prenderle.

FÓCAS.

Por tí y por mí he de cumplirlo.
—Desamarrad aquel barco
Que está orilla del marino (1),
Dadle un barreno, en entrando
En él.—Ya le dejo vivo,
Pues no le doy muerte; y ya
No le prendo, pues le envio
Donde pueda correr todo
Ese campo cristalino.
—Llevadle, pues.

---

(1) Quizá falte aquí un par de versos, por lo ménos.
(*Nota del Sr. Hartzenbusch.*)

HERACLIO.

No, villanos,
Con violencia; que yo mismo
Al sepulcro por mi pié
Iré, pues sepulcro mio
Es ese barco, que ahora
Me recibe compasivo,
Para que, vuelta la aguja
En el primero desvío,
Sea tumba el que fué albergue.
—Adios, hermoso prodigio, [*A Cintia.*]
Primero que vi y postrero.
—Quédate adios, padre mio; [*A Astolfo.*]
Que sólo siento dejarte
En poder de mi enemigo;
Pues, mintiendo la verdad,
Verdad la mentira dijo.

FÓCAS.

Espera: que, porque veas
Si ando piadoso contigo,
Aun no te quiero quitar
Aqueste pequeño alivio.
—Llevad en él á este anciano
Caduco vil.

ASTOLFO.

Vamos, hijo;
Que yo no quiero más vida
Que el ir á morir contigo.
[*Llévanse algunos á Heraclio y Astolfo.*]

CINTIA.

¡Qué lástima!

LIBIA.

¡Qué desdicha!

LUQUETE.

¡Qué confusion!

SABAÑON.

¡Qué conflicto!

FÓCAS.

Ahora, porque no lleguen
Los ecos de sus gemidos
A nosotros, empezad
Desde aquí los regocijos
Con que es bien Leonido éntre
En la corte. [*A Leonido.*] Vén conmigo
Para que te reconozcan
Todos, y todos rendidos
Besen tu mano, diciendo
A voces: ¡Viva Leonido!

GENTE.

¡Viva Leonido!

HERACLIO. [*Dentro.*]

¡Favor,
Dioses!

ASTOLFO. [*Dentro.*]

¡Oh cielos divinos,
Clemencia!

GENTE.

Viva Leonido.

LEONIDO. [*Ap.*]

Sea mentira ó verdad,
Sea cierto ó sea fingido,
O desvanézcase ó no,
Ya, por lo ménos, me miro
Sin competencia heredero
De un imperio; y aunque esquivo
El hado quiera vengarse,
No me quitará haber visto
Aquesta felicidad,
A costa de aquel peligro.

HERACLIO Y ASTOLFO. [*Dentro.*]

¡Oh dioses santos, piedad!
¡Favor, oh cielos divinos!

FÓCAS.

Decid que Leonido viva.

TODOS.

¡Que viva, viva Leonido!
[*Dentro tiros, cajas y trompetas.*]

ESCENA XI.

FÓCAS. LEONIDO. CINTIA. LISIPO. LIBIA. GENTE.

FÓCAS.

Esperad. ¿Qué salva es
La que á lo léjos se ha oido,
Cuyas trompetas y cajas,
Al són del bronce, han querido
Trocar en toques de guerra
Estos aplausos festivos?

CINTIA.

De compasiva, la vista
Siguiendo iba el combatido
Leño de vientos y olas,
Cuyo inútil desperdicio,
Como jugando con él,
Conservaba en su bullicio
El inquieto afan de tanto
Salobre campo de vidrio,
Cuando, afilada en los léjos
De aquel átomo de pino,
Descubrió en sus golfos una
Vaga ciudad de navíos,
Que, al reconocer el puerto,
Salva á sus murallas hizo.

FÓCAS.

Tributo será de alguno
De tantos reinos vecinos,
Como feudatarios son
Al imperio.

LISIPO.

Más me inclino
Yo, señor, que de más cerca
Las hinchadas velas miro,
A pensar...

FÓCAS.

¿Qué?

LISIPO.

Que es la armada
Del príncipe Federico

De Calabria, de quien ya
Noticias dí.

FÓCAS.

Por el mismo
Trance de pensar que es él,
No cesen los regocijos;
Que á mí no me asusta nada.
Y miéntras la gente alisto,
Pues se repiten sus salvas,
Repítanse nuestros himnos. [*Vase.*]

LEONIDO.

Tú verás que desempeño
Los créditos de tu hijo. [*Vase.*]

CINTIA.

Y que á pesar de mis penas,
Yo con mi gente te sigo. [*Vanse todos.*]

—

Playa.

ESCENA XII.

FEDERICO. SOLDADOS. HERACLIO
Y ASTOLFO. [*Dentro.*]

FEDERICO. [*Dentro.*]

¡A tierra, á tierra!

HERACLIO Y ASTOLFO. [*Dentro.*]

¡Piedad,
Dioses santos y divinos!

UNOS SOLDADOS. [*Dentro.*]

¡Arma, arma!

OTROS. [*Dentro.*]

¡Guerra, guerra!

HERACLIO Y ASTOLFO. [*Dentro.*]

¡Clemencia!

SOLDADOS. [*Dentro.*]

¡Viva Leonido!

[*Salen Federico y soldados.*]

FEDERICO.

¡A tierra! y tan brevemente
Como se vaya tomando,
Se vaya al punto doblando
En escuadrones la gente;
Porque más desprevenida
Le coja el susto, sin que
Nadie, sino es yo, le dé
La nueva de mi venida,
Ya que afables agua y viento
Quieren, franqueada la tierra,
Que á fuego y sangre la guerra
Les publique otro elemento.
Príncipe me hizo, heredero
De Calabria, mi destino;
De Mauricio soy sobrino;
Y pues por su muerte infiero
Qué el sacro laurel es mio,
¿Por qué tengo de pagar
Feudo dél, y no vengar

La pérdida de mi tio?
Mayormente cuando sé
Que, el dia que se perdió,
El póstumo que dejó
Humana víbora fué,
Que, reventando á su madre,
En los montes se ocultó,
Donde fiel le retiró
Un vasallo de su padre,
De quien nunca se ha sabido.
Y siendo así que me ha dado
Esta investidura el hado,
¿Por qué el dia que ha venido
Con poca gente de guerra
A Trinacria este tirano,
No ha mi valor soberano
De infestarle mar y tierra,
En su venganza y la mia?
Pues cuando yo no tuviera
Más razon que me moviera
A tan gloriosa osadía,
Que el agüero de Lisipo,
A quien de Calabria eché,
Ella bastára, porque
Vea el mundo que anticipo
A su ciencia mi valor,
Y mi ánimo á sus recelos,
Diciendo mi fama...

ASTOLFO. [*Dentro.*]

¡Cielos,

Valedme!

HERACLIO. [*Dentro.*]

¡Cielos, favor!

FEDERICO.

¿Qué voz en el mar oí,
Que entre tanto horrible estruendo
Lugar se hace? Aunque ya atiendo.
A lo que hoy desde aquí
Mirar se deja, marino
Monstruo me parece que
Arroja de sí, bien que
Sus señas no determino,
Pues es humano en la usada
Voz, y bruto en lo que anhela;
No es ave, pues que no vuela,
Y no es pez, pues que no nada.
Ya del quebrantado hielo,
A embates de la resaca,
Uno á la orilla le saca.
[*Saca Astolfo á Heraclio en brazos.*]

HERACLIO.

¡Cielos, piedad!

ASTOLFO.

¡Favor, cielos!

FEDERICO.

El que parecia, embarcado,
Uno en el mar, ya son dos
En tierra.

ASTOLFO.

¡Gracias á Dios,

Que pude sacarte á nado!

FEDERICO.

Prodigios, que entre crueles
Ovas, ráfagas y lamas,
En vez de armaros de escamas,
El mar os vistió de pieles,
¿Quién sois?

ASTOLFO.

Dos tan desdichados,
Que los hados han querido
Matarnos, y no han podido
Aun conseguirlo los hados.

HERACLIO.

Tanto, que, hijos de unas rocas,
Aun el mar no nos sufrió,
Y á otras nos restituyó.
Si sois soldados de Fócas,
Usad, pues teneis en él
Poderes, de la fortuna,
Y en suerte tan oportuna
Sea la piedad cruel.
Pues, para que al beneficio
De matarme mi voz hoy
Os obligue, Heraclio soy,
Hijo infausto de Mauricio.
Ese anciano, á quien destierra
La lealtad más singular,
Y que me ha dado en el mar
Una vida, otra en la tierra,
Astolfo es; por él os pido

Que, ya que á mí me mateis,
A él la vida reserveis.
Y pues á esos piés rendido,
Os ruego abreviéis los plazos
De mi muerte, ¿qué esperais?
¿Por qué, pues, me la negais?

FEDERICO.

Por no negarte los brazos;
Que al oirte, agradecida
Está el alma de manera,
Que su misma vida diera
En albricias de tu vida.
Y aunque parezca hoy en mí
Sobrada facilidad
Creer tan gran novedad
En el punto que la oí,
Salvo la objecion, porque
El que la estime y la crea,
No es posible que no sea
Causa superior, en fe
De que el cielo soberano
Quiere, contra una malicia,
Volver hoy por tu justicia
Y la dese noble anciano,
A cuyas lealtades hoy
Tambien los brazos aplico.

LOS DOS.

¿Quién eres? di.

FEDERICO.

Federico,

Duque de Calabria, soy;
Con que no en vano sospecho
Que la pasada objecion
Tiene otra satisfaccion,
Pues la sangre de mi pecho
Tan tuya es, como ser hijo
De Casandra, hermana bella
De Mauricio: nuestra estrella
Confronta.

HERACLIO.

Si bien colijo,
Cobrado el susto, tus señas,
Ya me acuerdo que te vi.

FEDERICO.

No es posible: porque á mí
Nunca me vieron las peñas
Que tú habitaste.

HERACLIO.

Es verdad;
Pero vite á tí sin tí.

FEDERICO.

¡A mí sin mí verme!

HERACLIO.

Sí.

FEDERICO.

Esa es otra novedad,
Casi á la primera igual;
Mas hasta descansar, no

Te la he de preguntar yo.
—A la capitana real [*A los soldados.*]
Le llevad. donde, despues
Que te hayas reparado,
Y vestido y adornado,
Será justo que me dés
De lo que admirando voy,
Las noticias tan extrañas.

HERACLIO.

Hijo soy de las montañas,
Hecho á trabajos estoy;
Y aunque mi fatiga es mucha,
Óyeme, y descansaré
Más bien contigo.

FEDERICO.

Si fué
Para tí alivio, di.

HERACLIO.

Escucha.
—Aquella empinada sierra,
A cuya atalaya están
De guarda el Etna y volcan...

ESCENA XIII.

FÓCAS. SOLDADOS SUYOS.—DICHOS. *Despues* UN SOLDADO *de Federico.*

Voces dentro.

¡Arma, arma, guerra, guerra!

FÓCAS. [*Dentro.*]

Llegad ántes que formado
En escuadrones esté. [*Sale un soldado.*]

SOLDADO.

Ya el ejército se ve
Con que Fócas ha llegado
Á tu opósito, á impedir
De la desembarcacion
La altiva resolucion.

FEDERICO.

Yo tambien le he de salir
Al paso, porque el denuedo,
Dicen que es del enemigo
Primer batallon.

HERACLIO.

Contigo
Yendo yo, verás que puedo
Servirte de algo. Una espada
Sola en adorno me dad.

ASTOLFO.

Aunque mi caduca edad
Serviros no pueda en nada
Más que en morir, moriré
Á vuestro lado el primero.

FEDERICO.

En los dos mi triunfo espero,
En cuya segura fe,
Ya, tocando el arma, cierra
Mi gente con saña altiva.

[*Éntranse, tocan arma y dase la batalla.*]

UNOS. [*Dentro.*]

¡Viva Federico, viva!

OTROS. [*Dentro.*]

¡Viva Fócas!

[*Tocan cajas y clarines.*]

UNOS Y OTROS.

¡Arma! ¡guerra!

[*Vuelven á tocar cajas y clarines.*]

Monte.

ESCENA XIV.

Por una parte HERACLIO *con la espada desnuda, y por otra* CINTIA. *Despues* FEDERICO Y SOLDADOS, *dentro.*

HERACLIO.

Yo sé la senda, seguidme.
Por aquí podeis romper.

CINTIA.

No podréis, porque es el puesto
Que me toca defender.

HERACLIO.

¿Quién podrá contra mi saña?

CINTIA.

Yo. [*Tocan.*]

HERACLIO.

¿Qué es lo que llego á ver?

CINTIA.

¿Qué es lo que llego á mirar?

HERACLIO.

Trocarse la suerte; pues
Yo un paso te defendia
Al verte la primer vez,
Y ahora tú me le defiendes.

CINTIA.

Mas tan al contrario, que
Yo fuí allí tu admiracion,
Y al mirarte ahora, fué
Verte la admiracion mia.

HERACLIO.

No eso admiracion te dé;
Que la farsa de mi vida
Toda es pasos al reves.
Dígalo, al hallarte aquí,
Volverme huyendo; con que
Huir yo, y huir de tí, serán
Dos cosas, al parecer,
Tan opuestas, que ellas digan
Que son sin que puedan ser.

CINTIA.

Dejando que de tu vida
Me doy á mí el parabien,
¿No será mejor que el paso
Rompas, con que, roto él,
Victorioso quedes?

HERACLIO.

No,
Porque no quiero vencer
Tan á toda costa.

CINTIA.

Lidia,
Y no huyas; porque aunque
Estimo mi fama, estimo
Tambien la tuya.

HERACLIO.

No sé
Si te crea.

CINTIA.

¿Por qué no?

HERACLIO.

Porque, aunque tan fina estés
Conmigo ahora, dirás
Que no te acuerdas despues,
Entre mi bien y mi mal,
De mi mal ni de mi bien.

Voces dentro.

Por aquí Heraclio subió.

FEDERICO. [*Dentro.*]

Pues subid todos tras él.

HERACLIO.

Mas ¡ay, infeliz! que ya,
Aunque quiera huir, no podré.
Mi gente llega, y la tuya,

Viendo el inmenso tropel
Que mide y que desampara
La línea dese cuartel
Que guardabas. Huye tú;
Que tampoco defender
Podré tu vida.

CINTIA.

Eso no.
De tí bien pudiera ser;
Pero no pudiera de otro.

ESCENA XV.

LEONIDO. Dichos.

LEONIDO. [*Dentro.*]

Volved, soldados, volved,
Que el puesto en que Cintia está
Han rompido, á defender
Su vida, en cuyo reparo
Yo el primero moriré. [*Sale Leonido.*]

HERACLIO.

¡Sí morirás, y á mis manos,
Ingrato, fiero y cruel!

LEONIDO.

Poco el mirarte me asombra
Vivo, al persuadirme á que
Debió, porque no me fuese
Sin este triunfo, tener
El mar lástima de tí.

HERACLIO.

Ahora lo verás. [*Pelean los dos.*]

CINTIA. [*Áp.*]

Pues
No me puedo declarar,
Aunque quisiera, al temer,
Si vence Heraclio, mi ruina,
Pues es contra mi poder;
Si Leonido, mi esperanza,
Pues es contra mi interes,
¿Qué he de hacer, cielos piadosos?
[*Tocan cajas.*]

ESCENA XVI.

FÓCAS. DICHOS.

FÓCAS. [*Dentro.*]

Bruto, que, á tu dueño infiel,
El freno rompiendo, rompes
Con la obediencia la ley:
Ya que te desbocas, sea
Hácia el contrario; no des
A entender que el desbocarte
Es huir.

FEDERICO. [*Dentro.*]

Cargad á aquel
Grueso que gobierna Fócas.
[*Sale Fócas cayendo.*]

FÓCAS.

¡Cielos, mi vida valed!

HERACLIO.

Mi enemigo es : ¡muera!

LEONIDO.

¡No
Muera!

FÓCAS.

¡Ay de mí! ¿qué escuché?
Que así otra vez de los dos
Equívoca llego á ver
Voz y accion, *muera* y *no muera*,
Porque, quien me mata y quien
Me defiende confundidos,
Vuelva á dudar otra vez.

HERACLIO.

Pues no lo dudes ahora;
Que si allí quisiste hacer
Ensayo de tus tragedias,
Aquésta la verdad es,
Y sólo mudó un ensayo,
Que se trocára un papel.

FÓCAS.

¿Qué papel?

HERACLIO.

El de Leonido,
Que allí era el de cruel,
Y el mio era el del piadoso;
Y tan trocados los ves,
Que soy el que te da muerte,
Aunque te defienda él. [*Pelean.*]

CINTIA.

A tu lado, Heraclio, estoy.

FÓCAS.

No en vano el presagio fué
De ver sangriento tu acero.

LEONIDO.

Ni el semblante á la mujer
Yo, áun ántes de verla.

ESCENA XVII.

LIBIA. FEDERICO Y SOLDADOS. HERACLIO.
FÓCAS. LEONIDO. CINTIA.

LIBIA. [*Dentro.*]

Aquí
Cayó Fócas.

FEDERICO. [*Dentro.*]

Aquí fué
Donde le arrojó el caballo.

LEONIDO.

Perdido me llego á ver.
[*Salen Federico, Libia y soldados. Fócas cae herido por Heraclio.*]

SOLDADOS.

Llegad todos. Mas ¿qué es esto?

HERACLIO.

Ver un tirano á mis piés,
Vengada, casi en la misma

Canpaña, la muerte infiel
De Mauricio, por Heraclio,
Su hijo.

FÓCAS.

No es eso.

SOLDADOS.

Pues ¿qué es?

FÓCAS.

Un hidrópico de sangre,
Que, por no poder beber
La de todos, en la suya
Está apagando su sed. [*Muere.*]

HERACLIO.

Retirad ese cadáver.

CINTIA.

Ya puesta en fuga se ve
Toda su gente; y la mia,
Sacudido el yugo que
Su tiranía le puso,
Diciendo una y otra vez:

VOCES. [*Dentro.*]

¡Viva Heraclio, Heraclio viva!
Ciña el sagrado laurel
Que por hijo de Mauricio
Le toca.

ESCENA XVIII.

ASTOLFO. LISIPO Y SOLDADOS, *uno de los cuales saca en una fuente una corona.* DICHOS.

HERACLIO.

Esperad, tened;
Que ese honor es Federico
Quien le llega á merecer,
Pues es suya la victoria.

FEDERICO.

Sólo pretendí romper
El suyo (1) deste tirano,
No quitarle á cuyo es;
Y más tocándote á tí.
Por mí le ciñe.

HERACLIO.

No sé
Si me atreva.

FEDERICO.

¿Por qué no?

HERACLIO.

Porque áun todavía dudé
Si es mentira ó si es verdad
Todo cuanto llego á ver.

FEDERICO.

¿Cómo?

---

(1) Es decir: el laurel.

HERACLIO.

Como ya me vi
En majestad otra vez,
Y otra vez en un instante
Me volví á mi antigua piel.

LISIPO.

Ése fué engaño que hizo
Aparente mi saber;
Y pues á tí te mintió,
Y á Federico tambien,
Y á quien amenazó ruinas
Le dió victorias despues,
Perdon á entrambos os pido.

LIBIA.

Y yo, puesta á vuestros piés,
Por él intercedo.

HERACLIO.

Viva,
Con presupuesto de que
No use de sus ciencias más.

ASTOLFO.

Yo, si puedo merecer
Algo contigo, el perdon
De Leonido he de tener.

HERACLIO.

Leonido fué hermano mio,
Y siempre en la antigua fe
De nuestra crianza debo
Mantenerle.

LEONIDO.

Yo seré
Tu más leal y rendido
Vasallo.

HERACLIO.

Pues yo, porqué,
Si acaso se desvanece
Este no esperado bien,
Me coja con una dicha
Imposible de perder,
La mano á Cintia le doy.

CINTIA.

Humilde estoy á tus piés.
[*Tocan cajas y clarines.*]

TODOS.

¡Viva Heraclio! ¡Heraclio viva!

FEDERICO.

En cuyo aplauso se dé
Fin á la historia.

HERACLIO.

Esperad
Que sea felice rey
El que entra con desengaño
De que no hay humano bien
Que no parezca verdad,
Con duda de que lo es.

ANÁLISIS

DE

EN ESTA VIDA TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.

Si atendiéramos exclusivamente al mérito absoluto, y áun al literario relativo de esta comedia, no le diéramos el lugar que ocupa en esta coleccion; porque, en su género mismo, tiene su autor obras que le son muy superiores. Necesario es, por tanto, que justifiquemos nuestro proceder, explicando en qué razones se funda.

La primera, ó más bien la que todas las resume, es la fecha en que este drama fué escrito; fecha con admirable ingenio y exquisita diligencia determinada por el Sr. Hartzenbusch en su Catálogo cronológico de las comedias de Calderon (1); y fecha cuya importancia histórico-literaria es trascendental, en cuanto acredita que no fué nuestro poeta quien imitó á Corneille, sino, por el contrario, Corneille quien tomó de Calderon el asunto de su Heraclio, como ya habia tomado del teatro español, confesándolo unas veces, y otras callándolo, los argumentos de várias de sus más notables producciones.

En esta vida todo es verdad y todo mentira, es obra de un mancebo que áun no habia cumplido los veinte y tres años de su edad, y que con la audacia propia de su genio y de su

---

(1) Coleccion de Rivadeneyra, tomo XIV, páginas de la 662 á la 667.

inexperiencia acometió, al escribir la tal comedia, una ardua empresa, sin curarse de sus dificultades, ni detenerse en preparativos tal vez necesarios, mas para la impaciente condicion de la juventud prolijos de sobra.

Las circunstancias del momento, y un drama de Mira de Amescua, parecen haber inspirado á Calderon el primero de los suyos del género llamado heróico.

Felipe III acababa de bajar al sepulcro (1621), dejando á á su hijo, Felipe IV, en herencia, no ya la poderosa monarquía que él recibió de Felipe II, sino un colosal cadáver, galvanizado aún por los recuerdos de su pasada grandeza, y más temible por la pavorosa preocupacion con que el mundo le miraba, que por su fuerza efectiva. Momentos ántes de espirar el nieto de Cárlos V, habia hecho ir á su presencia al príncipe su heredero, y díchole solemnemente estas palabras, de todos conocidas : *Heos hecho llamar para que veais en qué fenece todo;* reconociendo así explícitamente la instabilidad de las grandezas humanas, y queriendo que, en el ánimo del futuro monarca, se grabára tan moral como provechoso axioma.

Escrita la comedia que nos ocupa apénas un año más tarde, su título nos revela que está inspirada por el mismo pensamiento que al difunto Rey dominaba al bajar al sepulcro; y así la contextura del drama como la fábula que á la verdad de los hechos sustituye, acreditan con evidencia que Calderon, en vez de partir, como debiera, de la historia, áun para desfigurarla si así convenirle podia, tomó por fundamento de su obra las invenciones del doctor Mira de Amescua en su *Rueda de la Fortuna*, con cuyo argumento en lo esencial concuerda el de *En esta vida todo es verdad y todo mentira.*—Sería, sin embargo, un gravísimo error creer que sobre aquélla está calcada ésta ; en ambas se falseó la historia, como tambien en la tragedia de Pedro Corneille: en las dos españolas lo mismo que en la francesa, Fócas destrona y mata al emperador Mauricio,

para ser á su vez destronado y muerto por *Heraclio*, á quien se supone hijo de aquel monarca, siéndolo en realidad de un Pretor ó Gobernador del África, de su mismo nombre. Fócas, aventurero de orígen desconocido, segun la historia, conserva en los dramas que nos ocupan el mismo carácter; pero de ahí no pasa la fidelidad histórica en ninguno de ellos, y cada autor le dió en lo restante libre curso á su fantasía.

Mira de Amescua pone en escena á Mauricio, en realidad como protagonista, pues con su trágica muerte el efímero reinado de Fócas, y el fin de éste á manos de Heraclio, sucesos que ocurren todos en el espacio de veinte y cuatro horas, termina su drama y desempeña su asunto.

Calderon toma las cosas desde más tarde: Fócas reina hace largos años al comenzar su comedia, que concluye tambien con la muerte del homicida de Mauricio y la exaltacion al trono de Heraclio.

En la *Rueda de la Fortuna* ese príncipe ha sido cambiado, al nacer, por su propia madre, la emperatriz Aureliana, que avisada en sueños del desventurado fin que la suerte depara á su esposo y familia, intenta salvar así al tierno infante, reemplazándole con el hijo de una esclava, y entregando el suyo al labrador Heracliano para que en el campo y como propio lo crie.

Con más ingenio y verosimilitud, el autor de *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, hace que la lealtad de Astolfo, ministro que fué de Mauricio, salve á Heraclio, á quien supone reciennacido al ocurrir la catástrofe de su padre, y se refugie con él en los montes de Sicilia.

En sus asperezas tambien supone nacido y criado á Fócas; en ellas la muerte de Irifile, al dar á luz á Leonido, fruto de sus amores con aquel tirano; y en ellas hace, en fin, que Astolfo, en su fuga, recoja al hijo de Fócas, oyendo de labios de su moribunda madre el nombre de su amante, y criándole luégo juntamente con Heraclio, sin declararles

nunca al uno ni al otro á quién respectivamente el sér debian.

Nada de eso pertenece ni á la historia ni á Mira de Amescua; todo es exclusivamente propio de la inventiva fecunda de Calderon, así como todo el artificio dramático de su obra estriba en que ni Fócas sabe quién de los dos jóvenes es su hijo, ni ellos quiénes fueron sus padres, y ese pensamiento original es el que Corneille utilizó visiblemente en su tragedia.

Nuestro autor, en el desarrollo de su fábula, se muestra más lírico que dramático, generalmente hablando; y si bien la trama es artificiosa y hábil, parécenos que acude sobradamente á lo maravilloso, dándole á su comedia el carácter de las de *magia*, como con su acostumbrado tino lo observa el Sr. Hartzenbusch.

Fócas, Heraclio, Leonido y Astolfo son figuras bien concebidas, vigorosamente dibujadas, y en consecuencia consigo mismas y con sus antecedentes siempre mantenidas. Ninguna de las dos damas tiene importancia, y otro tanto hay que decir del resto de los personajes del drama, inclusos los dos villanos graciosos, que lo son muy poco.

Ampuloso el estilo y áun afectado el lenguaje en lo más de esta comedia, hállanse, no obstante, en ella muchas escenas de incontestable mérito, y algunas en que el genio de su autor campea en toda su grandeza.

Las dos en que Heraclio y Leonido ven por vez primera una mujer (1) están admirablemente pensadas y contienen pasajes bellísimos, á vueltas de otros en que el mal gusto de la época domina; pero, en cambio y compensacion, la X de esta misma jornada, salvos algunos lunares de culteranismo, es, á nuestro juicio, una obra maestra en la invencion y en el arte con que está desempeñada.—Astolfo, viejo

(1) Jornada primera, escenas VII y VIII.

é inerme, triunfa con su perseverante virtud del tiránico poder de Fócas, y el asesino de Mauricio tiene que resignarse á conservar la vida del hijo de su augusta víctima, áun á riesgo de que un dia, reivindicando su derecho, vengue sangrientamente la muerte del padre, por no exponerse á privar él de la existencia á su propio hijo.— Situacion más dramáticamente trágica no la conocemos, y, para señalar las bellezas en su desempeño, tendriamos que copiar aquí casi toda la escena, porque, realmente inspirado Calderon al escribirlas, olvidósele felizmente lo heróico, y dió rienda suelta á su natural elevadísimo ingenio.

Lástima grande es que, para desenvolver las consecuencias de tan acertadas premisas, acudiera á la intervencion del mágico Lisipo, en vez de abandonar á Fócas á la presion de sus violentas pasiones y de sus insolubles dudas.

Pero Calderon no tenía entónces más que veinte y dos años, edad en que la tendencia á lo maravilloso es dominante en nuestros climas, áun en imaginaciones ménos filosóficamente poéticas que la de aquel que habia de escribir más tarde *La Vida es sueño* y *El Mágico prodigioso.* El público, avezado á lo aparatoso de las comedias de Luis Velez de Guevara y de Mira de Amescua, pedia prodigio sobre prodigio; y se concibe bien que un autor novel se dejára llevar de la corriente, tanto por contagio, como por ambicion de aplausos.

Lisipo, pues, interviene con sus artes mágicas; un aparente terremoto corta, sin dirimirla, aquella lucha entre el tirano y un hombre, sin más armas que su resignacion al martirio; y Fócas acude al Mágico para que le revele el secreto que no pudo arrancarle á Astolfo. En vano: amenazado de muerte por Cintia, la inventada reina de Sicilia, Lisipo guarda silencio mal de su grado; y sólo por complacer á Fócas se presta á revelarle, poniéndolos en accion por medio de sus espíritus familiares, que asumen las formas de ciertos personajes del drama, acontecimientos que en

realidad no debieran tener lugar sino en el espacio de un año, y en los cuales esperan el Emperador y su sabio cómplice que Heraclio y Leonido han de conducirse de manera, que pueda saberse quién de ellos es el hijo de Mauricio.

Más propia de una leyenda escandinava que de un drama español, esa invencion es, sin embargo, ingeniosa, tiene mucho de filosófica, y preludia, por decirlo así, al talento inmenso con que Calderon ha de saber más tarde dar cuerpo en sus obras á todas las entidades metafísicas que el ingenio más sutil concebir puede.

Hay, sin embargo, gran confusion para el espectador en ese dualismo de los personajes del drama, reales y verdaderos unas veces, mentidos y por familiares representados otras; y no es posible negar que Calderon hubiera podido muy fácilmente hacer que sucediera, en efecto, lo más importante de todo aquello que como quimérico nos representa.

Como quiera que sea, aceptado el supuesto, hay que confesar el acierto en el desempeño; porque Heraclio y Leonido, tanto al pasar de la abyeccion de su estado salvaje á las grandezas del principado en el fantástico palacio, como al caer de nuevo en su prístina bajeza, al deshacerse el encanto, tienen momentos en que nos hacen presentir el Segismundo de *La Vida es sueño.*

Advirtamos aquí, porque es importante, que si bien Astolfo guarda su secreto tanto para con el público, como con Fócas, Calderon ha cuidado, con discrecion suma y tacto exquisito, de que los pensamientos, inclinaciones y procederes de Heraclio y de Leonido, respectivamente, vayan revelando al espectador que el primero es el hijo del legítimo soberano, y el segundo del usurpador su asesino. Quizá no es cierto que las virtudes y los vicios se trasmitan de padres á hijos, como se transmiten algunas condiciones físicas; pero en aquella época, es decir, en la de

Calderon, y en un hombre como él, tan amante de la *nobleza*, no cabia prescindir en manera alguna de la *fuerza de la sangre*, en nuestros dias por muy poca cosa contada.

Leonido, una vez su ambicion excitada, se dispone á matar á Fócas; Heraclio, no sólo no incurre en tal tentacion, sino que estorba el designio de su compañero de infancia; y sin embargo, Fócas atribuye el crímen al último, y el primero se aprovecha sin el menor escrúpulo del error del tirano.

Repitámoslo para concluir: *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, es un drama con todos los defectos propios de los llamados heróicos, más los inevitables en la inexperiencia de su autor al escribirlo; pero descúbrese en él ya el gérmen del genio filosófico que no habia de tardar en desarrollarse, y tiene, á mayor abundamiento, muy notables bellezas.

Carece de verdad y color históricos, lo mismo que *La Rueda de la Fortuna* de Mira de Amescua y el *Heraclio* de Corneille: pero no ha tomado de aquél más que los elementos del asunto, y en cambio, ha prestado al último, no solamente la invencion de la fábula, sino escenas enteras y muy importantes.

No aconsejarémos á nadie que tome esta comedia heróica por modelo; mas no creemos que pierda el tiempo quien sus muchas bellezas estudie.

ÍNDICE

DE MATERIAS DE ESTE TOMO.

OBRAS PUBLICADAS

por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — *Rs. vn.*	En rústica. — *Rs. vn.*	En papel. — *Rs. vn.*
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Diccionario de la lengua castellana, décima edicion. . . .	88	»	76
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.	»	3	»
Discursos de recepcion de la Real Academia Española: tres tomos en 8.º mayor, cada uno. .	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.º mayor, edicion de todo lujo. . . .	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.º prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»

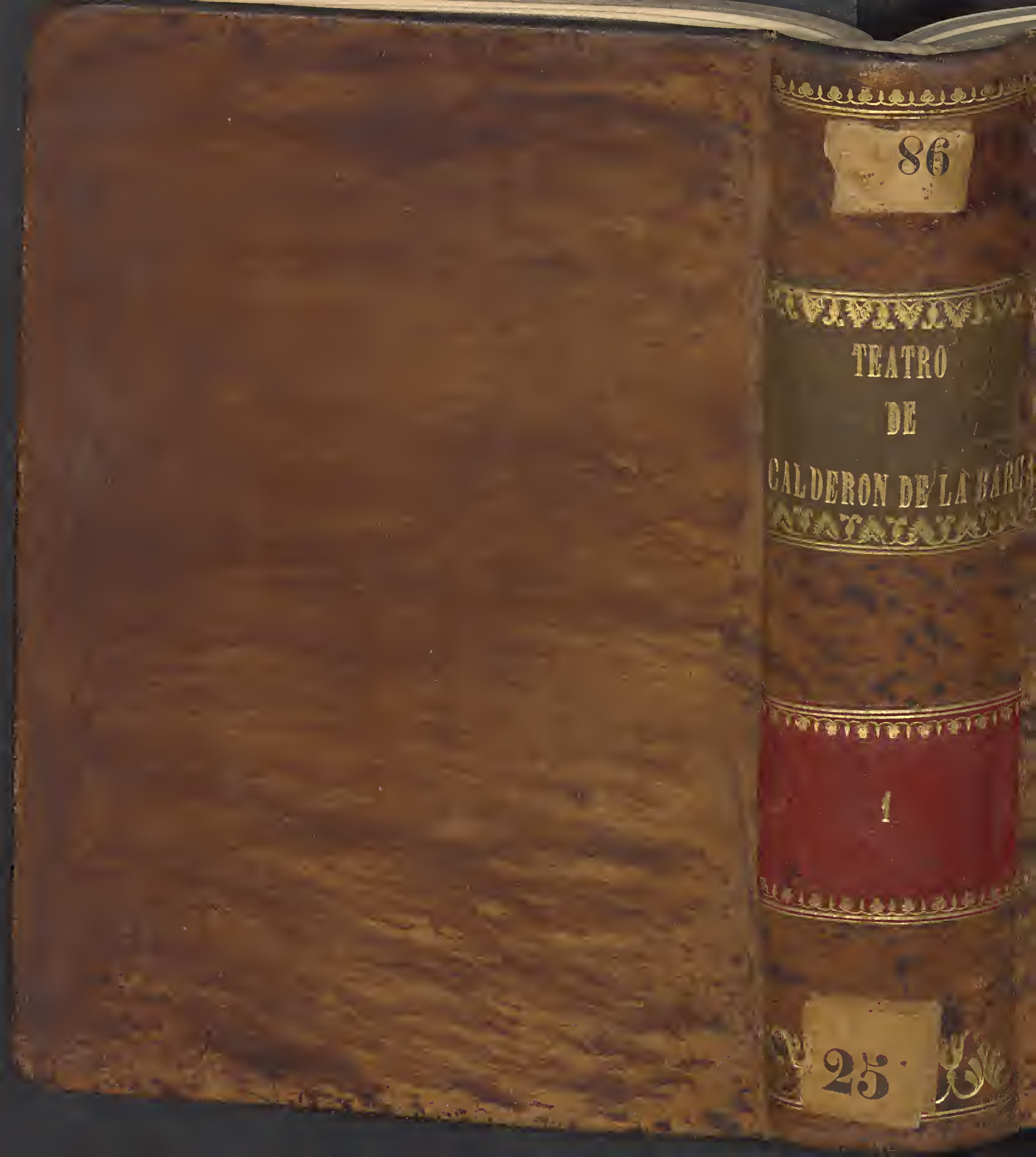
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.	PRECIO DE CADA EJEMPLAR. En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel. — Rs. vn.
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos. . .	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Obras escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Teatro escogido de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras por D. Patricio de la Escosura, tomo I.	»	12	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.





86
TEATRO
DE
CALDERON DE LA BARCA
1
25